El enigmático señor Quinn

Por

Agatha Christie

Índice

LA LLEGADA DEL SEÑOR QUIN

LA SOMBRA EN EL CRISTAL

EN LA HOSTERÍA DEL BUFÓN

UNA SEÑAL EN EL CIELO

EL ALMA DEL CRUPIER

EL FIN DEL MUNDO

LA VOZ EN LAS SOMBRAS

LA CARA DE HELENA

EL CADÁVER DE ARLEQUÍN

EL PÁJARO CON EL ALA ROTA

EL HOMBRE DEL MAR

EL SENDERO DE ARLEQUÍN

A Arlequín, el invisible

1

LA LLEGADA DEL SEÑOR QUIN

Era la víspera de Año Nuevo.

Los adultos que asistían a la fiesta de los Royston estaban reunidos en el gran salón.

El señor Satterthwaite se alegró de que la chiquillería se hubiera acostado. Le desagradaban las manadas de niños. Los consideraba insulsos y toscos. Les faltaba sutileza y, en el transcurso de los años, cada vez sentía mayor atracción por esa cualidad.

El señor Satterthwaite tenía sesenta y dos años: flaco y algo encorvado, tenía cara de duende fisgón y un intenso y desmesurado interés por las vidas ajenas. Toda su vida, por decirlo así, se había sentado cómodamente en la primera fila de butacas, para contemplar los diversos dramas humanos que se desarrollaban ante su vista. Su papel había sido siempre el de mero espectador. Solo ahora, al sentirse víctima de las implacables garras de la senectud, se había vuelto más exigente ante cualquier drama que se le presentara. Ahora ambicionaba algo que se saliera de lo corriente.

No había duda de que poseía una verdadera sensibilidad para esta clase de asuntos. Conocía por instinto el momento en que se avecinaban los elementos de un drama. Olfateaba el rastro como un adiestrado sabueso. Desde su llegada a Royston aquella misma tarde, su extraña facultad interna se había despertado y le había puesto en alerta. Algo extraño sucedía o estaba a punto de suceder.

La reunión familiar no era numerosa. Allí estaba Tom Evesham, su genial y divertido anfitrión con su esposa, taciturna y amante de la política, de soltera conocida con el nombre de lady Laura Keene. Estaba también sir Richard Conway, soldado, viajero y deportista, y otros seis o siete jóvenes cuyos nombres el señor Satterthwaite no había conseguido retener; y también estaban los Portal.

Eran los Portal los que interesaban al señor Satterthwaite.

Era la primera vez que veía a Alex Portal, pero lo sabía todo de él. Había conocido a su padre y a su abuelo. Alex Portal se parecía mucho a ellos. Era un hombre que frisaba los cuarenta, de cabellos rubios y ojos azules y como todos los Portal, amante del deporte, bueno en todos los juegos y carente de toda imaginación. No había nada especial en Alex Portal. Era el prototipo del inglés corriente.

Pero su esposa era diferente. Ésta, como sabía el señor Satterthwaite, era australiana. Portal se había marchado a Australia dos años antes, la había conocido allí, se había casado con ella y con ella había regresado a su país natal. Su mujer no había estado nunca en Inglaterra antes de su boda. De todos modos, no se parecía a ninguna de las australianas que el señor Satterthwaite había conocido.

La observó discretamente. Interesante mujer, ¡muy interesante! Tan serena y, sin embargo, tan llena de vida. ¡Eso! ¡Llena de vida! No era exactamente hermosa, no. No se la podía considerar una belleza, pero poseía una especie de encanto trágico que nadie podía dejar de advertir... que ningún hombre podía dejar de advertir. Lo que había de masculino en el señor Satterthwaite se manifestaba con fuerza ante aquella aparición, pero su lado femenino (pues el señor Satterthwaite poseía una fuerte dosis de feminidad) se interesaba igualmente por otra cuestión: ¿por qué la señora Portal se teñía el pelo?

Pocos hombres hubieran notado esa circunstancia, pero el señor Satterthwaite lo sabía. Él entendía de esas cosas y le desconcertaba. Muchas mujeres morenas se tiñen el pelo de rubio, pero nunca se había encontrado con una rubia que se lo tiñera de negro.

Todo en ella le intrigaba. Con misteriosa intuición, dedujo que aquella mujer forzosamente tenía que ser o bien muy feliz o muy desgraciada, pero no era capaz de discernir cuál de los dos estados era correcto y eso le molestaba. Estaba además el hecho de la extraña influencia que al parecer ejercía sobre su marido.

Él la adora, se dijo el señor Satterthwaite, pero algunas veces parece como si la temiera. Esto es muy interesante, especialmente interesante.

Portal bebía en exceso, saltaba a la vista. Y tenía un modo curioso de observar a su mujer cuando ésta no le miraba.

Nervios, pensó el señor Satterthwaite. El tipo es un manojo de nervios. Y ella lo sabe; sin embargo, parece no importarle.

Siguió experimentando una viva curiosidad por el matrimonio. Algo ocurría entre ambos que no alcanzaba a vislumbrar.

Las campanadas del gran reloj de pared, colocado en una esquina del salón, lo sacaron de su ensimismamiento.

—Las doce —dijo Evesham—. Año Nuevo. ¡Feliz Año Nuevo a todos! A decir verdad, este reloj adelanta cinco minutos. ¿Por qué los niños no están levantados y celebran la entrada del nuevo año?

—Ni por un momento se me ha ocurrido que se hayan ido a la cama —contestó plácidamente su esposa—. Probablemente estarán entretenidos en meter cepillos y otros objetos por el estilo en nuestras camas. No sé qué diversión encontrarán en ello. En mis tiempos, no se les hubieran tolerado diabluras semejantes.

—*Autres temps, autres moeurs*[1] —dijo Conway con una sonrisa.

Era un hombre alto y de aspecto marcial. Tanto él como Evesham parecían cortados por el mismo patrón: ambos honrados a carta cabal, amables y sin grandes pretensiones en cuanto a inteligencia.

—En mis años mozos, juntábamos las manos formando un círculo y cantábamos el «Auld Lang Syne»[2] —continuó lady Laura—. «*Should Auld acquaintance be forgot*»[3], ¡tan conmovedor! Por lo menos a mí me lo parecía.

Evesham dio visibles muestras de inquietud.

—¡Por favor, déjalo ya, Laura! —murmuró—. Aquí no.

Atravesó el amplio salón en que se hallaban sentados y encendió otra lámpara.

—¡Qué estúpida soy! —dijo Laura *sotto voce*—. Recuerdo, como es natural, al pobre señor Capel. Querida, ¿la chimenea está demasiado caliente para ti?

Eleanor Portal hizo un movimiento brusco.

—No importa, gracias. Apartaré un poco mi silla.

Tenía una voz preciosa. Uno de esos suaves murmullos cuyos ecos perduran en nuestra memoria, pensó el señor Satterthwaite. Su cara quedaba oculta en la penumbra. ¡Qué lástima!

Desde su posición en la penumbra, volvió a resonar su voz:

—¿El señor... Capel?

—Sí. El antiguo propietario de esta casa. Como usted sabe, se disparó un tiro. ¡Oh, sí, está bien, Tom, querido! No volveré a hablar de ello si no quieres. Fue un gran shock para Tom, por supuesto, porque ocurrió en su presencia. Y usted también estaba, ¿no es verdad, sir Richard?

—Sí, lady Laura.

Un antiguo reloj de pared situado en un rincón de la sala gimió y, tras un zumbido asmático preliminar, dejó oír las doce campanadas.

—Feliz Año Nuevo, Tom —gruñó Conway en tono átono.

Lady Laura recogió pausadamente su labor.

—Bien, ya podemos decir que hemos visto llegar el nuevo año —observó, y a continuación añadió, dirigiéndose a la señora Portal—: ¿Qué quieres hacer, querida?

Eleanor Portal se levantó con rapidez.

—Por mi parte, acostarme —contestó esta con despreocupación.

Está muy pálida, pensó el señor Satterthwaite, al tiempo que abandonaba como los demás su asiento y procedía a ocuparse de las velas. Normalmente no está tan pálida como ahora.

Encendió una vela y se la ofreció a la señora Portal con una anticuada y ceremoniosa inclinación. Ella la aceptó con unas palabras de agradecimiento y procedió a subir lentamente la escalera.

Repentinamente, el señor Satterthwaite sintió el imperioso impulso de ir tras ella, de seguirla, para tranquilizarla. Tenía el extraño presentimiento de que algún peligro la amenazaba. El impulso se disipó súbitamente y se sintió avergonzado. Los nervios parecían también haber hecho presa en él.

Ella había empezado a subir las escaleras sin dignarse volver la vista en dirección a su marido, pero de pronto le lanzó por encima del hombro una inquisitiva mirada llena de una extraña intensidad que afectó al señor Satterthwaite de un modo peculiar.

Se encontró dando las buenas noches a la señora de la casa con cierto aturdimiento.

—Estoy segura de que el nuevo año nos traerá felicidad —decía lady Laura—. Aunque la situación política parece llena de graves incertidumbres.

—Así es —contestó Satterthwaite en tono convencido—. Estoy seguro.

—Yo solo deseo —continuó diciendo lady Laura sin el más leve cambio en su entonación— que el primer hombre que atraviese el umbral de mi puerta sea moreno. Creo que usted conoce esa superstición, ¿verdad, señor Satterthwaite? ¿No? Me sorprende. Para que la suerte entre en una casa, es preciso que el primer hombre que pise el umbral el día de Año Nuevo sea moreno.

¡Válgame Dios! ¡Espero que no me encuentre algo desagradable en mi cama! No me fío de los niños. ¡Son tan traviesos...!

Meneando la cabeza como si tuviera un triste presentimiento, lady Laura se encaminó majestuosamente hacia la escalera.

Con la partida de las mujeres, se produjo una reunión de sillas alrededor de los acogedores leños que ardían en la gran boca de la chimenea.

—Ustedes ya me dirán basta —dijo hospitalariamente Evesham, mientras servía el whisky.

Cuando todo el mundo estuvo servido, la conversación recayó de nuevo sobre el tema tabú de momentos antes.

—Tú conocías a Derek Capel, ¿verdad, Satterthwaite? —preguntó Conway.

—Superficialmente.

—¿Y tú, Portal?

—No, nunca lo conocí.

Pronunció estas palabras con un tono tan agresivo y a la defensiva que Satterthwaite le miró sorprendido.

—Me molesta cada vez que Laura trae a colación ese suceso —dijo lentamente Evesham—. Después de la tragedia, como ustedes saben, esta casa fue vendida a un rico fabricante. La abandonó un año más tarde alegando que no acababa de satisfacerle o algo por el estilo. Circularon después una sarta de disparatados rumores que sostenían que la casa estaba encantada, cosa que le dio una lamentable reputación. Después, Laura me pidió que me presentase a candidato por West Kidleby, lo cual, evidentemente, significaba tener que instalarnos en este distrito, donde no era fácil encontrar una casa adecuada. Royston estaba en venta a bajo precio y, en fin, acabé por comprarla. Los fantasmas no pasan de ser una mera superchería, pero es desagradable que le recuerden a uno que vive en una casa en la que se suicidó uno tus propios amigos. ¡Pobre Derek! Nunca llegaremos a saber por qué lo hizo.

—No habrá sido el primero ni será tampoco el último que se suicida sin dar un motivo razonable —dijo Alex Portal con melancolía.

Al decirlo, se levantó y se sirvió pródigamente más whisky.

Hay algo equivocado detrás de todo esto, se dijo a sí mismo Satterthwaite. ¡Pero algo muy equivocado! Me gustaría conocer a fondo el asunto.

—¡Escuchen el viento! —intervino Conway—. ¡Hace una noche terrible!

—Una noche ideal para que se paseen los fantasmas —dijo Portal con una risa sarcástica—. Todos los diablos del infierno deben andar sueltos.

—Según lady Laura, incluso el más negro de ellos traería la felicidad a esta casa —añadió Conway, acompañando las palabras con una carcajada—. ¡Escuchen!

El viento silbó con otro estridente gemido y, al calmarse, se dejaron oír tres fuertes golpes en la claveteada puerta de entrada.

Todo el mundo se sobresaltó.

—¿Quién demonios podrá ser a estas horas de la noche? —exclamó Evesham.

Se intercambiaron miradas interrogativas.

—Yo abriré —dijo Evesham—. Los criados se han retirado a descansar.

Se dirigió hacia la puerta, manipuló unos momentos los pesados cerrojos y la abrió de par en par. Una helada ráfaga de viento inundó el salón.

En el marco de la puerta se dibujaba claramente la silueta de un hombre alto y delgado. A los ojos observadores de Satterthwaite, y por curioso efecto de la luz que se filtraba a través de un ventanal de cristales de colores, el hombre parecía vestido con todos los tonos del arco iris. Después, al entrar, se vio que se trataba de un hombre moreno y esbelto que vestía ropa de automovilista.

—Debo presentar mis excusas por esta intromisión —dijo el extraño con voz agradable—. Mi coche ha sufrido una avería. Nada serio, que espero que mi chófer no tardará en reparar, pero no tardará menos de media hora, y como afuera el frío es tan intenso...

Se detuvo y Evesham intervino con presteza:

—¡Por supuesto! Entre usted y acepte una copa. ¿Hay algo con respecto al automóvil en que podamos ayudarle?

—No, gracias. Mi chófer sabe lo que lleva entre manos. Y a propósito, me llamo Quin, Harley Quin.

—Siéntese, señor Quin —dijo Evesham—. Sir Richard Conway, señor Satterthwaite. Y yo me llamo Evesham.

El señor Quin correspondió a las presentaciones y se sentó en la silla que, con hospitalaria atención, Evesham había puesto a su alcance. Al sentarse, y por un curioso efecto del fuego que ardía en la chimenea, una sombra vertical se proyectó en su cara dándole un aspecto como de máscara.

Evesham añadió un par de leños al fuego.

—¿Un trago?

—Gracias.

Mientras Evesham se lo servía, le preguntó:

—¿Conoce bien esta parte del mundo, señor Quin?

—Pasé por aquí hace algunos años.

—¿De veras?

—Sí. Esta casa pertenecía entonces a un hombre llamado Capel.

—En efecto —dijo Evesham—. ¡Pobre Derek Capel! ¿Lo conocía usted?

—Sí, lo conocía.

La actitud de Evesham experimentó un ligero cambio casi imperceptible para quien no hubiese estudiado a fondo el carácter inglés. La sutil reserva que en su principio manifestara había desaparecido por completo. El señor Quin había conocido a Derek Capel. Era, pues, el amigo de un amigo y, como tal, acreedor de su total estima.

—Sorprendente caso el de Capel —comentó en tono confidencial—. Precisamente estábamos hablando de él. Puedo afirmar que no fue sin cierta repugnancia que nos decidimos a comprar esta casa. De haber encontrado alguna otra apropiada... Pero no la había. Yo estaba presente la noche en que se pegó un tiro. También estaba Conway y puedo asegurarle que siempre he esperado que un día u otro su fantasma vagara por aquí.

—Un asunto verdaderamente inexplicable —comentó el señor Quin pausada y deliberadamente, y se detuvo con el aire de un actor que acaba de pronunciar una frase importante del papel.

—Ya puede decir que fue inexplicable —intervino Conway—. Todo fue un oscuro misterio y siempre lo será.

—Quizá —se limitó a decir displicentemente el señor Quin—. ¿Decía usted, sir Richard...?

—Que fue una cosa sorprendente. Un hombre en la flor de la vida, alegre, sencillo y sin preocupaciones de ninguna clase, y en compañía de cinco o seis amigos. Lleno de optimismo y buen humor durante la comida y rebosante de planes para el futuro. Y, de repente, abandona la mesa, sube a su habitación, saca un revólver de un cajón y se pega un tiro. ¿Por qué? Nadie lo supo. Nadie lo sabrá jamás.

—¿No cree usted que exagera un tanto su escepticismo, sir Richard? —preguntó el señor Quin sonriente.

Conway lo miró fijamente.

—¿Qué quiere usted dar a entender? No le comprendo.

—Que un problema no es necesariamente insoluble solo porque aún no se haya solucionado.

—¡Vamos, vamos! Si nada se pudo averiguar entonces, no es probable que se resuelva ahora. ¿Transcurridos diez años?

El señor Quin meneó la cabeza suavemente.

—Permítame que manifieste mi disconformidad. El testimonio de la historia está en su contra. El historiador contemporáneo no escribirá la historia con la misma veracidad que el historiador futuro. Se trata de tener una perspectiva correcta, de ver las cosas en proporción. Si quiere llamarlo de otro modo, podría decirse que, como muchas otras cosas, es una cuestión de relatividad.

Alex Portal se inclinó hacia delante con el rostro contraído de dolor.

—Sí, tiene usted razón, señor Quin —exclamó—, tiene usted razón. El tiempo no altera los hechos. Lo único que hace es presentarlos de nuevo bajo un aspecto diferente.

Evesham sonreía con expresión de tolerancia.

—Entonces lo que usted quiere decir, señor Quin, es que, si tuviéramos que hacer hoy una encuesta judicial, por decirlo así, basada en las circunstancias que rodearon la muerte de Derek Capel, tenemos tantas probabilidades de alcanzar la verdad como las tuvimos en su día.

—Más probabilidades, señor Evesham. La subjetividad ha desaparecido casi por completo y podrá usted recordar los hechos tal cual fueron sin mixtificarlos con su propia interpretación.

Evesham frunció el ceño en actitud de duda.

—Debemos tener, como es natural, un punto de partida —añadió el señor Quin con su tranquilo tono de voz—. Un punto de partida es, generalmente, una teoría. Estoy seguro de que alguno de ustedes la tiene. ¿Usted, por ejemplo, sir Richard?

Conway frunció el ceño con expresión pensativa.

—Claro que —dijo en tono de disculpa— nosotros pensamos, todos pensamos, que una mujer andaba mezclada en ello. Eso o el dinero es lo más usual, ¿no es cierto? Como ciertamente no se trataba del dinero, no hay miedo a equivocarse, ¿a qué otra cosa podía achacarse?

El señor Satterthwaite se sobresaltó. Se inclinó hacia delante con el objeto de hacer una pequeña observación, cuando sus ojos captaron la figura de una mujer agazapada contra los barrotes de la balaustrada que remataba la galería superior, invisible por su posición, a la mirada de cualquiera de los presentes con excepción de la suya. Evidentemente escuchaba con avidez cuanto abajo se decía. Tal era su inmovilidad que tentado estuvo de no dar crédito a sus propios ojos.

Pero reconoció sin dificultad el estampado de su vestido, un rico brocado de diseño medieval. Era Eleanor Portal.

Y de súbito, todos los acontecimientos de aquella noche parecieron encajar como las piezas de un rompecabezas. La misma llegada del señor Quin no era un mero accidente fortuito, sino la aparición de un nuevo personaje al que se había dado paso dentro del drama que se representaba en el gran salón de la mansión Royston, un drama no menos real, aunque uno de los actores hubiera muerto. Sin duda, Derek Capel también había tenido su papel. El señor Satterthwaite estaba seguro.

Y, de repente, recibió una nueva iluminación. Esto era obra del señor Quin. Él era el director de la obra, el que concedía los papeles a los actores. El que situado en el centro del misterio tiraba de los hilos haciendo trabajar a sus muñecos. Lo sabía todo, hasta la presencia de aquella mujer escondida tras la balaustrada de la galería. Sí. Lo sabía.

Cómodamente apoyado en el respaldo de su silla y consciente de su importante papel de espectador, el señor Satterthwaite contempló las incidencias del drama que se desarrollaba ante sus ojos. El señor Quin seguía tirando de los hilos, poniendo a sus marionetas en acción.

—Una mujer, sí... —murmuró pensativamente—. ¿No se mencionó a ninguna mujer durante el transcurso de aquella cena?

—¡Claro que sí! —exclamó Evesham—. Anunció su compromiso. Esto era lo que le tenía tan entusiasmado. Estaba muy excitado con todo aquello. Dijo que no pensaba anunciarlo todavía, pero nos dio a entender que todo iba a ir muy rápido.

—Todos supusimos quién era la dama, como es natural —dijo Conway—: Marjorie Dilke. Bonita muchacha.

Pareció que era al señor Quin a quien correspondía el turno de hablar, pero no lo hizo y su silencio dio la sensación de una provocación, un reto a la veracidad de esta última declaración. Tuvo el efecto de poner a Conway en una posición defensiva.

—¿Qué otra persona hubiese podido ser? ¿Verdad, Evesham?

—No lo sé —contestó Tom Evesham pausadamente—. ¿Qué es lo que dijo con exactitud? Algo acerca de la proximidad de su boda, que no podía decirnos el nombre de su novia hasta que esta no lo autorizara y que por eso aún no podía hacerlo público. De lo que sí me acuerdo es de que aseguró ser el hombre más afortunado de la tierra. Que quería que sus dos viejos amigos supiesen que al año siguiente a lo más tardar, se habría convertido en un casado feliz. Como es natural, todos presumimos que se trataría de Marjorie. Eran grandes amigos y se les veía juntos con mucha frecuencia.

—Lo único que... —empezó a decir Conway, pero se detuvo.

—¿Qué ibas a decir, Dick?

—Quiero decir que, en realidad, tratándose de Marjorie, era raro que no anunciara el compromiso. ¿Por qué tanto misterio? Más bien parecía que podía tratarse de una mujer casada. Ya me entendéis. De alguna mujer que hubiera enviudado recientemente o que acabara de divorciarse.

—Es verdad —replicó Evesham—. Si ese hubiese sido el caso, el compromiso, como es natural, no habría podido anunciarse de inmediato. Y ahora que recuerdo, en aquella época no se veía con Marjorie con la frecuencia que nosotros decimos. Eso fue el año anterior. Y hasta creo recordar que las relaciones entre ellos parecían haberse enfriado considerablemente.

—Es curioso —interpuso el señor Quin.

—Sí, casi parecía como si otra mujer se hubiese interpuesto entre ambos.

—Otra mujer —dijo Conway pensativamente.

—¡Por Júpiter! —exclamó Evesham—. Recordad que había algo obsceno en la hilaridad de Derek aquella noche. Parecía ebrio de felicidad y, sin embargo, sin poder explicar lo que con esto quiero decir, había también un extraño desafío en su actitud.

—Como la del hombre que reta al destino —interpuso Alex Portal en tono sombrío.

¿Era a Derek Capel o era a sí mismo a quien iban dirigidas aquellas palabras?

El señor Satterthwaite lo miró y se inclinó por lo último. Sí, aquella era la impresión que daba Alex Portal: la de un hombre que desafiaba a su destino.

Su imaginación, embotada por el licor, había respondido súbitamente a aquella fase de la historia que le había hecho recordar alguna preocupación.

El señor Satterthwaite levantó la vista. Allí continuaba ella. Observando y escuchando. Inmóvil y helada como un cadáver.

—Cierto —contestó Conway—. Capel estaba curiosamente excitado. Podría describirlo como un hombre que hubiese apostado fuertemente y ganado por un pelo contra un sinnúmero de abrumadoras contrariedades.

—¿Acumulando energías para llevar a cabo lo que su mente le pedía hacer? —sugirió Portal.

Y como impulsado por una asociación de ideas, se levantó y llenó nuevamente su vaso.

—Ni pensarlo —contestó Evesham con acritud—. Podría jurar que en su imaginación no había nada de eso. Conway tiene razón: era como un jugador que ha disparado un tiro al azar y no acaba de creer en su buena suerte. Esa era su actitud.

Conway hizo un gesto de desaliento.

—Y sin embargo —dijo—, diez minutos después...

Todos permanecieron unos instantes en silencio. Evesham dejó caer pesadamente el puño sobre la mesa.

—Algo debió suceder durante aquellos diez minutos —exclamó—. ¡Indiscutiblemente! Pero ¿qué? Analicémoslo detenidamente. Todos hablábamos a un tiempo. En medio de la algazara, Capel se levanta apresuradamente y abandona la habitación...

—¿Por qué? —preguntó el señor Quin.

La interrupción pareció desconcertar a Evesham.

—¿Decía usted?

—Dije simplemente «¿por qué?» —replicó el señor Quin.

Evesham frunció el entrecejo para esforzar su memoria.

—No ocurrió nada importante en aquel momento. ¡Ah, sí! Ahora recuerdo: fue el correo. ¿No recordáis el sonido de la campanilla en medio del bullicio y lo excitados que estábamos todos? Recordad que llevábamos tres días bloqueados por la nieve. Una de las tormentas más grandes que se habían visto en muchísimos años. Los caminos estaban intransitables. Sin periódicos. Sin cartas. Capel salió para ver si había conseguido recibirse algo al fin y volvió cargado con un montón de periódicos y cartas. Abrió uno de los diarios en busca de noticias recientes y, a continuación, subió las escaleras acompañado de su fajo de cartas. Tres minutos después oímos un disparo. Inexplicable, absolutamente inexplicable.

—Nada inexplicable —se aventuró a decir Portal—. El muchacho debió recibir noticias inesperadas en una de las cartas. Yo diría que eso era obvio.

—¡Oh! No creerá usted que habíamos pasado por alto algo tan obvio. Fue una de las primeras preguntas que hizo el forense. Pero Capel no había llegado a abrir una sola de sus cartas. El montón yacía intacto sobre una mesa.

Portal parecía profundamente abatido.

—¿Está usted seguro de que no llegó a abrir ni siquiera una de ellas? Pudo muy bien haberla destruido después de leerla.

—Estoy muy seguro. Claro que esa hubiera sido una solución natural. Pero no, ninguna de las cartas había sido abierta. Ningún rastro de papel se encontró hecho pedazos o quemado. Por añadidura, no estaba encendida la chimenea de su habitación.

Portal sacudió la cabeza.

—Extraordinario.

—Fue un asunto muy desagradable —comentó Evesham con voz queda—. Conway y yo subimos al oír el tiro y lo encontramos... Le puedo asegurar que me produjo un gran shock.

—Supongo que lo único que quedaba por hacer era telefonear a la policía —afirmó el señor Quin.

—En Royston no había teléfono en aquel entonces. Yo lo hice poner cuando la compré. No, afortunadamente, el agente de la policía local se hallaba en aquel momento en la cocina. Uno de los perros, ¿te acuerdas del pobre Rover, Conway?, se había extraviado el día anterior. Un carretero que pasaba por allí lo encontró medio enterrado en un montón de nieve y lo llevaron a la comisaría de policía. Lo reconocieron al instante, pues era uno de los perros por el que Capel sentía verdadero afecto, y el propio agente se encargó de traerlo. Acababa de llegar cuando sonó el disparo, lo que nos salvó de una infinidad de molestias.

—¡Qué tormenta más horrible aquella! —repitió Conway, recordando—. Fue por esta época del año, ¿no es verdad? A principios de enero.

—Creo que en febrero. Recuerdo que, poco tiempo después, hicimos un viaje.

—Estoy seguro de que fue en enero. Mi caballo Ned, ¿te acuerdas de Ned?, se hirió a finales de enero, y esto fue poco después de ocurrir el suceso.

—Entonces fue a finales de enero. Es curioso lo difícil que resulta recordar fechas después de algunos años.

—Es una de las cosas más difíciles del mundo —comentó el señor Quin—. A menos que se encuentre un punto de referencia en algún acontecimiento importante, como el asesinato de un monarca o algún proceso sensacional.

—¡Claro! ¡En efecto! —exclamó Conway—. Fue poco antes de la vista del caso Appleton.

—¿No fue después?

—No, no, acuérdate. Capel conocía a los Appleton y había residido en casa de éstos durante la primavera anterior, una semana antes de su fallecimiento. Recuerdo que una noche nos habló de lo tacaño que era, y de lo desesperante que debía ser para una mujer joven y bonita como la señora Appleton estar atada a un hombre así. No había sospechas de que ella hubiese podido tener participación alguna en dicha muerte.

—¡Por Júpiter, tienes razón! Recuerdo que leí un artículo del periódico que decía que se había dictado una orden de exhumación. Y esto debió ser aquel mismo día. La confusión de mi

mente solo se debe al hecho de que mi cabeza estaba pensando en aquellos momentos en el pobre Derek que yacía arriba.

—Un fenómeno corriente pero muy curioso —observó el señor Quin—. En momentos de gran tribulación, la mente se concentra en cosas al parecer insignificantes, que después se recuerdan con estricta fidelidad, como si hubieran sido impresas por la misma tensión mental que entonces nos dominaba. Puede tratarse de un detalle sin importancia, como el dibujo del papel de la pared, pero nunca más se olvida.

—Hay algo extraordinario en sus palabras, señor Quin —dijo Conway—. Mientras usted hablaba, me sentí repentinamente transportado a la habitación de Derek Capel y volví a verle tendido, muerto en el suelo. También, con toda claridad, vi el árbol que se erguía ante la ventana y la sombra que proyectaba sobre la nieve que cubría el jardín. Sí... la luz de la luna... la nieve... la sombra del árbol... los veo de nuevo ahora mismo. Por Dios que podría dibujarlos y, en aquel momento, ni siquiera me di cuenta de que los contemplaba.

—Su habitación daba sobre el porche, ¿no es verdad? —preguntó el señor Quin.

—Sí. Y el árbol era una corpulenta haya que estaba en el ángulo mismo de la avenida de entrada.

El señor Quin asintió complacido. El señor Satterthwaite le observaba intrigado. Estaba convencido de que cada palabra, cada inflexión en la voz del señor Quin, obedecían a un determinado propósito. Se dirigían a algo que el señor Satterthwaite no podía en aquellos momentos entrever, pero estaba convencido de quién era el verdadero dueño de la situación.

Hubo una pausa momentánea, pasada la cual Evesham volvió a insistir en el tema precedente.

—Recuerdo ahora muy bien el caso Appleton. Produjo una gran sensación. Ella resultó absuelta, ¿no es verdad? Bonita mujer. Muy rubia. Deslumbradoramente rubia.

Casi contra su voluntad, los ojos del señor Satterthwaite buscaron la figura arrodillada de arriba. Sería pura ilusión, pero le pareció verla estremecerse como bajo la acción de un soplo de aire. ¿Sería también ilusión la mano que se deslizó sobre el mantel y después se detuvo?

Siguió el estrépito que produce el cristal al estrellarse contra el suelo. A Alex Portal, al servirse el whisky, se le había caído la botella de las manos.

—Perdón, caballeros. No sé qué me ha pasado.

Evesham cortó en seco sus excusas.

—No tiene importancia, mi querido amigo. ¡Es extraño! Esto me trae otro nuevo recuerdo. ¿No fue eso mismo lo que hizo la señora Appleton? ¿No rompió la botella de oporto?

—Sí. El viejo Appleton acostumbraba a tomar siempre una copa de oporto. Solo una cada noche. El día siguiente a su muerte, uno de los criados vio que ella cogía el frasco y lo hacía trizas deliberadamente. Como es natural, esta acción se prestó a muchos comentarios. Todos sabían lo desgraciada que ella había sido con él. El rumor se fue extendiendo hasta que al fin, tres meses después, algunos parientes decidieron solicitar una orden de exhumación. Y tal como se supuso, Appleton había muerto envenenado. Fue con arsénico, ¿no es verdad?

—No, con estricnina. Pero eso es lo de menos. El hecho es que fue envenenado. Lógicamente, solo podía haberlo hecho una persona. Se celebró la vista y la señora Appleton fue absuelta, más por falta de pruebas materiales que por convicción en su inocencia. Dicho en otras palabras: le acompañó la suerte, pues supongo que no había muchas dudas de que lo hizo ella. ¿Qué fue de ella después?

—Creo que se marchó a Canadá. O no sé si a Australia. Tenía allí un tío, o algo por el estilo, que le ofreció su casa. Es lo mejor que pudo hacer dadas las circunstancias.

El señor Satterthwaite estaba como fascinado viendo la fuerza con que Alex Portal estrujaba el vaso entre sus dedos.

No tardarás en romperlo si no tienes cuidado y continúas apretando de esa manera, pensó el señor Satterthwaite. ¡Dios mío, y qué interesante es todo esto!

Evesham se levantó y se sirvió otro vaso.

—Bien. No hemos adelantado gran cosa en saber por qué se mató el pobre Derek —comentó—. Nuestro tribunal no ha tenido gran éxito ¿no le parece, señor Quin?

El señor Quin se echó a reír...

Era una risa extraña, burlona, aunque no exenta de tristeza, que hizo saltar a todos de sus asientos.

—Perdone, señor Evesham —dijo—, sigue usted viviendo en el pasado. Se halla usted todavía dominado por ideas preconcebidas. Pero yo, el forastero, el visitante de paso, veo solo los hechos.

—¿Los hechos?

—¡Sí! ¡Los hechos!

El señor Satterthwaite había terminado con su parte del papel.

De pronto, un largo y tembloroso suspiro llenó el aire con sus ecos.

—¡Dios santo! —exclamó Evesham sobresaltado—. ¿Qué ha sido eso?

El señor Satterthwaite podía haberle dicho que se trataba de Eleanor Portal desde la galería de arriba, pero era demasiado artista para estropear un efecto como aquel.

El señor Quin sonreía.

—Mi coche ya debe estar listo —dijo—. Gracias por su hospitalidad, señor Evesham. Espero haber hecho alguna cosa por mi amigo.

Todos le miraron con mudo asombro.

—¿No les ha chocado ese aspecto de la cuestión? Como ustedes saben, él amaba a esa mujer. Tanto como para cometer un asesinato por ella. Cuando la justicia le alcanzó, como equivocadamente creyó, no vaciló en entregar su vida. Pero, inconscientemente, dejó que una pobre mujer tuviese que afrontar las consecuencias.

—Pero fue absuelta —interpuso Evesham.

—Porque no hubo pruebas suficientes contra ella. Me imagino, y conste que no es más que una mera suposición, que ella aún soporta las consecuencias.

Portal se había desplomado en una de las sillas y se cubría la cara con las manos.

Quin se volvió a Satterthwaite.

—Adiós, señor Satterthwaite. Parece estar usted muy interesado en los dramas, ¿verdad?

El señor Satterthwaite, asintió sorprendido.

—Le recomiendo el estudio de la comedia de Arlequín. Está un poco olvidada en nuestros días, pero merece nuestra atención, se lo aseguro. Su simbolismo es un tanto difícil de interpretar, pero, como usted bien sabe, los inmortales son siempre inmortales. Les deseo a todos muy buenas noches.

Todos lo vieron alejarse y desaparecer tragado por las tinieblas de la noche. Como antes, el filtro multicolor de la vidriera le dio un aspecto abigarrado y pintoresco.

El señor Satterthwaite subió a cerrar la ventana de su habitación. El aire era frío. La figura del señor Quin seguía avanzando a lo largo del paseo del jardín, cuando de pronto otra figura, esta vez de mujer, surgió de una de las puertas laterales y se le acercó corriendo. Hablaron unos instantes, pasados los cuales ella encaminó sus pasos de nuevo hacia la casa. Pasó por debajo de la ventana y el señor Satterthwaite se sorprendió al contemplar la expresión de felicidad del rostro de la mujer. Se movía como envuelta en un sueño venturoso.

—¡Eleanor!

Alex Portal había salido a su encuentro.

—Eleanor, perdóname, perdóname. Me dijiste la verdad, pero yo, ¡Dios me perdone!, no acababa de creerla...

El señor Satterthwaite tenía sumo interés en enterarse siempre de las vidas de los demás, pero, como también era un caballero, juzgó prudente no dilatar el momento de cerrar las hojas de su ventana y así lo hizo, aunque lo hizo con lentitud.

Y así pudo llegar a sus oídos la exquisita voz que decía:

—Lo sé, lo sé. Has vivido un infierno. Yo también lo sufrí una vez. Amando... viéndote creer y sospechar a la vez... esforzándote en borrar las propias dudas, pero asaltándote de nuevo. Lo sé, Alex, lo sé. Sin embargo, hay un infierno todavía mayor que éste: el que yo he vivido junto a ti. El de ver cómo tus dudas y tus temores emponzoñaban nuestro cariño. Ese hombre, ese visitante casual, me ha salvado. No podía soportarlo más. Esta noche... esta misma noche iba a quitarme la vida. ¡Oh, Alex, Alex...!

2

LA SOMBRA EN EL CRISTAL

—Escuche esto —decía lady Cynthia Drake.

Y leyó en voz alta el periódico que tenía entre las manos:

—«El señor y la señora Unkerton celebran esta semana una fiesta en Greenways House. Entre los invitados se encuentran lady Cynthia Drake, el señor y la señora Richard Scott, el comandante Porter (Orden al Servicio Distinguido), la señora Staverton, el capitán Allenson y el señor Satterthwaite.»

—Quisiera saber —comentó lady Cynthia soltando el periódico— qué pretenden. ¡Vaya mezcla de gente han invitado!

Su compañero, el propio señor Satterthwaite, cuyo nombre figuraba al pie de la lista de invitados, la miró interrogante. Se decía que la presencia del señor Satterthwaite en la casa de algún nuevo rico era signo de una cocina excepcionalmente buena o de que en ella se desarrollaba algún drama humano. El señor Satterthwaite sentía una curiosidad poco frecuente por las comedias y tragedias de la vida de sus semejantes.

Lady Cynthia, dama de mediana edad, facciones duras y una dosis considerable de maquillaje, le dio un cariñoso golpe con un ejemplar de la última moda en sombrillas que descansaba cruzada sobre sus rodillas.

—No pretenda usted hacer ver que no me entiende. Lo sabe perfectamente y, lo que es más, estoy convencida de que ha venido a propósito para estar en primera fila de los acontecimientos.

El señor Satterthwaite protestó calurosamente. No tenía la más mínima idea de lo que le estaban hablando.

—Me refiero a Richard Scott. No me dirá que no ha oído nunca hablar de él.

—Sí, claro que sí. ¿No es el gran cazador a quien usted se refiere?

—¡Exactamente! «Grandes osos y tigres, etcétera», como dice la canción. Hay que admitir que él mismo es un enorme león, que, naturalmente, los Unkerton tienen sumo placer en haber cazado. ¡Y la esposa! Una chiquilla encantadora, verdaderamente encantadora; pero tan ingenua que solo tiene veinte años, y él, en cambio, cuenta como mínimo cuarenta y cinco.

—La señora Scott parece encantadora —afirmó sosegadamente el señor Satterthwaite.

—Sí, pobre niña.

—¿Por qué dice usted «pobre niña»?

Lady Cynthia le lanzó una mirada de reproche y continuó tratando el tema a su manera.

—De Porter no hay nada que decir. Un tipo taciturno, quizá. Otro de esos cazadores africanos, silenciosos y quemados por el sol. Siempre el segundo y sombra de Richard Scott y, sin embargo, amigos de toda la vida y todas esas cosas. Si me paro a pensar, creo que estuvieron juntos en aquel viaje.

—¿Qué viaje?

—El viaje. El que organizó la señora Staverton. No irá a decirme que no ha oído usted hablar nunca de la señora Staverton.

—He oído hablar de la señora Staverton —admitió, aunque no de buen grado, el señor Satterthwaite.

El y lady Cynthia intercambiaron miradas significativas.

—Solo a los Unkerton se les podía haber ocurrido una cosa así—se lamentó esta última—. No tienen arreglo... socialmente quiero decir. ¡Invitar a los dos al mismo tiempo! Es evidente que habían oído hablar de la señora Staverton y de su afición a los deportes, de sus viajes y hasta de su famoso libro. ¡Pero la gente como los Unkerton ni siquiera se dan cuenta de cuándo meten la pata! El año pasado me tocó la tarea de intentar inculcarles nuestra rutina social, y solo Dios sabe los sudores que me costó. No podía dejarlos solos ni un momento: «¡No hagan ustedes esto!». «¡Mucho cuidado con aquello!» ¡Gracias a Dios que terminó! No es que nos peleáramos, ¡eso no!, pero prefiero que otro se encargue de esa tarea. Como siempre he dicho, puedo soportar la vulgaridad, pero no soporto la mezquindad.

Después de esta expresión algo críptica, lady Cynthia guardó un breve silencio, rumiando con desagrado la mezquindad de los Unkerton.

—Si aún siguiera ocupándome de ellos —continuó—, les diría sin ambages: «No pueden ustedes invitar a la señora Staverton donde esté Richard Scott. Hubo un tiempo en que los dos...».

Y dejó la frase colgada con toda intención.

—¿Los dos? —preguntó el señor Satterthwaite.

—¡Pero, hombre, si es del dominio público! Aquella excursión al interior... Me sorprende el descaro de esa mujer al aceptar esta invitación.

—Quizá ella no sabía que ellos vendrían —sugirió Satterthwaite.

—O quizá sí. Y esto es lo más probable.

—¿Usted cree...?

—Es lo que podríamos llamar una mujer peligrosa de la que no es fácil librarse. No me gustaría estar en el pellejo de Richard Scott este fin de semana.

—¿Y cree usted que su esposa no está enterada?

—Estoy segura de que no. Pero supongo que algún amigo caritativo tarde o temprano le abrirá los ojos. ¡Caramba! Aquí está Jimmy Allenson. ¡Qué muchacho más simpático! Me salvó la vida en Egipto el invierno pasado cuando estaba a punto de morirme de aburrimiento. ¡Hola, Jimmy! Ven aquí ahora mismo.

El capitán Allenson obedeció y fue a sentarse junto a ella en la hierba. Era un atractivo joven, de unos treinta años, dientes blancos y sonrisa contagiosa.

—Me alegro de que alguien me necesite —observó—. Los Scott están jugando a los tórtolos; juego en el que, como usted sabe, de haber tres, siempre sobra uno. Porter está devorando el *Field* y yo he corrido el grave peligro de ser objeto de las atenciones de nuestra anfitriona.

Y se echó a reír coreado por lady Cynthia. El señor Satterthwaite, algo chapado a la antigua, al que no le gustaba hacer mofa de sus anfitriones hasta después de haber abandonado la casa, permaneció grave.

—¡Pobre Jimmy! —dijo lady Cynthia.

—«Nunca te importe el porqué, que solo te importe poder volar.» Me he escapado milagrosamente de tener que escuchar la tenebrosa historia del fantasma familiar.

—¿Un fantasma Unkerton? —exclamó lady Cynthia—. Qué horripilante.

—No es un Unkerton —interpuso el señor Satterthwaite—, sino un Greenways. Iba incluido con la casa.

—¡Claro! —añadió lady Cynthia—. ¡Ahora lo recuerdo! Pero no es de los que arrastran cadenas, ¿no es verdad? Es solo algo que se refiere a una ventana.

Jimmy Allenson levantó la vista con presteza.

—¿Una ventana?

De momento, el señor Satterthwaite no contestó. Su mirada, por encima de la cabeza de Jimmy, contemplaba a las tres personas que se acercaban procedentes de la casa. Eran dos hombres y, entre ellos, la figura de una chica delgada. Había una semejanza superficial entre los dos caballeros. Los dos eran altos, morenos, de caras bronceadas por el sol y ojos penetrantes, pero, vistos de cerca, el parecido desaparecía. Richard Scott, cazador y explorador, era un hombre de una extraordinaria e intensa personalidad. Sus maneras irradiaban un fuerte magnetismo. John Porter, su amigo y compañero de caza, era un hombre de constitución hercúlea, cara impasible de esfinge y ojos grises y profundos. Un hombre tranquilo, contento con el papel de segundón junto a su amigo.

Y entre estos dos hombres caminaba Mona Scott, que hasta hacía tres meses había sido Moira O'Connell. Era una mujer esbelta, de grandes ojos pardos y soñadores y cabello de un rojo dorado que rodeaba su cabeza como el halo de las imágenes de los santos.

No debe permitirse que esta niña sufra el más mínimo daño, se dijo Satterthwaite. Sería abominable hacer sufrir a una criatura como ésta.

Lady Cynthia saludó a los recién llegados agitando su moderna sombrilla.

—Siéntense y no interrumpan —dijo—. El señor Satterthwaite nos está contando una historia de aparecidos.

—Me encantan los cuentos de aparecidos —declaró Moira Scott, dejándose caer sobre la hierba.

—¿El del fantasma de Greenways House? —preguntó Richard Scott.

—El mismo. ¿Lo conoce usted?

Scott asintió.

—Acostumbraba a pasar largas temporadas aquí en los viejos tiempos —explicó—. Esto fue antes de que los Elliot se vieran obligados a vender la casa. Se trata del Caballero Vigilante, ¿no es eso?

—¡El Caballero Vigilante! —repitió Moira en voz baja—. Me gusta el nombre. Lo encuentro interesante. Por favor, siga.

Pero el señor Satterthwaite parecía un poco reacio a seguir y le aseguró que carecía en absoluto de interés.

—¡Ahora sí que la ha hecho usted buena, Satterthwaite! —exclamó Richard Scott en tono sardónico—. Esa misma reticencia ha acabado de despertar nuestra curiosidad.

En respuesta al clamor popular, el señor Satterthwaite se vio obligado a hablar.

—En realidad, no es realmente nada interesante —añadió, en tono de disculpa—. Creo que la historia original gira alrededor de un caballero antepasado de la familia Elliot. La esposa era amante de un «cabeza redonda[4]». El amante mató al marido en una de las habitaciones superiores y la culpable pareja huyó de la casa. Pero mientras corrían, al dirigir una última mirada a la casa, vieron el rostro del marido que les observaba desde una ventana. Esta es la leyenda y la historia del aparecido se refiere solo al vidrio de la ventana de una habitación determinada en el que, en realidad, hay una mancha irregular, casi imperceptible desde cerca, pero que de lejos, da la impresión de la cara de una persona mirando al exterior.

—¿De qué ventana se trata? —preguntó Moira Scott, volviendo la vista hacia la casa.

—No se ve desde aquí —contestó el señor Satterthwaite—. Da precisamente al otro lado, pero debo advertir que fue tapiada por dentro con un disimulado entrepaño hace ya unos cuantos años. Unos cuarenta, para ser más preciso.

—¿Y por qué hicieron eso? Tenía entendido que el fantasma no camina.

—Y así es —aseguró el señor Satterthwaite—. Yo creo que ha sido la fantasía popular la que ha dado alas a esta superstición.

A continuación, y con gran habilidad, desvió el curso de la conversación. Jimmy Allenson se lanzó a comentar y desacreditar las prácticas de los adivinadores de Egipto.

—La mayoría de ellos son un fraude. Le dicen a uno una serie de vaguedades sobre su pasado, pero se guardan en comprometerse respecto al futuro.

—Pues yo siempre creí que era todo lo contrario —observó John Porter.

—Tengo entendido que en nuestro país es ilegal pronosticar el futuro —dijo Richard Scott—. Moira persuadió en cierta ocasión a una gitana para que le dijese la buenaventura, pero a renglón seguido la mujer le devolvió el chelín diciendo que no podía comprometerse a decirle la verdad o algo por el estilo.

—Quizá viera algo tan espantoso que no se atrevió a decírmelo —aventuró Moira.

—No se atormente con eso, señora Scott —interpuso Allenson en tono ligero—. Yo, por lo menos, me niego a creer que a usted la amenace ninguna fatalidad.

«¡Quién sabe!», masculló el señor Satterthwaite para sus adentros. «¡Quién sabe!»

De pronto, levantó la vista. Dos mujeres acababan de salir de la casa y se acercaban en aquella dirección. Una era gruesa y baja, con el cabello negro, inapropiadamente vestida con un traje verde jade, y la otra, alta y delgada con un vestido blanco marfil. La primera era su anfitriona, la señora Unkerton y la segunda, una mujer de quien había oído hablar con frecuencia, pero a quien jamás había visto.

—Señora Staverton —anunció la señora Unkerton con gran complacencia—. Aquí unos amigos.

—Unos amigos que tienen la deplorable virtud de hablar siempre de las cosas más desagradables —murmuró lady Cynthia, pero el señor Satterthwaite no la escuchaba. Observaba detenidamente a la señora Staverton.

Esta, muy desenvuelta y natural, saludó:

—¡Hola, Richard! Hace siglos que no nos vemos. Siento no haber podido asistir a tu boda. ¿Es ésta tu esposa? Estará usted aburrida de oír siempre las mismas historias en boca de los amigotes de su marido.

La respuesta de Moira fue adecuada aunque algo tímida. La mirada apreciativa de la mujer mayor no tardó en desplazarse hacia otro viejo amigo.

—¡Hola, John!

El mismo tono desenvuelto, pero con una sutil diferencia. Una calidez ausente en los saludos anteriores.

Luego, una súbita sonrisa transformó por completo su semblante. Lady Cynthia había acertado por completo. ¡Una mujer peligrosa! Muy rubia, ojos azules y profundos —no los típicos de una sirena— cuya cara en reposo tenía una expresión mezcla de cansancio y ansiedad, Una mujer con una voz suave y aterciopelada y una sonrisa repentina y deslumbrante.

Iris Staverton se sentó. Natural e inevitablemente se convirtió en el centro del grupo, el lugar que uno hubiera pensado que le pertenecía.

El señor Satterthwaite salió de su ensimismamiento al oír la voz del comandante Porter proponiéndole un pequeño paseo que aceptó gustoso, no obstante su poca inclinación a pasear. Ambos hombres se alejaron por el prado.

—Era muy interesante esta historia que acaba usted de contar —dijo el comandante.

—Le enseñaré la ventana —contestó el señor Satterthwaite.

Lo condujo, dando un rodeo, al lado oeste de la casa, donde había un pequeño y bien cuidado jardín conocido por el nombre de jardín de los Confidentes, y que parecía hacer honor a su nombre, pues estaba totalmente rodeado de altos macizos de acebo que zigzagueaban hasta la entrada.

Una vez dentro de él, la vista se deleitaba en la contemplación de unos encantadores y bien cuidados parterres florales, enlosados senderos y bajos bancos de piedra primorosamente labrados. Al llegar al centro del jardín, el señor Satterthwaite se volvió y señaló la casa. Esta corría longitudinalmente de norte a sur. En la estrecha pared occidental se veía una solitaria ventana situada en el primer piso, casi cubierta por la yedra, con tétricos cristales y que, como fácilmente podía observarse, estaba tapiada con una gran plancha de madera por el interior.

—Ahí la tiene —dijo el señor Satterthwaite.

Porter estiró el cuello y miró en la dirección que le indicaban.

—Todo lo que veo es una especie de decoloración en uno de los cristales, nada más.

—Estamos demasiado cerca —añadió el señor Satterthwaite—. Hay un claro en una de las arboledas de la colina desde donde podremos tener una buena vista.

Salieron del jardín de los Confidentes y, torciendo bruscamente a la izquierda, entraron en los bosques. Una especie de afán exhibicionista le dominaba, sin reparar en la poca atención que

su compañero prestaba a sus palabras.

—Como es natural, al tapiar esta ventana, tuvieron que hacer otra —explicó—. La nueva está orientada al sur y domina el césped donde hemos estado sentados. Me imagino que los Scott son los que ocupan esa habitación. Por eso juzgué prudente no seguir con el relato. Quizá la señora Scott se hubiese puesto nerviosa al saber que dormía en lo que pudiéramos llamar la habitación encantada.

—Ya veo, ya... —dijo Porter.

El señor Satterthwaite le miró de pronto y advirtió que Porter ni siquiera se había dignado escucharle.

—Muy interesante —añadió este último, cortando con su bastón los tallos de unas florecillas silvestres. Frunció el ceño y añadió—: No debía haber venido. Ella no debió haber venido.

La gente solía hablar de aquella forma al señor Satterthwaite. Parecía tan anodino, de una personalidad tan poco importante... Y sin embargo, era un oyente atento.

—No —repitió Porter—, nunca debería haber venido.

Instintivamente el señor Satterthwaite supo que no se refería a la señora Scott.

—¿Lo cree usted así? —preguntó.

Porter meneó la cabeza como perdido en sus pensamientos.

—Yo también estaba en ese viaje —exclamó abruptamente—. Los tres estuvimos: Scott, Iris y yo. Es una mujer admirable y con una condenadamente buena puntería —Hizo una pausa—. ¿Por qué la invitaron? —acabó con brusquedad.

El señor Satterthwaite se encogió de hombros.

—Por ignorancia —contestó.

—Va a haber problemas —declaró el primero—. Debemos estar alerta... y hacer lo que podamos.

—Pero, en realidad, la señora Staverton...

—Me refería a Scott —Hizo una breve pausa—. Como usted comprenderá, hemos de tener muy en cuenta a la señora Scott.

En realidad, este detalle no se había escapado a la perspicacia del señor Satterthwaite, pero no creyó prudente mencionarlo, ya que su interlocutor pareció no haberse dado cuenta de él hasta el último momento.

—¿Cómo conoció Scott a la que es hoy su esposa? —preguntó.

—El invierno pasado en El Cairo. Fue una boda casi relámpago. Se prometieron a las tres semanas y se casaron a las seis.

—Ella parece una muchacha encantadora.

—Y lo es, sin duda alguna. Y él la adora, aunque esto último no cambia las cosas. —De nuevo el comandante Porter repitió algo, como para sí, conjugando el verbo de manera que solo a una determinada persona podía hacer referencia—: ¡Al diablo con todo! Repito que ella no debería haber venido.

En aquel momento, salieron a un alto a no mucha distancia de la casa. El señor Satterthwaite se sintió de nuevo poseído de su espíritu exhibicionista. Alargó el brazo y exclamó:

—¡Fíjese!

La noche caía rápidamente. La ventana aún se veía con perfecta claridad y, pegada a uno de los cristales, se divisaba claramente la silueta de una cabeza de hombre rematada por un ancho sombrero emplumado de caballero medieval.

—Muy curioso —dijo Porter—. Verdaderamente curioso. Pero ¿qué sucedería si, algún día, destrozaran ese cristal?

El señor Satterthwaite sonrió.

—Esa es precisamente una de las partes más interesantes de la historia. Ese cristal ha sido reemplazado, que yo sepa, por lo menos once veces. Quizá más. La última vez, hará unos doce años, cuando el nuevo propietario de la casa decidió acabar de una vez con la leyenda. Pero siempre ocurre lo mismo: por extraño que parezca, la mancha reaparece, no súbita, sino gradualmente, puesto que la decoloración tarda uno o dos meses en formarse.

Por primera vez, Porter mostró cierto interés en lo que escuchaba. Experimentó un repentino y rápido estremecimiento.

—Condenadas leyendas. No vale la pena hacerles caso. Y cuál fue el verdadero motivo de que se tapiara la ventana?

—Pues que empezó a circular el rumor de que la habitación traía mala suerte. Los Evesham estuvieron en ella y al poco tiempo se divorciaron. Stanley y su mujer también la ocuparon y el marido no tardó en huir del lado de su esposa y escaparse con una corista.

Porter enarcó las cejas.

—Por lo que veo, la amenaza no es a las vidas, sino a la moral.

Y ahora, pensó el señor Satterthwaite para sí, son los Scott los que la ocupan. ¡Quién sabe si...!

Emprendieron el regreso a la casa en silencio. Al caminar sin ruido por la blanda hierba, cada uno absorbido en sus propios pensamientos, tuvieron que escuchar sin querer lo que alguien decía.

Bordeaban uno de los macizos de acebo cuando, desde el fondo del jardín de los Confidentes, llegó hasta ellos la voz clara de Iris Staverton, que decía con tono airado:

—¡Lamentarás esto! ¡Lo lamentarás!

La voz baja y entrecortada de Scott contestó unas frases ininteligibles y, de nuevo, la voz de la mujer se alzó nuevamente y dejó oír unas palabras que ambos hombres recordarían posteriormente.

—Los celos son malos consejeros. Son obra del Diablo y pueden llevarlo a uno hasta el crimen. ¡Ten cuidado, Richard! ¡Por lo que más quieras, ten cuidado!

Y a continuación, ella salió del jardín y dio la vuelta a la casa sin verles, alejándose a paso rápido, como temerosa de que alguien pudiera seguirla.

El señor Satterthwaite recordó las palabras de lady Cynthia. Una mujer peligrosa. Por primera vez cruzó por su mente la visión de una tragedia que, rápida e inexorable, estuviera a punto de desencadenarse.

Sin embargo, aquella misma noche sintió vergüenza por sus temores. Todo parecía sereno y normal. Iris Staverton, con su natural desenvoltura, no daba muestras de tensión alguna. Moira Scott continuaba siendo la encantadora y sencilla muchacha de siempre. Las dos mujeres parecían llevarse con la más perfecta armonía. El propio Richard Scott parecía lleno de la mayor jovialidad.

La única persona que parecía preocupada de veras era la señora Unkerton, que decidió confiarse al señor Satterthwaite.

—Sea o no una tontería, hay algo que me pone los pelos de punta. Se lo diré con franqueza. Sin que Ned lo sepa, he decidido enviar a buscar al cristalero.

—¿Al cristalero?

—Sí. Para colocar un nuevo cristal en esa ventana. Ned está orgulloso de ella, dice que da a la casa cierta nota de distinción. A mí, francamente, me desagrada. Al menos tendremos un cristal moderno, limpio y desprovisto de historias desagradables.

—Se olvida usted —dijo el señor Satterthwaite—, o quizá lo ignore, que la mancha acaba siempre por volver a salir.

—Puede que sea así —contestó la señora Unkerton—, pero si eso ocurriera, tendría que admitir que se trata de algo sobrenatural.

El señor Satterthwaite se limitó a alzar las cejas sin contestar.

—Y aunque así fuese —prosiguió la señora Unkerton, en actitud de desafío—, no estamos en situación económica tan precaria, Ned y yo, como para no poder comprar un cristal cada mes o cada semana si fuese preciso.

El señor Satterthwaite no aceptó el desafío. Había visto derrumbarse tantas cosas bajo la acción demoledora del dinero, que llegó a tener sus dudas de que un caballero, por muy fantasma que fuera, pudiese entablar con probabilidades de éxito una lucha contra tan poderoso elemento. Sin embargo, estaba interesado en la preocupación manifiesta de la señora Unkerton. Ni aun ella podía sustraerse a la tensión que había en el ambiente y que pretendían atribuir más a la historia del fantasma que a la incompatibilidad de caracteres de los huéspedes presentes.

El señor Satterthwaite estaba destinado a volver a oír otro fragmento de conversación que acabó de arrojar alguna luz sobre la situación. Subía la escalinata hacia su habitación, cuando vio a John Porter y a la señora Staverton sentados en un rincón de la gran sala y oyó cómo esta última decía con su agradable voz alterada por un leve tono de irritación:

—No tenía la más remota idea de que pudiese encontrarme aquí con los Scott y, por descontado, te digo que, de haberlo sabido, querido John, no hubiera venido. Pero también te aseguro, querido John, que una vez aquí, no pienso salir huyendo.

El señor Satterthwaite siguió subiendo y se perdió el resto de la conversación. Murmuró para sí: No sé qué pensar. ¿Qué habrá de verdad en lo que acaba de decir? ¿Lo sabía? ¿No?

Veremos qué sale de todo esto.

Y meneó la cabeza de un lado a otro.

La clara luz de la mañana siguiente le hizo pensar que su imaginación le había impulsado a considerar los acontecimientos de la tarde anterior bajo una luz de excesivo dramatismo. Había cierta tensión, era innegable dadas las circunstancias, pero nada más. Las personas acaban siempre por entenderse. Sus temores sobre una catástrofe inminente eran producto de los nervios, puros nervios, o quizá del hígado. Sin duda. Recordó que dentro de una quincena, tenía que ir a Carlsbad[5].

Al atardecer, él mismo propuso un paseo antes de que anocheciera del todo. Sugirió al comandante Porter llegarse de nuevo hasta el claro del bosquecillo para comprobar si la señora Unkerton había cumplido su palabra y había hecho cambiar el cristal de la ventana.

Se dijo a sí mismo: Ejercicio. Eso es lo que necesito: un poco de ejercicio.

Los dos hombres caminaron lentamente a través de la arboleda. Porter, como de costumbre, permaneció en silencio.

—No puedo por menos de creer —charló locuazmente el señor Satterthwaite— que estuvimos un tanto desacertados en nuestras elucubraciones de ayer. Me refiero a la idea que teníamos de que algo malo estaba a punto de ocurrir. Después de todo, las personas deben saber comportarse, dominar sus propios sentimientos y todo lo demás.

—Quizá. —contestó lacónicamente Porter. Y añadió después de transcurridos un par de minutos—: Personas civilizadas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no es infrecuente que las gentes que han vivido largo tiempo alejadas de la civilización retrocedan. Que den un salto atrás o como quiera llamarlo.

Habían salido a la pequeña explanada tapizada de hierba. El señor Satterthwaite respiraba con cierta dificultad. Nunca le habían gustado las cuestas.

Miraron hacia la ventana. La cara seguía allí, más vívida que nunca.

—Parece que nuestra anfitriona se ha arrepentido.

Porter se limitó a dirigir un vistazo fugaz.

—Unkerton ha debido intervenir —dijo con indiferencia—. Es de esos hombres que se sienten honrados con la presencia de un fantasma en el seno de la familia y que por nada del mundo renunciarían a él después de haber pagado dinero contante y sonante por su adquisición.

Permaneció en silencio durante unos instantes, con la mirada fija, no en la casa, sino en los espesos matorrales que les rodeaban.

—¿Nunca se le ha ocurrido pensar —prosiguió— que la civilización es condenadamente peligrosa?

—¿Peligrosa?

Esta observación un tanto revolucionaria sorprendió vivamente al señor Satterthwaite.

—Sí. No hay en ella lo que pudiéramos llamar válvulas de seguridad.

Se volvió rápidamente y ambos iniciaron el descenso por la misma ruta que habían tomado para subir.

—He de confesar que no acabo de comprenderle —dijo el señor Satterthwaite, moviendo con celeridad las piernas para poder seguir las descomunales zancadas de su compañero—. La gente razonable...

Porter lanzó una carcajada corta y desconcertante y miró al atildado caballero que le acompañaba.

—Quizá crea usted que lo que voy a decirle es pura charlatanería, pero lo cierto es que así como hay gentes que pueden olfatear en el aire la proximidad de una tormenta, los hay que pueden predecir con absoluta certeza la existencia de un grave peligro. Se aproxima un peligro, señor Satterthwaite, un peligro enorme. ¡En cualquier instante, cuando menos lo esperemos, puede que...!

Se detuvo en seco, asiendo con fuerza el brazo del señor Satterthwaite y, durante el breve y tenso instante de silencio que transcurrió, pudieron oírse claramente dos detonaciones seguidas por un grito, el alarido angustioso de la voz de una mujer.

—¡Dios mío! —exclamó Porter—. ¡Ya ha ocurrido!

Y se lanzó frenéticamente por el camino con el señor Satterthwaite tras él pisándole jadeante los talones. En menos de un minuto, estuvieron junto a los macizos que rodeaban el jardín de los Confidentes. Al mismo tiempo, y por el lado opuesto de la casa, aparecieron Richard Scott

y el señor Unkerton, que se detuvieron al verlos, mirándose mutuamente y a izquierda y derecha del jardín de los Confidentes.

—Ha... ha sonado por allí —dijo el señor Unkerton, señalando con una mano temblorosa.

—Vamos a verlo —dijo Porter, y se dirigió resueltamente al interior del cercado. Al dar la vuelta al último recodo de la entrada, se detuvo de golpe. El señor Satterthwaite miró por encima de su hombro. Richard Scott soltó un grito de horror.

Había tres personas en el jardín de los Confidentes. Dos yacían sobre el césped, cerca de uno de los bancos de piedra. Un hombre y una mujer. La tercera era la señora Staverton, que estaba de pie junto a ellos y los contemplaba con ojos enloquecidos por el horror, sosteniendo algo en su mano derecha.

—Iris —gritó Porter—. ¡Por el amor de Dios, Iris! ¿Qué tienes en la mano?

Ella bajó la vista sobre el objeto con una expresión entre sorprendida y una inconcebible indiferencia.

—Una pistola. —y añadió después de unos segundos que parecieron una eternidad—: La he recogido del suelo.

El señor Satterthwaite se dirigió al lugar en que Richard Scott y Unkerton permanecían arrodillados en el césped.

—Un médico —decía este último—. Hay que llamar enseguida a un médico.

Pero era ya demasiado tarde para cualquier médico. Jimmy Allenson, el hombre que se burlaba de los vaticinios sobre el futuro, y Moira Scott, a la que la gitana devolviera el chelín, yacían exánimes uno junto al otro.

Fue Richard Scott quien completó un ligero examen. Sus nervios de acero se hicieron evidentes en aquel momento de crisis. Después del grito de desesperación, volvía a ser el mismo.

Depositó tiernamente el cadáver de su esposa en el suelo.

—Un tiro en la espalda —dijo lacónicamente— que la ha atravesado de lado a lado.

Después manipuló el cuerpo de Jimmy Allenson. La herida estaba en el pecho y la bala había quedado alojada en su interior.

John Porter se acercó a ellos.

—No debe tocarse nada —dijo con sequedad—. La policía debe ver las cosas tal cual están en este momento.

—¡La policía! —exclamó Richard Scott como si despertara.

Sus ojos brillaron con súbito fulgor y volvió la vista hacia la mujer que permanecía inmóvil junto al macizo de acebo. Dio un paso en su dirección, pero Porter se movió también para cortarle el paso. Las miradas de los dos amigos se cruzaron como las aceradas hojas de dos espadachines.

Porter meneó la cabeza en una lenta negativa.

—No, Richard —habló—. Quizá lo parezca, pero te aseguro que te equivocas.

Richard Scott habló con dificultad, humedeciendo sus labios resecos:

—Entonces... ¿por qué tiene esa pistola en la mano?

De nuevo Iris Staverton volvió a contestar con voz apagada e inexpresiva:

—La he recogido del suelo.

—La policía —dijo Unkerton incorporándose—. Hay que llamar inmediatamente a la policía. Usted mismo podría hacerlo, señor Scott. Alguien ha de permanecer aquí. Sí, eso es, que alguien se quede.

Con su corrección habitual, el señor Satterthwaite se ofreció a hacerlo, cosa que, con gran alivio por su parte, aceptó el anfitrión.

—Las señoras —trató de explicar—. Debo ser yo quien comunique la noticia a las señoras. A mi querida esposa y a lady Cynthia.

El señor Satterthwaite permaneció en el jardín de los Confidentes, observando atentamente el cuerpo de la que en vida se llamaba Moira Scott.

¡Pobre niña!, se dijo a sí mismo. ¡Pobre niña...!

Reflexionó unos momentos acerca de la maldad humana ¿No era acaso Richard Scott responsable en cierto modo de la muerte de su esposa? Aunque no le gustara la idea, supuso

que colgarían a Iris Staverton, pero ¿a quién sino a Richard Scott podría atribuirse parte de la culpa? La maldad de los hombres...

Y la muchacha, la inocente, había pagado.

La contempló con profunda piedad. Su carita angelical, tan blanca y tan ansiosa de vivir. Su sonrisa constante, que parecía aún bailarle en los labios. Sus finos y rubios cabellos. Sus orejas sonrosadas. Había una pequeña mancha de sangre en uno de los lóbulos y su natural instinto detectivesco le hizo suponer que uno de los pendientes se habría desprendido por la fuerza de la caída. Estiró cuanto pudo el cuello hasta que consiguió ver que una perla colgaba del otro lóbulo.

¡Pobre niña, pobre niña!

—Y ahora, caballero, usted dirá —dijo el inspector Winkfield.

Se hallaban en la biblioteca. El inspector, un fornido y avezado agente de la ley que frisaba los cuarenta años, estaba finalizando sus investigaciones. Había interrogado a la mayor parte de los huéspedes y ya se había formado un criterio más o menos definido sobre el caso. En esos momentos, escuchaba los relatos del señor Satterthwaite y del comandante Porter. El señor Unkerton, desplomado en un sillón, miraba con ojos desorbitados a la pared de enfrente.

—Según creo comprender —decía el inspector—, ustedes habían salido con la sola idea de dar un paseo y volvían a la casa por el sendero que tuerce a la izquierda y sigue a lo largo de lo que llaman el jardín de los Confidentes. ¿Es eso?

—Correcto, inspector.

—Ustedes oyeron dos disparos y un grito agudo de una mujer, ¿verdad?

—Sí.

—Después corrieron tanto como pudieron, salieron del bosquecillo y llegaron a la única entrada del mencionado jardín. Si alguien hubiese salido de él, forzosamente tendría que haberlo hecho por la única entrada, debido a que los setos son impenetrables. Si alguien hubiera salido de los jardines y se hubiera dirigido hacia la derecha, se hubiese topado inevitablemente con el señor Unkerton o con el señor Scott y, de haberse dirigido hacia la izquierda, no lo podría haber hecho sin ser visto por ustedes. ¿Es esto correcto?

—Así es —dijo el comandante Porter, muy lívido.

—Esto lo completa todo —prosiguió el inspector—. Resumiendo: el señor y la señora Unkerton, acompañados de lady Cynthia Drake, estaban sentados en el césped; el señor Scott estaba en la sala del billar, que da precisamente hacia ese césped. A las seis y diez la señora Staverton salió de la casa, cruzó unas cuantas palabras con los que se hallaban allí sentados y se encaminó, doblando la esquina de la casa, en dirección al jardín de los Confidentes. Dos minutos después se oyeron los tiros. El señor Scott salió disparado de la casa y, junto con el señor Unkerton, se dirigió al mencionado jardín. Al mismo tiempo, y en dirección opuesta, aparecieron usted y el señor... eh... Satterthwaite. La señora Staverton estaba allí con una pistola en la mano de la que se habían disparado dos tiros. En mi opinión, ella disparó primero a la mujer que estaría sentada de espaldas en el banco. El capitán Allenson trató de abalanzarse sobre la agresora, pero fue herido en el pecho cuando se dirigía hacia ella. Tengo entendido que había habido... eh... cierta relación entre ella y el señor Scott.

—¡Eso es una condenada mentira! —exclamó Porter con voz estentórea y retadora.

El inspector meneó la cabeza sin contestar.

—¿Cuál es su declaración? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Dice que fue al jardín de los Confidentes buscando solo un poco de reposo y tranquilidad y que, en el momento mismo de doblar el último recodo, oyó los dos disparos. Que entró, que vio una pistola en el suelo y que la recogió. Nadie se cruzó con ella ni a nadie vio en el jardín, con excepción de las dos víctimas —El inspector hizo una pausa elocuente—. Eso es lo que ella ha manifestado y, aunque la previne haciéndole saber que cuanto dijese podría ser utilizado en su contra, insistió en hacer esta declaración.

—Si ella lo ha dicho —interpuso el comandante Porter con la cara presa todavía de una mortal palidez—, es que es la pura verdad. Conozco a Iris Staverton.

—Bien, señor —contestó el inspector—, tenemos tiempo de sobra para volver a tratar esa cuestión. Mientras tanto, me veo obligado a cumplir con mi deber.

Con un brusco movimiento, Porter se volvió hacia el señor Satterthwaite.

—¿Y usted? ¿No puede acaso ayudarnos? ¿No puede usted hacer nada en favor de esa pobre mujer?

El señor Satterthwaite no pudo por menos que sentirse profundamente halagado al ver que alguien como Porter se dignaba solicitar la ayuda de él, el más insignificante de los hombres.

Estaba a punto de articular una evasiva respuesta cuando Thompson, el mayordomo, entró con una bandeja sobre la que podía verse una tarjeta, y se acercó a su señor anunciándose con una

tosecilla significativa.

El señor Unkerton continuaba desplomado sobre el sillón sin participar en todo cuanto ocurría.

—Le dije al caballero que seguramente el señor no podría recibirlo —dijo Thompson—. Pero insistió en que tenía una cita importante y que era de la máxima urgencia.

Unkerton tomó la tarjeta.

—Señor Harley Quin —leyó—. Recuerdo que tenía que verme acerca de la compra de un cuadro. Es verdad que quedamos en vernos, pero dadas las circunstancias...

Pero el señor Satterthwaite se había adelantado al escuchar el nombre.

—¿Ha dicho usted señor Harley Quin? —preguntó sorprendido—. ¡Qué coincidencia! Señor Porter, ¿me preguntaba usted si podía ayudarle? Pues bien, creo que puedo. Este señor Quin es un amigo, o mejor dicho, un conocido mío. Es el hombre más sorprendente que pueda usted imaginar.

—Supongo que será alguno de esos aficionados a resolver problemas policíacos —observó en tono jocoso el inspector.

—No —contestó el señor Satterthwaite—, no es de ese tipo de gente, pero posee la facultad, la misteriosa facultad de mostrarle lúcidamente cuanto haya usted podido ver con sus propios ojos y escuchar con sus propios oídos. Démosle al menos un bosquejo de cuanto ha ocurrido y escuchemos lo que tenga que decirnos.

El señor Unkerton consultó con la mirada al inspector, quien lanzó un fuerte resoplido y se puso a mirar displicentemente al techo. Después, el primero le hizo una pequeña señal de aquiescencia a Thompson, quien abandonó la habitación y volvió a los pocos instantes, acompañado de un desconocido, alto y delgado.

—¿Señor Unkerton? —saludó el extraño personaje, estrechando la mano del dueño de la casa —. Siento molestar en momentos tan intempestivos. Dejaremos nuestra charla sobre ese cuadro para mejor ocasión. ¡Ah! Mi amigo, el señor Satterthwaite. ¿Tan enamorado como siempre de los dramas?

Por un instante, una ligera sonrisa se dibujó en los labios del recién llegado al pronunciar estas palabras.

—Señor Quin —dijo el señor Satterthwaite, visiblemente emocionado—, estamos tratando de esclarecer un drama que acaba de tener lugar en esta casa y desearíamos, tanto el señor Porter

como yo, oír su opinión sobre el mismo.

El señor Quin se sentó. La pantalla coloreada de una de las lámparas arrojaba una luz brillante sobre el gabán a cuadros, dejando su rostro en la sombra como cubierto por una máscara.

Sucintamente el señor Satterthwaite expuso los aspectos principales de la tragedia. Después se detuvo, casi sin aliento, para escuchar las palabras del oráculo.

Pero el señor Quin se limitó a menear la cabeza.

—Una aciaga historia —comentó—. Una tragedia verdaderamente triste y espantosa. La ausencia de motivo aparente la hace muy intrigante.

Unkerton le miró con sorpresa.

—Creo que no lo ha entendido usted bien —añadió—. Alguien oyó a la señora Staverton proferir amenazas graves contra el señor Richard Scott. Estaba mortalmente celosa de su mujer. Celos...

—Estamos completamente de acuerdo sobre este particular —contestó Quin—. Los celos o la posesión demoníaca. Todo es lo mismo. Quizá no me haya expresado con claridad. A lo que yo me refería era al asesinato del capitán Allenson, no al de la señora Scott.

—Tiene usted razón —exclamó Porter, saltando como movido por un resorte—. Hay algo inconsistente en todo esto. Si Iris hubiese decidido matar a la señora Scott, lo lógico hubiera sido que esperase el momento de encontrarse a solas con ella. No me cabe la menor duda. Estamos sobre una pista falsa y creo tener la solución de lo ocurrido. Solo tres personas estaban en aquel momento presentes en el jardín de los Confidentes. Eso es evidente y no trato, por lo tanto, de refutarlo. Pero yo reconstruyo la tragedia de un modo diferente. Supongamos que Jimmy Allenson dispara primero contra la señora Scott y luego vuelve el arma contra sí mismo. Eso es perfectamente lógico, ¿verdad? La pistola se le escapa de las manos al caer y luego es recogida por Iris, según ella misma ha declarado. ¿Qué dice usted a esto, inspector?

Este meneó la cabeza.

—Que es inadmisible, comandante Porter. Si el capitán Allenson hubiese vuelto él arma contra sí mismo, como usted acaba de decir, sus ropas mostrarían alguna señal.

—Quizá mantuviera la pistola a cierta distancia del cuerpo.

—¿Con qué fin? No es lógico. Además, carecería absolutamente de motivo.

—Podría haber perdido la cabeza repentinamente —murmuró Porter, sin gran convicción. Nuevamente guardó silencio. Mas de pronto se irguió y preguntó en tono de reto:

—¿Y bien, señor Quin?

Este último meneó la cabeza.

—No soy ningún mago. Ni siquiera un criminalista. Pero le diré, eso sí, una cosa, y es que creo en el valor de las impresiones. En los momentos de crisis, hay siempre un momento que se destaca sobre los demás; una imagen que subsiste cuando las otras ya se han desvanecido. El señor Satterthwaite habrá sido, a mi entender, entre todos los presentes, quien menos se habrá dejado influir por ideas preconcebidas. ¿Quiere usted retroceder en sus recuerdos, señor Satterthwaite, y decirnos con exactitud el instante que con más fuerza le impresionó? ¿Fue cuando oyeron los disparos? ¿Cuando vieron los cadáveres? ¿Cuando vio la pistola en manos de la señora Staverton? Borre de su mente toda idea preconcebida y cuéntenoslo.

El señor Satterthwaite clavó la mirada en el rostro del señor Quin como un niño a quien se le obliga a repetir una lección de la que no está muy seguro.

—No —contestó pausadamente—. No fue nada de todo eso. El momento que siempre recordaré será cuando me vi solo y arrodillado junto al cadáver de la señora Scott. Descansaba sobre un costado, con el cabello desordenado y con una pequeña mancha de sangre en el lóbulo de una de sus orejas.

Al acabar de pronunciar estas últimas palabras, sintió la impresión de que aquel detalle tan insignificante encerraba algo terrible y de gran trascendencia.

—¿Sangre en la oreja? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo —dijo Unkerton con voz queda.

—Uno de los pendientes debió haber saltado por el impacto de la caída —añadió el señor Satterthwaite.

Esta última afirmación le pareció improbable en el mismo momento que la decía.

—Ella yacía sobre el costado izquierdo —dijo Porter—, y supongo que será esa la oreja que usted menciona.

—No —replicó el señor Satterthwaite, sin titubear—. A la que yo me refería era precisamente a la oreja derecha.

El inspector tosió.

—Encontré esto en la hierba —concedió, mostrando un pequeño aro de oro.

—Pero, por el amor de Dios, inspector —exclamó Porter—, un pendiente no puede haberse hecho pedazos por la mera caída de un cuerpo sobre la hierba. Es más probable que haya sido roto por una bala.

—Así fue —dijo el señor Satterthwaite con repentina inspiración—. Fue una bala. Debe de haber sido una bala.

—Pero solo hubo dos disparos —aclaró el inspector—. Una bala no pudo rozarle la oreja y herirla al propio tiempo por la espalda. Y si un disparo se llevó uno de los pendientes y otro le produjo la muerte, ¿cómo se explica el caso de Allenson...? A menos que... que este hubiese estado frente a ella, muy cerca. Pero no, ni aun así. A menos que... que...

—Que ella hubiese estado en sus brazos. ¿No era eso lo que quería decir usted? —completó el señor Quin con una sonrisa peculiar—. Y bien, ¿por qué no?

Hubo un intercambio de miradas atónitas entre todos los presentes. La idea parecía inadmisible. ¿Allenson y la señora Scott? Imposible.

—¡Pero si apenas se conocían! —exclamó el señor Unkerton, no pudiendo dar crédito a esta suposición.

—No lo sé —dijo el señor Satterthwaite pensativo—. Quizá se conociesen más de lo que nosotros creemos. Lady Cynthia me dijo que Allenson la salvó de morirse de aburrimiento el invierno pasado en Egipto. Y usted —añadió volviéndose a Porter— me contó que, en el invierno pasado y en El Cairo, fue donde Richard Scott conoció a su esposa. ¿Quién nos dice que no intimaron allí también estos dos?

—Apenas se les veía juntos —observó Unkerton.

—Al contrario, más bien parecían esquivarse el uno al otro. Y ahora que pienso...

Como sorprendidos de las conclusiones a las que inesperadamente se había llegado, las miradas se concentraron nuevamente en el señor Quin.

Este se levantó de su asiento.

—¿Han visto ustedes la luz que la impresión del señor Satterthwaite ha arrojado sobre este asunto? —Y añadió volviéndose al señor Unkerton—: Ahora le toca a usted.

—¿Eh? No le comprendo.

—Al entrar en esta casa, observé que estaba usted profundamente pensativo y desearía conocer qué pensamiento era el que le obsesionaba. No importa que no parezca guardar relación alguna con la tragedia ni que crea que es una mera superstición —Unkerton se sobresaltó ligeramente—. Díganosla.

—En realidad no tiene importancia —empezó a decir Unkerton—, ni tiene que ver con lo que aquí se está tratando, y estoy seguro de que solo servirá para provocar la hilaridad de los presentes. Pero, en fin, allá va. Estaba deseando que mi mujer no hubiese tenido nunca la idea de cambiar el cristal de la ventana conocida en esta casa con el nombre de «la ventana encantada». Tenía el presentimiento de que hacerlo acarrearía una maldición sobre nosotros.

Se detuvo sorprendido al ver la fijeza con que dos personas le miraban.

—Pero si no lo ha cambiado todavía —dijo al fin el señor Satterthwaite.

—Sí. Fue lo primero que mandó hacer esta misma mañana.

—¡Dios mío! —exclamó Poner—. Ahora empiezo a comprender. Esa habitación no está empapelada, sino artesonada, ¿verdad?

—Así es. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

Pero Porter ya había salido disparado de la habitación y se dirigía al dormitorio que ocupaban los Scott. Los demás le siguieron. Era un lindo dormitorio artesonado con artísticos entrepaños pintados de color crema con dos ventanas orientadas al mediodía. Porter empezó a palpar la madera que corría a lo largo de la pared oeste.

—Tiene que haber un resorte en alguna parte. ¡Ah!

Hubo un sonido seco y uno de los entrepaños se descorrió, dejando ver la tétrica vidriera de la ventana encantada. Uno de los cristales era nuevo y limpio. Porter se agachó y recogió algo del suelo. Era un fragmento de una pluma de avestruz. Después miró al señor Quin. Este asintió.

Atravesó la habitación y se dirigió a un armario en el que había profusión de sombreros de la difunta y sacó uno de anchas alas y retorcidas plumas. Un costoso sombrero Ascot.

El señor Quin empezó a hablar en un tono reflexivo.

—Imaginemos —dijo— a un hombre que por naturaleza sea intensamente celoso. Un hombre que haya estado aquí hace años y que conoce el secreto del resorte en el artesonado. Sin más ánimo que el de distraerse, abre un día la ventana y pasea su mirada sobre el jardín de los Confidentes. En él, y seguros de que nadie puede sorprender su secreto, están su mujer y un

hombre. Los contempla unos instantes. No puede tener duda de la relación que existe entre ellos. La cólera le ciega. ¿Qué hace? Se le ocurre una idea. Se dirige al armario y se cubre la cabeza con un emplumado sombrero de anchas alas. Está anocheciendo y recuerda la historia de la mancha sobre el cristal. Cualquiera que levante la vista en aquella dirección creerá estar viendo la sombra del Caballero Vigilante. Al amparo de su disfraz, los sigue observando y, en el momento en que ve que uno se echa en brazos del otro, dispara. Su tiro es certero, fatal. Los ve caer y, loco de furia, vuelve a disparar. Esta vez la bala solo acierta a rozar una oreja de la infiel y llevarse uno de sus pendientes. Luego arroja la pistola al jardín, corre escaleras abajo y sale a unirse con los demás, atravesando la sala del billar.

Porter dio un paso hacia él.

—¿Y cómo permitió que acusaran a una inocente? —gritó—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Creo conocer la razón —contestó el señor Quin—. Me imagino, y conste que esto es solo una mera suposición mía, que Richard Scott estuvo un tiempo perdidamente enamorado de Iris Staverton. Tan perdidamente que aún, después de largos años de separación, los celos siguen atormentándole. Hasta casi me atrevo a suponer que hubo un tiempo en que la misma Iris Staverton llegó a creer que estaba enamorada de él. Pero hubo una cacería a la cual fue con él y se enamoró de otro hombre mejor...

—De un hombre mejor... —-murmuró Porter, como aturdido—. ¿No se referirá usted a...?

—Sí —dijo el señor Quin con plácida sonrisa—, me refiero precisamente a usted. —Hizo una pequeña pausa y añadió—: En su lugar, yo no perdería el tiempo y correría a su lado.

—Lo haré —contestó Porter.

Se volvió y salió de la habitación.

3

EN LA HOSTERÍA DEL BUFÓN

El señor Satterthwaite estaba enojado. El día había sido aciago. Habían salido tarde, ya habían tenido dos pinchazos en los neumáticos y, finalmente, se habían equivocado en un cruce y perdido en las intrincadas llanuras de Salisbury Plain. Eran ya cerca de las ocho y aún les faltaban unas cuarenta millas para llegar a Marswick Manor, su punto de destino, cuando un tercer pinchazo acabó por rematar el día.

El señor Satterthwaite, como un pajarito con el plumaje erizado, se paseaba arriba y abajo por delante del garaje del pueblo mientras su chófer discutía ásperamente con el mecánico del lugar.

—Media hora por lo menos —fue el fallo inapelable del encargado de la reparación.

—Y tendremos suerte si no es más que eso —añadió Masters, el chófer—. Lo más probable será que le lleve unos tres cuartos de hora.

—¿Cómo se llama este... este lugar, si puede saberse? —preguntó con impaciencia el señor Satterthwaite.

Iba a decir «agujero olvidado de la mano de Dios», pero su caballerosa consideración por los sentimientos de los demás le contuvo y prefirió sustituirlo por el nombre de «lugar».

—Kirtlington Mallet.

El nombre no aclaró sus dudas y, sin embargo, el nombre le sonó ligeramente familiar. Miró a su alrededor con desesperación. Kirtlington Mallet consistía en una única calle de casas dispersas, un garaje y una estafeta de correos en uno de los lados, complementado por tres tiendas indeterminadas en el otro. Casi al final de la calle, sin embargo, percibió algo que chirriaba y se movía a impulsos del viento, lo cual le hizo concebir ciertas esperanzas.

—Parece que allí hay una posada —se aventuró a decir.

—Sí, señor. —contestó el dueño del garaje—: La hostería del bufón.

—Si me permite una sugerencia, señor —dijo Masters—, ¿por qué no la probamos? Podrían servirle algo de comer. No será a lo que está usted habituado, pero...

Se detuvo, como excusándose, pues era bien sabido que el señor Satterthwaite estaba acostumbrado a la cocina de los mejores chefs continentales y tenía a su servicio a un *cordón bleu* a quien pagaba un fabuloso sueldo.

—No podremos reanudar la marcha hasta dentro de unos tres cuartos de hora casi seguro y son ya más de las ocho, señor. Podría usted telefonear a sir George Foster desde la posada, señor, y comunicarle el motivo de nuestro retraso.

—Parece que lo tenga todo previsto, Masters —contestó el señor Satterthwaite secamente.

Masters, que así lo creía, mantuvo un silencio respetuoso.

El señor Satterthwaite, a pesar de su ferviente deseo de no aceptar sugerencias que viniesen de persona alguna, dado su mal humor, no pudo por menos que mirar calle abajo, en dirección al chirriante letrero y sentir por el consejo una ligera y secreta aprobación interior. Era un hombre que comía como un pajarito, casi un epicúreo, pero aun hombres así no pueden sustraerse a los molestos aguijones del hambre.

—La hostería del Bufón —dijo pensativamente—. ¡Un extraño nombre para una hostería! No creo que lo haya oído antes.

—Son gentes extrañas las que allí entran y salen —observó el mecánico de la localidad.

Estaba inclinado sobre la rueda y su voz sonó apagada y confusa.

—¿Gente extraña? —preguntó el señor Satterthwaite—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

El otro no pudo dar una contestación satisfactoria.

—Gentes que van y vienen, de ese tipo —contestó vagamente.

El señor Satterthwaite reflexionó que las gentes que frecuentan una posada acostumbran a ser casi siempre de las que «van y vienen». La definición, por lo tanto, carecía de precisión, pero estimuló su curiosidad. En cualquier caso, debía pasar de algún modo los tres cuartos de hora. La hostería del Bufón podía ser un lugar de espera tan bueno como otro cualquiera.

Y con sus pequeños pasos característicos, se alejó calle abajo. Un trueno empezaba a retumbar en la lejanía. El mecánico levantó la vista y le dijo a Masters:

—Se acerca una tormenta. Hace rato que la estoy sintiendo en el aire.

—¡Joroba! —comentó Masters—. Y con cuarenta millas todavía por delante.

—Ah, por eso no necesitamos darnos prisa —dijo el otro—. No podrán salir a la carretera hasta que haya escampado. Ese menudo jefe suyo no parece ser de los que les guste viajar con rayos y truenos.

—Espero que le den un buen trato en la fonda —murmuró el chófer—. Me acercaré también yo un momento a tomar un bocado.

—Billy Jones es una excelente persona —le informó el mecánico—. Y, además, un gran cocinero.

El señor William Jones, un corpulento cincuentón dueño de la hostería del Bufón, estaba en esos momentos tratando de congraciarse con nuestro diminuto señor Satterthwaite.

—Puedo hacerle un buen bistec con patatas, señor, y un buen queso como no ha probado usted mejor en su vida. Pase por aquí a la sala del café. Acaba de marcharse el último pescador y la casa ha quedado un poco vacía. Pero no tardará en volverse a llenar para la temporada de caza. En la actualidad, no tenemos más huésped que un caballero llamado Quin.

El señor Satterthwaite se quedó de una pieza.

—¿Quin? —preguntó excitadamente—. ¿Ha dicho usted Quin?

—Ese es su nombre, señor. ¿Es amigo suyo?

—¡Claro! ¡Un gran amigo!

Temblando de excitación, el señor Satterthwaite apenas se daba cuenta de que podía haber por el mundo otras personas que respondiesen a aquel mismo nombre. Pero no lo dudaba. La información dada por el encargado del garaje encajaba perfectamente con nuestro hombre en cuestión. «De esos que van y vienen.» No podía hacerse descripción más acertada de un hombre como el señor Quin. Hasta el nombre de la hostería parecía acomodarse al carácter del personaje.

—¡Qué suerte tengo! —añadió el señor Satterthwaite—. ¡Una coincidencia muy curiosa! ¡Encontrarnos en este lugar! ¿Se trata de Harley Quin?

—El mismo, señor. Esta es la sala del café. ¡Ah! Aquí está el caballero.

Alto, moreno, sonriente, la familiar figura del señor Quin se levantó de la mesa a la que estaba sentado y dejó oír su conocida voz.

—¡Ah, señor Satterthwaite! Volvemos a encontrarnos de forma inesperada.

El señor Satterthwaite estrechó su mano con efusión.

—Encantado, encantado. Debo este placer a una afortunada avería de mi coche. ¿Se hospeda aquí? ¿Se quedará mucho tiempo?

—Sólo esta noche.

—Entonces he tenido suerte.

El señor Satterthwaite se sentó frente a su amigo con un pequeño suspiro de satisfacción y contempló la morena cara sonriente que tenía ante sí, como en espera de noticias.

El señor Quin meneó pausadamente la cabeza.

—Le aseguro —dijo— que no traigo ninguna pecera ni ningún conejo escondido en la manga.

—Qué lástima —contestó el señor Satterthwaite un tanto decepcionado—. Sí, debo confesar que de usted siempre espero algo parecido, como de un prestidigitador. Ja, ja... Es que le veo como a una especie de mago.

—Y sin embargo, es usted siempre, en realidad, el que hace los conjuros y no yo —replicó el señor Quin.

—¡Ah! —exclamó el señor Satterthwaite—, pero no puedo hacerlos sin su presencia. Me faltaría... ¿cómo diríamos...?, inspiración.

El señor Quin meneó la cabeza sonriendo.

—La palabra es demasiado ampulosa. Yo me limito a hacer de apuntador. Eso es todo.

En aquel momento llegó el posadero con pan y mantequilla. Al colocar las cosas sobre la mesa, iluminó la habitación un vivo resplandor seguido de un fuerte trueno.

—Mala noche, caballeros.

—En una noche como esta... —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se detuvo.

—Que Dios me condene —exclamó el dueño de la hostería con cierta inconsciencia— si no eran esas las mismas palabras que yo pensaba emplear. En una noche como esta fue cuando el

capitán Harwell trajo a su esposa a casa, la víspera del día en que desapareció para siempre.

—¡Ah! ¡Ahora caigo! —exclamó súbitamente el señor Satterthwaite.

Había dado con ello. Ahora recordaba por qué el nombre de Kirtlington Mallet le era tan familiar. Tres meses antes había leído todos los detalles de la sorprendente desaparición del capitán Richard Harwell. Como cualquier otro lector de periódicos de Reino Unido, se sintió intrigado por los detalles de la desaparición y, como otros muchos británicos, había también desarrollado sus propias teorías.

—¡Claro! —repitió—. Fue en Kirtlington Mallet donde ocurrió el suceso.

—Paró en esta casa el invierno pasado durante la temporada de caza —añadió el posadero—. ¡Oh! Le conocía muy bien. Un joven apuesto y sin preocupaciones de ninguna clase. Mi opinión es que debió ser víctima de algún accidente. Son muchas las veces que les he visto volver cabalgando a su casa a él y a la señorita Le Couteau. Y a la gente del pueblo les dio por decir que muy pronto habría una boda, y así fue. Era una joven dama hermosísima y muy bien considerada. Canadiense, según creo. ¡Aquí hay un misterio muy profundo! Nunca sabremos lo que realmente pasó. Pero a ella el suceso le rompió el corazón. Todo el mundo lo vio. Vendió la casa y se marchó al extranjero porque no podía soportar que, sin culpa alguna por su parte, la gente se parase a su paso y la señalase con el dedo, ¡pobrecita! Un misterio y nada más que un misterio.

Meneó la cabeza y de repente recordó sus obligaciones y abandonó precipitadamente la habitación.

—Un misterio insondable... —repitió con retintín el señor Quin.

Su voz sonó como una provocación en los oídos del señor Satterthwaite.

—¿Pretende usted decir que podemos solucionar un caso en el que Scotland Yard fracasó? —preguntó secamente.

El otro hizo un gesto característico.

—¿Por qué no? Ha pasado algún tiempo. Tres meses. Esto representa una gran diferencia.

—Es una curiosa teoría la suya —-dijo el señor Satterthwaite—. Eso de que los hechos se ven con más claridad después de pasado algún tiempo.

—Cuanto más tiempo ha transcurrido, más cosas adquieren la adecuada proporción. Se ve mejor la verdadera relación que guardan entre sí.

Durante unos instantes, el silencio reinó entre los dos.

—No estoy muy seguro —rompió a hablar el señor Satterthwaite con cierta vacilación— de que recuerde hoy los hechos con claridad.

—Yo creo que sí —contestó tranquilamente el señor Quin.

Era todo el estímulo que el señor Satterthwaite necesitaba. Su papel en la vida había sido siempre el de oyente o mero espectador. Solo en presencia del señor Quin cambiaba su posición. Allí era siempre el señor Quin el oyente. El señor Satterthwaite ocupaba el centro del escenario.

—Fue hace poco más de un año —dijo— cuando Ashley Grange pasó a manos de la señorita Eleanor Le Couteau. Era una hermosa residencia antigua, que había sido descuidada y permanecido deshabitada durante muchos años. Jamás pudo haber soñado tener una mejor propietaria. La señorita Le Couteau era una canadiense de origen francés. Sus antepasados eran *emigrés* de la Revolución francesa y le habían dejado en herencia una colección de reliquias y antigüedades de un valor casi incalculable. Era a la vez coleccionista y compradora dotada de un exquisito gusto. Tanto es así que, cuando después de la tragedia decidió vender Ashley Grange con todo cuanto encerraba la mansión, el señor Cyrus G. Bradburn, millonario americano, no vaciló en pagar la respetable suma de setenta mil libras que ella pedía.

El señor Satterthwaite hizo una pequeña pausa.

—Menciono esto —añadió en tono de disculpa— no porque en realidad guarde relación directa con lo fundamental de nuestro tema, sino con el mero objeto de recrear el ambiente, la atmósfera en la que vivió la señora Harwell.

El señor Quin asintió.

—El ambiente es importante tenerlo en cuenta —señaló.

—Así podremos hacernos una idea de nuestra protagonista —continuó el primero—. Veintitrés años, morena, hermosa, de educación refinada, sin defecto alguno que hiciera desvirtuar sus méritos. Y rica, no debemos olvidarnos de esto. Era huérfana. Una tal Saint Clair, dama de intachable conducta y reputación social, hacia las veces de dueña. Sin embargo, Eleanor Le Couteau era la única que llevaba las riendas de su propia fortuna. No le faltaron los cazadotes. Al menos una docena de pretendientes sin un céntimo no la dejaban ni a sol ni a sombra, bien en las cacerías, en los salones o en cuantas partes hiciese ella su aparición. Se dice que el joven lord Leccan, el partido de mayor alcurnia del país, solicitó su mano, pero su corazón permanecía libre. Es decir, hasta la llegada del capitán Richard Harwell.

»El capitán Harwell reservó alojamiento en la hostería local para la temporada de caza. Era un gran experto en monterías. Un diablo arrogante y osado. ¿Recuerda usted el viejo dicho, señor Quin? "Feliz el cortejo que poco dura." El adagio se cumplió al menos en parte. A los dos meses de conocerse, Eleanor Le Couteau y Richard Harwell estaban prometidos.

»La boda se celebró tres meses después. La feliz pareja escogió el extranjero para pasar una luna de miel de quince días, y volvieron para instalarse en su residencia de Ashley Grange. El dueño de esta posada acaba de decirnos que la noche del día en que volvieron fue como esta. ¿Un presagio? ¿Quién puede decirlo? Fuese lo que fuese, lo cierto es que, a la mañana siguiente temprano, serían las siete y media aproximadamente, uno de los jardineros, John Mathias, vio al capitán Harwell paseando tranquilamente por el jardín. Iba con la cabeza descubierta y silbando. Aquí tenemos un cuadro de felicidad y alegre despreocupación. Y sin embargo, desde ese instante, por lo que sabemos, nadie ha vuelto a ver de nuevo al capitán Richard Harwell.

El señor Satterthwaite se detuvo, gratamente consciente del momento dramático. La mirada admirativa que le dirigió el señor Quin le dio el tributo que necesitaba y prosiguió:

—La desaparición fue notable e inexplicable. Solo al día siguiente la aturdida esposa puso el hecho en conocimiento de la policía. Hasta la fecha, como usted sabe, no han conseguido resolver este misterio.

—¿Supongo que no habrán faltado teorías? —preguntó el señor Quin.

—¡Claro que no! Puede estar seguro. Teoría número uno: el capitán Harwell ha muerto asesinado. Pero, en ese caso, ¿dónde está el cadáver? No es probable que lo hayan hecho desaparecer sin dejar el menor rastro. Y además, ¿dónde está el motivo? Por lo que se ha podido comprobar, el capitán Harwell no tenía un solo enemigo en el mundo.

Hizo una pausa repentina como si le asaltase una duda. El señor Quin se inclinó hacia delante.

—¿Está usted pensando en el joven Stephen Grant?

—Así es —admitió el señor Satterthwaite—. Stephen Grant, si mal no recuerdo, era el caballerizo de Harwell y había sido despedido por una falta insignificante. La mañana del día de la vuelta del matrimonio, a hora muy temprana, se vio a Stephen Grant rondar por la vecindad de Ashley Grange sin que pudiese justificar su presencia en aquellos lugares. Fue detenido por la policía como presunto culpable de la desaparición del capitán Harwell. Nada se le pudo probar, sin embargo, y tuvieron que ponerlo al fin en libertad. Es verdad que podía suponerse que guardaría algún resentimiento contra el capitán Harwell por el despido fulminante, pero este motivo era muy poco importante. Supongo que la policía solo quiso demostrar que tenía interés en el asunto. Así pues, vuelvo a repetirle que Harwell no tenía un solo enemigo en el mundo.

—Por lo menos que se supiera —observó el señor Quin reflexivamente.

El señor Satterthwaite asintió.

—A eso vamos precisamente. ¿Qué era, después de todo, lo que se sabía del capitán Harwell? Cuando la policía empezó a informarse sobre sus antecedentes se encontró ante una escasez casi absoluta de datos. ¿Quién era Richard Harwell? ¿De dónde venía? Había aparecido por decirlo así como llovido del cielo. Era un magnífico jinete y, al parecer, con una posición envidiable. Nadie en Kirtlington Mallet se había preocupado de hacer ulteriores averiguaciones. La señorita Le Couteau no tenía padres ni tutores que hubiesen podido tener interés en investigar los antecedentes de su prometido. Ella era dueña y señora de sí misma. La teoría de la policía sobre este punto fue expresada con entera claridad. ¡La eterna historia de la mujer rica y del cínico impostor!

»Pero tampoco esto es absolutamente cierto, pues si bien es cierto que la señorita Le Couteau carecía de padre y tutores, contaba con los servicios de una acreditada firma londinense de abogados que actuaba por ella. Las declaraciones de estos hicieron aún más profundo el misterio. Eleanor Le Couteau había ordenado el traspaso a nombre de su prometido de una considerable suma, cosa que este se negó a aceptar puesto que afirmó que disponía de suficientes bienes de fortuna. Se ha llegado a probar de modo concluyente que Harwell jamás dispuso de un solo céntimo del dinero de su esposa. La fortuna de ella estaba absolutamente intacta.

»No se trataba, pues, de un estafador vulgar. Pero ¿se trataría de un artista refinado en la materia? ¿Estaría urdiendo algún chantaje para el caso improbable de que la señorita Le Couteau decidiese casarse con otro? He de confesar que consideré esta teoría como la solución más probable... hasta esta noche.

El señor Quin repitió inclinado hacia delante:

—¿Esta noche?

—Sí. Esta noche dicha teoría no me satisface. ¿Cómo se las compuso para desaparecer de forma tan rápida y completa, y a unas horas de la mañana en que todos los jornaleros andaban de un lado para otro preparándose para las faenas? Y con la cabeza completamente descubierta, por añadidura.

—¿No hay ninguna duda sobre este último detalle, puesto que dicen que el jardinero lo vio?

—Así es. El jardinero, John Mathias. ¿Hay en ello algo de particular?

—Supongo que la policía no pasaría por alto a este personaje —comentó el señor Quin.

—Lo interrogaron repetidamente sin conseguir hacerle caer en ninguna contradicción. La esposa corroboró las declaraciones de su marido. Salió de la casa a las siete para ir a los invernaderos y volvió a las ocho menos veinte. Los sirvientes de la señorita Le Couteau aseguraron haber oído abrir y cerrarse la puerta de la finca a eso de las siete y cuarto. Esto fija la hora en que debió salir el capitán Harwell. ¡Ya! ¡Ya sé lo que está usted pensando en este momento!

—¿Ah, sí? —preguntó el señor Quin.

—Me lo figuro. Que medió tiempo suficiente para que Mathias hubiese podido asesinar a su señor. Pero ¿por qué motivo, pregunto yo? ¿Por qué? Y si así fue, ¿dónde escondió el cadáver?

En aquel momento llegó el hostelero con una gran bandeja en la mano.

—Siento haberles hecho esperar, caballeros.

Depositó en la mesa un enorme bistec y, a su lado, un desbordante plato de patatas fritas. El olorcillo de los manjares complació en grado sumo al señor Satterthwaite, que mostró su entusiasmo.

—Esto tiene un aspecto excelente —exclamó—. Muy bueno. Hemos estado hablando de la desaparición del capitán Harwell. ¿Qué se hizo del jardinero Mathias?

—Creo que se colocó en Essex. No tenía interés en quedarse aquí después de lo ocurrido. Había muchos que lo miraban con cierta prevención. Ya me comprenden ustedes. No es que yo crea que él tenga nada que ver con el asunto.

El señor Satterthwaite y el señor Quin se sirvieron sendos pedazos de carne. El propietario parecía dispuesto a seguir pegando la hebra, a lo cual el señor Satterthwaite no puso objeción alguna. Al contrario.

—¿Y qué clase de hombre era ese Mathias? —preguntó.

—Un hombre de unos cuarenta años que debió ser un Hércules en sus buenos tiempos, pero que estaba medio tullido a consecuencia del reuma. Muchas veces tuvo que guardar cama y abandonar el trabajo. Por mi parte, pienso que fue por pura bondad que la señorita Eleanor lo siguió teniendo a su lado. Era un buen jardinero y su mujer ayudaba también en los quehaceres de la casa. Es cocinera y siempre dispuesta a echar una mano en lo que se le pidiera.

—¿Qué clase de persona era ella? —volvió a preguntar el señor Satterthwaite con presteza.

La respuesta del posadero pareció decepcionarle.

—Una mujer corriente. También de mediana edad, un poco adusta en sus modales y sorda como una tapia. Yo apenas les conocía. Llevaban solo un mes en la casa cuando ocurrió aquello. Se dijo que él había sido un gran jardinero en sus tiempos. La señorita Eleanor tenía buenos informes de ellos.

—¿Era la señorita Le Couteau muy aficionada a la jardinería? —preguntó el señor Quin en voz baja.

—No creo. Al menos no como algunas de las señoras que hay aquí por estos alrededores, que gastan un dineral en jardineros y se pasan el día arrodilladas en el suelo haciendo ver que hacen algo. ¡Tonterías, digo yo! La señorita Eleanor no venía por aquí sino los inviernos a pasar la temporada de caza. El resto del tiempo lo pasaba en Londres y en esos lugares de playa extranjeros donde se dice que las damiselas francesas no se mojan ni siquiera el dedo gordo del pie por temor a estropear sus trajes de baño. Por lo menos eso es lo que he oído decir.

El señor Satterthwaite sonrió.

—¿Se sabe si había alguna mujer mezclada con el capitán Harwell? —preguntó.

Aunque la primera teoría había sido ya rechazada, nuestro hombre seguía aferrado a ella.

William Jones meneó la cabeza.

—Nada de eso. Ni un rumor. Lo que yo he dicho siempre: misterio y nada más que misterio.

—¿Y cuál es su teoría? ¿Qué piensa usted de todo esto? —insistió el señor Satterthwaite.

—¿Lo que yo pienso?

—Sí.

—Pues no sé qué pensar. Mi idea es que fue asesinado, no me cabe la menor duda, pero por quién, no se lo podría decir. Y ahora voy a traerles el queso.

Abandonó la sala llevándose los platos vacíos. La tormenta que momentos antes parecía haberse calmado estalló de nuevo con redoblada furia. Un vivo resplandor seguido de un violento estampido hizo saltar al señor Satterthwaite de su asiento y, antes de que los últimos ecos del trueno se hubiesen perdido en la lejanía, apareció una muchacha llevando en sus manos el anunciado queso.

Era una joven alta, morena y con una tosca arrogancia que debía serle peculiar. Su parecido con el dueño de la hostería del Bufón no dejaba duda alguna de que era su hija.

—Buenas noches, Mary —dijo el señor Quin—. Mala noche.

Ella asintió.

—Odio estas noches de tormenta —murmuró.

—¿Le asustan los truenos quizá? —preguntó el señor Satterthwaite con afabilidad.

—¿Asustarme a mí los truenos? No. Hay pocas cosas que me asusten. Pero la tormenta trae todo ese hablar y hablar de una misma cosa, una y otra vez como cotorras. Empieza mi padre diciendo: «Esto me recuerda la noche en que el pobre capitán Harwell... etcétera... etcétera...».

Se volvió de pronto para encararse con el señor Quin.

—Ya se lo ha oído usted contar, ¿verdad? ¿Y quiere usted decirme qué sentido tiene? ¿Es que no podríamos olvidar las cosas pasadas?

—Las cosas pertenecen al pasado solo cuando han sido resueltas —dijo el señor Quin.

—Pero ¿es que esto no está ya resuelto? Supongamos que el capitán hubiese decidido quitarse de en medio. Estos caballeros tan finos a veces hacen estas cosas.

—Entonces, ¿usted cree que desapareció por su propia voluntad?

—¿Y por qué no? Sería más lógico suponer eso que no que un infeliz como Stephen Grant pudiese haberlo asesinado. ¿Qué provecho podía sacar de matarlo? Me gustaría saberlo. Stephen bebió un día un poco más de la cuenta, le habló en forma poco respetuosa y fue despedido. ¿Y qué? Después encontró otro trabajo mejor si cabe. ¿Hay en todo esto motivo para asesinar a sangre fría?

—Pero la policía —interpuso el señor Satterthwaite— ¿no quedó plenamente convencida de su inocencia?

—¡La policía! ¡Qué importa la policía! Cuando el pobre Stephen entra por la noche en el bar, todos se quedan como si vieran entrar a un fantasma. En realidad, no creen en la culpabilidad de Stephen, pero tampoco parecen estar seguros de lo contrario y se limitan a mirarle de reojo y a evitar cuanto pueden su conversación. Bonita vida para un hombre: ver cómo todos se apartan de él como si fuera alguien diferente de los demás. ¿Por qué mi propio padre se opone

a que nos casemos Stephen y yo? «Puedes llevar tus cerdos a venderlos a un mercado mejor. No tengo nada contra Stephen, pero... bueno... nunca se sabe, ¿verdad?»

Se detuvo jadeante, sacudida por la violencia de su resentimiento.

—¡Es cruel, es muy cruel! —estalló con desesperación—. ¡A Stephen, que es incapaz de hacer daño a una mosca! Toda la vida habrá gente que pensará que lo hizo él. Esto le está volviendo hosco y amargado. ¿Y cómo no había de ser así? Y cuanto más se vuelve así, más cree la gente que algo ha tenido que ver en ello.

Se detuvo de nuevo con la mirada fija en la cara del señor Quin, como si hubiese en ella algo de particular.

—¿No podríamos hacer algo? —agregó con gran interés el señor Satterthwaite.

Se sentía auténticamente afectado. La cosa era, tal cual él la veía, inviable. La misma vaguedad e inconsistencia de las pruebas presentadas contra Stephen dificultaban la tarea de poder refutar la acusación.

La muchacha se volvió súbitamente hacia él.

—Solo la verdad puede ayudarle —exclamó con decisión—. Si hubiese modo de encontrar al capitán Harwell... Si volviese a reaparecer un día... Si llegasen a saberse las verdaderas razones de su desaparición...

Cortó sus palabras algo que parecía un sollozo y abandonó apresuradamente la habitación.

—¡Una gran muchacha! ¡Un caso lamentable! —murmuró el señor Satterthwaite con pena—. Me gustaría... desearía con toda el alma poder hacer algo por ella.

Su corazón generoso se sentía mortificado.

—Estamos haciendo cuanto podemos —agregó el señor Quin—. Disponemos todavía de media hora antes de que esté arreglado su coche.

El señor Satterthwaite le miró con curiosidad.

—¿Cree usted que podemos llegar a la verdad hablando simplemente en la forma en que lo estamos haciendo?

—Usted tiene una gran experiencia de la vida —afirmó gravemente el señor Quin—. Más que la inmensa mayoría de los hombres.

—La vida ha pasado por mi lado —contestó el señor Satterthwaite con un acento impregnado de amargura.

—Pero eso ha agudizado su visión de las cosas. Usted ve donde otros nada consiguen ver.

—Es cierto —confirmó el señor Satterthwaite—. Soy un gran observador.

Se esponjó complacido. Su momento de amargura desapareció como por encanto.

—Yo lo veo así —empezó a decir pasados unos dos minutos—: para llegar a la causa de una cosa, es preciso estudiar el efecto.

—Muy bien —dijo el señor Quin en tono de aprobación.

—El efecto, en este caso, es que la señorita Le Couteau... quiero decir la señora Harwell, se encuentra con que no está hoy ni soltera ni casada. No es libre, y no puede volverse a casar. Y si analizamos detenidamente esta cuestión, vemos surgir la siniestra figura de Richard Harwell, venido de ninguna parte, con un misterioso pasado.

—Estoy conforme —dijo el señor Quin—. Pero lo que usted acaba de decirme es lo que automáticamente salta a la vista. Lo que nadie puede dejar de ver: la figura sospechosa del capitán Harwell.

El señor Satterthwaite le miró con una expresión de duda. Las palabras parecían querer modificar ligeramente el cuadro que ante su vista se estaba presentando.

—Hemos estudiado el efecto —añadió—. O el resultado, como también pudiéramos llamarlo. Podemos ahora pasar...

El señor Quin le interrumpió.

—Aún no hemos tocado el resultado desde su punto de vista estrictamente material.

—Tiene usted razón —dijo el señor Satterthwaite, después de haber sopesado la insinuación unos instantes—. Hay que desmenuzarlo todo debidamente. Digamos, entonces, que el resultado de la tragedia fue que la señora Harwell es una esposa y no es una esposa, sin poderse casar de nuevo; que el señor Cyrus Bradburn ha podido llevar a cabo la compra de Ashley Grange y todo cuanto en ella había por... ¿no eran sesenta mil libras...? y que alguien en Essex ha logrado contratar los servicios de Mathias como jardinero. Por todo esto no

podemos llegar a la sospecha de que «alguien en Essex», o el propio señor Cyrus Bradburn, pudiesen haber maquinado la desaparición del capitán Harwell.

—Es usted sarcástico —comentó el señor Quin.

El señor Satterthwaite le dirigió una significativa mirada.

—Pero está usted conforme con lo que digo.

—Eso sí —dijo el señor Quin—, pero la idea sigue siendo absurda. ¿Qué sigue?

—Imaginemos por un momento que volvemos al día de autos. La desaparición digamos que ha tenido lugar esta misma mañana.

—No, no —interpuso sonriente el señor Quin—. Puesto que, por lo menos con la imaginación, podemos actuar sobre el tiempo, planteemos el asunto en forma contraria. Digamos que la desaparición del capitán Harwell tuvo lugar cien años atrás y que, nosotros en el año 2025, hacemos retroceder nuestros recuerdos.

—Es usted un hombre verdaderamente extraño —dijo con voz pausada el señor Satterthwaite —. Cree en el pasado más que en el presente. ¿Por qué?

—Usted empleó, no hace mucho, la palabra ambiente. No hay ambiente en el presente.

—Quizá tenga usted razón —contestó el señor Satterthwaite con aire pensativo—. Es verdad. El presente está demasiado próximo.

—Una palabra muy acertada —asintió el señor Quin.

El señor Satterthwaite hizo una ligera inclinación.

—Es usted muy amable —contestó.

—Tomemos como base no el presente año, puesto que solo nos acarrearía dificultades, sino más bien el anterior. Siga usted ahora por mí ya que tiene usted el don de encontrar siempre la frase oportuna.

El señor Satterthwaite se quedó pensativo durante unos instantes. Quería ser digno de su reputación.

—Hace cien años era la edad de la pólvora y de las chapuzas —dijo—. ¿Podemos decir que en 1924 fue la época de los grandes enredos y de los ladrones de alto copete?

—Muy bien —aprobó el señor Quin—. Imagino que querrá usted decir nacionalmente hablando, no internacionalmente.

—En lo que se refiere a los enredos, debo confesar que no estoy muy seguro —contestó el señor Satterthwaite—; pero por lo que respecta a los grandes ladrones, el llamado Ladrón Gato obtuvo grandes ganancias en el continente. ¿No recuerda usted la serie de robos famosos en los castillos franceses? Es sabido que un hombre solo no hubiera podido acometer robos de tal envergadura. Se emplearon las tretas más inconcebibles para lograr acceso a los edificios. Hubo la teoría de que tenía que tratarse de un grupo de acróbatas, los Clondini. Una vez tuve ocasión de asistir a una de sus representaciones. Sencillamente magistrales. Eran una madre, un hijo y una hija. De pronto desaparecieron misteriosamente de los escenarios. Pero nos hemos apartado del tema que nos ocupa.

—No tanto como usted cree —añadió el señor Quin—. Solo al otro lado del Canal.

—«Donde las damas francesas no osan mojarse el dedo gordo del pie», según la versión de nuestro distinguido mesonero —completó el señor Satterthwaite con una gran carcajada.

Se produjo una especie de pausa significativa.

—¿Por qué desaparecería el capitán? ¿Por qué? —rompió a hablar el señor Satterthwaite—. Es increíble. Fue algo casi como un truco de prestidigitación.

—Sí —corroboró el señor Quin—. Como un truco de magia. Creo que esa es la palabra que con más exactitud describe el hecho. Nuevamente la cuestión del ambiente. ¿Y en qué estriba el mérito de un truco?

—En que la velocidad de la mano engañe a la vista —acotó locuazmente el señor Satterthwaite, irónico y sonriente.

—Precisamente. El objeto es engañar a la vista. A veces con la ligereza de la mano y, a veces... con otros medios. Hay muchas formas de hacerlo: disparando una pistola, agitando un pañuelo encarnado, algo que dé la sensación de ser importante sin serlo en realidad. La atención se desvía del objeto principal y es atraída por el acto espectacular, que nada significa en último término.

El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante con los ojos brillantes.

—Hay algo en lo que acaba usted de decir.

Y prosiguió lentamente:

—El tiro de pistola. ¿Fue el disparo el que desvió la atención del truco de magia del que estamos hablando? ¿Cuál es el momento que llama más su atención?

El señor Satterthwaite respiró con fuerza y prosiguió:

—La desaparición, no cabe duda. Pero, si quitamos ésta, ¿qué nos queda? Nada.

—¿Nada? Supongamos que las cosas siguiesen su curso aún prescindiendo de ese gesto dramático.

—¿Se refiere a la señorita Le Couteau deseando vender Ashley Grange al señor Bradburn y esfumarse después sin motivo justificado alguno?

—Sí.

—¿Y por qué no? Tiene usted razón. Antes, la venta hubiese dado lugar a infinidad de comentarios. Hubiera habido gran interés por conocer la valía de las riquezas que la finca encerraba y... ¡espere!

Hubo un minuto de silencio. Un cúmulo de ideas parecían agolparse en su cerebro.

—Sí, sí —prosiguió—. La exagerada especulación acerca del capitán Harwell ha dado lugar a que la figura de ella quedase casi completamente ignorada. ¡La señorita Le Couteau! Todo el mundo preguntando: «¿Quién es el capitán Harwell?», «¿de dónde ha venido?». Y a nadie se le ha ocurrido, quizá por ser en este caso la parte perjudicada, hacer averiguación alguna acerca de ella. ¿Sería en realidad franco-canadiense como aseguraba? ¿Provendrían todos aquellos cuantiosos bienes de una legítima herencia? Creo que tenía usted razón al decir hace un momento que solo el Canal nos separaba de nuestro verdadero objetivo. Esa supuesta herencia podría estar compuesta en su mayor parte por piezas robadas de los castillos franceses, algunas de ellas de mucho valor artístico y, por lo tanto, de difícil venta. Ella compra la casa probablemente por una bicoca. Se establece en ella y paga una fuerte suma para conseguir los servicios de una irreprochable señora inglesa que le haga las veces de dama de compañía. Entonces llega él. El plan general ha sido ya concebido de antemano. La boda, los quince días de luna de miel y luego la desaparición. ¿Qué más natural que una desconsolada esposa, con el corazón destrozado, quiera vender todo aquello que le recuerda la felicidad pasada? El americano es un *connaisseur.* Los objetos son genuinos y excelentes, algunos de ellos de valor incalculable. Hace una razonable oferta, que ella acepta sin vacilar. Luego, como corresponde a una pobre viuda desconsolada, abandona majestuosamente estos lugares. El gran *coup* se ha realizado. La vista del espectador ha sido engañada por la rapidez de la mano y por la espectacular naturaleza del truco.

El señor Satterthwaite se detuvo unos instantes con el rostro arrebolado por la satisfacción del triunfo.

—A no ser por usted, jamás hubiese conseguido discernir los hechos como hoy los veo —declaró con una repentina humildad—. Usted ejerce un curioso efecto sobre mí. A menudo dice uno cosas sin comprender su verdadero alcance, pero usted siempre tiene la habilidad de mostrar su verdadero significado. Pero hay algo que no acierto todavía a comprender con claridad y es cómo pudo Harwell desaparecer con tanta facilidad cuando toda la policía de Inglaterra estaba buscándolo. Hubiera sido lo más sencillo haberse ocultado en la finca... —musitó—. Era fácil de arreglar.

—Efectivamente, también soy de la opinión de que no estaba lejos de la casa —dijo el señor Quin.

La significación de la mirada que acompañó a estas palabras no pasó inadvertida al señor Satterthwaite.

—¿La casita de Mathias? —exclamó—. Pero la policía no habrá dejado de registrarla.

—Y me imagino que más de una vez —se limitó a contestar el señor Quin.

—¿Mathias... ? —se preguntó el señor Satterthwaite frunciendo el ceño.

—Y la señora Mathias —añadió el señor Quin.

El señor Satterthwaite le miró con los ojos muy abiertos.

—Si esta pandilla fuese en realidad la de los Clondini —comentó tentativamente—, tendrían que ser tres. Los dos jóvenes serían Harwell y Eleanor Le Couteau y la señora Mathias, la madre. Pero en ese caso...

—Mathias sufría un reumatismo agudo, ¿no es verdad? —insinuó inocentemente el señor Quin.

—¡Ah! ¡Ya lo tengo! —exclamó dándose cuenta el señor Satterthwaite—. Pero ¿es posible? Quizá sí lo es. Veamos. Mathias estuvo en la casa un mes. Durante ese tiempo, Harwell y Eleanor estuvieron quince días ausentes disfrutando de la luna de miel, y los quince que precedieron a estos, supuestamente en la ciudad. Un hombre inteligente podría haber interpretado con facilidad los papeles de Harwell y Mathias. Cuando Harwell estaba en Kirtlington Mallet, Mathias quedaba recluido en la cama atacado de reumatismo, con la señora Mathias a su lado para mantener la farsa. El papel de esta última era imprescindible. Sin ella, alguien hubiese podido entrar en la casita y sospechar la verdad. Como usted dice, Harwell

estaba escondido en casa de Mathias. Él era Mathias. Cuando el plan estuvo a punto, y Ashley Grange fue vendido, él y su mujer hicieron circular la noticia de que iban a instalarse en Essex. Desaparición de Mathias y su señora para siempre.

Se oyó una pequeña llamada en la puerta de la sala del café y, a continuación, entró Masters.

—El coche espera en la puerta, señor —dijo.

El señor Satterthwaite se levantó, cosa que asimismo hizo el señor Quin, y se dirigió a la ventana para descorrer las cortinas. Un plateado haz de rayos lunares penetró en la habitación.

—La tormenta ha pasado —dijo el señor Quin.

El señor Satterthwaite se calzó los guantes.

—La semana que viene ceno con el comisario jefe de policía y, como es natural, le pondré al corriente de mi nueva teoría —afirmó con decisión.

—Será fácil de comprobar —añadió el señor Quin—. Una comparación entre los objetos que hay en Ashley Grange y los que aparecen en la lista facilitada por la policía francesa...

—Exactamente —replicó el señor Satterthwaite—. Lo siento por el señor Bradburn, pero... ¡qué le vamos a hacer!

—Es rico y podrá afrontar la pérdida —añadió el señor Quin.

El señor Satterthwaite extendió la mano en señal de despedida.

—Adiós —dijo—. No tengo palabras con que expresar la satisfacción que me ha producido nuestro inesperado encuentro. Creo que me ha dicho usted que se va mañana.

—Quizá lo haga esta misma noche. Mi trabajo aquí ha terminado y yo soy de los que van y vienen.

El señor Satterthwaite recordó haber oído aquellas mismas palabras a primera hora de la tarde. ¿Sería una coincidencia?

Salió a reunirse con su vehículo y con Masters. Al pasar frente a la abierta puerta del bar, llegó a sus oídos la voz del dueño de la fonda que decía sonora y complaciente:

—Créame, es un misterio. Un oscuro misterio.

En realidad no utilizó «oscuro». La palabra que nuestro hostelero empleó tenía un color distinto. El señor William Jones era un hombre que sabía distinguir a la gente y escogía siempre el vocablo que más se ajustaba a las exigencias de la concurrencia. La de esta noche gustaba de los adjetivos gordos y, a ser posible, bien sazonados.

El señor Satterthwaite se recostó cómodamente en el asiento trasero de su lujosa limusina. Su pecho rebosaba de satisfacción por el triunfo. Vio a la joven Mary salir a la puerta y detenerse en el umbral.

—Qué ajena está la muchacha —musitó el señor Satterthwaite para sí— de lo que no tardaré en hacer por ella.

El cartel de la hostería del Bufón seguía chirriando al ser mecido suavemente por el viento.

4

UNA SEÑAL EN EL CIELO

El juez estaba terminando de hacer sus recomendaciones al jurado.

—Ahora, caballeros, he terminado mi exposición. Deben considerar si este caso se presenta claramente contra este hombre y les permite afirmar que es culpable del asesinato de Vivien Barnaby. Han oído ustedes el testimonio de los criados en cuanto al momento en que se efectuó el disparo. Todos ellos han estado de acuerdo. Han visto ustedes la carta escrita al procesado por la propia Vivien Barnaby en la mañana del día de autos, viernes trece de septiembre, una carta que la propia defensa no ha juzgado oportuno negar. Han oído ustedes cómo el acusado intentó primero negar haber estado en Deering Hill y que, más tarde y ante las abrumadoras pruebas presentadas por la policía, hubo de admitirlo. A ustedes corresponde establecer las conclusiones que puedan derivarse de esta negativa. Este no es un caso de evidencia directa y son ustedes, por lo tanto, quienes han de sacar sus conclusiones sobre los motivos, los medios y la oportunidad que concurrieron en el crimen. La réplica de la defensa afirma que una persona desconocida entró en el salón de música, después de haber sido abandonado por el acusado, y disparó sobre Vivien Barnaby con el arma que, por un descuido incomprensible, el acusado había dejado olvidada tras de sí. Han oído ustedes también la versión del procesado sobre los motivos que le hicieron tardar media hora en llegar hasta su casa. Si ustedes no dan crédito a las alegaciones del procesado y están convencidos, fuera de toda duda razonable, de que fue el acusado quien en el día de autos, viernes trece de septiembre, disparó casi a quemarropa a la cabeza de Vivien Barnaby con el decidido intento de matar, entonces, caballeros, su veredicto debe ser el de culpabilidad. Si por otra parte, les quedase todavía cualquier duda razonable, su deber es formular el veredicto de no culpabilidad. Ahora, señores, les suplico se retiren a deliberar y me informen tan pronto como hayan llegado a una conclusión.

El jurado estuvo ausente durante algo menos de media hora. El veredicto que proclamaron fue el que todo el mundo parecía haber anticipado: el veredicto de «culpable».

El señor Satterthwaite abandonó la sala después de oírlo con una cara que mostraba el entrecejo fruncido por sus pensamientos.

Una vista por asesinato no era un asunto que le atrajera. Su temperamento excesivamente delicado no encontraba interés alguno en los sórdidos detalles de un crimen vulgar. Pero el caso Wylde era diferente. El joven Martin Wylde era lo que podría llamarse un caballero en toda la acepción de la palabra, y la víctima, la joven esposa de sir George Barnaby, una de sus amistades.

Repasaba en su memoria cuanto acababa de oír mientras caminaba hacia Holborn, torciendo después para introducirse en unas tortuosas callejuelas que conducían al Soho. En una de ellas había un pequeño restaurante, conocido por pocos, entre los que se encontraba el señor Satterthwaite. No era ninguno de esos restaurantes baratos. Al contrario, si de algo pecaba, era de ser extremadamente caro, puesto que en él solo se confeccionaban platos reservados al paladar de un privilegiado gourmet. Era tranquilo y no se permitía que las estridencias de las bandas de jazz turbasen la placidez del ambiente. Era un lugar más bien oscuro, con camareros silenciosos que aparecían provistos de relucientes bandejas de plata con el aire de estar participando en algún rito sagrado. El restaurante se llamaba Arlecchino.

Aún enfrascado en sus pensamientos, el señor Satterthwaite entró en el restaurante y se dirigió a su mesa favorita, situada en un recatado rincón. Debido a la media luz que reinaba en la sala, no fue sino al llegar junto a ella cuando se percató de que estaba ya ocupada por un hombre alto cuya cara, al parecer morena, permanecía oculta en la penumbra. La luz, que se filtraba a través de un coloreado ventanal, daba a su ropaje un aspecto polícromo y original.

El señor Satterthwaite estaba dispuesto a retirarse, cuando un movimiento del extraño personaje dejó ver una cara que reconoció.

—¡Dios bendiga mi alma! —exclamó éste, que sentía debilidad por las frases anticuadas—. ¡Pero si es el señor Quin!

Ya se lo había encontrado tres veces y siempre el resultado del encuentro se había salido de lo corriente. Un extraño personaje este señor Quin, que poseía la cualidad de hacer ver a uno las cosas bajo una luz totalmente distinta de la habitual.

Al instante el señor Satterthwaite se sintió presa de una viva y agradable excitación. Su papel en la vida acostumbraba a ser siempre el de mero espectador y lo sabía. Pero, a veces, en compañía del señor Quin, experimentaba la ilusión de convertirse en actor. Y no pocas veces en actor principal.

—Es una agradable sorpresa —dijo iluminando su reseca y diminuta cara con una beatífica sonrisa—. ¿Tiene algún inconveniente en que le haga compañía?

—Nada podría complacerme más —contestó el señor Quin—. Como usted ve, todavía no he empezado a comer.

Un respetuoso maitre surgió de las sombras y se acercó a la mesa. El señor Satterthwaite, como un hombre de paladar delicado, concentró su atención en la tarea de escoger los manjares. Unos minutos después, el maitre se retiró con una leve sonrisa de aprobación en los labios y uno de los camareros se encargó de servir lo pedido. El señor Satterthwaite se dirigió al señor Quin.

—Acabo de salir del Old Bailey —empezó—. Mal asunto.

—¿Le declararon culpable?

—Sí. El jurado tardó solo media hora en llegar a esa conclusión.

El señor Quin inclinó la cabeza.

—Resultado inevitable, si se tienen en cuenta las pruebas —comentó.

—Y sin embargo... —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se detuvo.

El señor Quin se encargó de completar su pensamiento.

—Y sin embargo, sus simpatías están con el acusado. ¿No era eso lo que iba usted a decir?

—Supongo que sí. Martin Wylde es un excelente muchacho del que nadie puede creer algo así. ¡Pero, de todos modos, son tantos los excelentes muchachos que han resultado ser últimamente unos asesinos de un tipo particularmente repelente y de sangre fría!

—Demasiados —corroboró el señor Quin en tono bajo.

—¿Cómo decía usted? —exclamó el señor Satterthwaite con cierto sobresalto.

—Demasiados para Martin Wylde. Desde el principio ha habido la tendencia a considerar este caso como uno de tantos crímenes del mismo tipo, de esos en los que un hombre busca el modo de desembarazarse de una mujer para poder casarse con otra.

—Bien... —balbuceó vacilante el señor Satterthwaite—. Las pruebas...

—Perdone —interrumpió rápidamente el señor Quin—. Me temo que no he seguido con el suficiente detalle el proceso.

Volvió a resurgir la confianza que en sí mismo tenía el señor Satterthwaite. Sintió una repentina sensación de poder. Tentado estuvo de mostrarse conscientemente dramático.

—Permítame que le ponga al corriente. Conozco a los Barnaby y las peculiares circunstancias que han concurrido. Conmigo podrá usted penetrar de lleno en la escena. La verá desde dentro.

El señor Quin se inclinó hacia delante con una alentadora sonrisa.

—Si hay un hombre capaz de hacer lo que me acaba de asegurar, no puede ser otro que el señor Satterthwaite —murmuró.

El señor Satterthwaite asió la mesa con ambas manos. La lisonja le animó a superarse. En aquel momento, se sentía pura y simplemente un artista. Un artista cuyo único medio de expresión fuese la palabra.

Rápidamente, con una docena escasa de vigorosas pinceladas, describió el cuadro de la vida en Deering Hill. Sir George Barnaby, un hombre entrado en años, obeso y orgulloso de su riqueza y posición social, perpetuamente preocupado por las menores nimiedades de la vida. Un hombre que daba cuerda a sus relojes todos los viernes por la tarde, que pagaba personalmente a sus empleados todos los martes por la mañana y que cada noche comprobaba que los cerrojos de la puerta de entrada estuviesen debidamente corridos. Un hombre cuidadoso.

De sir George pasó a lady Barnaby. Aquí su descripción fue más comedida, pero no por eso menos precisa. Solo la había visto una vez, pero la impresión que de ella tuvo fue imborrable. Una muchacha provocativa y lastimosamente joven. Una muchacha atrapada, así fue como la describió.

—Como comprenderá, ella le odiaba. Se casó con él sin darse ni siquiera cuenta de lo que hacía. Y luego...

La muchacha estaba desesperada, esas fueron sus palabras. Vagando de aquí para allá. Sin dinero propio dependía enteramente de su viejo marido. Era una criatura acorralada, ignorante de sus propias fuerzas y con una belleza que, más que realidad, era todavía una promesa. Y estaba ansiosa. La definición del señor Satterthwaite sobre este punto era terminante. Su provocación era solo un ansioso afán de querer disfrutar de la vida.

—Nunca conocí a Martin Wylde —continuó el señor Satterthwaite—, pero he oído hablar mucho de él. Vivía a cosa de una milla de distancia de la casa ocupada por los Barnaby. Se dedicaba a la agricultura, cosa por la que ella pareció cobrar también cierto interés, o así al menos lo hizo ver. Si me pregunta mi opinión, le contestaría que más bien lo hacía ver. Creo que vio en él su única vía de escape y se asió a ella con la tenacidad de un náufrago. El final de todo aquello era fácil de prever como después se supo por el contenido de las cartas leídas durante la vista. Él las conservó, cosa que ella no hizo, y por el texto de las de ella, se desprendía que empezaba a enfriarse un tanto. Así lo admitió además. Había, por lo visto, otra mujer que también vivía en Deering Vale y era hija de un médico de la localidad. Quizá la haya visto usted en la sala. Pero ¿qué digo? Ahora me acuerdo que ha dicho que no estaba usted presente. Se la describiré. Es rubia, muy rubia. Dulce. Quizá un tanto bobalicona. Pero muy reposada. Y leal. En especial esto último: leal.

Se detuvo mirando al señor Quin en espera de un estímulo para proseguir y este le obsequió con una sonrisa apreciativa, por lo que el señor Satterthwaite continuó:

—Usted habrá leído su última carta. Apareció, según tengo entendido, en la prensa diaria. Escrita precisamente en la mañana del viernes, día trece de septiembre. Estaba llena de desesperados reproches y veladas amenazas, y terminaba rogando a Martin Wylde que no dejara de ir a Deering Hill aquel mismo día, a las seis en punto de la tarde: «Dejaré la puerta lateral abierta para que nadie pueda enterarse de que has estado aquí. Estaré en la sala de música». La envió a mano.

El señor Satterthwaite se detuvo por unos instantes.

—Usted recordará que, al ser arrestado, Martin Wylde negó haber ido a la casa el día de autos. Su declaración fue que había cogido la escopeta y se había ido a disparar unos cuantos tiros al bosque. Pero cuando la policía presentó sus pruebas, pudo comprobarse la inconsistencia de sus manifestaciones. Habían encontrado sus huellas dactilares, como usted recuerda, no solo en la madera de la puerta lateral, sino también en uno de los dos vasos de cóctel que estaban en la mesa de la sala de música. Confesó al fin haber ido a ver a lady Barnaby y haber tenido con ella un violento altercado, pero que había conseguido apaciguarla antes de salir. Juró haber dejado fuera su escopeta de caza apoyada contra el muro que hay junto a la puerta y que lady Barnaby estaba viva y sana cuando él se despidió uno o dos minutos después de dar las seis y cuarto en el reloj de la sala. Afirmó haberse dirigido después a su casa, pero se aportaron testimonios de que no llegó a ella sino a las siete menos cuarto y, como he dicho ya, está a menos de una milla de distancia. Declaró haberse olvidado completamente de la escopeta, cosa un tanto inverosímil, pero que...

—Siga —insistió el señor Quin.

—... pero que cabe dentro de lo posible —agregó lentamente el señor Satterthwaite—. El fiscal ridiculizó la suposición, pero para mí que estaba en un error. He conocido a muchos jóvenes, especialmente entre los del tipo moreno y nervioso como el de Martin Wylde, que se descomponen con facilidad ante escenas de corte emocional. Las mujeres, por el contrario, soportan fácilmente escenas como esta y, de ordinario, se sienten mejor después de haber dado rienda suelta a sus arrebatos. Les sirven de válvulas de seguridad que calman sus nervios y regulan su presión interior. Me parece estar viendo al pobre Martin Wylde salir de la casa con la cabeza hecha un torbellino, medio enfermo y desesperado, sin acordarse de la escopeta que había dejado apoyada junto a la puerta.

Permaneció silencioso durante unos instantes y luego prosiguió:

—No es que sea muy importante, porque lo que sigue es ya, desgraciadamente, de una claridad meridiana. Fue exactamente a las seis y veinte cuando sonó el disparo. Todos los criados lo oyeron, el cocinero, su ayudante, el mayordomo, el ama de llaves y la propia doncella de lady Barnaby. Acudieron precipitadamente a la sala de música. Encontraron el cuerpo de su señora desplomado sobre el brazo de uno de los sillones. El arma había sido descargada, casi pegada a

la nuca, a fin de evitar que pudiesen desparramarse los perdigones. Dos de ellos, por lo menos, penetraron en el cerebro.

Se detuvo de nuevo, momento que aprovechó el señor Quin para hacer una pregunta fortuita.

—¿Supongo que todos los criados habrán prestado declaración?

El señor Satterthwaite asintió.

—Sí. El mayordomo llegó al salón solo uno o dos segundos antes que los demás, pero su testimonio fue prácticamente una repetición del de los demás.

—Así pues, todos prestaron declaración —insistió intencionadamente el señor Quin—. ¿No hubo ninguna excepción?

—Ahora que recuerdo —dijo el señor Satterthwaite— el ama de llaves declaró solamente en la encuesta preliminar. Después se marchó a Canadá, según creo.

—¡Ah! —se limitó a exclamar el señor Quin.

Siguió un corto silencio. Una sensación de duda y malestar pareció flotar en el tranquilo restaurante. El señor Satterthwaite tuvo la curiosa sensación de hallarse a la defensiva.

—¿Por qué no habría de marcharse? —sugirió abruptamente.

—¿Y por qué lo haría? —contestó el señor Quin, acompañando sus palabras con un ligero encogimiento de hombros.

De algún modo, la pregunta fastidiaba al señor Satterthwaite, que hacía esfuerzos por pisar un terreno más familiar.

—No parecía haber grandes dudas sobre la identidad de la persona que hizo el disparo. Los criados, sin embargo, dieron todos muestras de haber perdido la cabeza en aquella ocasión. Nadie se decidía a tomar la iniciativa y pasaron varios minutos antes de que a alguien se le ocurriera dar cuenta del hecho a la policía. Al intentar hacerlo, se encontraron con que la línea estaba cortada.

—¡Caramba! —exclamó el señor Quin—. De modo que la línea estaba cortada.

—Lo estaba —contestó el señor Satterthwaite, que de pronto se sintió asaltado por la idea de que algo de gran importancia acababa de escapársele de los labios—. Como es natural pudo

haber sido deliberado, pero no se ve cuál podría ser la finalidad. La muerte sobrevino casi instantáneamente.

Nada objetó a ello el señor Quin, cosa que el señor Satterthwaite interpretó en el sentido de que su respuesta no había sido del todo satisfactoria.

—No había nadie en absoluto de quien sospechar a excepción del joven Wylde —prosiguió—. Aun basándose en la propia declaración de éste, solo tres minutos habían transcurrido entre su partida y la detonación. ¿Qué otro pudo haber disparado? Sir George estaba jugando al bridge en una casa vecina. Salió de ella a las seis y media en punto y se encontró en la puerta de la verja con un criado que venía a comunicarle la fatal noticia. El último *rubber* terminó exactamente a las seis y media, no hay duda alguna acerca de ello. Tenemos además a Henry Thompson, secretario de sir George, pero aquel día estaba en Londres y precisamente asistía a una reunión de negocios en el momento en que se cometió el crimen. Y tenemos finalmente a Sylvia Dale, quien, después de todo, podía tener un buen motivo, pero que parecía imposible que tuviera nada que ver con un crimen semejante. Se encontraba en la estación de Deering Vale despidiendo a una amiga que salía en el tren de las seis y veintiocho. Eso la deja libre de toda sospecha. ¿Los criados? ¿Qué motivo podía tener cualquiera de ellos? Por otra parte, todos aparecieron casi simultáneamente en el lugar del suceso. No, tuvo que ser Martin Wylde.

Dijo esto último con una nota de insatisfacción en la voz.

Empezaron a almorzar. El señor Quin no parecía sentirse muy comunicativo, y el señor Satterthwaite, por su parte, había dicho todo lo que tenía que decir. Pero el silencio estaba cargado con la creciente insatisfacción de Satterthwaite, que la aquiescencia de su compañero había, de algún modo, aumentado.

Soltó de pronto tenedor y cuchillo que sonaron contra la mesa.

—Supongamos que ese joven es, en realidad, inocente. Le van a colgar.

A pesar de su evidente angustia, el señor Quin seguía sin decir nada.

—¿No es cierto que es como si se... ? —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se contuvo y terminó a continuación con otra pregunta incongruente—: ¿Y por qué no habría de irse esa mujer a Canadá?

El señor Quin meneó lentamente la cabeza.

—Ni siquiera sé a qué parte de Canadá ha ido —prosiguió el señor Satterthwaite con tono agrio.

—¿No podría usted averiguarlo? —sugirió el otro.

—Supongo que sí. El mayordomo lo sabrá. O posiblemente Thompson, el secretario. Yo creo que ellos lo sabrán.

Volvió a detenerse. Al reanudar la conversación, su voz tenía un inconfundible acento de súplica.

—¿No le parece como si todo esto estuviera relacionado conmigo de algún modo?

—¿Que un hombre vaya a ser ahorcado en el plazo de dos o tres semanas?

—Si lo plantea usted de ese modo, le diré también que sí. Ya comprendo lo que quiere usted decir. Que es cuestión de vida o muerte. Y esa pobre muchacha. No es que yo tenga el corazón de piedra, pero... ¿qué es lo que se conseguiría al fin y al cabo? ¿No le parece todo esto algo fantástico? Aunque yo llegara a averiguar el paradero exacto de esa mujer en Canadá, me temo que yo mismo tendría que hacer el viaje.

El señor Satterthwaite se sentía seriamente trastornado.

—Yo pensaba ir a la Riviera la semana próxima... —exclamó patéticamente.

La mirada que dirigió al señor Quin parecía querer decir «¡Conmigo no cuente!».

—¿No ha estado nunca en Canadá?

—Nunca.

—Es un país muy interesante.

El señor Satterthwaite le miró indeciso.

—¿Cree usted sinceramente que debería ir?

El señor Quin se dejó caer contra el respaldo de la silla; encendió un cigarrillo y, envuelto entre azuladas espirales de humo, dijo:

—Usted es, según creo, lo que pudiéramos llamar un hombre rico, señor Satterthwaite. No un millonario, pero sí un hombre que puede permitirse un capricho sin reparar en gastos. Usted ha desempeñado siempre el papel de mero espectador en los dramas que aquejan a la humanidad. ¿No se le ha ocurrido nunca saltar a escena y tomar parte? ¿No se ha sentido usted por un

instante árbitro absoluto de los destinos de los demás, con la vida o la muerte pendiente de sus manos?

El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante nuevamente presa de la emoción.

—¿Quiere usted decir que si yo me decidiese a ir a Canadá para realizar esa absurda cacería...?

El señor Quin sonrió.

—La idea de ir a Canadá ha sido suya y no mía —dijo en tono ligero.

—Pero usted no puede dejarme de esta forma en la estacada —añadió el señor Satterthwaite con vehemencia—. Cada vez que se ha cruzado usted en mi camino...

—Siga.

—Hay algo en usted que no comprendo y que quizá jamás logre comprender. La última vez que nos encontramos...

—La víspera de San Juan, si no me equivoco.

El señor Satterthwaite se sintió sobrecogido, como si estas palabras encerrasen una clave que de momento se sintiese incapaz de descifrar.

—¿Fue la víspera de San Juan? —preguntó confundido.

—Sí. Pero no nos detengamos en ese detalle sin importancia.

—Si usted lo cree así... —admitió el señor Satterthwaite, con deferencia, pero seguro de que algo importante se encerraba en aquellas al parecer insignificantes palabras—. Cuando vuelva de Canadá —prosiguió arrastrando torpemente las palabras—, me gustaría verle de nuevo.

—Lamento no poder darle una dirección fija en estos momentos —contestó pesaroso el señor Quin—. Pero vengo a menudo a este sitio. Si usted también lo frecuenta, no cabe duda de que no tardaremos en encontrarnos aquí.

Se separaron cordialmente.

El señor Satterthwaite sintió una viva agitación. Se fue directamente a la agencia Cook y allí se informó de la salida de los barcos. Después telefoneó a Deering Hill. La voz del mayordomo, suave y deferente, contestó a su llamada.

—Me llamo Satterthwaite y hablo en nombre de... eh... una oficina de abogados. Quisiera que me diera algunas referencias con respecto a una joven que servía recientemente en esa casa.

—¿Se refiere usted a Louisa, señor? ¿A Louisa Bullard?

—Esa misma —respondió el señor Satterthwaite, complacido de que le hubiera facilitado el nombre de la interesada.

—Siento decirle que ya no está en el país, señor. Salió hace seis meses para Canadá.

—¿Puede usted darme su dirección actual?

El mayordomo temía que sus informaciones no fuesen altamente satisfactorias. Solo recordaba que el lugar era un pueblo enclavado en las montañas con un nombre escocés. ¡Ah, sí! Banff. Así se llamaba. Algunas de las jóvenes sirvientas esperaban tener noticias, pero no había escrito ni dado su dirección a nadie.

El señor Satterthwaite le dio las gracias y colgó de nuevo el auricular. Estaba decidido. Su espíritu aventurero bullía con fuerza en su pecho. Iría a Banff. Si esa Louisa Bullard estaba aún allí, no tardaría en encontrarla.

Con gran sorpresa suya, disfrutó enormemente de la travesía. Hacía muchos años que no hacía ningún largo viaje por mar. Sus lugares favoritos eran siempre la Riviera, Le Touquet, Deauville y Escocia. La idea de haberse lanzado a una empresa poco menos que imposible añadía un secreto incentivo a su misión. Qué necio, pensarían muchos de sus conocidos si llegasen a sospechar los verdaderos motivos de su desinteresada pesquisa. Pero ellos no conocían al señor Quin.

En Banff, consiguió fácilmente su objetivo. Louisa Bullard estaba empleada en el gran hotel de la villa. Doce horas después de su llegada, tuvo el placer de entrevistarse con ella.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, de aspecto anémico, pero provista de fuerte complexión. Su pelo era de un color castaño claro, algo rizado, y sus ojos pardos y de franca expresión. Su aspecto, pensó, respiraba simpleza, pero también honradez.

Pareció acoger sin reservas la idea del señor Satterthwaite de recopilar ciertos datos sobre la tragedia ocurrida en Deering Hill.

—Leí en los periódicos que habían condenado a muerte al señor Martin Wylde. En mi opinión, es una verdadera pena.

No parecía, sin embargo, tener duda alguna sobre su culpabilidad.

—Uno de tantos buenos muchachos que se descarrían. No me gusta hablar mal de los muertos, pero estoy segura de que fue lady Barnaby la que tuvo la culpa de todo. No le dejaba en paz ni un momento. Bien, los dos han recibido su castigo. Me acuerdo de una frase que solía ver de niña en algunos cuadros que colgaban de las paredes y que decía: «A Dios no se le puede engañar». Era una gran verdad. Yo sabía que algo terrible iba a ocurrir aquella tarde... y ocurrió.

—A ver, a ver. Explíquese —preguntó el señor Satterthwaite.

—Estaba en mi cuarto cambiándome de ropa cuando se me ocurrió mirar afuera por la ventana. Pasaba un tren en aquel momento y el humo blanco que salía de la chimenea se elevó en el aire y, aunque usted no me crea, formó en el aire la figura de una mano gigantesca. Una enorme mano blanca sobre el rosado fondo del cielo. Los dedos estaban contraídos como en ademán de querer coger alguna cosa. No sé por qué, me dio un vuelco el corazón. ¿No sabes, me pregunté a mí misma, que esto es señal de que algo malo va a ocurrir? Acababa de preguntármelo cuando antes de un minuto oí el disparo. Ya ha ocurrido, me dije, y salí disparada escaleras abajo para unirme a Carrie y a los demás que estaban en el vestíbulo, y juntos entramos en la sala de música, y allí estaba, muerta y bañada en sangre. ¡Aquello era horrible! No pude hacer otra cosa y le conté a sir George lo de la señal que yo había visto en el cielo, pero este no pareció prestar atención a mi relato. Le digo que fue un día fatal. Lo notaba en mis huesos desde aquella mañana. ¡Viernes y trece! ¿Qué otra cosa podía esperarse?

Continuó con una sarta de divagaciones que el señor Satterthwaite escuchó con paciencia de santo. Una y otra vez trató de llevarla al tema del crimen con un afán de obtener algo que arrojara luz sobre el asunto, pero su intento resultó vano. Louisa Bullard había dicho cuanto sabía y al fin tuvo que reconocer con tristeza su fracaso.

Había descubierto, sin embargo, un detalle que merecía ser considerado de suma importancia. El puesto de trabajo se lo había facilitado el señor Thompson, el secretario de sir George. Asimismo, el sueldo era tan exorbitante que Louisa aceptó como es lógico, aun cuando una de las cláusulas del contrato era la de abandonar Inglaterra sin perder un solo instante. Un tal Denman era quien se había encargado en Canadá de llevar a cabo todos los trámites necesarios y quien le aconsejó que no volviese a escribir a sus ex compañeros de servicio «porque esto podría acarrearle serios disgustos con la oficina de inmigración», cosa que ella aceptó sin recelos.

La cantidad a que ascendía el sueldo, mencionada casualmente durante el curso de la conversación, era tan elevada que no dejó de sorprender al señor Satterthwaite, quien después de algunas vacilaciones decidió entrevistarse personalmente con el señor Denman.

No le costó gran trabajo inducir a éste a que le contara cuanto supiese sobre el particular. En uno de sus frecuentes viajes a Londres éste se encontró a Thompson, quien en cierta ocasión le había hecho un señaladísimo favor. El secretario le había escrito una carta en el mes de

septiembre diciéndole que, por razones personales de sir George, éste estaba ansioso, de un modo u otro, de que la muchacha saliese de Inglaterra. ¿Podría encontrarle una ocupación? Una fuerte suma acompañaba la carta para elevar su salario hasta una buena cifra.

—Las complicaciones usuales, me imagino —dijo el señor Denman, recostándose indolentemente en el respaldo del sillón—. Parece, no obstante, una buena muchacha.

El señor Satterthwaite no parecía compartir la idea de que se tratara de una complicación «usual». Estaba seguro de que Louisa Bullard no encajaba en el marco de los supuestos devaneos de sir George Barnaby. Debió haber otra razón para considerar tan imperiosa la necesidad de que Louisa Bullard saliese tan precipitadamente de Inglaterra. Pero ¿cuál? ¿Quién estaba detrás del asunto? ¿Era acaso sir George el que actuaba por mediación de Thompson? ¿O era Thompson por propia iniciativa, pero que utilizaba el nombre de su jefe?

Todavía cavilando en estas cuestiones, el señor Satterthwaite emprendió su viaje de regreso. Estaba mustio y abatido. Sus pesquisas habían sido infructuosas.

Abrumado por el fracaso, al día siguiente de su llegada dirigió sus pasos hacia el Arlecchino. Apenas se atrevía a albergar esperanzas de tener éxito la primera vez, pero, ante su satisfacción, la familiar figura estaba sentada a su mesa. El rostro moreno del señor Quin se distendió en una sonrisa de bienvenida.

—¡Vaya! —empezó a decir el señor Satterthwaite sirviéndose una porción de mantequilla—. Me envió a una bien absurda cacería.

El señor Quin arqueó las cejas.

—¿Que yo le envié? —objetó—. Permítame que le diga que la idea fue enteramente suya.

—Fuera de quien fuese, no ha tenido éxito: Louisa Bullard no tenía nada que contar.

Y a continuación, el señor Satterthwaite expuso un sucinto relato de todos los detalles de la conversación habida con la muchacha, así como de la sostenida con el señor Denman. El señor Quin escuchaba en silencio.

—De todos modos, estaba justificado el viaje —prosiguió el señor Satterthwaite—. Louisa Bullard fue quitada de en medio premeditadamente. ¿Por qué? No acierto a verlo.

—¿No? —se limitó a contestar el señor Quin, imprimiendo un acento de provocación a sus palabras.

El señor Satterthwaite se sonrojó ligeramente.

—Quizá crea usted que me faltó habilidad en el interrogatorio, pero puedo asegurarle que le obligué a repetir su historia una y otra vez. No fue culpa mía que no pudiera obtener el resultado que deseábamos.

—¿Está usted seguro —preguntó el señor Quin con intención— de que no lo ha conseguido?

El señor Satterthwaite levantó la vista sorprendido y se encontró con la mirada escrutadora y burlona que le era tan familiar.

El hombrecillo sacudió la cabeza en pleno desconcierto.

Siguió un silencio, pasado el cual volvió a hablar el señor Quin con un tono ya completamente distinto.

—El otro día me hizo usted una descripción maravillosa de todos los personajes que, de un modo u otro, han intervenido en este caso. Con pocas palabras, consiguió usted darles un maravilloso realce. Ahora quisiera que me describiese usted también el lugar de la acción. Lo dejó un poco en la sombra.

El señor Satterthwaite se sintió halagado.

—¿El lugar...? ¿Deering Hill...? Es uno de tantos edificios actuales de ladrillo con amplios ventanales. Bastante feo visto desde fuera, pero muy confortable en su interior. No muy grande. Unos dos acres de terreno, como casi todas las casas que le rodean. Construida indiscutiblemente para la gente acomodada. La disposición de sus habitaciones recuerda la de un hotel. Se parecen a las suites. Baños y lavabos, con agua caliente y fría en todos los dormitorios, y profusión de artísticas lámparas eléctricas doradas por todas partes. Muy confortable, pero nada campestre. Tenga en cuenta que Deering Hill está solo a unas diecinueve millas de Londres.

El señor Quin escuchaba con gran atención.

—Según he oído, el servicio de trenes es bastante deficiente —observó.

—No sé nada al respecto —contestó el señor Satterthwaite, animado con el tema—. Pasé unos días allí el último verano. Es muy cómodo para ir a la ciudad, aun cuando los trenes solo salen cada hora y cuarenta y ocho minutos de la estación de Waterloo, hasta el último, que es a las diez y cuarenta y ocho.

—¿Cuánto tardan en llegar a Deering Hill?

—Exactamente unos tres cuartos de hora. O sea, que pasan siempre por Deering Hill cada hora y veintiocho minutos.

—¡Qué tonto soy! —exclamó el señor Quin con acento de fastidio—. Debía haberlo recordado. La señorita Dale se despidió de una amiga precisamente a las seis y veintiocho de aquella tarde, ¿no es así?

El señor Satterthwaite tardó uno o dos minutos en contestar. Sus pensamientos se concentraron de nuevo en el problema que había quedado sin resolver.

—Quisiera que me explicase qué es lo que quiso usted decirme hace un momento cuando me preguntó si estaba seguro de no haber logrado mi objetivo.

Planteada así la cuestión, parecía un tanto complicada, pero el señor Quin contestó sin vacilar.

—Me refería a que quizá fuese usted demasiado exigente. Al fin y al cabo, acaba usted de confesarme que Louisa Bullard fue deliberadamente sacada del país. Para hacerlo, tuvo que haber alguna razón muy poderosa. Pues esa razón debe encontrarse, sin duda, en lo que le dijo a usted.

—Pero ¿qué es lo que me dijo? —preguntó el señor Satterthwaite tratando de argumentar—. ¿Qué hubiese podido decir de haberse visto legalmente obligada a declarar en la vista?

—Lo que ella vio —contestó el señor Quin.

—¿Y qué es lo que vio?

—Una señal en el cielo.

El señor Satterthwaite le miró fijamente.

—¿Se refiere usted a esa majadería? ¿A esa superstición de creer que pudo haber sido obra de la mano de Dios?

—Quizá. Según nuestros conocimientos, pudo muy bien haber sido la mano del Todopoderoso.

Su interlocutor había quedado completamente desconcertado ante la seriedad de su entonación.

—¡Tonterías! —dijo—. Ella misma confesó que se trataba del humo del tren.

—¿De un tren que se iba o que venía? —murmuró el señor Quin.

—Difícilmente podría tratarse de un tren que iba. Estos pasan cada hora menos diez minutos. Debió de ser uno que venía. El de las seis y veintiocho. Pero tampoco. Ella dijo que la detonación fue casi simultánea con el paso del tren y, según la declaración de todos, el disparo se realizó a las seis y veinte. Es imposible que un tren pudiese llevar un adelanto así.

—Y menos en una línea como esa —corroboró el señor Quin.

—Como no fuera un tren de mercancías... —murmuró—. Pero de haber sido así...

—... no habría sido necesario sacarla de Inglaterra, estoy de acuerdo —añadió el señor Quin completando su pensamiento.

El señor Satterthwaite le miró como fascinado.

—El de las seis y veintiocho —dijo recalcando lentamente las palabras—. Pero si se tratara de éste, y el disparo fue hecho a esa hora, ¿cómo es que todos afirman haberlo oído diez minutos antes?

—La razón es clara como la luz. Los relojes debían andar mal —afirmó el señor Quin.

—¿Todos? —exclamó el señor Satterthwaite dubitativo—. ¿No le parece a usted que sería una coincidencia un tanto extraña?

—No pensaba en ello como mera coincidencia. Pensaba en que era viernes.

—¿Viernes?

—Si no recuerdo mal, me dijo usted que era precisamente los viernes por la tarde cuando sir George acostumbraba a poner en hora sus relojes —dijo el señor Quin, como tratando de justificar su aserto.

—Y los retrasó diez minutos —añadió el señor Satterthwaite, casi sin voz y espantado por el descubrimiento que acababa de hacer—. Después se marchó a jugar al bridge. Habría tenido conocimiento de la nota que su esposa iba a mandar aquella misma mañana a Martin Wylde y debió encontrar el modo de enterarse de su contenido. Sí, no cabe duda. Dejó la partida de bridge minutos antes de las seis y media, encontró la escopeta de Martin apoyada junto a la puerta, entró con ella y la mató de un tiro por la espalda. A continuación volvió a salir, arrojó la escopeta al matorral en que más tarde fue encontrada y simuló llegar de la casa vecina al tiempo que alguno de sus criados se dirigían en su busca. Pero ¿y lo del teléfono? ¡Ah, sí! Ahora lo comprendo. Lo desconectó con objeto de que no pudiera avisarse a la policía de ese modo, pues ellos, sin duda, habrían anotado cuidadosamente la hora exacta de la llamada. La historia de Wylde adquiere verosimilitud ahora. La verdadera hora a la que él salió de la casa

fue la de las seis y veinticinco minutos, y caminando despacio llegaría a la suya, como dijo, aproximadamente, a las siete menos cuarto. Sí, ahora lo veo todo. Louisa, con su locuacidad y sus supersticiones, constituía un verdadero peligro. Alguien no tardaría en comprender el alcance del detalle del tren y entonces, ¡adiós la excelente coartada!

—¡Maravilloso! —comentó el señor Quin.

El señor Satterthwaite se sonrojó por el éxito.

—La única cuestión ahora es... ¿cuál es el próximo paso?

—Yo sugeriría Sylvia Dale —contestó el señor Quin.

El señor Satterthwaite pareció dudar.

—Le mencioné ya —dijo— que me parecía un tanto... ¿cómo diría...?, estúpida.

—Pero tiene padres y hermanos que podrán dar los pasos necesarios.

—Eso es cierto —asintió el señor Satterthwaite, aliviado.

No tardó en encontrarse sentado junto a la chica, explicándole el resultado de sus investigaciones. Sylvia le escuchó atentamente y, cuando hubo terminado, se puso de pie de un salto.

—Necesito un taxi inmediatamente —añadió.

—Pero, querida niña, ¿qué va usted a hacer?

—Ir a ver a sir George Barnaby.

—Imposible. Eso sería lo más desacertado. Permítame que yo...

Sus palabras no consiguieron hacer mella alguna en la decisión tomada por Sylvia Dale. Le autorizó a que le acompañase en el taxi, pero se mostró sorda a todos sus recomendaciones. El señor Satterthwaite hubo de esperar en el coche mientras ella se dirigía a las oficinas que sir George tenía en la ciudad.

Media hora después, la vio salir de nuevo. Parecía agotada como una flor que dobla su tallo por falta de agua. El señor Satterthwaite la recibió con preocupada solicitud.

—He vencido —murmuró, dejándose caer sobre el respaldo del asiento y cerrando lánguidamente los ojos.

—¿Qué? —exclamó sorprendido el señor Satterthwaite—. ¿Cómo lo ha conseguido usted? ¿Qué es lo que le ha dicho?

La muchacha se incorporó un tanto.

—Le dije que Louisa Bullard había estado en la jefatura de policía para contar su historia. Que la policía había hecho sus indagaciones y que se había comprobado que lo habían visto entrar y salir de su casa pocos minutos después de las seis y media. Le dije que el juego había terminado y él se ha derrumbado. Le añadí que la policía tardaría aún una hora en efectuar su arresto, que aún estaba a tiempo de escaparse y que nada haría yo por impedirlo, siempre y cuando firmase allí mismo una declaración reconociéndose único culpable de la muerte de Vivien, pero que si no lo hacía, gritaría y lo proclamaría a todo el edificio. Estaba tan aterrado que no sabía bien lo que hacía. La escribió y firmó sin darse cuenta siquiera de lo que había hecho.

Mostró el papel que llevaba entre las manos.

—Tómela —añadió, entregándoselo—. Usted, mejor que yo, sabe lo que hay que hacer para que pongan a Martin inmediatamente en libertad.

—¡La ha firmado! —repitió el señor Satterthwaite sin salir de su asombro.

—Es algo estúpido —dijo Sylvia—. Yo también lo soy —añadió después a modo de conclusión—. Por eso me hago cargo de las estupideces que a veces cometemos los demás. Nos ofuscamos, y la ofuscación nos lleva a hacer cosas de las que luego hemos de arrepentimos.

No pudo reprimir un estremecimiento y el señor Satterthwaite le dio unos cariñosos golpecitos en la mano.

—Lo que usted necesita en este instante es algo que la reanime —dijo ese último—. Cerca de aquí está uno de mis rincones favoritos. El Arlecchino. ¿Ha estado usted alguna vez en él?

Sylvia meneó la cabeza.

El señor Satterthwaite paró un taxi y llevó a la joven al pequeño restaurante. Se dirigió a la mesa del rincón con el corazón henchido de satisfacción. La mesa estaba vacía.

Sylvia Dale vio la contrariedad que se reflejó en su semblante.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No, nada —contestó el señor Satterthwaite—. Simplemente, que esperaba encontrar aquí a un amigo. Pero no importa. Quizá algún día volvamos a vernos...

5

EL ALMA DEL CRUPIER

El señor Satterthwaite gozaba del calor del sol en una terraza de Montecarlo.

El segundo domingo de enero de cada año con regularidad, el señor Satterthwaite abandonaba Inglaterra para trasladarse a la Riviera. Era más puntual que cualquier golondrina. En el mes de abril regresaba a Inglaterra. Mayo y junio los pasaba en Londres, y no se sabía de año alguno en que se perdiera las carreras de Ascot. Salía de la ciudad después de terminado el encuentro entre Eton y Harrow, y se dirigía al campo a visitar a sus innumerables amistades antes de trasladarse a Deauville y Le Touquet. Partidas de caza ocupaban la mayor parte de su tiempo durante los meses de septiembre y octubre, y solía rematar el año con otros dos meses en la ciudad. Conocía a todo el mundo y no era tampoco aventurado afirmar que todos lo conocían a él.

En la mañana que nos ocupa, su entrecejo estaba fruncido. El azul del mar era admirable. Los jardines, como siempre, una delicia, pero la gente le desagradaba. Le parecían una muchedumbre superficial y mal vestida. Algunos, como es natural, eran jugadores impenitentes, almas condenadas que no podían mantenerse alejados de las mesas de juego. Eran estos los únicos a quienes el señor Satterthwaite toleraba, pues constituían el necesario fondo del cuadro. Pero echaba de menos el fermento acostumbrado de la élite: su propia gente.

Será el cambio, se dijo tristemente el señor Satterthwaite. Vienen aquí ahora gentes que antes jamás hubiesen podido hacerlo. Además, como es natural, me voy haciendo viejo. Los jóvenes, los de la nueva generación, prefieren las montañas de Suiza.

Echaba también de menos a los atildados barones y condes de la diplomacia extranjera, y a los grandes duques y príncipes de las casas reales. El único príncipe que hasta ahora había visto trabajaba como ascensorista en uno de los grandes hoteles. Y echaba de menos también las hermosas y elegantes damas. Quedaban unas pocas, pero no tantas como las que estaba acostumbrado a ver antaño.

El señor Satterthwaite era un fervoroso estudiante de ese tenebroso drama al que llaman vida, pero le gustaba un material de gran colorido. Sentía que el desencanto se había ido apoderando poco a poco de él. Los valores cambiaban y él era demasiado viejo para cambiar.

Se hallaba en este punto de sus reflexiones cuando observó que la condesa Czarnova venía en dirección a él.

Hacía muchas temporadas que el señor Satterthwaite veía a la condesa en Montecarlo. La primera vez acompañada de un gran duque; la segunda, de un barón austríaco y, las siguientes, con amigos de extracción hebraica, de rostros cetrinos y largas y curvadas narices, cargados siempre de deslumbrantes joyas. En los últimos años sus gustos parecían haber cambiado y sus escoltas se componían casi exclusivamente de jóvenes, muchos de ellos casi niños todavía.

El que en aquel momento le acompañaba era uno de esos tantos muchachos imberbes a quien el señor Satterthwaite tenía la fortuna de conocer y por el que sentía una profunda conmiseración. Franklin Rudge era un joven norteamericano, típico exponente de los estados del Medio Oeste amantes de la emoción: rústico pero adorable, una mezcla curiosa de idealismo y sagacidad. Estaba en Montecarlo con un grupo de jóvenes de ambos sexos, norteamericanos como él, y más o menos del mismo tipo y condición. Era su primera visita al Viejo Mundo y se desbordaban en críticas y alabanzas por todo cuanto veían.

En general no simpatizaban con los ingleses ni, al parecer, tampoco éstos con ellos. El señor Satterthwaite, que se preciaba de ser un espíritu cosmopolita, más bien se inclinaba a su favor. Le encantaban su franqueza y sinceridad, aun cuando sus ocasionales solecismos le hiciesen estremecerse a menudo.

Pensó que la condesa Czarnova era la compañía menos apropiada para su joven amigo Franklin Rudge. Se quitó cortésmente el sombrero cuando la pareja pasó junto a él y la condesa le obsequió con una leve inclinación y una sonrisa.

Era una mujer alta, de formas esculturales. Cabello, ojos, pestañas y cejas de un negro tan profundo que a la propia naturaleza le hubiera costado trabajo igualar.

El señor Satterthwaite, que conocía los secretos de las mujeres más de lo conveniente para cualquier hombre, no pudo por menos que admirar el arte que la condesa desplegaba en hacer resaltar sus encantos femeninos. Su tez, sin mácula, era de un uniforme blanco marfil.

El ligero sombreado de sus ojos daba a estos una expresión extraordinaria. Su boca no era carmínea ni de un vivo color escarlata, sino de un leve tono de color vino. Vestía un atrevido modelo en negro y blanco, y llevaba una sombrilla de un color rosa subido que favorecía mucho el color de su piel.

Franklin Rudge se sentía importante y feliz.

Ahí va un pobre loco, se dijo para sí el señor Satterthwaite. Pero no es asunto de mi incumbencia, ni creo que él se decidiera a escucharme. Bien, así adquirí experiencia yo mismo a su edad.

Se sentía, no obstante, preocupado, porque había una atractiva muchacha americana en el grupo, a quien estaba seguro que la amistad de Franklin con la condesa no le gustaba.

Iba a decidir retirarse en dirección opuesta cuando, por una de las veredas que conducían a la terraza y en dirección hacia él, vio venir a la muchacha en cuestión. Vestía un traje sastre con una blusa de muselina que le sentaba de maravilla, unos cómodos zapatos de paseo y llevaba una guía en la mano. Hay norteamericanas que, al pasar por París, acostumbran a salir ataviadas cual modernas reinas de Saba, pero Elizabeth Martin no pertenecía a este grupo. Ella era de las que «hacía Europa» con espíritu decidido y consciente. Tenía elevados conocimientos de cultura y arte, y ansiaba sacar el mejor partido posible de los escasos fondos de que disponía.

No es probable que el señor Satterthwaite pensara en ella en relación con sus dotes artísticas o culturales. Lo que llamó su atención fue su extremada juventud.

—Buenos días, señor Satterthwaite —dijo Elizabeth al llegar junto a él—. ¿Ha visto usted a Franklin... quiero decir, al señor Rudge, por aquí?

—Sí, lo vi hace unos minutos.

—Supongo que con su amiga la condesa —añadió con sequedad.

—Pues... sí, me parece que con la condesa —admitió el señor Satterthwaite.

—Esa condesa me hace a mí pero que muy poca gracia —dijo con voz alterada por la rabia—. Franklin está loco por ella. ¿Por qué? No lo entiendo.

—Tiene, según tengo entendido, una conversación muy agradable —expuso el señor Satterthwaite con cautela.

—¿La conoce usted?

—Superficialmente.

—Estoy muy preocupada por Franklin —declaró la señorita Martin—. Ese muchacho suele ser muy sensato y nunca me hubiera imaginado que pudiera enamorarse de una sirena vulgar como esa. Pero no quiere oír ni una sola palabra y se pone como una fiera cada vez que intentamos hablarle sobre el particular. Dígame, ¿es cierto que es condesa?

—No me gustaría tener que confirmarlo —contestó el señor Satterthwaite—. Quizá lo sea.

—Una elegante forma inglesa de esquivar una respuesta —dijo Elizabeth con desilusión—. Lo que sí puedo decirle es que en Sargon Springs, nuestro pueblo natal, señor Satterthwaite, a esa mujer la tomarían por un pajarraco.

El señor Satterthwaite hubo de admitir para sí tal posibilidad, pero se abstuvo de recordarle que no se hallaban en Sargon Springs, sino en el principado de Mónaco, donde la condesa parecía sincronizar con su ambiente con más acierto que la señorita Martin.

Al no obtener respuesta, Elizabeth decidió proseguir su camino en dirección al casino.

El señor Satterthwaite volvió a sentarse al sol y, no tardó en ser abordado por el propio Franklin Rudge.

Venía lleno de entusiasmo.

—Me estoy divirtiendo de lo lindo —anunció con ingenuo entusiasmo—. ¡Sí señor! ¡Me estoy divirtiendo! ¡Esto es lo que yo llamo vivir, una forma de vida bastante diferente de la que tenemos en Estados Unidos!

El señor Satterthwaite le dirigió una profunda mirada.

—La vida es la misma en todas partes —dijo con expresión de hastío—. Se viste con diferentes ropajes, eso es todo.

Franklin le miró con fijeza.

—No le entiendo.

—¿No? —prosiguió—. Eso es porque le queda todavía un gran trecho por recorrer. Pero le ruego que acepte mis excusas. Ningún viejo debería permitirse la mala costumbre de predicar.

—¡Oh, no importa! —rió el señor Rudge mostrando la espléndida dentadura de todos sus compatriotas—. Pero no crea usted que me ha entusiasmado mucho el casino. Tenía la idea de que el juego sería distinto, algo mucho más emocionante, y más bien me ha parecido una cosa triste y sórdida.

—El juego es cuestión de vida o muerte para el jugador, pero sin gran valor para el espectador. Produce más impresión leído que visto.

El joven asintió en conformidad.

—Usted debe ser de esos cucos que conocen bien esta sociedad, ¿verdad? —preguntó con un candor que hacía imposible ofenderse—. Quiero decir que conocerá usted a todas las condesas y duquesas.

—A muchas de ellas —contestó el señor Satterthwaite—. Y también a judíos, portugueses, griegos y argentinos.

—¿Eh?

—Trataba de explicar que sigo moviéndome dentro de lo que pudiéramos llamar nuestra sociedad inglesa.

Franklin Rudge se quedó unos momentos pensativo.

—Usted conoce a la condesa Czarnova, ¿verdad? —dijo finalmente.

—Superficialmente —contestó el señor Satterthwaite, tratando de dar la misma respuesta que diera a Elizabeth.

—Es una mujer a quien me ha resultado muy interesante conocer. Uno está inclinado a creer que, en la actualidad, la aristocracia europea es inútil y está fuera de lugar. Puede ser cierto por lo que respecta a los hombres, pero las mujeres son distintas. ¿No cree usted que es un placer encontrarse con una criatura tan exquisita como la condesa Czarnova? Ingeniosa, encantadora, inteligente, con generaciones de civilización tras de sí y aristócrata hasta la médula.

—¿Ah, sí? —exclamó el señor Satterthwaite.

—¿Acaso no lo es? ¿Conoce usted a su familia?

—No —replicó el señor Satterthwaite—. Me temo que sé muy poco acerca de ella.

—Era una Radzynski —explicó Franklin Rudge—. Una de las familias de más rancio abolengo de Hungría. Su vida ha sido de lo más extraordinaria. ¿Ha visto usted el magnífico collar de perlas que luce?

El señor Satterthwaite asintió.

—Se las dio el rey de Bosnia por haber sacado de contrabando unos papeles secretos del reino.

—He oído decir que las perlas fueron un regalo que le hizo el rey de Bosnia —apuntó el señor Satterthwaite.

Esto era un hecho ya del dominio público, como también lo era que la condesa había sido, en tiempos pasados, una *chere amie* de Su Majestad.

—Ahora le diré algo más.

El señor Satterthwaite le escuchó complacido y, cuanto más lo hacía, más se convencía de la fértil imaginación de la condesa Czarnova. No era una «vulgar sirena» (como precipitadamente la había calificado Elizabeth Martin). El joven inocente e idealista lo hubiera notado. No, la condesa se movía austeramente en un laberinto de intrigas diplomáticas. Tenía enemigos, detractores, ¡naturalmente! Todo aquello era un vislumbre, o así por lo menos se lo había hecho creer al joven norteamericano, de la vida en el viejo régimen, con la condesa como figura central, aristocrática amiga de consejeros y príncipes, una personalidad capaz de inspirar una romántica devoción.

—Y ha tenido que luchar constantemente contra toda suerte de contrariedades —terminó diciendo el joven con pasión—. Es algo extraordinario, pero nunca encontró una mujer que fuera una auténtica amiga. Por el contrario, éstas fueron siempre sus más encarnizadas adversarias toda su vida.

—Probablemente —dijo el señor Satterthwaite.

—¿Y no cree que esto es escandaloso? —preguntó Rudge muy acalorado.

—No —contestó reflexivamente el señor Satterthwaite—. Yo no me atrevería a calificarlo de ese modo. Las mujeres, como usted sabe, tienen sus propias normas. No es conveniente que nos mezclemos en sus asuntos. Hay que dejar que ellas solas se las arreglen.

—No estoy de acuerdo —interpuso Rudge apasionadamente—. Una de las cosas peores que hoy aquejan al mundo es esa falta de solidaridad entre las mujeres. ¿Conoce usted a Elizabeth Martin? Está de acuerdo con mi teoría absolutamente. Lo hemos discutido los dos con frecuencia. Es solo una niña, pero sus ideas son muy claras. Pero, al tener que ponerlas en práctica, es tan perversa como cualquiera de ellas. Está en contra de la condesa, aunque no sabe ni jota de ella y no me escucha cuando intento aclararle las cosas. Es injusto, señor Satterthwaite. Yo creo en la democracia y ¿qué es la democracia sino una verdadera fraternidad tanto entre hombres como entre mujeres?

Se detuvo. El señor Satterthwaite intentó en vano pensar en alguna circunstancia que hiciera crecer un sentimiento de hermandad entre la condesa y Elizabeth Martin, y fracasó.

—La condesa, por su parte —prosiguió Rudge—, siente una inmensa admiración por Elizabeth y la considera encantadora en todos los aspectos. ¿Qué demuestra eso?

—Demuestra —contestó secamente el señor Satterthwaite— que la condesa ha vivido un tiempo considerablemente más largo que la señorita Martin.

Franklin Rudge salió inesperadamente por la tangente.

—¿Qué edad cree usted que tiene? Yo la sé. Ella misma me lo confesó deportivamente. Yo le hubiese puesto unos veintinueve, pero reconoció haber cumplido ya los treinta y cinco. ¿Verdad que no los aparenta?

El señor Satterthwaite, cuyo propio cálculo acerca de la edad de la dama era de unos cuarenta y cinco a cuarenta y nueve años, se limitó a enarcar las cejas.

—Me permito aconsejarle que no dé usted mucho crédito a lo que se dice por Montecarlo —murmuró.

Tenía suficiente experiencia para comprender lo inútil que hubiese resultado tratar de argüir con el muchacho. Franklin Rudge, en la cumbre de sus especulaciones románticas, no hubiese creído nada que no viese corroborado por las pruebas más fehacientes.

—Ahí está la condesa —dijo el joven levantándose.

Ésta se acercó con el lánguido abandono que tanto realzaba su seducción y se sentaron los tres juntos. Se mostró amabilísima con el señor Satterthwaite, aunque guardando siempre cierta reserva. Con frecuencia se dirigía a él preguntando su opinión y tratándole como una gran autoridad en la Riviera.

Todo fue muy inteligentemente manejado. Solo habían transcurrido unos minutos cuando Franklin Rudge fue graciosamente requerido para ausentarse unos momentos, y el señor Satterthwaite y la condesa se quedaron en un *tête-a-tête*.

Esta empezó a describir círculos en la arena con la punta de su sombrilla.

—Parece usted interesarse mucho por ese joven americano, ¿verdad, señor Satterthwaite?

Su voz queda sonaba con un timbre dulce y acariciador.

—Es un muchacho muy simpático —contestó el señor Satterthwaite en tono indiferente.

—También me lo parece a mí —dijo la condesa, pareciendo reflexionar—. Le he puesto al corriente de gran parte de mi vida.

—¿De veras?

—Detalles que he confiado a muy pocos —continuó, en tono soñador—. Mi vida ha sido extraordinaria, señor Satterthwaite. Pocos creerían las cosas asombrosas que me han ocurrido.

El señor Satterthwaite era lo suficientemente astuto para penetrar en el sentido de estas palabras. Después de todo, las historias que ella le habría contado pudieran muy bien haber sido verdaderas. No eran muy probables, con el grado más alto de improbabilidad, pero cabían dentro de lo posible. Nadie podría afirmar categóricamente: «Eso no es cierto...».

No contestó y la condesa paseó una ensoñadora mirada por los contornos de la bahía.

De pronto, el concepto que el señor Satterthwaite tenía de ella cambió. Ya no la veía como una arpía, sino como una mujer desesperada y acorralada que luchaba con uñas y dientes. La miró furtivamente unos instantes. La sombrilla yacía a un lado y podía ver unas arrugas delatoras en el rabillo de sus ojos y el latido de una vena sobre la sien.

Sintió la creciente convicción de estar en lo cierto. Era una criatura desesperada y agotada. Sería despiadada con cualquiera que se interpusiera entre ella y Franklin Rudge. Sin embargo, aún no acertaba a ver claramente la situación. En apariencia le sobraba el dinero. Vestía con ostentación y sus joyas eran maravillosas. No había, pues, urgencia por este lado. ¿Estaba enamorada? No era infrecuente que mujeres de su edad se enamorasen de simples jovencitos. Pudiera ser. Tuvo la sensación de que había algo fuera de lo común en su situación.

El *tête-a-tête* con él simbolizaba el lanzamiento de un guante al señalarle como a su principal enemigo. Estaba seguro de que confiaba en evitar que hablara de ella con Franklin Rudge. El señor Satterthwaite sonrió para sus adentros. Tenía más conchas que un galápago y conocía perfectamente cuándo tenía que morderse la lengua.

Aquella noche, en el Cercle Privé, mientras la condesa probaba su fortuna en la ruleta, continuó observándola.

Una y otra vez apostaba e, invariablemente, su dinero desaparecía. Soportaba sus pérdidas con la estoica *sang froid* de un viejo *habitué*. Apostó *en plein* una o dos veces, puso el máximo al rojo y ganó algo en la media docena para volverlo a perder, para finalmente jugar al *manque* seis veces y perderlas todas. Luego, con un ligero encogimiento de hombros, se alejó indiferente de la mesa.

Estaba excepcionalmente hermosa embutida en su vistoso traje de tisú dorado con viso de color verde y lucía, orlando su cuello, las famosas perlas de Bosnia y unos largos pendientes con perlas colgaban de sus orejas.

El señor Satterthwaite escuchó el comentario apreciativo de dos hombres.

—La Czarnova —dijo uno de ellos— se conserva bien, ¿no te parece? Las joyas de la corona de Bosnia parecen ganar en hermosura sobre su persona.

El otro caballero, un hombre de pequeña estatura y perfil inconfundiblemente judío, la inspeccionó con curiosidad.

—Así pues, ¿esas son las famosas perlas de Bosnia? —preguntó—. *En vérité.* Es extraño.

Y soltó unas risitas.

El señor Satterthwaite no pudo oír nada más, pues en el momento de volver la cabeza en otra dirección había experimentado la alegría de reconocer a un viejo amigo.

—¡Mi querido señor Quin! —dijo estrechando calurosamente su mano—. Este es el último lugar del mundo en que habría soñado encontrarlo.

El señor Quin sonrió con su oscuro rostro iluminado por la satisfacción.

—No debería sorprenderle —exclamó—. Es Carnaval y estos días suelo pasarlos aquí.

—¿De veras? Pues es un gran placer para mí. ¿Tiene usted algún interés especial en quedarse en las salas de juego? Yo las encuentro excesivamente calurosas.

—Creo que estaremos mejor fuera —asintió su acompañante—. Podemos pasear por los jardines.

En el exterior el aire era fresco, pero no frío. Ambos aspiraron con fuerza.

—Esto está mejor —dijo el señor Satterthwaite.

—Mucho mejor —volvió a asentir el señor Quin—. Además, podemos hablar con entera libertad. Supongo que tendrá usted algo que contarme.

—Naturalmente.

En breves palabras, le puso al corriente de sus perplejidades. Como de costumbre, se enorgullecía de su habilidad para saber recrear el ambiente. La condesa, el joven Franklin, la inocente Elizabeth... a todos los describió con su maravilloso toque.

—Ha cambiado usted mucho desde la primera vez que nos vimos —dijo el señor Quin cuando aquel hubo acabado su relato.

—¿En qué sentido?

—Antes se contentaba usted con ser un mero espectador de los dramas que la vida ofrecía. Ahora parece interesado en tomar parte activa en ellos.

—Es verdad —hubo de confesar el señor Satterthwaite—. Pero en este caso me encuentro con que no sé qué hacer. Estoy perplejo. Quizá... quizá usted pueda ayudarme.

—¡Encantado! —replicó el señor Quin—. Veremos qué es lo que se puede hacer.

El señor Satterthwaite experimentó una gran sensación de alivio.

Al día siguiente presentó a Franklin Rudge y a Elizabeth Martin a su amigo el señor Harley Quin. Le complació grandemente ver que la corriente de afecto entre los jóvenes se mantenía en pie. No se mencionó a la condesa, pero a la hora del almuerzo se oyeron noticias que despertaron su curiosidad.

—Mirabelle llega a Montecarlo esta noche —confió excitadamente al oído del señor Quin.

—¿La estrella favorita de los escenarios de París?

—Sí. Me atrevería a decir que usted también lo sabe, pues es ya del dominio público, que es la última locura del rey de Bosnia. Según creo, la ha cubierto de alhajas y de ella se dice que es la mujer más codiciada y más extravagante que corre por París.

—Será interesante presenciar esta noche el encuentro entre ella y la condesa Czarnova.

—Eso mismo estaba yo pensando.

Mirabelle era una criatura alta y esbelta, de cabeza majestuosa y pelo rubio teñido. Su tez era de un pálido color malva, con los labios pintados de carmín. Era extraordinariamente *chic*. Vestía un traje que le daba el aspecto de una exótica ave del paraíso y lucía profusión de cadenas que le colgaban por su desnuda espalda. Un pesado brazalete con incrustaciones de brillantes adornaba su tobillo izquierdo.

Su entrada en el casino causó verdadera sensación.

—Su amiga la condesa se verá en un apuro si trata de superar esto —murmuró el señor Quin al oído del señor Satterthwaite.

Este último asintió. Tenía curiosidad por saber si la condesa aceptaría el desafío.

Esta llegó un poco tarde y un murmullo sordo corrió de boca en boca al verla pasar y dirigirse displicentemente a la mesa central de ruletas.

Vestía de blanco, con un sencillo traje de *marocain* como el que llevaría una debutante en sociedad, y su nítido cuello y sus brazos no lucían ni el más insignificante de los adornos.

—Es inteligente —exclamó el señor Satterthwaite con aprobación—. Desdeña la rivalidad y entrega todas sus armas al adversario.

Se acercó también a la mesa y se situó a su lado. De vez en cuando, se recreaba en hacer una apuesta. Tan pronto ganaba como perdía.

Se dio una racha seguida de números altos. Los números 31 y 34 salían una y otra vez. Grandes sumas se volcaban sobre la mesa. Con una sonrisa, el señor Satterthwaite se decidió a hacer su última apuesta y jugó el máximo al número 5.

La condesa, a su vez, se inclinó hacia delante y colocó otra suma igual sobre el número 6.

—*Faites vos jeux* —gritó el crupier—. *Rien ne va plus. Plus rien.*

La bola empezó a girar y el señor Satterthwaite pensó para sí: Esto tiene un significado totalmente distinto para cada uno de nosotros. Para unos hastío y pasatiempo ocioso; para otros esperanza y desesperación, vida o muerte.

¡Clic!

El crupier se inclinó para cerciorarse.

—*Numero cinq, rouge, impair et manque* —gritó.

¡El señor Satterthwaite había ganado!

El crupier, después de haber recogido las apuestas desafortunadas, empujó hacia el señor Satterthwaite el producto de su ganancia. Éste extendió su mano para recogerla. Simultáneamente, la condesa hizo el mismo gesto. El crupier miró a ambos y vaciló.

—*Á madame* —dijo finalmente con brusquedad.

La condesa recogió el dinero. El señor Satterthwaite hizo un gesto de retroceso. Era un caballero. La condesa le miró fijamente y él le devolvió la mirada. Uno o dos de los presentes

trataron de hacer ver al crupier su equivocación, pero este se limitó a menear impaciente la cabeza. La decisión estaba tomada. Resonó de nuevo su áspera cantinela:

—*Faites vos jeux, messieurs et mesdames.*

El señor Satterthwaite volvió a reunirse con el señor Quin. Bajo su impecable comedimiento, bullía de indignación.

El señor Quin escuchó benévolamente su relato.

—Desagradable —exclamó al terminar aquel—, pero son cosas que ocurren con alguna frecuencia.

Y a continuación, añadió:

—Hemos de encontrarnos con su amigo Franklin Rudge. Voy a dar una pequeña cena íntima.

Los tres se reunieron a medianoche y el señor Quin esbozó su plan.

—Será lo que pudiéramos denominar una cena sorpresa —explicó—. Escogemos el punto de reunión, después nos separamos y cada uno se compromete, bajo palabra de honor, a invitar a la primera persona con quien se encuentre.

A Franklin Rudge le regocijó la idea.

—¿Y qué ocurre si no acepta? —preguntó.

—Debe usted agotar todos los recursos de su fuerza persuasiva.

—Bien. ¿Y dónde nos reunimos?

—En un café de bohemios donde se admiten los más extraños huéspedes. Se llama Le Caveau.

Describió su situación y cada cual partió por su lado. El señor Satterthwaite tuvo la fortuna de dar con Elizabeth Martin y la reclamó como su pareja para aquella noche, cosa que ella aceptó encantada. Llegaron a Le Caveau y descendieron a una especie de bodega donde encontraron una mesa ya dispuesta y alumbrada por caprichosas velas montadas sobre anticuados candelabros.

—Somos los primeros —dijo el señor Satterthwaite—. ¡Ah! Aquí llega Franklin.

Se detuvo un momento. Con Franklin había aparecido la condesa. Fue un momento tenso. Elizabeth no pudo reprimir un gesto de desagrado. La condesa, en cambio, como mujer de mundo, supo hacer los honores.

El último en llegar fue el señor Quin. Le acompañaba un hombre de baja estatura, moreno, correctamente vestido y cuya cara le era familiar al señor Satterthwaite. Pasado un momento, lo reconoció. Era el mismo crupier que horas antes en la sala de juego había cometido, al parecer, el lamentable error.

—Permítame que le presente a nuestros acompañantes, monsieur Pierre Vaucher —dijo el señor Quin.

El hombrecillo parecía confuso. El señor Quin hizo las presentaciones con naturalidad y sencillez. Se sirvió la cena, una cena excelente. La acompañaron unos vinos de gran calidad. La frialdad del ambiente pareció diluirse, aunque la condesa y Elizabeth permanecían silenciosas. Franklin Rudge se volvió locuaz. Contó varias historias, no humorísticas, sino serias, y el señor Quin, ceremoniosa y asiduamente, se encargaba de ir sirviendo el vino a los comensales.

—Voy a contarles, y es verdadera, la historia de un hombre que consiguió triunfar —dijo Franklin Rudge en tono solemne.

Para ser un hombre venido del país de la prohibición, no dejaba de mostrar su predilección por el champán.

Relató su historia, quizá con más extensión de la que correspondía y, como ocurre con otras muchas historias verdaderas, resultó inferior a la ficción.

Al decir su última palabra, Pierre Vaucher, que estaba sentado frente a él, pareció despertar de su ensimismamiento. También había hecho los debidos honores al champán. Se inclinó hacia delante.

—Yo también deseo contarles una historia —dijo sombríamente—. La mía es la de un hombre que desgraciadamente no consiguió hacer fortuna. Es la historia de un hombre que en vez de ir a más, descendió por la pendiente. Pero como la de usted, es asimismo una historia verdadera.

—Cuéntenosla, se lo ruego —le pidió Satterthwaite.

Pierre Vaucher se dejó caer hacia atrás en la silla y clavó la mirada en el techo.

—Es en París donde empieza mi relato. Había allí un modesto joyero. Era joven y alegre, profundamente enamorado de su profesión. Todos decían que tenía un brillante porvenir ante

sí. Una ventajosa boda se había concertado para él. La novia era guapa y la dote nada despreciable. Y de pronto, ¿qué creen ustedes que ocurrió? Cierta mañana se tropieza con una muchacha. Un miserable manojo de huesos, señores. ¿Hermosa? ¿Quién sabe? Quizá lo fuera si no estuviera medio muerta de hambre. Pero, para este hombre la muchacha tenía un encanto mágico al que no pudo resistir. Ella luchaba desesperadamente por encontrar trabajo. Era virtuosa, o al menos eso es lo que le hizo creer. Ahora tengo mis dudas sobre si fue verdad.

Se oyó la voz de la condesa desde la penumbra en que se hallaba.

—¿Por qué no habría de ser cierto? Ha habido muchas en el mundo como ella.

—Bien. Pues, como digo, el joven la creyó. Y se casó con ella. ¡Qué locura! Su familia, herida en sus sentimientos más vivos, no volvió a dirigirle la palabra. Se casó con, llamémosle de momento, Jeanne, y fue una loable acción. Así se lo hizo saber a ella, pensando que se lo habría de agradecer. Era mucho, al fin y al cabo, lo que había sacrificado por ella.

—Un encantador comienzo para la pobre niña —observó sarcásticamente la condesa.

—Él la amaba, sí, pero desde los comienzos ella pareció no tener otro entretenimiento que el de enloquecerle. Tenía arrebatos diarios. Tan pronto se mostraba apasionada como fría e indiferente. Al fin, comprendió la verdad. Aquella mujer no le había querido nunca. Se había unido a él solo por mero instinto de conservación. Se sintió herido en lo más profundo de su corazón, pero intentó que sus sentimientos no traslucieran. Sin embargo, seguía creyendo que merecía gratitud y sumisión a sus deseos. Riñeron. Ella le reprochó algunas cosas... *Mon Dieu,* ¿acaso tenía algo que reprocharle?

»Ya sospecharán ustedes el final, ¿no es así? Lo que ya se veía venir. Ella le abandonó. Durante dos años permaneció solo, trabajando en su pequeña tienda, sin noticia alguna de ella y con un solo amigo: la absenta. El negocio no prosperó mucho.

»De pronto un día ella entró en la tienda donde él seguía trabajando. Iba elegantemente vestida y lucía costosos anillos en los dedos. Él se la quedó mirando. Su corazón volvió a latirle con violencia, sin saber qué determinación tomar. No sabía si abofetearla o estrecharla entre sus brazos, si derribarla o pisotearla, o caer postrado a sus pies. Afortunadamente, no hizo nada de eso. Cogió sus útiles de trabajo y continuó su trabajo habitual. "¿Qué desea la señora?", se limitó a decir con seriedad.

»Esto la molestó. No se lo esperaba. "Pierre", dijo, "he vuelto." El dejó sobre la mesa sus herramientas y la miró. "¿Quieres que te perdone?", dijo. "¿Quieres que vuelva a aceptarte? ¿Estás sinceramente arrepentida?" "¿Me aceptarías de nuevo en tu casa?", murmuró ella. Oh, sí, lo dijo con voz dulcísima.

»Sabía que le estaba tendiendo una trampa. En realidad se moría de ganas de estrecharla entre sus brazos, pero fue suficientemente inteligente como para no hacerlo. Fingió indiferencia: "Soy un cristiano y procuro ceñirme a los mandatos de la Iglesia". ¡Ah!, pensó, la humillaré, la humillaré hasta hacerle hincar las rodillas en el suelo.

»Pero Jeanne, continuaremos llamándola así, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una diabólica carcajada. "Me estaba burlando de ti, Pierre", dijo. "Mira estos vestidos y estas joyas. Vine solo para que los vieras. Pensé que esto te haría estrecharme entre tus brazos y, si lo hubieses hecho, entonces... entonces, ¡te hubiese escupido a la cara y te hubiera dicho cuánto te odiaba!"

»Y después de esto, se volvió bruscamente y abandonó la tienda. ¿Pueden ustedes concebir, señores, tanta maldad, que volviera con el solo objeto de atormentarle?

—No —dijo la condesa—. Ni creo que haya nadie, a menos que sea un loco, capaz de concebir una cosa así. Pero por lo visto, los hombres adolecen de una ceguera estúpida.

Pierre Vaucher pareció no prestar la menor atención a estas palabras y prosiguió.

—Y así el joven de mi historia siguió hundiéndose cada día más y más. Continuó bebiendo absenta. La tiendecita pasó a nuevas manos y ya no paró hasta caer enfangado en el arroyo. Después vino la guerra. ¡Bendita guerra! Sacó a aquel hombre de la cloaca y le enseñó a no ser ya más un bruto. Sufrió frío y el temor a la muerte. Pero no murió y, al terminar la guerra, volvió al mundo convertido de nuevo en un hombre.

»Fue entonces, señores, cuando se vino al sur. Sus pulmones habían resultado afectados por los gases tóxicos y le aconsejaron que buscase trabajo en lugares más templados. No quiero cansarlos con el relato de todo cuanto hizo. Básteles saber que acabó por ser un crupier y que allí, en el casino, volvió a ver a la mujer que había sido la causa de la ruina de su vida. Ella no le reconoció, pero él sí a ella. Aparentaba ser rica y no carecer de nada. Pero, señores, hay detalles que no se escapan a los ojos de un crupier. Llegó una noche en que se vio obligada a apurar sobre el tapete su última apuesta. No me pregunten cómo lo supe. Ni yo mismo podría decirlo. Son cosas que se sienten. Otros quizá no llegarán a creerlo. Ella seguía llevando vestidos costosos, ¿por qué no empeñarlos?, se dirían. Pero si lo hiciera ¿qué hubiera sido entonces de su crédito? ¿Sus alhajas? ¡Ah, no! ¿Acaso no había sido yo joyero en mi juventud? Hacía tiempo ya que las auténticas habían desaparecido. Las perlas de un rey se venden de una en una y son reemplazadas paulatinamente por otras falsas. Pero entretanto hay que comer y pagar las cuentas del hotel. Los hombres acaudalados la han visto durante años pasearse por las salas del casino; ¡Bah!, se dicen, esta mujer ya pasa de los cincuenta y nosotros queremos carne joven por nuestro dinero.

Un escalofriante suspiro partió de la ventana en que se apoyaba la condesa.

—Sí, llega el gran momento. Durante dos noches consecutivas la veo perder. Perder y perder sin cesar. Por fin, llega el final. Lo coloca todo a un solo número. A su lado, un milord inglés jugó también el máximo al número inmediato al suyo. La bola rueda... el momento ha llegado... ha perdido de nuevo.

»Sus ojos se encuentran con los míos. ¿Qué hacer? Me juego el puesto en el casino y me decido a robar al milord. *"Á madame"*, digo, y le entrego a ella el dinero.

Siguió una fuerte conmoción. La condesa se había acercado de un salto a la mesa y barrido con una mano las copas que había ante sí, que se estrellaron con estrépito contra el suelo.

—¿Por qué? —gritó con voz entrecortada—. Eso es lo que quiero saber. ¿Por qué hizo usted eso?

Hubo una larga pausa que parecía interminable y en la que ambos se miraban cara a cara a través de la mesa... igual que en un duelo.

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Pierre Vaucher. Levantó sus manos.

—Madame —contestó—, todavía existe en el mundo un sentimiento que se llama piedad...

—¡Ah...!

Ella se dejó caer en el asiento.

—Comprendo.

Sonrió con calma. Volvía a ser la mujer de siempre.

—Una historia verdaderamente interesante, monsieur Vaucher. ¿Me permite que le encienda el cigarrillo?

Improvisó hábilmente una pajuela con un papel que extrajo del bolso, la encendió en uno de los candelabros y la acercó al cigarrillo que el señor Vaucher sujetaba entre los labios.

A continuación, se levantó con un movimiento brusco.

—Ahora, señores, les ruego a todos ustedes que me excusen. Debo marcharme. ¡Por favor! No es preciso que nadie me acompañe.

A continuación, abandonó precipitadamente la habitación. El señor Satterthwaite estaba decidido a salir tras ella, pero lo contuvo una imprecación que salió de la boca del francés.

—¡Por mil bombas!

Contemplaba los restos de la pajuela que la condesa había dejado caer sobre la mesa antes de partir. La desenrolló.

—*Mon Dieu!* —exclamó—. Un billete de cincuenta mil francos. ¿Lo comprenden? Sus ganancias de esta noche. Lo único que le queda en el mundo. Y lo empleó para encender mi cigarrillo porque es demasiado orgullosa para aceptar la compasión de nadie. ¡El orgullo, ese orgullo satánico que siempre la ha dominado! ¡Es única! ¡Es admirable!

Se levantó de un salto y corrió en su busca.

El señor Quin y el señor Satterthwaite se habían levantado a su vez. El camarero se acercó a Franklin Rudge.

—*La note, monsieur* —dijo en tono mecánico.

El señor Quin se apoderó rápidamente de ella.

—Me encuentro muy solo, Elizabeth —observó Franklin Rudge—. No acabo de comprender a estos extranjeros. ¿Y qué ha querido decir, al fin y al cabo, con esa historia?

Se quedó mirándola como embelesado.

—Créeme que da gusto contemplar a una norteamericana cien por cien como tú —exclamó con un plañidero tono infantil—. ¡Estos extranjeros son tan raros!

Dieron las gracias al señor Quin y se alejaron juntos en la noche. El señor Quin recogió el cambio y miró al señor Satterthwaite, que parecía esponjado como un ave que peina satisfecha su plumaje.

—Bien —dijo este—. Parece que todo ha salido a pedir de boca. Nuestra pareja de tórtolos estará en estos momentos a sus anchas.

—¿A cuál de las dos se refiere usted? —preguntó el señor Quin.

—¡Oh! —dijo el señor Satterthwaite sintiendo que había pasado algo por alto—. Sí, bueno, creo que tiene usted razón. Como es natural, hay que admitir el punto de vista latino sobre este

particular.

Pareció dudar, no obstante.

El señor Quin sonrió. Una cristalera iluminada compuesta de vidrios de distintos colores imprimió momentáneamente a su persona una apariencia polícroma.

6

EL FIN DEL MUNDO

El señor Satterthwaite había venido a Córcega por causa de la duquesa. El lugar no estaba en su itinerario. En la Riviera estaba seguro de encontrar cuantas comodidades pudiese desear y la comodidad significaba mucho para él. Pero, tanto como la comodidad, le gustaban las duquesas. A su manera, el inofensivo, amable y anticuado caballero era todo un esnob. Le gustaba la gente más distinguida y la duquesa de Leith era una auténtica aristócrata. Entre sus antepasados no había ni un solo charcutero de Chicago. Era la hija de un duque y la esposa de otro.

Por lo demás, era una vieja un tanto desaliñada y amiga de adornar sus trajes con abalorios negros. Poseía un montón de diamantes con prehistóricos engarces, y los lucía igual que su madre acostumbraba a hacerlo: sujetos de cualquier manera sobre los vestidos. Se decía que su sistema de engalanarse era permanecer de pie en el centro de la habitación mientras su doncella colocaba a capricho sus broches y chucherías. Era una generosa contribuyente a las tómbolas de caridad y atenta siempre con todos sus inquilinos y dependientes, pero extremadamente tacaña cuando se trataba de sumas insignificantes. Solicitaba constantemente pequeños favores de sus amigos y hacía sus compras en tienduchas de saldos.

La duquesa sentía una verdadera chifladura por Córcega. Cannes le aburría y el precio de las habitaciones de sus hoteles había sido no pocas veces causa de acaloradas discusiones entre ella y los propietarios.

—Tiene que venir conmigo, Satterthwaite —dijo con firmeza—. Supongo que, dada nuestra edad, estamos a cubierto de toda murmuración y escándalo.

El señor Satterthwaite se sintió delicadamente lisonjeado. Nunca habían relacionado su nombre con ningún escándalo. Era demasiado insignificante. Escándalo... y con una duquesa... ¡delicioso!

—Es muy pintoresco, usted lo sabe bien —dijo la duquesa—. Bandidos y toda esa serie de cosas. Y he oído decir que es extremadamente barato. Esta mañana, Manuelli se ha comportado como un desvergonzado. Hay que poner en su lugar a estos dueños de hoteles. No pueden pretender que la gente distinguida acuda a sus establecimientos si se comportan de esta manera. Se lo he dicho muy claro.

—Creo —contestó el señor Satterthwaite— que puede hacerse cómodamente el viaje por ruta aérea. Desde Antibes.

—Lo más probable es que nos cueste un ojo de la cara. ¿Quiere usted hacerme el favor de enterarse del precio?

—Con mucho gusto, duquesa.

A pesar de que su papel no pasaba de ser el de un mero mensajero, el señor Satterthwaite se sentía profundamente halagado.

Al volver con el informe del precio de un pasaje de avión, la duquesa lo rechazó de inmediato.

—No se creerá esa gente que yo voy a pagar ese exorbitante precio para ir en uno de esos peligrosísimos artefactos.

Así es que decidieron hacerlo por mar, lo cual proporcionó al señor Satterthwaite el tormento de tener que soportar diez horas de verdadera incomodidad. Para empezar, y dado que el barco salía a las siete de la tarde, supuso que habría cena a bordo. No solo no fue así, sino que la embarcación era pequeña y el mar estaba agitado. El señor Satterthwaite desembarcó en Ajaccio a primeras horas de la mañana, más muerto que vivo.

La duquesa, por el contrario, estaba más fresca que una lechuga ya que las incomodidades no la molestaban en absoluto siempre que significaran un ahorro de dinero. Saludó con entusiasmo la vista de la costa con sus palmeras a la luz del sol naciente y a la entera población que parecía haberse congregado en el puerto para ver la llegada de la embarcación. Cuando bajaron la pasarela, la multitud estalló en gritos de entusiasmo y ademanes hacia todas direcciones.

—*On dirait* —dijo un corpulento francés que estaba al lado de ellos—, *que jamáis avant on n'afait cette manoeuvre la!*[6]

—Esa doncella mía ha estado mareada toda la noche —comentó la duquesa—. Esa chica no sirve para nada.

El señor Satterthwaite sonrió muy pálido.

—Una lastimosa pérdida de comida —insistió la duquesa en tono recriminador.

—Ah, pero ¿consiguió comida? —preguntó el señor Satterthwaite plañidero.

—Traje algunas pastas y una barrita de chocolate —explicó la duquesa—. Cuando comprobamos que no nos daban de cenar, le di la mayor parte. Las clases inferiores siempre arman un alboroto si les falta alguna de sus comidas.

Un grito de triunfo acompañó la correcta colocación de la pasarela. Un coro de bandoleros asaltaron la cubierta y arrebataron el equipaje a los pasajeros a viva fuerza.

—Vamos, Satterthwaite —dijo la duquesa—, estoy deseando tomar un baño caliente y una buena taza de café.

Lo mismo pensó el señor Satterthwaite, aunque tampoco esta vez le acompañó un éxito completo. Fueron recibidos en el hotel por un director que, después de deshacerse en reverencias, les condujo a sus habitaciones. La de la duquesa tenía un baño adjunto. Al señor Satterthwaite, en cambio, le indicaron un cuarto de baño que, a lo que parecía, pertenecía a la habitación de alguna otra persona. Tomó el baño esperando que el agua fuera caliente, detalle éste que, al parecer, constituía a aquella hora de la mañana una pretensión absurda. Más tarde, tomó un café intensamente negro servido en una especie de pote con tapa. Las ventanas de su habitación, abiertas de par en par, daban paso libre a la entrada del aire fresco y fragante de un maravilloso día azul y verde.

El camarero, con un ademán florido, llamó la atención hacia el paisaje.

—*Ajaccio* —anunció en tono solemne—, *le plus beau port du monde.*[7]

Y, súbitamente, se marchó.

Al contemplar el profundo azul de la bahía con las montañas nevadas al fondo, el señor Satterthwaite casi estuvo de acuerdo con el camarero. Acabó el café y, tendiéndose en la cama, se durmió casi de inmediato.

A la hora del *déjeuner,* la duquesa apareció radiante de satisfacción.

—Esto es justo lo que necesita, Satterthwaite —dijo—. Le hará olvidar esas pequeñas chifladuras que usted tiene, propias de una vieja solterona —Se caló unos impertinentes y dirigió una rápida ojeada a lo largo y ancho del salón—. ¡Caramba! Allí veo a Naomi Carlton-Smith.

Señaló a una muchacha solitaria que ocupaba una mesita situada junto a una de las ventanas. Una chica de espaldas redondeadas que, más que sentada, estaba hundida en el asiento. Su vestido parecía hecho de una especie de tela de saco y llevaba el pelo negro peinado descuidadamente.

—¿Una artista? —preguntó el señor Satterthwaite, quien tenía la rara habilidad de colocar a las personas en su justo lugar.

—Acertó —contestó la duquesa—. Al menos es así como se llama a sí misma. Sabía que vagabundeaba por alguno de estos rincones del globo. Pobre como una rata de iglesia, orgullosa como Lucifer y le falta un tornillo como a casi todos los Carlton-Smith. Su madre era prima carnal mía.

—Entonces, ¿pertenece a la familia de los Knowlton?

La duquesa hizo un movimiento afirmativo.

—Ha sido siempre la más encarnizada enemiga de sí misma —explicó—. Una chica inteligente. Se la ha visto con frecuencia acompañada por un joven poco recomendable. Uno de esos de Chelsea que se dedica a escribir poemas o algo por el estilo, y que nadie lee, como es natural. Un día robó unas joyas y fue procesado. No recuerdo muy bien cuánto le echaron. Creo que cinco años. Tiene usted que acordarse. Ocurrió el invierno pasado.

—El pasado invierno estuve en Egipto —explicó el señor Satterthwaite—. A finales de enero pillé una fuerte gripe y los médicos insistieron en que fuera a Egipto. Me perdí un montón de cosas.

En su voz latía un auténtico sentimiento de pesar.

—La muchacha parece estar poco menos que en la indigencia —dijo la duquesa, alzando de nuevo los impertinentes—. No puedo dejarlo así.

Al salir, se detuvo junto a Naomi Carlton y le dio unos ligeros golpecitos en el hombro.

—Hola, Naomi. ¿No te acuerdas de mí?

Esta se levantó al parecer de muy mala gana.

—Sí, por supuesto, duquesa. La vi entrar, pero temí que fuera usted quien no quisiera reconocerme.

Las palabras brotaban perezosamente de sus labios y sus modales eran de una absoluta indiferencia.

—Cuando hayas terminado de almorzar —ordenó la duquesa— ven a verme a la terraza.

—Muy bien.

Y bostezó.

—¡Qué modales! —dijo la duquesa al señor Satterthwaite contándole la breve entrevista—. Como todos los Carlton-Smith.

Tomaron el café fuera, bajo el sol. No habían transcurrido seis minutos cuando vieron salir del hotel a Naomi y encaminarse en su dirección. Se dejó caer indolentemente en una de las sillas y estiró las piernas sin pizca de gracia.

Tenía una cara muy particular. Barbilla bien torneada y prominente y unos ojos grises claros, de mirada triste y penetrante. Una cara inteligente e infeliz a la que solo le faltaba ser hermosa.

—Bien, Naomi —dijo la duquesa en tono brusco—. ¿Qué es lo que haces ahora?

—No lo sé exactamente. Matar el tiempo.

—¿Pintas?

—Un poco.

—Enséñame tus trabajos.

Naomi sonrió nada impresionada por la vieja autócrata. Se divertía. Fue al hotel y volvió cargada con una carpeta.

—No le gustarán, duquesa —le advirtió—. Emita su juicio con entera libertad. No herirá mis sentimientos.

El señor Satterthwaite acercó su silla, interesado. Al minuto su interés creció. La duquesa, en cambio, fue francamente antipática.

—Ni siquiera acierto a ver cómo han de mirarse estas cosas —dijo con disgusto—. ¡Gracias a Dios, muchacha, que el cielo no tiene nunca este color, ni el mar tampoco.

—Así es como yo los veo —replicó plácidamente Naomi.

—¡Uf! —exclamó la duquesa, observando otro de los lienzos—. Éste me da escalofríos.

—Ese era precisamente el efecto que yo buscaba —dijo Naomi—. Sin saberlo, ha hecho usted el mejor elogio del cuadro.

Era un curioso estudio impresionista de una chumbera, fácilmente reconocible como tal. Un efecto verde gris con manchones de un color violento en el que los frutos brillaban como

gemas. El conjunto era como una masa repugnante e infecta que atraía con la morbosidad y la fuerza de un torbellino. El señor Satterthwaite se estremeció y apartó la vista del cuadro.

Sus ojos se encontraron con los de Naomi.

—Ya lo sé —dijo ella—. Es bestial.

La duquesa carraspeó.

—En la actualidad, para los artistas las cosas resultan muy fáciles —observó en tono arrogante —. Nadie intenta copiar nada. Se limitan a coger un poco de pintura... con no sé qué, no con un pincel, seguro que no...

—Con una paleta —la interrumpió Naomi sonriendo ampliamente una vez más.

—Una buena porción cada vez —continuó la duquesa—. Unos manchones y ya está. Luego la gente exclama: «¡Maravilloso!». Pero yo no tengo paciencia con una cosa así. A mí déme...

—Un bonito cuadro de un perro y un caballo, como los de Edwin Landseer.

—¿Por qué no? —preguntó la duquesa—. ¿Qué tienes que decir de Landseer?

—Nada —contestó Naomi—. Es como debe ser y usted es como debe ser. Las cosas excelsas son brillantes, agradables y suaves. Yo la respeto, duquesa, porque tiene fuerza. Se enfrenta directamente a la vida y sube a la cumbre. Pero la gente de abajo, vemos la parte inferior de las cosas. Y esto también resulta interesante de algún modo.

La duquesa la miró con los ojos muy abiertos.

—No tengo la más mínima idea de lo que estás hablando —declaró.

El señor Satterthwaite se hallaba todavía examinando los esbozos. A diferencia de la duquesa, comprendía la perfección de la técnica que se ocultaba tras aquel estilo. Estaba sorprendido y entusiasmado. Levantó la vista hacia la chica.

—¿Quiere usted venderme uno de ellos, señorita Carlton-Smith? —solicitó.

—Puede quedarse con el que guste por cinco guineas —contestó la muchacha con indiferencia.

El señor Satterthwaite titubeó unos minutos y, al fin, se decidió por el del estudio de la chumbera y el áloe. En primer término, sobre el fondo de un vivido amarillo mimosa,

destacaba el escarlata de la flor de áloe, que parecía materialmente querer desprenderse del cuadro. Las formas oblongas erizadas de púas de las palas de la chumbera predominaban en el motivo del conjunto.

Dedicó una leve reverencia a la muchacha.

—Me alegro de haber podido tener la oportunidad de quedarme con este. Creo que he hecho una buena adquisición. Algún día, señorita Carlton-Smith, si quisiera, podré vender este boceto con una buena ganancia.

La chica se inclinó hacia delante para ver con cuál se había quedado. Él vio una nueva expresión en los ojos de la muchacha. Por primera vez se había dado cuenta de su existencia y brilló un destello de respeto en la rápida mirada que le dirigió.

—Ha escogido usted el mejor —dijo—. Me... me alegro.

—Bueno, supongo que usted sabrá lo que hace —dijo la duquesa—. A lo mejor tiene razón. Dicen que es usted un entendido en materia de cuadros, pero supongo que no pretenderá convencerme de que todo esto es arte, porque no lo es. En fin, no hablemos más. Voy a estar pocos días aquí y lo que quiero es ver la isla. Creo que tienes un coche, ¿verdad, Naomi?

La muchacha asintió.

—Excelente —dijo la duquesa—. Entonces podremos hacer una excursión mañana.

—Solo tiene dos asientos.

—Da igual. ¿Supongo que no le importa ir detrás, verdad Satterthwaite?

Un estremecido suspiro se escapó del pecho de este último. Aquella mañana había estado observando el estado de las carreteras corsas. Naomi le miraba pensativa.

—No creo que mi coche les convenga —dijo—. Lo compré de segunda mano por una bicoca y está medio destartalado. A duras penas puede subirme a mí a la colina sin protestar, pero no creo que aguante más pasajeros. Mejor será que alquile uno. Hay un buen garaje en la villa.

—¿Alquilar un automóvil? —exclamó la duquesa escandalizada—. ¡Vaya una idea! ¿Quién es aquel hombre tan elegante y un tanto amarillento que se detuvo esta mañana frente al hotel con un coche de cuatro asientos?

—Me parece que se refiere usted al señor Tomlinson. Creo que es un juez retirado de la India.

—Eso explica lo del color —dijo la duquesa—. Temí que fuese ictericia. Parece una buena persona. Hablaré con él.

Aquella noche, al bajar a cenar, el señor Satterthwaite vio a la duquesa resplandeciente con un elegante traje de terciopelo negro y envuelta en el policromo fulgor de los innumerables brillantes que llevaba encima. Hablaba animadamente con el propietario del automóvil de cuatro asientos. Le hizo señas imperiosas de que se aproximara a ellos.

—Venga usted, señor Satterthwaite. El señor Tomlinson me estaba explicando una interesantísima historia y ¿a que no sabe usted qué es lo que me ha propuesto? Pues llevarnos de excursión mañana por la mañana en su automóvil.

El señor Satterthwaite la contempló con admiración.

—La cena nos espera —dijo la duquesa—. Siéntese con nosotros, señor Tomlinson, y podrá terminar lo que me estaba contando.

—Una excelente persona —falló la duquesa más tarde.

—Con un no menos excelente coche —completó el señor Satterthwaite.

—Travieso —le regañó la duquesa golpeándolo en los nudillos con el abanico negro que siempre llevaba. El señor Satterthwaite hizo una mueca de dolor.

—Naomi vendrá también con nosotros, pero en su coche —prosiguió la duquesa—. Dice que prefiere ir sola. Me parece un tanto egoísta. No es totalmente egocéntrica, pero sí hasta el punto de ser totalmente indiferente a todo y a todos. ¿No lo cree usted así?

—Creo que eso no es posible —dijo lentamente el señor Satterthwaite—. Quiero decir con esto que el interés de cualquiera tiene que concentrarse en algo. Hay, como es natural, personas que giran constantemente alrededor de sí mismas. Pero, comparto su opinión, ella no es de este tipo. No es interesada, y menos con respecto a su persona. Sin embargo, y dado su fuerte carácter, algo debe de absorber su atención. Creí al principio que sería su arte, pero no lo es. Es una criatura despegada completamente de la vida y esto es peligroso.

—¿Peligroso? ¿Qué quiere usted decir?

—Que está obsesionada por algo y, como usted bien sabe, la obsesión es siempre peligrosa.

—Satterthwaite, no sea usted exagerado —dijo la duquesa—. Escúcheme: mañana...

El señor Satterthwaite se limitó a escuchar. Escuchar constituía la mayor parte de su papel en la vida.

A la mañana siguiente, salieron temprano, llevándose el almuerzo consigo. Naomi, que hacía ya seis meses que estaba en la isla, serviría de guía. El señor Satterthwaite se acercó a ella cuando se disponía a arrancar su desmembrado coche.

—¿Está usted segura... de que no puedo ir con usted? —preguntó con intención el señor Satterthwaite.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Irá usted más cómodo en la parte de atrás del otro coche. Los asientos son más mullidos. Esto no es más que una carraca y saldría usted por los aires al tropezar con los baches.

—Y, además... las subidas.

Naomi se echó a reír.

—Solo lo dije para salvarle de ir detrás. La duquesa podría haber alquilado perfectamente un coche, pero es la mujer más tacaña de Inglaterra. Sin embargo, la vieja es una buena deportista y me gusta, no puedo evitarlo.

—¿Puedo entonces ir con usted? —insistió esperanzado el señor Satterthwaite.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Y a qué obedece esa ansia de acompañarme, si puede saberse?

—¿Y usted me lo pregunta? —insinuó galantemente el señor Satterthwaite haciendo una cómica reverencia.

Naomi sonrió, pero volvió a mover negativamente la cabeza.

—Ese no es el motivo —añadió pensativa—. Es curioso, pero no puede usted acompañarme... al menos hoy.

—Entonces, ¿quizá otro día? —sugirió el señor Satterthwaite cortésmente.

—¿Otro día... ? —Soltó una extraña y repentina carcajada.

El señor Satterthwaite pensó: «Otro día. Bueno, ya veremos...»

La comitiva se puso en marcha. Atravesaron el pueblo y siguieron a lo largo de la amplia curva que formaba la bahía. Luego se metieron tierra adentro, atravesaron un río y volvieron a salir a la costa con sus centenares de pequeñas calas arenosas. Después empezó la ascensión por un tortuoso camino salpicado de numerosas y escalofriantes curvas. A un lado, y cada vez más abajo, se veía el fuerte azul de la bahía y, al otro lado de la misma, refulgiendo bajo la acción de los dorados rayos solares, el pintoresco pueblo de Ajaccio.

Siguieron subiendo siempre al borde del precipicio, unas veces a la derecha y otras a la izquierda. El señor Satterthwaite empezó a sentir vértigo y ligeros mareos. La carretera era estrecha y seguían subiendo.

Empezó a refrescar bajo el influjo del aire procedente de los vecinos picos nevados. El señor Satterthwaite se subió el cuello del abrigo y se lo abrochó hasta el último botón.

El frío empezó a ser intenso. Ajaccio aún se veía bañado por la luz, pero a aquella altura grisácea, algunas nubes ocultaban frecuentemente el astro solar. El señor Satterthwaite cesó de admirar el grandioso panorama. Suspiró por un cómodo sillón y el confortable fuego del hotel.

Delante de ellos, el cochecito de Naomi seguía impávido escalando las alturas. Parecían haber llegado a la cima del mundo. A un lado y a otro, se veían montes más bajos que a su vez dominaban colinas que acababan esfumándose en las profundidades de los valles. Miraron en dirección a los picos cubiertos con sus blancos sudarios. Les azotó un aire cortante como el filo de una navaja.

De pronto, el coche de Naomi se detuvo y ésta miró hacia atrás.

—Hemos llegado —dijo— al fin del mundo. No creo que hayamos escogido el día más apropiado para hacer esta excursión.

Todos se apearon. Habían llegado a una pequeña aldea compuesta por media docena de casuchas de piedra. Un pomposo nombre aparecía escrito con grandes caracteres sobre un rótulo: cotí chiaveeri.

Naomi se encogió de hombros.

—Ese es el nombre oficial, pero yo prefiero llamarle el fin del mundo.

Siguió caminando unos cuantos pasos y el señor Satterthwaite se le incorporó. Pasaron el grupo de casas y llegaron al final de la carretera. Como había dicho bien Naomi, esto parecía

ser el fin, el comienzo de lo ignoto, la antesala del más allá. Tras ellos, la blanca estela del camino, y delante, nada. Lejos, muy lejos allá abajo... únicamente el mar.

El señor Satterthwaite inspiró con fuerza.

—Éste es un lugar extraordinario. Le da a uno la impresión de que pueda ocurrir algo inesperado, de que uno pudiera encontrarse...

Se paró al ver frente a sí a un hombre sentado en un peñasco y con la cara vuelta hacia el mar. No se habían percatado de su presencia hasta ese momento y su repentina aparición tenía algo de truco mágico. Parecía haber brotado del panorama que les rodeaba.

—¡Yo diría que...! —empezó a decir el señor Satterthwaite. En aquel momento el personaje volvió la cara y el señor Satterthwaite le reconoció—. ¡Pero si es el señor Quin! ¡Qué extraordinario! Señorita Carlton, tengo el gusto de presentarle a mi amigo el señor Quin, un hombre fuera de lo común. Siempre aparece en los momentos más cruciales...

Se interrumpió con la sensación de haber dicho algo extremadamente importante pero incapaz de recordarlo aunque en ello le fuera la vida.

Naomi había estrechado la mano del señor Quin con su habitual forma brusca.

—Hemos venido de excursión —dijo—, pero tengo la impresión de que antes nos quedaremos congelados.

El señor Satterthwaite tembló.

—Quizá —dijo sin gran seguridad— deberíamos buscar un lugar un poco más abrigado.

—Y éste precisamente no lo es. Creo que vale la pena buscarlo —asintió Naomi.

—Naturalmente. —El señor Satterthwaite se volvió hacia el señor Quin y añadió—: La señorita Carlton-Smith llama a este sitio el fin del mundo. Un nombre apropiado, ¿no le parece?

El señor Quin movió la cabeza lenta y afirmativamente repetidas veces.

—Es un nombre muy sugestivo —contestó—. Creo que uno no viene a un lugar como este sino una vez en su vida, un lugar donde es imposible seguir adelante.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Naomi con brusquedad.

El señor Quin se volvió hacia ella.

—En la vida tenemos casi siempre el recurso de elegir. Ir hacia delante o hacia atrás. Hacia la derecha o hacia la izquierda. Aquí no. Detrás suyo está el camino. Delante, nada.

Naomi lo miró fijamente. De pronto, se estremeció y empezó a retroceder en dirección al resto del grupo. Los dos hombres la siguieron y el señor Quin continuó hablando, aunque el tono de su voz ya era el de una conversación normal.

—¿Ese coche es suyo, señorita Carlton-Smith?

—Sí.

—¿Y usted misma lo conduce? Hace falta mucha pericia y serenidad para guiar un automóvil por estos caminos. Las curvas son temibles. Un momento de distracción, un fallo de uno cualquiera de los frenos y... allá va el vehículo monte abajo hasta el fondo del precipicio.

Habían llegado junto a los demás y el señor Satterthwaite hizo las correspondientes presentaciones. Sintió después que una mano tiraba de su brazo. Era la de Naomi, que le alejó un tanto de los demás.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó con fiereza.

El señor Satterthwaite la contempló con asombro.

—Bueno, apenas lo sé —contestó—. Le conozco hace ya algunos años, nos hemos cruzado repetidas veces, pero no puedo decirle que le conozca realmente.

Se interrumpió. Decía solamente banalidades y, a su lado, la muchacha, con los puños apretados y la cabeza baja, no le escuchaba. Permanecía con la cabeza gacha, y las manos pegadas a ambos lados del cuerpo.

—Sabe muchas cosas —dijo—, muchas... ¿Cómo las sabe?

El señor Satterthwaite no supo qué responder. Se limitó a mirarla como atontado, sin comprender la tormenta que al parecer rugía en su interior.

—Tengo miedo —murmuró ella.

—¿Miedo del señor Quin?

—Tengo miedo de sus ojos. Parecen leer el pensamiento.

Algo frío y húmedo cayó sobre la mejilla del señor Satterthwaite. Levantó la vista.

—¡Está nevando! —exclamó con sorpresa.

—¡Vaya un día que hemos escogido para la excursión! —exclamó Naomi. Mediante un gran esfuerzo, había logrado controlarse.

¿Qué podían hacer? Se desencadenó una verdadera Babel de sugerencias. La nieve caía cada vez más rápida y espesa. Al fin, el señor Quin hizo una proposición que fue aceptada por unanimidad. Había un pequeño caserón de piedra al final de la hilera de casas y todos se dirigieron a él en desbandada.

—Ustedes han traído sus provisiones —dijo el señor Quin— y aquí probablemente podrán hacerles una taza de café.

Era un lugar pequeño y un tanto oscuro, pues la única ventana que había no dejaba pasar suficiente luz para iluminarlo, pero de uno de los extremos surgían oleadas de un agradable calorcillo. Una vieja corsa estaba echando un montón de ramas al fuego. Ardieron vivamente y, a su resplandor, los recién llegados vieron que otros, antes que ellos, habían ocupado la habitación.

Tres personas se sentaban al extremo de una desnuda mesa de madera. Para la observadora mirada del señor Satterthwaite había algo irreal en la escena y, aún más, en los personajes que en ella tomaban parte.

La mujer que se sentaba a la cabecera parecía una duquesa, es decir, se parecía más al concepto que generalmente se tiene de una duquesa. Era la *grande dame* ideal para un escenario. Su aristocrática cabeza permanecía erguida luciendo un pelo blanco como la nieve y exquisitamente peinado. Vestía unos suaves ropajes grises que le caían formando artísticos pliegues. Apoyaba su barbilla en una blanca y delicada mano, y con la otra sostenía un emparedado de *paté de foie gras.* A su derecha había un hombre de cara extremadamente pálida, pelo negro como el azabache y unas descomunales gafas con montura de concha. Iba espléndidamente ataviado. En aquel momento, tenía la cabeza echada hacia atrás y su brazo izquierdo estaba extendido, como en actitud de declamar a guisa de actor.

A la izquierda de la dama de los plateados cabellos, estaba un hombrecillo de aspecto chusco y cabeza lisa y lustrosa como una bola de billar. Después de haberlo mirado una vez, nadie hubiera vuelto a preocuparse de su persona.

Hubo un momento de vacilación que rompió la duquesa (la auténtica).

—Esta tormenta es terrible, ¿verdad? —dijo adelantándose con desenfado y dibujando una encantadora sonrisa que tan buenos resultados le había dado en sus actividades filantrópicas y demás comités del mismo estilo—. Supongo que les habrá atrapado igual que a nosotros, ¿no es así? Pero Córcega es siempre una isla francamente maravillosa. Yo acabo de llegar esta mañana.

El hombre del pelo negro se levantó y le cedió su asiento, que la duquesa aceptó con una graciosa reverencia.

La dama de los cabellos de plata habló.

—Hace ya una semana que estamos aquí.

El señor Satterthwaite dio un pequeño respingo. Nadie que hubiese oído aquella voz, aunque solo fuese una vez, podría olvidarla. Su eco resonó entre aquellas cuatro paredes de piedra cargado de emoción, de exquisita melancolía. Le pareció que había dicho algo maravilloso, memorable, lleno de significación. Algo que surgía del fondo del corazón.

Hizo un breve aparte, dirigiéndose al señor Tomlinson.

—El hombre de las gafas es el señor Vyse. Un productor bastante conocido.

El retirado juez de la India miraba al señor Vyse con visibles muestras de disgusto.

—¿Y qué es lo que produce? —preguntó—. ¿Hijos?

—¡Por Dios, no! —contestó el señor Satterthwaite, escandalizado ante la sola idea de mencionar algo tan crudo en relación con un hombre como el señor Vyse—. Obras teatrales.

—Voy a salir —interrumpió Naomi—. Hace mucho calor aquí dentro.

Su voz fuerte y áspera sobresaltó al señor Satterthwaite. Se dirigió al parecer casi ciega hacia la puerta, empujando a un lado al señor Tomlinson. Al llegar a ella, se encontró cara a cara con la figura del señor Quin, que le interceptaba el paso.

—Vuelva donde estaba y siéntese —dijo éste.

Su voz era autoritaria y, ante la sorpresa del señor Satterthwaite, la muchacha, después de titubear unos momentos, se decidió a obedecer. Se sentó al final de la mesa, lo más lejos posible de los demás.

El señor Satterthwaite se adelantó y puso cerco al productor.

—No sé si se acordará de mí —empezó a decir—. Mi nombre es Satterthwaite.

—¡Claro que le recuerdo! —El señor Vyse extendió una larga y huesuda mano con la que envolvió la del señor Satterthwaite con terrible presión—. Mi querido amigo —prosiguió—. Es raro encontrarle a usted por estos lugares. Supongo que conoce usted a la señorita Nunn. ¿No es cierto?

El señor Satterthwaite se sobresaltó. Era natural que aquella voz le fuese familiar. Eran miles los ingleses que se habían sentido subyugados por el tono de aquella voz cargada de emoción. ¡Rosina Nunn! La actriz dramática más grande del Reino Unido. El propio señor Satterthwaite no había podido sustraerse a sus encantos. Nadie como ella para interpretar un papel y para dar intención a una frase. Estaba convencido que se trataba de una artista intelectual que sabía introducirse en el alma del personaje.

Podía haber una excusa en su incapacidad de reconocerla. Rosina Nunn era mudable en sus gustos. Durante veinticinco años había sido rubia. Después de una gira por Estados Unidos, su cabello se convirtió en negro como un ala de cuervo y se dedicó a cultivar seriamente la tragedia. Este efecto de «marquesa francesa» era la última de sus extravagancias.

—Y a propósito, el señor Judd, el marido de la señorita Nunn —dijo el señor Vyse presentando al hombrecillo de la calva.

Rosina Nunn había tenido ya varios maridos. Por lo visto, el señor Judd era el de turno. El señor Judd estaba ocupado en desenvolver paquetes que había en un canasto situado a su lado.

Se dirigió a su esposa.

—¿Un poco más de *paté*, querida? El último que te he preparado no ha sido de tu gusto.

Rosina Nunn entregó el emparedado que aún tenía en la mano y murmuró con frivolidad:

—Henry piensa en los platos más exquisitos. Por eso dejo a su cuidado el servicio de intendencia.

—Hay que alimentar a la fiera —dijo el señor Judd riéndose de la gracia y dando un fuerte manotazo en el hombro de su esposa.

—La trata como si fuese un perro —murmuró la melancólica voz del señor Vyse al oído del señor Satterthwaite—. Se dedica a alimentarla. ¡Extrañas criaturas las mujeres!

El señor Satterthwaite y el señor Quin desenvolvieron a su vez el refrigerio preparado en el hotel, que se componía de huevos duros, fiambre y queso gruyere y que fue distribuido entre todos los de la mesa. La duquesa y la señorita Nunn conversaban animadamente en tono confidencial. De vez en cuando, se oían fragmentos de la grave y melancólica voz de la actriz.

—El pan debe estar ligeramente tostado, ¿me comprendes? Luego se añade una capa muy fina de mermelada y se pone al horno durante un minuto justo. ¡Es delicioso!

—Esta mujer solo piensa en comer —murmuró el señor Vyse—. Vive lo que se dice para comer. La recuerdo *en Jinetes del mar.* No podía conseguir de ella el efecto que yo deseaba. Al fin se me ocurrió decirle que pensara en un plato de crema de menta por la que sabía sentía una verdadera debilidad y el resultado fue inmediato. Obtuve lo que quería: una mirada saturada de reminiscencias y ensueño.

El señor Satterthwaite permaneció silencioso. También él parecía recordar. El señor Tomlinson, sentado al otro lado de la mesa, carraspeó dando a entender su intento de tomar parte en la conversación.

—Así que usted es productor de teatro, ¿eh? También a mí me gusta una buena obra. *Jim el pendolista*, por ejemplo.

—¡Por Dios! —se limitó a decir el señor Vyse, estremeciéndose de pies a cabeza.

—Y un diente de ajo —decía en aquel momento la señorita Nunn a la duquesa—. Dígaselo usted a su cocinero. Es sencillamente maravilloso.

Dio un gran suspiro de satisfacción y se volvió hacia su esposo.

—Henry —dijo quejumbrosamente—, todavía ni siquiera he visto el caviar.

—Estás a punto de sentarte precisamente encima de él —replicó festivamente el señor Judd—. Lo dejaste detrás tuyo en la silla.

Rosina Nunn se apresuró a retirarlo. Después dirigió una resplandeciente mirada a su alrededor.

—Henry es maravilloso. ¡Soy tan distraída! Nunca sé dónde dejo las cosas.

—Como el día que se te ocurrió guardar las perlas en tu frasquito de esponjas —dijo Henry en tono jocoso— y te lo olvidaste en el hotel. No fueron pocas las llamadas telegráficas y telefónicas que tuve que hacer aquel día.

—Estaban aseguradas —respondió la señorita Nunn como hablando de un lejano sueño—. No como mi ópalo.

Un espasmo de exquisito sentimentalismo pareció recorrer todo su cuerpo y sus facciones. Eran ya varias las veces que, estando en compañía del señor Quin, al señor Satterthwaite le parecía estar tomando parte activa en una obra de teatro. En aquellos momentos, la impresión era especialmente intensa. Se trataba de un sueño en el que todos tenían su papel, y las palabras «mi ópalo» formaban parte de su propia intervención. Se inclinó hacia adelante.

—¿Su ópalo, señorita Nunn?

—¿Tienes la mantequilla, Henry? Gracias, Sí, mi ópalo. Sabrán ustedes que me lo robaron y que nunca más volví a recuperarlo.

—Cuéntenos la historia, por favor —pidió el señor Satterthwaite.

—Bien. Yo nací en octubre, por lo que el ópalo es mi piedra de la suerte. Por eso quise tener uno verdaderamente hermoso. Tuve que esperar largo tiempo antes de conseguirlo. Me dijeron que era uno de los más perfectos que se habían visto. No era muy grande, del tamaño de una moneda de dos chelines. Pero ¡qué color, señores! ¡Y qué fuego!

Lanzó un profundo suspiro. El señor Satterthwaite observó que la duquesa daba muestras de inquietud, pero nada podía ya impedir que la señorita Nunn continuase con su relato. Prosiguió, y las exquisitas inflexiones de su voz daban a su historia los hondos matices de una triste leyenda.

—Fue robado por un joven que se llamaba Alec Gerard. Se dedicaba a escribir obras teatrales.

—Y muy buenas por cierto —interpuso el señor Vyse con el acento de quien conoce a fondo la materia—. Recuerdo que tuve una en mi poder durante más de seis meses.

—¿Y la llegó a producir usted? —preguntó el señor Tomlinson.

—¡Oh, no! —dijo el señor Vyse, sorprendido ante tal suposición—. Pero puedo asegurarle que no me faltaron deseos de hacerlo.

—Yo tenía en ella un importante papel —explicó la señorita Nunn—. Se llamaba *Los hijos de Raquel*, aunque no había personaje alguno en la obra que respondiese a este nombre. Vino a hablar conmigo al teatro acerca del particular. Me gustaba. Era bien parecido y muy tímido, pobre chico. Me obsequió con mi dulce favorito: una crema de menta. El ópalo estaba sobre mi tocador. Había estado en Australia y parecía saber algo acerca de esta clase de piedras. Lo cogió y lo observó detenidamente a la luz. Debió ser entonces cuando debió deslizarlo en su

bolsillo, pues noté su falta tan pronto como abandonó mi camerino. Hice lo que cualquier otro hubiese hecho en mi lugar: notificarlo a la policía. ¿Lo recuerda?

Se había vuelto en dirección al señor Vyse.

—Sí, lo recuerdo —contestó éste con un gruñido.

—Encontraron el estuche vacío en sus habitaciones —continuó la actriz—. Se supo, además, que andaba muy escaso de fondos, pero al día siguiente mismo ingresó una fuerte suma de dinero en el banco. Quiso explicarlo diciendo que un amigo suyo había apostado por él en las carreras de caballos pero no hubo modo de localizar a dicho amigo. En cuanto al estuche, dijo que debió habérselo metido distraídamente en el bolsillo. Como ven ustedes, las razones que adujo en su favor carecían en absoluto de consistencia. Podía habérsele ocurrido una excusa mejor. No tuve más remedio que asistir a la vista y prestar declaración. Mi retrato apareció en todos los periódicos con gran satisfacción de mi agente, que afirmó que era una gran publicidad, pero yo, sin embargo, hubiese preferido recuperar mi ópalo.

Movió la cabeza con abatimiento.

—¿Por qué no abres la lata de piña? —sugirió Judd.

La cara de la actriz resplandeció.

—¿Dónde está?

—Acabo de dártela.

Rosina Nunn dirigió una mirada a su alrededor, vio su gran bolso de seda gris y una bolsa de seda púrpura que reposaba a su lado en el suelo. La cogió y empezó a vaciar lentamente su contenido sobre la mesa, con gran interés del señor Satterthwaite.

Salió una borla de polvos, una barrita para los labios, un pequeño joyero, una madeja de lana, otra borla, dos pañuelos, una caja de bombones de chocolate, un cortapapeles de esmalte, un espejo, una oscura cajita de madera, cinco cartas, una nuez, un pequeño pañuelo de crepé de china color malva, una cinta, medio cruasán, y por fin... la codiciada lata de piña.

—¡Eureka! —murmuró en voz baja el señor Satterthwaite.

—¿Decía usted...?

—No, nada. —se apresuró a replicar el señor Satterthwaite. Y añadió—: ¡Qué cortapapeles tan bonito!

—¿Verdad que sí? Alguien que en este momento no recuerdo, me lo regaló.

—Esa es una caja india —observó el señor Tomlinson—. Son muy ingeniosas.

—También fue un regalo —dijo la señora Nunn—. Hace tiempo que la tengo y acostumbro a ponerla siempre sobre el tocador de mi camerino. Pero no es muy bonita, ¿verdad?

La caja era de madera negra sin adornos. Se abría por un lado y en la tapa tenía dos aletas de madera giratorias.

—Quizá no sea bonita —dijo el señor Tomlinson con una sonrisita—, pero apuesto a que no ha visto usted otra igual en su vida.

El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante. Tuvo algo así como un extraño presentimiento.

—¿Por qué dijo usted que eran ingeniosas? —preguntó intrigado.

—¿Acaso no lo es?

El juez hizo esta pregunta dirigiéndose a la señorita Nunn. Esta lo miró sin comprender.

—¿Supongo que no habrá necesidad de que yo les muestre su secreto?

La señorita Nunn seguía con la misma expresión.

—¿Qué secreto? —preguntó el señor Judd.

—Pero ¿es posible que no lo sepa usted?

Miró a su alrededor y solo vio la cara de curiosidad de todos los presentes.

—¡Qué raro! ¿Puedo coger la caja un momento? Gracias.

La abrió.

—Ahora, ¿puede alguien de ustedes darme un objeto cualquiera con tal de que no sea muy grande? Aquí tenemos un pedazo de queso. Esto servirá exactamente igual para el experimento que voy a hacer. Lo coloco dentro, como ustedes ven. Después, cierro la caja.

La manipuló unos instantes.

—Ahora, vean...

La volvió a abrir. Estaba vacía.

—¡Es asombroso! —exclamó el señor Judd—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Muy fácilmente. Hay que volver la caja boca abajo, hacer girar media vuelta la aleta de la izquierda y luego cerrar la de la derecha. ¿Quieren ustedes que el queso vuelva a aparecer? No hay sino revertir la operación anterior. Dar media vuelta a la aleta de la derecha, manteniendo cerrada la de la izquierda y con la caja siempre en posición invertida y... ¡ya está!

La caja se abrió de nuevo y un grito de asombro salió de las gargantas de todos los presentes. El queso estaba allí, pero asimismo estaba un objeto redondo que bajo la luz resplandeció con todos los colores del arco iris.

—¡Mi ópalo!

Estas palabras sonaron como la aguda nota de un clarín. Rosina Nunn se llevó las manos al pecho.

—¡Mi ópalo! —repitió—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Henry Judd tragó saliva repetidas veces.

—Creo, mi querida Rosy, que nadie sino tú pudo haberlo puesto ahí.

Alguien se levantó súbitamente y abandonó bruscamente la habitación. Era Naomi Carlton-Smith. El señor Quin salió tras ella.

—Pero ¿cuándo? —tartamudeó Rosina Nunn—. ¿Quieres decir que...?

El señor Satterthwaite observó cómo la verdad iba abriéndose paso en su cerebro. Transcurrieron dos minutos antes de que acabara de darse cuenta.

—Quiere decir que esto ocurrió aquella noche... en el teatro...

—Ya sabes —dijo Henry, tratando de buscar una justificación al hecho— que acostumbras a jugar siempre con las cosas, Rosy. Mira lo que pasó hoy con el caviar.

La señorita Nunn seguía penosamente su proceso mental.

—Sí, lo metí en la caja sin darme cuenta y entonces supongo que le di la vuelta y realicé el truco por accidente —Por fin cayó en la cuenta—. Entonces, ¿no fue Alec Gerard quien lo robó...? —Un ronco gemido salió de su garganta—: ¡Oh, qué espantoso!

—Bien —dijo el señor Vyse—, eso puede arreglarse ahora.

—¡Pero si lleva un año en prisión! —y con un sobresalto preguntó a la duquesa—: ¿Quién es esa muchacha? ¿Esa muchacha que acaba de salir...?

—La señorita Carlton-Smith —contestó la duquesa— estaba prometida al señor Gerard. Para ella fue un golpe muy fuerte.

El señor Satterthwaite escurrió el bulto y salió silenciosamente a la calle. Había cesado de nevar. Naomi estaba sentada sobre un bajo muro de piedra con un bloc de apuntes en la mano y varios lápices de colores desparramados a su alrededor. El señor Quin estaba de pie junto a ella.

Ofreció el bloc al señor Satterthwaite. Era un boceto hecho deprisa y corriendo, pero con algo genial. Una especie de danza calidoscópica de copos de nieve con una figura en el centro.

—¡Muy bueno! —dijo el señor Satterthwaite.

El señor Quin levantó los ojos al cielo.

—Parece que ha pasado la tormenta —dijo—. Los caminos estarán quizá un tanto resbaladizos; pero vamos, no creo que exista ahora temor alguno de que pueda ocurrir un accidente.

—No habrá ningún accidente —contestó Naomi.

Su voz era firme y encerraba un significado que el señor Satterthwaite no alcanzó de momento a comprender. Se volvió hacia éste y sonrió. Una sonrisa que era todo un poema.

—El señor Satterthwaite puede volver conmigo si quiere.

Estas palabras le revelaron el verdadero estado de desesperación en que había estado sumida.

—Bien —dijo el señor Quin—. Creo que ha llegado el momento de separarnos. Adiós.

Empezó a alejarse.

—Pero ¿adonde va? —preguntó el señor Satterthwaite haciendo ademán de seguirle.

—Supongo que al sitio de donde vino —contestó Naomi con acento muy peculiar.

—Pero si por ahí no se va a ninguna parte —advirtió el señor Satterthwaite al ver que el señor Quin se dirigía al borde mismo del precipicio en que lo encontraron al llegar—. Usted misma llamó a esto el fin del mundo —añadió devolviéndole el bloc de apuntes—. Es un boceto muy bueno. Y con un gran parecido, pero... ¿por qué le ha pintado usted con ese vestido tan curioso?

Sus miradas se cruzaron unos instantes.

—Porque es así como lo veo —contestó Naomi Carlton-Smith.

7

LA VOZ EN LAS SOMBRAS

I

—Estoy un poco preocupada por Margery —dijo lady Stranleigh—. Mi hija, ya sabe —añadió.

Lanzó un suspiro y se quedó pensativa.

—Tener una hija ya mayor le hace a una sentirse terriblemente vieja.

El señor Satterthwaite, que era a quien iban dirigidas estas confidencias, salió al paso con su proverbial galantería.

—Nadie lo creería posible —declaró, con una ligera reverencia.

—¡Adulador! —replicó distraída lady Stranleigh con la mente en otro lugar.

El señor Satterthwaite contempló con admiración aquella esbelta figura vestida de blanco. El sol de Cannes era penetrante e indiscreto, pero lady Stranleigh parecía superar la prueba. A cierta distancia, su efecto juvenil era extraordinario. Difícilmente hubiera podido adivinarse su verdadera edad. Pero para el señor Satterthwaite, que estaba al corriente de todo, sabía que era posible que ya tuviese nietos mayorcitos. Ella representaba el triunfo máximo del arte sobre la naturaleza. Su cuerpo era una maravilla. Su cutis también. Había enriquecido a un sinfín de salones de belleza, pero los resultados eran sorprendentes.

Lady Stranleigh encendió un cigarrillo, cruzó sus bien torneadas piernas, embutidas en finísimas medias de seda, y murmuró:

—Sí, en realidad estoy preocupada por Margery.

—¡Por Dios! —dijo el señor Satterthwaite—. ¿Qué ocurre?

Lady Stranleigh fijó en él sus hermosos ojos azules.

—¿Usted no la conoce, verdad? Es la hija de Charles —añadió esperanzada.

Si en los comentarios del libro *Quién es quién* solo se hiciera constar la verdad, frente al nombre de lady Stranleigh tendría forzosamente que aparecer la siguiente anotación: aficiones: casamientos. Se había pasado la vida cambiando de marido. Tres cambios por divorcio y uno por defunción.

—Si hubiese sido la hija de Rudolf, podría entenderse —prosiguió lady Stranleigh—. ¿Se acuerda usted de Rudolf? Era un hombre muy temperamental. A los seis meses de casada, ya me vi obligada a recurrir a esas cosas raras... ¿cómo las llaman? Creo que estratagemas conyugales. En fin, usted ya me entiende. Gracias a Dios, en la actualidad, estas cosas son más sencillas. Recuerdo que tuve que escribirle la carta más tonta que pueda usted figurarse y que mi abogado tuvo que dictarme, pidiéndole que regresase, que yo haría todo lo posible, etcétera. Pero nunca podía una fiarse de Rudolf. Era tan temperamental. Volvió a casa a toda prisa, precisamente lo peor que podía hacer, justo lo contrario de lo que yo y los abogados esperábamos de él. Volvió.

La dama suspiró.

—¿Y lo de Margery? —sugirió el señor Satterthwaite, volviendo discretamente al tema de la conversación.

—Ahora mismo iba a volver sobre ese punto. ¿O acaso creía usted que me había olvidado? Margery ha estado viendo y oyendo cosas recientemente. Me refiero a fantasmas y a ridiculeces por el estilo. Nunca creí que Margery pudiese tener tanta imaginación. Es una hija muy querida para mí, siempre lo ha sido, pero también es... sosa.

—¡Imposible! —murmuró el señor Satterthwaite, mostrando un confuso intento de la galantería.

—Y mucho —insistió lady Stranleigh—. No le preocupan los bailes, ni los cócteles, ni nada de esas cosas que deberían interesar a una joven. Prefiere quedarse en casa en vez de venir aquí conmigo.

—A ver, a ver —dijo el señor Satterthwaite—. ¿Dice usted que no quiere venir con usted?

—Bueno, no puedo decir que le insistiera mucho. Las hijas tienen la virtud de ejercer sobre mí un efecto deprimente.

El señor Satterthwaite trató de imaginarse a lady Stranleigh acompañada de una hija seria y formal, pero no lo consiguió.

—No puedo aceptar que Margery no esté en sus cabales —continuó la madre en tono jovial—. Me han dicho que oír voces es un mal síntoma. No es que, ni por un momento, me figure que

nuestra casa de Abbot's Mede pueda estar encantada. Un incendio destruyó el viejo edificio hasta los cimientos en 1836, y el nuevo, una especie de *cháteau* estilo reina Victoria, es tan horrible y vulgar que no creo que haya un fantasma con el estómago suficiente para escogerlo como residencia.

El señor Satterthwaite tosió. No acababa de comprender el motivo de todas estas confidencias.

—Estaba pensando —continuó lady Stranleigh, dibujando la más encantadora de sus sonrisas— que quizá usted podría ayudarme.

—¿Yo?

—Sí. Usted regresa mañana a Inglaterra, ¿no es así?

—Sí, así es —admitió cautamente el señor Satterthwaite.

—Y conoce usted a toda esa gente que se dedica a investigaciones psíquicas. No me diga que no, porque sé que conoce usted a todo el mundo.

El señor Satterthwaite sonrió un tanto. Una de sus debilidades era conocer a todo el mundo.

—No puede ser más sencillo —prosiguió ella—. Yo no congenio con esa clase de gentes. Son en general hombres serios, con largas barbas y que siempre llevan gafas. Tienen la virtud de aburrirme y de hacerme sentir muy mal en su presencia.

El señor Satterthwaite se sintió acorralado. Lady Stranleigh continuó envolviéndolo en otra de sus más brillantes sonrisas.

—Así que todo arreglado ¿verdad? —determinó en tono alegre—. Usted irá a Abbot's Mede a ver a Margery y tomará todas las disposiciones que crea conveniente. Le quedaré eternamente agradecida. Naturalmente que si Margery está en realidad perdiendo la razón, me apresuraré a volver. ¡Ah! Aquí viene Bimbo.

Su sonrisa pasó de ser brillante a deslumbradora.

Un joven ataviado con un conjunto de tenis, se acercó. Tendría aproximadamente unos veinticinco años y era en extremo atractivo.

—He estado buscándote por todas partes, Babs —dijo.

—¿Qué tal el partido de tenis?

—Aburridísimo.

Lady Stranleigh se levantó. Volvió la cabeza por encima del hombro y le murmuró al señor Satterthwaite con armoniosa voz:

—Ha sido maravilloso poder contar con su ayuda. Nunca lo olvidaré.

El señor Satterthwaite se quedó mirando cómo la pareja se alejaba.

—Me pregunto —musitó para sí— si ese Bimbo acabará por ocupar el número cinco de la lista.

II

El encargado del vagón de lujo señalaba al señor Satterthwaite el lugar en que, pocos años atrás, ocurriera un grave accidente en la línea. Al terminar su vivido relato, el otro levantó la vista y vio unas conocidas facciones que, sonrientes, le miraban por encima del encargado.

—¡Mi querido señor Quin! —exclamó el señor Satterthwaite.

Su pequeña y arrugada faz brilló con inusitada alegría.

—¡Qué coincidencia que los dos volvamos a Inglaterra y en el mismo tren! ¿Supongo que es allí adonde usted se dirige?

—Sí —contestó el señor Quin—. Me lleva un asunto de bastante importancia. ¿Se sienta usted en el primer turno de la cena?

—Así lo hago siempre. Claro que la hora es absurda (las seis y media), pero así hay mejor servicio en lo que se refiere a la cocina.

El señor Quin asintió comprensivamente.

—Yo también. Quizá podamos arreglarlo para sentarnos juntos.

Al dar las seis y media, el señor Quin y el señor Satterthwaite estaban instalados, uno frente al otro, en una pequeña mesa del coche restaurante. El señor Satterthwaite prestaba la debida atención a la lista de vinos y después la dirigió hacia su compañero.

—No nos habíamos visto desde... ¡Ah, sí!, ahora recuerdo, desde Córcega. Por cierto, que nos abandonó usted sin previo aviso.

El señor Quin se encogió de hombros.

—Como es costumbre en mí. Soy un hombre que va y viene.

Estas palabras parecieron despertar el eco de un recuerdo en la mente del señor Satterthwaite. Sintió que un ligero escalofrío le corría a lo largo de la espina dorsal. La sensación, sin embargo, no fue desagradable. Al contrario. Tuvo la sensación de una anticipada emoción placentera.

El señor Quin examinaba atentamente la etiqueta de una botella de vino tinto que tenía entre las manos. La botella estaba entre él y una de las luces, y por un momento pareció envuelto en una especie de resplandor rojizo. El señor Satterthwaite experimentó de nuevo el cosquilleo de una extraña excitación.

—Yo también vuelvo a Inglaterra con una misión que cumplir en Inglaterra —exclamó sonriendo ampliamente ante la coincidencia—. Posiblemente conozca usted a lady Stranleigh.

El señor Quin hizo un movimiento con la cabeza.

—Un antiguo título —prosiguió—. Antiquísimo. Uno de los pocos que pueden recaer en descendencia femenina. Es baronesa por derecho propio. Una romántica historia.

El señor Quin se arrellanó cómodamente en su asiento. Un camarero atravesó el compartimiento llevando en volandas y depositando frente a ellos, casi como por arte de magia, unos tazones llenos de sopa. El señor Quin tomó unos cuantos sorbos y murmuró a continuación:

—Iba usted a hacerme una de sus portentosas descripciones, ¿no es así?

El señor Satterthwaite resplandeció de gozo ante la lisonja.

—En realidad, es una mujer maravillosa —dijo—. Sexagenaria por lo menos. Las conocí de niñas tanto a ella como a su hermana Beatrice, así se llamaba la mayor de las dos. Beatrice y Barbara. Se las designaba con el nombre de «las chicas Barron». Sin un céntimo, pero bonitas ambas. Hace de esto... ¡qué sé yo! Solo le diré que yo mismo era un jovenzuelo en aquellos tiempos —El señor Satterthwaite suspiró—. Varias personas se interponían entre ellas y el título, entre los que figuraba el viejo lord Stranleigh, un primo carnal y el primero que debía desaparecer. La vida de lady Stranleigh está salpicada de episodios románticos. Tres muertes repentinas: dos hermanos del viejo lord y un sobrino. Después vino lo del *Uralia.* ¿Recuerda usted el naufragio del *Uralia*? Se hundió frente a las costas de Nueva Zelanda. Las hermanas Barron se hallaban a bordo. Beatrice se ahogó. Barbara se encontraba ente los pocos supervivientes. Seis meses más tarde murió el viejo Stranleigh y pasó a heredar el título, así como también una cuantiosa fortuna. Desde entonces ha vivido exclusivamente para sí. Siempre la misma. Hermosa, sin escrúpulos, completamente insensible y muy pagada de su persona. Ha tenido ya cuatro maridos y no tardará en tener el quinto.

Continuó describiendo la misión que le había sido encomendada por lady Stranleigh.

—Pensaba ir a Abbot's Mede a visitar a la chica —explicó—. Creía que era conveniente hacer algo sobre este asunto. Es imposible imaginar a lady Stranleigh como el prototipo de una madre normal.

Se detuvo, mirando fijamente al señor Quin.

—Me gustaría que me acompañara —dijo el señor Satterthwaite con anhelo—. ¿Sería posible?

—Me temo que no puedo —contestó el señor Quin—. Pero... espere. ¿No está acaso Abbot's Mede en Wiltshire?

El señor Satterthwaite asintió.

—Me lo imaginaba y da la circunstancia que donde yo voy no está lejos del lugar que me acaba de mencionar —sonrió—. ¿Recuerda aquella pequeña hostería, la hostería del Bufón?

—¡Naturalmente! —contestó el señor Satterthwaite—. ¿Parará usted allí?

El señor Quin asintió.

—Cosa de una semana o diez días. Si se da una vuelta por allí, tendré sumo placer en verle.

Por la razón que fuese, el señor Satterthwaite se sintió profundamente aliviado con esta esperanza.

III

—Mi querida señorita... Margery —decía el señor Satterthwaite—, le aseguro que no tengo la menor intención de reírme de usted.

Margery frunció ligeramente el entrecejo. Ambos estaban sentados en el confortable salón de Abbot's Mede. Margery Gale era una muchacha alta y fornida, con facciones que no guardaban semejanza alguna con las de su madre, antes bien, eran el vivo retrato de los miembros masculinos de la línea paterna, una familia de hidalgos campesinos que se pasaban la vida a caballo. Además, parecía rebosante de salud. El señor Satterthwaite, sin embargo, no pudo impedir recordar que en los Barron, familiarmente hablando, eran frecuentes los casos de inestabilidad mental. Margery pudiera muy bien haber heredado la apariencia física paterna, pero haber heredado a la vez el desquiciamiento nervioso que caracterizaba a la madre.

—Quisiera —decía Margery— perder de vista a esa dichosa señora Casson. No creo en el espiritismo ni me hace las más mínima gracia. Es de esas mujeres que llevan su fanatismo hasta el final. No cesa de atosigarme con la idea de traer una médium a esta casa.

El señor Satterthwaite tosió significativamente, se agitó un tanto en la silla y añadió con el tono grave de un jurista.

—Permítame que me asegure de los hechos. El primero de los... llamémosle fenómenos, ocurrió hace dos meses, ¿no es verdad?

—Poco más o menos —confirmó la muchacha—. Unas veces era como un leve susurro, otras una voz precisa y clara, pero las palabras eran siempre las mismas.

—¿Cuáles eran?

—Devuelve lo que no es tuyo. Devuelve lo que has robado. Cada vez que esto ocurría, me apresuraba a encender la luz. No había nadie en la habitación. Llegué a ponerme tan nerviosa que supliqué a Clayton, la doncella de mi madre, que durmiera en un sofá junto a mi habitación.

—¿Y la voz siguió sonando?

—Sí. Y lo que más me aterrorizó fue que Clayton no consiguiese oírla.

El señor Satterthwaite se quedó pensativo durante unos instantes.

—Esta última noche, en particular, ¿cómo fue la voz, fuerte o suave?

—Casi un murmullo —admitió Margery—. Si Clayton estaba como supongo profundamente dormida, era materialmente imposible que la oyera. Fue ella quien me aconsejó que me hiciese ver por un médico.

La joven rió con un visible dejo de amargura.

—Pero desde anoche, hasta la propia Clayton hubo de creer en ese misterio —añadió.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Nadie lo sabe todavía, pero iba a contárselo en este preciso momento. El día de ayer lo pasé cazando e hicimos una buena tirada. Llegué rendida y al poco dormía muy profundamente. Tuve una pesadilla horrible. Soñé que caía sobre una verja y que una de sus puntas se clavaba lentamente en mi garganta. Desperté sobresaltada y me encontré con que el sueño era una realidad. Algo duro y afilado me pinchaba a un lado del cuello al tiempo que una voz murmuraba en mi oído: «Tú has robado lo que es mío. Esto es la muerte».

»Lancé un grito —continuó—, y mis manos se debatieron en el vacío, pero no encontré nada. Clayton me oyó chillar desde la habitación contigua donde dormía. Acudió rápidamente. Me dijo haber sentido algo que le rozó en la oscuridad pero que, fuera lo que fuese, no debía tener nada humano.

El señor Satterthwaite la contempló fijamente. No cabía duda de que la muchacha se hallaba aún bajo los efectos de una viva agitación. Observó su cuello y vio un pequeño cuadrado de esparadrapo adherido a la parte izquierda de la garganta. Ella pareció darse cuenta de la inspección y asintió.

—Como usted ve —dijo—, no fue solo imaginación por mi parte.

El señor Satterthwaite intercaló una pregunta en tono de disculpa por lo melodramática que sonaba.

—¿Sabe de alguien —preguntó— que tenga algún motivo de resentimiento contra usted?

—¡Claro que no! —contestó Margery—. Vaya una idea.

El señor Satterthwaite intentó otra línea de ataque.

—¿Qué visitantes ha tenido durante los dos últimos meses?

—Supongo que se referirá usted a los que vienen a pasar aquí los fines de semana. Marcia Keane ha pasado conmigo una gran parte de ese tiempo. Es mi mejor amiga y tan aficionada como yo a montar a caballo. También ha estado bastante tiempo mi primo Roley Vavasour.

El señor Satterthwaite hizo un gesto de asentimiento y, a continuación, manifestó deseos de entrevistarse con Clayton, la doncella.

—Hace muchos años que está con usted, ¿no es así?

—Muchísimos —afirmó Margery—. Sirvió a mamá y a tía Beatrice cuando estas eran todavía unas niñas. Supongo que esa sería la razón del interés que mostró mi madre en conservarla a su lado, no obstante el hecho de tener otra doncella francesa a su servicio. Clayton se dedica a coser y a otras tareas menudas.

Le condujo al piso superior, donde al poco rato se les unió Clayton. Era una vieja alta y delgada, con el pelo gris cuidadosamente partido en dos bandas y aspecto de suprema respetabilidad.

—No, señor —dijo, contestando a una pregunta del señor Satterthwaite—. Jamás he oído decir que esta casa estuviese encantada. Para serle sincera, señor, de no haber sido por lo ocurrido anoche, hubiese seguido creyendo que se trataba de imaginaciones de la señorita Margery. Sentí claramente que algo me rozaba en la oscuridad y puedo asegurarle que fuera lo que fuese no era humano. Luego está la herida en el cuello de la señorita Margery. No me dirá usted que fue ella misma quien se la hizo, pobre criatura.

Pero sus palabras alertaron al señor Satterthwaite. ¿Cabría en lo posible que Margery hubiese podido infligirse ella misma aquella herida? Había oído contar casos raros en que muchachas sanas y al parecer bien equilibradas como Margery habían llegado a cometer los actos más absurdos.

—Sanará pronto —añadió Clayton—. No es, ni con mucho, como la cicatriz que yo me hice.

Señaló una que cruzaba su frente.

—Hace ya cuarenta años que esto sucedió, señor, y todavía llevo la señal.

—Fue a raíz del hundimiento del *Uralia* —intervino Margery—, y la herida se la produjo un gran leño que se le vino encima, ¿no es así, Clayton?

—Sí, señorita. Así fue.

—¿Y usted qué cree, Clayton? —dijo el señor Satterthwaite—. ¿Qué opina del ataque contra la señorita Margery?

—No sabría qué decir, señor.

El señor Satterthwaite comprendió que era la respuesta que correspondía a la reserva de una bien adiestrada sirvienta.

—¿Qué es lo que usted piensa en realidad, Clayton? —insistió persuasivamente el señor Satterthwaite.

—Creo que alguna grave injusticia ha debido cometerse en esta casa y que no habrá paz en ella hasta que no se haya hecho la correspondiente reparación.

Su voz, al hablar, era grave y sus turbios ojos azules se clavaron con insistencia en los de su interlocutor.

El señor Satterthwaite descendió de nuevo al piso inferior, un tanto decepcionado del resultado del careo. Clayton, evidentemente, mantenía el punto de vista ortodoxo de una persecución deliberada y sobrenatural a consecuencia de una mala acción llevada a cabo en el pasado. Pero el señor Satterthwaite no estaba satisfecho: los fenómenos habían tenido lugar solo durante los dos últimos meses. Y precisamente en ocasión de hallarse Marcia Keane y Roley Vavasour presentes. Sería conveniente saber algo más acerca de estos dos. Cabía en lo posible que se tratase de alguna broma. Pero meneó la cabeza insatisfecho con esta solución. La cosa era mucho más siniestra de lo que parecía. El correo acababa de llegar y Margery se entretuvo en abrir y leer su correspondencia. De pronto, lanzó una pequeña exclamación.

—Mamá es exageradísima —dijo—. Lea usted.

Le alargó la carta al señor Satterthwaite.

Era algo muy propio de lady Stranleigh:

Querida Margery:

No sabes la alegría que tengo al saber que estás en compañía de nuestro apreciado amigo el señor Satterthwaite. Es listísimo y conoce a todas esas gentes que se tratan con los fantasmas. Debes contárselo todo y dejar que investigue lo que quiera. Estoy segura de que te lo pasarás muy bien y solo me entristece la idea de no poder estar a tu lado. Hace unos días que no me encuentro nada bien. Los hoteles son muy descuidados con las comidas que nos dan. El doctor dice que se trata de un ligero envenenamiento. Yo, sin embargo, me he encontrado muy mal.

Te agradezco mucho los chocolates que me has enviado, amor mío, pero eso es un poco estúpido, ¿no te parece? Los que hay por aquí son una verdadera maravilla.

Adiós, querida. Que te diviertas mucho con la caza de los fantasmas familiares. Me dice Bimbo que estoy haciendo grandes progresos en el tenis. Un millón de besos.

Tuya,

Barbara

—Mamá se empeña en que la llame Barbara —dijo Margery—. Me parece una tontería.

El señor Satterthwaite sonrió ligeramente. Se daba cuenta de que el inconmovible espíritu conservador de la hija debía resultar un tanto insoportable para una mujer como lady Stranleigh. El contenido de la carta le chocó en un punto que al parecer había pasado inadvertido para Margery.

—¿Le envió una caja de bombones a su madre? —preguntó.

Margery meneó la cabeza.

—No —añadió—. No lo hice. Debe de haber sido otra persona.

El señor Satterthwaite se quedó serio. Dos cosas le parecieron muy importantes: lady Stranleigh había recibido una caja de bombones y sufría de un agudo ataque de envenenamiento. Aparentemente, Margery no había relacionado las dos cosas. ¿Habría alguna relación? Él se inclinaba a pensar que sí. Entró una muchacha alta y morena y se unió a ellos. Fue presentada al señor Satterthwaite como Marcia Keane. Sonrió con aire jovial y exclamó:

—¿Ha venido usted a ahuyentar a ese fantasma que persigue a Margery? —preguntó con un tono de voz lánguido—. Estamos todos preocupadísimos con ese fantasma. ¡Oh! Aquí está Roley.

Un coche acababa de detenerse frente a la puerta y de él descendió un joven de pelo rubio y maneras de adolescente.

—¿Qué tal, Margery? —gritó—. ¡Hola, Marcia! He venido con refuerzos.

Se volvió para señalar a las dos mujeres que tras él entraron en el vestíbulo. El señor Satterthwaite reconoció en la primera de las dos a la señora Casson, de quien poco antes le hablara Margery.

—Debes perdonarnos, querida Margery, por esta intrusión —dijo aquella, que hablaba arrastrando las palabras y acompañándolas con una amplia sonrisa—. El señor Vavasour nos indicó que sería muy adecuado. Fue idea suya que viniese acompañada de la señora Lloyd.

Indicó a su compañera con un leve gesto de la mano.

—La señora Lloyd —anunció presentándola con aire de triunfo—. La mejor médium que jamás haya conocido.

La señora Lloyd murmuró unas poco modestas palabras de protesta, se inclinó y volvió a quedarse inmóvil con las manos cruzadas sobre el pecho. Era una mujer con cara muy sonrosada y aspecto vulgar. Su vestimenta era un tanto recargada y de moda indefinida. Lucía un collar de piedras de la luna y profusión de sortijas.

Margery Gale, como no pudo por menos que observar al señor Satterthwaite, no parecía complacida por aquella intrusión. Lanzó una colérica mirada a Roley Vavasour, quien pareció no darse cuenta del trastorno producido por su indiscreción.

—Creo que el almuerzo está preparado —dijo Margery.

—Bien —añadió la señora Casson—. En este caso, celebraremos *la séance* inmediatamente después. ¿Tiene usted algo de fruta para la señora Lloyd? No acostumbra a tomar nada sólido antes de las sesiones.

Se dirigieron todos al comedor. La médium se limitó a comer dos plátanos y una manzana, y a contestar breve y circunspecta a las preguntas que de cuando en cuando le hacia Margery. Un momento antes de levantarse, echó la cabeza atrás y olfateó el aire.

—Hay algo maléfico en esta casa. Lo percibo.

—¿Verdad que es admirable? —exclamó embelesada en voz baja, la señora Casson.

—Indudablemente —contestó el señor Satterthwaite con sequedad.

La *séance* tuvo lugar en la biblioteca. La dueña de la casa, como siguió observando el señor Satterthwaite, no parecía muy propicia a secundar la idea, y solo la natural curiosidad y el alborozo de sus huéspedes la reconcilió con el experimento.

Los preparativos preliminares corrieron a cargo de la señora Casson, que evidentemente era ducha en aquella materia. Corrió las cortinas y dispuso las sillas en círculo, terminado lo cual la médium anunció estar dispuesta a dar principio a la sesión.

—¿Seis personas? —dijo mirando a su alrededor—. No es adecuado. Deberíamos ser número impar. Siete es el ideal. Siempre he obtenido los mejores resultados con círculos de siete.

—Uno de los criados —sugirió Roley levantándose—. Voy a buscar al mayordomo.

—Dejemos que venga Clayton —dijo Margery.

El señor Satterthwaite vio la sombra de desagrado que cubrió las facciones plácidas de Roley Vavasour.

—¿Por qué Clayton? —preguntó.

—No te gusta Clayton, ¿verdad? —preguntó Margery con lentitud.

Roley se encogió de hombros.

—Soy yo el que no le gusto a ella —dijo Roley con ridícula expresión—. Huye de mí como de la peste.

Esperó unos instantes, pero Margery siguió inconmovible.

—Bien. Que venga pues.

Se acabó de completar el círculo.

Hubo unos momentos de silencio interrumpidos solo por las acostumbradas toses y movimientos de sillas y pies. De pronto, se oyeron una sucesión de golpes y luego la voz del espíritu contactado por la médium, un indio piel roja llamado Cherokee.

—Indio bravo decir buenas tardes a todos, señoras y caballeros. Alguien aquí tener muchas ganas de hablar. Tener muchas ganas de dar mensaje para joven señorita. Yo marchar. El espíritu dice cosa él querer decir.

Una pausa y una nueva voz, esta vez de mujer, que dijo quedamente:

—¿Está Margery aquí?

Roley Vavasour se creyó obligado a responder.

—Sí —dijo—. Está. ¿Quién habla?

—Soy Beatrice.

—¿Beatrice? ¿Qué Beatrice?

Con gran disgusto de muchos, volvió a oírse la voz del piel roja Cherokee.

—Yo tener mensaje para todos vosotros. Vida aquí ser hermosa y brillante. Todos trabajar mucho. Ayudar a los que todavía estar en la Tierra.

Otra pausa y de nuevo la voz de mujer que decía:

—Habla Beatrice.

—¿Qué Beatrice?

—Beatrice Barron.

El señor Satterthwaite inclinó el cuerpo hacia delante. Estaba muy excitado.

—¿Beatrice Barron, la que se ahogó en el *Uralia*? —preguntó.

—La misma. Recuerdo el *Uralia*. Tengo un mensaje... para esta casa: «Devolved lo que no es vuestro».

—No comprendo —dijo Margery con desmayo—. Yo... ¡oh...! Pero ¿eres en realidad tía Beatrice?

—Sí, soy tu tía.

—¡Claro que lo es! —añadió la señora Casson en tono de reproche—. ¿Cómo puede usted dudarlo? A los espíritus no les gustan estas cosas.

De pronto, al señor Satterthwaite se le ocurrió hacer una pequeña prueba. La voz le temblaba al hablar.

—¿Se acuerda usted del señor Botticetti? —preguntó.

Se oyó una risita reprimida.

—¡Ese pobre Boatupsetty[8]...! —se oyó—. Claro que me acuerdo.

El señor Satterthwaite quedó como aturdido. El resultado de la prueba había sido por demás satisfactorio. Había hecho referencia a un incidente ocurrido cuarenta años atrás en ocasión de encontrarse él y las hermanas Barron en una de las playas de moda. Un joven italiano, amigo de ellas, había salido a dar un paseo en bote y había volcado, circunstancia que aprovechó Beatrice Barron para designarlo en lo sucesivo con el ocurrente nombre de Boatupsetty. Parecía imposible que con excepción de él alguien de los presentes conociera el incidente.

La médium se agitó y dejó escapar una especie de gruñido.

—Está volviendo en sí —dijo la señora Casson—. Me temo que nada más podamos obtener de ella por ahora.

La sala, llena de gente, volvió a iluminarse con la clara luz del día. Dos de los presentes daban muestras de estar muy aterrorizados.

La palidez del rostro de Margery dio a conocer al señor Satterthwaite el estado de su ánimo. Tan pronto como se hubieron despedido la señora Casson y la médium, solicitó hablar en privado con ella.

—Quisiera hacerle a usted un par de preguntas, señorita Margery. Si usted y su madre muriesen, ¿quién heredaría el título y los bienes?

—Supongo que Roley Vavasour. Su madre y la mía eran primas hermanas.

El señor Satterthwaite asintió con un gesto.

—Parece que ha estado aquí con frecuencia durante este último invierno, ¿no es así? —preguntó con naturalidad—. ¿Sería indiscreto preguntarle si la ha cortejado?

—Me preguntó hace tres semanas si estaría dispuesta a casarme con él —contestó Margery con sencillez—. Mi respuesta fue negativa.

—Perdóneme la curiosidad, pero ¿está usted acaso comprometida con algún otro?

Vio que sus mejillas se teñían de vivo carmín.

—Lo estoy —dijo, poniendo un extraño énfasis en sus palabras—. Voy a casarme con Noel Barton. Mi madre se ríe y dice que es absurdo casarse con un pastor de la Iglesia. ¿Por qué, quisiera yo saber? Hay curas y curas. Quisiera que viera usted a Noel montando a caballo.

—La creo, hija mía —contestó sonriendo el señor Satterthwaite—. La creo.

Entró un sirviente con un telegrama sobre una bandeja. Margery lo abrió.

—Mamá llega mañana —dijo—. Problemas a la vista. Preferiría mil veces que se quedase donde está.

El señor Satterthwaite no hizo comentario alguno sobre este sentimiento filial. Pensó que quizá estuviese justificado.

—En ese caso —murmuró—, creo que regresaré a Londres.

IV

El señor Satterthwaite no estaba satisfecho de sí mismo. Sentía que el problema encomendado a su persona había quedado sin resolver. Era cierto que la llegada de lady Stranleigh le relevaba de su responsabilidad, pero no era menos cierto que la última palabra acerca del misterio de Abbot's Mede no había sido dicha aún.

El último acontecimiento fue de tal gravedad que le cogió totalmente por sorpresa. Se enteró de él al verlo impreso en las páginas de los diarios de la mañana. «Baronesa encontrada muerta en su propio cuarto de baño», decía el *Daily Megaphone*. Los otros periódicos empleaban un lenguaje menos crudo, pero el hecho no dejaba de ser el mismo. Lady Stranleigh había sido hallada muerta en su bañera y había muerto ahogada. Había sufrido, al parecer, un desvanecimiento y, en este estado, se deslizó su cuerpo y quedó su cabeza sumergida bajo el agua.

Pero al señor Satterthwaite no le satisfizo esta explicación. Llamó a su ayuda de cámara, se arregló con menos aliño que de ordinario y, diez minutos después, salía de Londres a toda velocidad arrellanado en los cómodos asientos de su potente Rolls-Royce.

Pero por extraño que parezca, no se dirigió a Abbot's Mede, sino a una pequeña posada situada a unas quince millas de aquel lugar y cuya puerta ostentaba un cartel con el extraño nombre de la hostería del Bufón. Tuvo una gran satisfacción al saber que el señor Harley Quin seguía hospedado allí. Un minuto después, se hallaba cara a cara con su amigo.

Le estrechó la mano y arrancó a hablar presa de gran agitación.

—Estoy terriblemente preocupado —dijo— y vengo a solicitar su ayuda. Tengo el horrible presentimiento de que quizá sea demasiado tarde y de que la vida de una pobre niña inocente corra un gravísimo peligro.

—Si es usted tan amable de contarme de qué se trata... —expuso el señor Quin sonriendo.

El señor Satterthwaite le lanzó una mirada de reproche.

—Estoy seguro de que lo sabe tan bien como yo; pero, en fin, se lo diré.

En breves palabras le expuso lo acaecido en Abbot's Mede y, como siempre, el señor Quin mostró un profundo interés en escuchar su narración. Estuvo elocuente, sutil y meticuloso en

los detalles.

—Como usted ve —terminó—, debe de haber alguna explicación.

Le miró con esa expresión de esperanza con que el perro mira al amo.

—Pero es usted quien debe resolver el problema y no yo —dijo el señor Quin—. Yo no conozco a esa gente. Usted sí.

—Conocí a las hermanas Barron hace cuarenta años —exclamó el señor Satterthwaite con orgullo.

La mirada de simpatía que le dirigió el señor Quin le animó a recordar, como si de un sueño se tratase, lejanos pasajes de la vida.

—¡Qué días aquellos en Brighton! Botticetti-Boatupsetty. ¡Qué tontería, pero cómo nos reíamos en aquella época! Dios mío, claro que yo también era joven como todos. Hacíamos un montón de tonterías. Recuerdo a la doncella que las acompañaba. Se llamaba Alice. Una cosa menudita y pizpireta, y muy ingenua. Recuerdo también que un día la abracé y la besé en uno de los pasillos del hotel y estuve a punto de ser sorprendido por una de las niñas. ¡Cuánto tiempo hace ya de esto, Dios mío!

Meneó la cabeza y lanzó un profundo suspiro. Después, miró al señor Quin.

—¿Decididamente, no puede usted ayudarme? —añadió especulativamente—. Sin embargo, en otras ocasiones...

—En otras ocasiones ha logrado usted el éxito gracias a sus propios esfuerzos —dijo el señor Quin con seriedad—. Y creo que esta vez sucederá lo mismo. Yo en su lugar no perdería tiempo e iría inmediatamente a Abbot's Mede.

—Tiene usted razón —afirmó el señor Satterthwaite—. Era, en realidad, lo que me proponía hacer. ¿No podría persuadirlo para que me acompañase?

El señor Quin hizo un gesto negativo.

—No —dijo—. Mi trabajo aquí ha terminado y partiré dentro de muy poco.

Al llegar a Abbot's Mede, el señor Satterthwaite fue conducido inmediatamente a la presencia de Margery Gale. Estaba sentada, con los ojos enjutos, frente a una mesita del gabinete sobre la que se hallaban esparcidos unos papeles. Algo en su saludo le conmovió. Tenía, al parecer, un gran deseo de verlo.

—Roley y Marcia acababan de marcharse. El accidente, señor Satterthwaite, no ha ocurrido tal como pretenden hacerlo creer los médicos. Estoy segura, completamente segura, de que mamá no se ahogó sola, sino que alguien la forzó a permanecer bajo el agua. Fue asesinada y, quienquiera que fuese el que cometió el crimen, quiere matarme a mí también. De esto no me cabe la menor duda. Ésta es la razón —indicó señalando el documento que tenía ante sí— de que me decidiese a hacer testamento —explicó—. Una cantidad considerable de dinero, así como unas cuantas propiedades, no van anexas al título. Está también la fortuna particular de mi padre. Todo esto se lo dejo a Noel. Sé que es bueno y que sabrá administrarlo piadosamente. De Roley no me fío. Es solo un cazador de dotes. ¿Quiere usted firmar como testigo?

—Mi querida jovencita —contestó el señor Satterthwaite—, un testamento hay que firmarlo ante dos testigos, los cuales deben firmar a la vez.

Margery desestimó con un gesto el consejo legal.

—No creo que eso importe gran cosa —declaró Margery—. Clayton me vio firmar a mí y luego ha firmado ella. Iba a llamar en este instante al mayordomo, pero creo que usted servirá.

El señor Satterthwaite renunció a seguir arguyendo, sacó su pluma y, estaba ya a punto de estampar su firma, cuando se contuvo súbitamente. El nombre que aparecía en la casilla superior a la designada para él, le hizo evocar de pronto un confuso tropel de recuerdos. Alice Clayton.

Algo luchaba por abrirse paso en su cerebro ¡Alice Clayton! Había alguna extraña significación en aquel nombre. Algo que tenía que ver con el señor Quin y se relacionaba con él. Algo que él mismo dijera al señor Quin muy poco tiempo antes.

¡Ah, ya lo tenía! Fue precisamente sobre Alice Clayton. Una cosa menudita y pizpireta. Las personas cambian; ¡sí, pero no tanto! Además, la Alice Clayton que él conoció tenía los ojos pardos. Los objetos empezaron a girar vertiginosamente a su alrededor. Hubo de buscar el apoyo de una silla para no caer y, como procedente de una gran distancia, oyó la voz de Margery que le preguntaba con ansiedad:

—¿Se encuentra mal? ¿Qué le pasa? ¿Está usted enfermo?

Volvía a ser el mismo de siempre. La cogió fuertemente de las manos.

—Querida mía, ahora lo comprendo todo. Debe usted prepararse para recibir una fuerte impresión. La mujer que se halla arriba y a la que usted llama Clayton, no es Clayton. La auténtica Alice Clayton se ahogó en el *Uralia.*

Margery le miraba con ojos desorbitados.

—Entonces... —dijo—... ¿quién es ella?

—No puedo estar equivocado. La mujer a quien usted llama Clayton no es otra sino Beatrice Barron, la hermana de su madre. ¿Recuerda usted haberme dicho que se hirió en la cabeza con un gran leño? He de deducir que el golpe debió hacerle perder la memoria, y su madre aprovechó la circunstancia para...

—Para apoderarse del título, quiere usted decir —Margery completó la frase con amargura—. Sí, la creo capaz de eso. Es doloroso tener que reconocerlo ahora que ya está muerta, pero ella era así.

—Beatrice era la mayor de las dos hermanas —continuó el señor Satterthwaite—. A la muerte de su tío sería la heredera de todo y a su madre no le hubiese correspondido nada. Esto le impulsó a reconocerla no como su hermana, sino como su doncella. Repuesta después del golpe, pero sin recuperar la memoria, aceptó pasivamente el papel de Alice Clayton que le habían encomendado. Podemos imaginar que no hace mucho que su memoria debe haber empezado de nuevo a aclararse, pero la lesión producida en el cerebro con el golpe que recibió hace años, debe haber acabado por perturbarla.

Margery le contemplaba con ojos enloquecidos por el terror.

—Y por eso mató a mi madre, como quiso también matarme a mí —dijo casi sin aliento.

—Así parece —prosiguió el señor Satterthwaite—. Solo una idea parecía obsesionarla: la de que su herencia había sido robada y que usted y su madre se habían quedado con ella.

—Pero si Clayton es tan vieja...

El señor Satterthwaite permaneció en silencio sumido en los recuerdos. Vio la imagen de aquella anciana de cabellos grises y aspecto marchito, y la rubia esplendorosa que él viera tomando el sol en Cannes. ¿Podían ser hermanas? Recordaba a las hermanas Barron, y su parecido era sorprendente. ¿Solo porque hubiesen tomado distintos derroteros en la vida...?

Meneó la cabeza como bajo el peso de una obsesión y no pudo reprimir un compasivo gesto hacia estas incongruencias de la vida.

Se volvió a Margery y dijo cariñosamente:

—Será mejor que subamos a verla.

Encontraron a Clayton sentada en la pequeña habitación donde cosía. Ni siquiera volvió la cabeza al sentir el ruido que hizo la puerta al abrirse. El señor Satterthwaite no tardó en darse cuenta del porqué.

—Un ataque al corazón —murmuró al tocar sus rígidos y helados hombros—. Quizá haya sido mejor así.

8

LA CARA DE HELENA

I

El señor Satterthwaite era el único ocupante de un amplio palco del primer piso del teatro de la ópera. En la puerta podía verse una tarjeta que llevaba su nombre. Siendo un gran amante y *connoisseur* de todas las artes, el señor Satterthwaite sentía una particular devoción por la buena música y era un asiduo abonado a las temporadas del Covent Garden, donde tenía reservado un palco para los jueves y viernes de toda la temporada.

Pero rara vez se le veía solo. Era un inveterado enemigo de la soledad y gustaba de llenar el palco con lo más selecto de la sociedad a la que pertenecía y con la aristocracia del mundo artístico, entre la cual se sentía como pez en el agua. La razón de su soledad obedecía a que una condesa se había visto obligada a faltar a la cita. La condesa, además de hermosa e inteligente, era una excelente madre. Sus hijos habían sido atacados por la vulgar y fastidiosa enfermedad de las paperas y había tenido que quedarse en casa en lacrimosa confabulación con dos tiesas y exquisitamente almidonadas enfermeras. El marido, verdadero autor de la existencia de aquellas criaturas y del título que adornaba a la madre y que era lo que podía muy bien llamarse una nulidad, aprovechó esta oportunidad para poder escapar. Nada le aburría tanto como la música.

Así pues, el señor Satterthwaite se vio condenado a asistir solo a la representación. Se ponía en escena aquella noche *Cavalleria Rusticana* y *Pagliacci* y, no llamándole poderosamente la atención la primera, llegó a tiempo de presenciar la agonía de Santuzza y de poder dirigir con ojos expertos una mirada por toda la sala antes de caer el telón y de que la gente abandonara sus asientos para tomar algún café o limonada y hacer el acostumbrado visiteo. El señor Satterthwaite se encaró sus gemelos y, como militar avezado en lides guerreras, dirigió una mirada pausada por todo el auditorio como en busca de un punto vulnerable en el que poder concentrar sus tiros. Plan sin embargo que no logró llevar a cabo, pues precisamente en el palco de al lado vio la inconfundible figura de un amigo que le llenó de alborozo y satisfacción.

—¡Señor Quin! —exclamó.

Estrechó la mano de su amigo con fuerza, como temeroso de que pudiera desvanecerse de un momento a otro en el aire.

—Espero que aceptará usted un asiento en mi palco —dijo con determinación—. ¿O es que ha venido con alguien?

—No —respondió el señor Quin con una sonrisa—. He venido solo.

—Entonces no hay más que hablar —declaró el señor Satterthwaite con un suspiro de satisfacción.

Para otro que no fuese el señor Quin, los modales del señor Satterthwaite hubiesen parecido un tanto extravagantes.

—Es usted muy amable —replicó aquel.

—Al contrario. Es un placer. No sabía que fuese usted aficionado a la música.

—Hay razones particularísimas que me hacen sentir devoción por *Pagliacci.*

—Claro, claro —dijo el señor Satterthwaite, asintiendo con aire de entendido, aunque, de haber sido preguntado, habría encontrado difícil de explicar por qué había usado esta expresión —. Es natural.

Volvieron al palco tan pronto como oyeron el timbre de aviso y, sentados en la primera fila del palco, observaron el trasiego de las gentes que volvían a ocupar sus respectivos asientos.

—Una hermosa cabeza —observó de pronto el señor Satterthwaite.

Con los gemelos señalaba un punto del patio de butacas situado casi al pie del lugar que ellos ocupaban. Era una muchacha de la que no distinguían la cara y solo podían ver el dorado de sus cabellos, recogidos bajo una especie de casquete del que se escapaban rebeldes unos cuantos rizos que bordeaban artísticamente su níveo cuello.

—Una cabeza griega —añadió el señor Satterthwaite, casi reverentemente—. Genuinamente griega. Es sorprendente comprobar que son pocas las personas en las que el color de los cabellos armonice con el resto, cosa fácil de ver hoy por los cortes de pelo predominantes.

—Es usted muy observador —respondió el señor Quin.

—Nada de eso —objetó el señor Satterthwaite—. Es cuestión simplemente de mirar. En este caso, esa cabeza atrajo inmediatamente mi atención. Tarde o temprano hemos de ver su cara y apuesto a que no armonizarán, estoy seguro. Hay una probabilidad contra mil.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando las luces titilaron y debilitaron su brillo, se oyó el golpear de la batuta sobre el atril y dio comienzo la función. Un nuevo tenor, un segundo Caruso, al decir de muchos, cantaba aquella noche. Había sido presentado por la prensa como yugoslavo, checo, albanés, magiar y búlgaro. Todo con espontánea imparcialidad. Había dado un concierto extraordinario en el Albert Hall, un programa consistente en cantos folclóricos de sus montañas natales y con una orquesta especialmente seleccionada e instrumentada para dicho fin. Las composiciones abundaban en extraños semitonos que algunos espectadores de gusto ultramoderno no vacilaron en calificar de «simplemente maravillosos», aunque músicos reconocidos se abstuvieron de hacerlo, comprendiendo la conveniencia de una reeducación y adaptación del oído a estas nuevas normas musicales, antes de decidirse a emitir juicio definitivo alguno. Fue, sin embargo, un gran alivio para muchos saber que aquella noche cantaría en simple italiano con todos los sollozos y estremecimientos tradicionales de la obra.

Al caer el telón cuando finalizó el primer acto, se oyó el estruendo de una prolongada ovación. El señor Satterthwaite se volvió al señor Quin. Supuso que este esperaría su opinión y esto le hizo ahuecarse como un pavo. Después de todo estaba convencido de no ser un lego en la materia. Como crítico podía considerársele casi infalible.

Movió la cabeza de arriba abajo con lentitud.

—Es un gran cantante —afirmó.

—¿Lo cree usted así?

—Una voz tan bien timbrada como la de Caruso. Habrá muchos que no lo reconozcan así por cierta imperfección en su técnica y falta de seguridad en el ataque. Pero la voz, no le quepa duda, es magnífica.

—Yo fui a oír su concierto en el Albert Hall —dijo el señor Quin.

—¿Ah, sí? Yo no pude ir.

—Causó sensación con *El canto del pastor.*

—Lo leí —contestó el señor Satterthwaite—. El estribillo termina siempre con una nota aguda que oscila entre el *do* natural y el *re* bemol. Muy curioso.

Yoaschbim hubo de reaparecer tres veces en el escenario, sonriendo y saludando. La sala se iluminó de nuevo y la gente empezó a desfilar. El señor Satterthwaite se inclinó sobre el antepecho para observar a la muchacha de los cabellos de oro. Esta se levantó, se ajustó un fino chal alrededor del cuello y se volvió.

El señor Satterthwaite contuvo el aliento. Pocas caras como aquella se podrían encontrar en el mundo. Una cara que por sí sola podría llenar una página entera en la historia.

La muchacha se dirigió al pasillo seguida de su joven acompañante. El señor Satterthwaite observó que la gente se detenía para verla pasar y no pocos eran los que la seguían furtivamente con la mirada. ¡Qué belleza!, se dijo a sí mismo. Todavía existe algo así. Aquí no se menciona el encanto, ni la atracción, ni el magnetismo, ni ninguna de esas otras cualidades que con tanta volubilidad acostumbramos a mezclar con su concepto. Belleza pura. El óvalo de la cara, la línea de las cejas, el contorno de la barbilla... Y añadió como en un susurro: «La cara que lanzó mil naves a la conquista de Troya». Y por primera vez se dio cuenta del significado de aquella frase.

Miró al señor Quin y, al observar su expresión de aquiescencia, no creyó necesario añadir comentario alguno a su juicio anterior.

—Siempre me ha intrigado saber —añadió— cómo son estas mujeres en realidad.

—¿Se refiere a...?

—Las Helenas, Cleopatras y Marías Estuardo.

El señor Quin meneó la cabeza pensativamente.

—Si vamos fuera —sugirió—, quizá podamos saberlo.

Salieron juntos y el resultado de su pesquisa dio óptimo fruto. La pareja que ellos buscaban se hallaba sentada en un canapé a medio camino de la escalinata de entrada. Por primera vez, pudo el señor Satterthwaite tener una clara visión del acompañante. Era un joven moreno, si no guapo, dotado al menos de un extraño fuego que parecía arder constantemente en sus pupilas. Una cara llena de extraños ángulos, pómulos salientes, barbilla ligeramente desviada y ojos fulgurantes, ocultos en la penumbra que proyectaban sus salientes y espesas cejas.

Una cara interesante, pensó el señor Satterthwaite. Digna de estudio. El joven estaba inclinado hacia delante y hablaba con calor. La muchacha se limitaba a escuchar. Ninguno de los dos parecía pertenecer al mundo del señor Satterthwaite. Más bien tenían el aspecto de gente del mundo artístico. La muchacha llevaba un vestido socorrido, verde, de seda barata y unos zapatos de raso blanco algo sucios. El joven vestía de rigurosa etiqueta con aire de estar incómodo con lo puesto. Nuestros dos amigos pasaron repetidas veces ante ellos. A la cuarta se encontraron con que otro joven se había incorporado al grupo. Era rubio, con aspecto de oficinista. Su llegada parecía haber creado cierta tensión. Jugaba nerviosamente con su corbata y se hallaba como cortado ante la severa mirada de la muchacha. El primer acompañante le observaba con gesto torvo.

—La eterna historia —murmuró quedamente el señor Quin al pasar frente a ellos.

—Sí —contestó en el mismo tono el señor Satterthwaite—. Lo inevitable. El gruñido de dos perros disputándose un mismo hueso. Lo que siempre ha sido y siempre será. ¡Cuánto mejor sería, sin embargo, que no fuese así! La belleza...

Se detuvo. Para el señor Satterthwaite la belleza era algo simplemente maravilloso. No encontraba nunca palabras para poder describirla. Dirigió una mirada al señor Quin, quien, como si leyese su pensamiento, asintió gravemente y comprensivo. Regresaron a sus asientos poco antes de levantarse el telón para el segundo acto.

Al terminar la representación, el señor Satterthwaite se volvió a su amigo.

—Hace mucho relente fuera y mi coche no está lejos de aquí. ¿Me permite usted que le lleve a... donde quiera?

Estas dos últimas palabras manifestaron la delicadeza del señor Satterthwaite. De haber dicho «conducirle a casa», la frase hubiese trascendido a algo así como a curiosidad. El señor Quin había sido siempre un tanto reticente y era extraordinario lo poco que el señor Satterthwaite sabía acerca de él.

—Aunque quizá —continuó nuestro hombrecillo— disponga usted de su propio vehículo.

—No —dijo el señor Quin—. No lo tengo.

—Entonces...

Pero el señor Quin meneó la cabeza.

—Es usted extremadamente amable, pero con sinceridad, prefiero volver con mis propios medios. Además —añadió, dibujando su peculiar sonrisa—, si algo llegase a suceder, sería a usted a quien correspondería actuar. Buenas noches. Una vez más hemos visto un drama juntos.

Desapareció tan rápidamente que el señor Satterthwaite no tuvo tiempo material para protestar. Se sintió asaltado por una súbita duda. ¿A qué drama quiso referirse? ¿A *Pagliacci* o algún otro?

Masters, el chófer del señor Satterthwaite, tenía el hábito de esperarle en una callejuela vecina. A su señor no le gustaban las largas esperas frente al teatro causadas por el riguroso turno que debía observar el tránsito. Esta vez, como en ocasiones previas, torció por la primera bocacalle y se dirigió rápidamente al lugar donde sabía le esperaría su fiel Masters. Delante de él vio a

un hombre y a una mujer y, casi al instante de reconocerlos, un tercer personaje se unió a ellos. Todo sucedió en un instante. Primero el rugido de la voz de un hombre. De inmediato el sonido de otra voz masculina en tono de protesta. Luego la lucha, golpes, frases entrecortadas, más golpes, la figura majestuosa de un policía surgido de la nada como por arte de encantamiento y, en un instante, el señor Satterthwaite se encontraba al lado de la muchacha, que se había dejado caer apoyada con desmayo contra el muro.

—Permítame —dijo—. No debe usted permanecer aquí ni un solo instante.

La cogió del brazo y la condujo apresuradamente calle abajo. Solo una vez se detuvo la muchacha para volver la vista hacia atrás.

—¿No tendría que...? —preguntó indecisa.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza.

—En nada la beneficiaría verse mezclada en este asunto. Probablemente la obligarían a que les acompañase a la comisaría. No creo que ninguno de sus... amigos lo deseara.

Se detuvo.

—Este es mi coche. Si usted me lo permite, tendré sumo placer en acompañarla a su casa.

La muchacha le miró como escudriñando sus intenciones, pero la sosegada compostura del señor Satterthwaite pareció impresionarla favorablemente.

—Gracias —dijo, y entró resueltamente en el vehículo, al pie de cuya puerta abierta aguardaba respetuosamente el chófer Masters.

Dio una dirección de Chelsea en respuesta a una pregunta del señor Satterthwaite, quien, a continuación, se sentó a su lado.

La muchacha parecía alterada y con pocas ganas de hablar, y el señor Satterthwaite tuvo el tacto de no intentar penetrar en sus pensamientos. Al cabo de algunos momentos, fue ella quien se decidió a romper el silencio:

—¡Desearía que la gente no fuera tan estúpida!

—¡Es muy molesto! —asintió el señor Satterthwaite.

La naturalidad con que pronunció estas palabras tuvo el efecto de soltar la lengua de su compañera que parecía necesitar confiar en alguien.

—No creí nunca que llegaran a las manos —dijo—. El señor Eastney y yo hemos sido amigos desde hace mucho tiempo, puede decirse que desde que llegué a Londres. Se ha preocupado constantemente por mi voz y a él le debo, prácticamente, cuantas relaciones tengo en la actualidad. La música le apasiona. Fue idea de él traerme al teatro esta noche, aun cuando sé que el pobre no anda muy sobrado de dinero. Después llegó el señor Burns y nos habló con toda corrección, pero a Phil (el señor Eastney), no sé por qué, no pareció sentarle bien su intromisión. Este es un país libre. Por otra parte, el señor Burns siempre se ha mostrado agradable y de temperamento tranquilo. Y justo cuando íbamos hacia el metro, volvió a acercarse a nosotros, y apenas había articulado dos palabras cuando Philip se lanzó sobre él como una fiera. ¡Estas cosas no me gustan!

—¿De veras? —preguntó el señor Satterthwaite con dulzura.

Ella se sonrojó ligeramente En ella no había nada de una sirena consciente, aún cuando sería natural que, al ser mujer, experimentara cierta satisfacción al ver a dos hombres pelearse por ella. Sin embargo, el señor Satterthwaite creyó que el verdadero fondo de su preocupación yacía en las palabras que pronunció a continuación y obtuvo una pista cuando al cabo de un instante ella hizo una observación inconsecuente:

—Espero que no le haya hecho mucho daño.

¿A quién se referirá ese «le»?, se preguntó mentalmente el señor Satterthwaite sonriendo para sí en la penumbra. Y en apoyo de su juicio, añadió:

—Usted espera que... vamos, que el señor Eastney no le haya hecho mucho daño al señor Burns, ¿no es así?

Ella asintió.

—Sí —añadió—. Eso es lo que quise decir y me gustaría saberlo.

El coche se detuvo.

—¿Tiene usted teléfono? —preguntó él.

—Sí.

—Entonces, si así lo desea, yo me encargaré de enterarme de lo ocurrido y se lo comunicaré.

El rostro de la muchacha se iluminó.

—Es usted muy amable, gracias, pero me temo que esto habrá de producirle muchas molestias.

—De ninguna manera.

Ella le dio de nuevo las gracias, así como el número de su teléfono, y añadió modestamente:

—Mi nombre es Gillian West.

Mientras se alejaba por la calle, una curiosa sonrisa se dibujó en los labios del señor Satterthwaite.

—De manera que eso es todo —pensó—. ¡El óvalo de una cara... el perfil de una barbilla...!

Pero cumplió su promesa.

II

En la tarde del siguiente domingo, el señor Satterthwaite acudió a Kew Gardens para admirar los rododendros. Hacía mucho tiempo (un inconcebible número de años para el señor Satterthwaite) que había paseado por estos jardines, acompañado de una encantadora joven, para admirar unas campánulas azules. Durante el trayecto, se había preparado mentalmente para lo que iba a decir y las palabras precisas que utilizaría para pedirle su mano a la joven. Estaba tratando de coordinarlas al tiempo que correspondía distraídamente a las manifestaciones de júbilo que ante aquel sinnúmero de flores mostraba su compañera, cuando le llegó el golpe. La joven cesó en sus alabanzas y le confió repentinamente (como a un excelente amigo) su amor por otro hombre. El señor Satterthwaite se olvidó del discurso que había preparado y se apresuró a buscar algunas frases de aprecio y simpatía en algún rincón de su mente.

Así fue el romance del señor Satterthwaite, un tanto a la usanza victoriana, pero que le dejó en el corazón cierta romántica atracción por Kew Gardens, adonde con frecuencia acudía, unas veces a admirar las campánulas y otras, cuando su permanencia en el extranjero se prolongaba más de lo debido, a admirar los no menos famosos rododendros, que le llevaban a suspirar y a ponerse algo sentimental, lo que de algún modo le hacía disfrutar de un romanticismo a la antigua usanza.

Esta tarde en concreto, se hallaba de vuelta de su tradicional visita y pasaba junto a los establecimientos de té, cuando de pronto reconoció a una pareja sentada frente a una de las mesas instaladas en el césped. Eran Gillian West y su rubio cortejador quienes parecieron reconocerle al instante. Vio a la joven sonrojarse y hablar apresuradamente a su compañero. Un minuto después les estrechaba las manos con su característico saludo ceremonioso y aceptaba la un tanto tímida invitación para que tomara el té con ellos.

—No sé cómo expresarle mi agradecimiento —dijo el señor Burns— por cuidar de Gillian la otra noche. Ella me lo contó todo.

—Es verdad —añadió la muchacha—. Fue muy amable por su parte.

El señor Satterthwaite se sintió complacido e interesado por la pareja. Su candor y sinceridad le conmovían. Esto, al propio tiempo, le brindaba la oportunidad de asomarse a un mundo que apenas conocía. Los dos pertenecían a una clase muy desconocida para él.

A su manera un tanto seca, el señor Satterthwaite sabía hacerse simpático. No tardó en ser el confidente de todas sus cuitas. Observó que el señor Burns se había convertido en Charlie, y no le cogió desprevenido que le comunicaran su compromiso.

—A decir verdad —prosiguió el joven Burns con ingenuidad—, lo hemos decidido esta misma tarde, ¿verdad, Gill?

Burns estaba empleado como oficinista en una compañía naviera. Tenía un buen sueldo, unos cuantos ahorrillos y el propósito de casarse cuanto antes.

El señor Satterthwaite escuchó complacido el relato y les felicitó por su decisión.

Un joven como los demás, pensó para sí, de lo más corriente. Joven, bueno, honrado, con ideas propias y una buena opinión de sí mismo sin llegar a la vanidad, y buena presencia, sin llegar a ser demasiado guapo. Nada extraordinario en su persona que haga ver en él a un aventurero. Y la chica le quiere...

—¿Y el señor Eastney...? —añadió en voz alta.

Se detuvo intencionadamente porque esperaba una reacción para la que estaba ya preparado. La cara de Charlie Burns se ensombreció y Gillian se agitó inquieta. Más que inquieta, pensó, parecía temerosa.

—No me gusta —dijo en voz baja.

Sus palabras iban dirigidas al señor Satterthwaite como si conociese por instinto que este comprendería cosas que no llegaban al alcance de su novio.

—Ha hecho mucho por mí —continuó—. Él fue quien me animó a que me dedicara al canto y me ayudó en cuanto pudo. Pero siempre he sabido, sin embargo, que mi voz no era realmente buena. No es de primera clase. Como es natural, todo esto me ligaba un tanto...

Se detuvo.

—También has tenido tus disgustos con él —interpuso Burns—. Una muchacha necesita siempre alguien que vele por ella y esto, señor Satterthwaite, le ha acarreado a Gill serios contratiempos. Como usted mismo puede observar, es muy guapa y... bueno... a una muchacha esto le causa serios contratiempos.

El señor Satterthwaite escuchó el relato de las cosas que Burns calificaba de «serios contratiempos»: un joven que se había suicidado; la extraña conducta del gerente de un banco (¡un hombre casado!); las violencias de un cierto forastero (¡que no debían haber sido

precisamente balsámicas!); el desordenado comportamiento de un artista de edad avanzada... Un reguero de violencia y tragedias señalaban el paso de Gillian por la vida, recitadas por Charlie Burns en el tono más natural del mundo.

—Y mi opinión es —terminó diciendo— que este Eastney está también un poco desequilibrado. Gillian hubiese acabado mal de no haberme encontrado a mí para cuidarla.

La risa con que acompañó estas palabras sonó un tanto fatua en los oídos del señor Satterthwaite y ningún signo de aprobación se dibujó en las facciones de la muchacha. Ésta tenía la mirada puesta en el señor Satterthwaite.

—Phil es muy bueno —dijo con voz reposada—. Me quiere, lo sé, y yo también le quiero; pero nada más. No sé cómo le sentará lo mío con Charlie. Mucho me temo que...

Se detuvo como pesarosa ante la perspectiva de los peligros que vagamente presentía.

—Si está en mi mano ayudarla —dijo el señor Satterthwaite—, no vacile en pedírmelo.

Tuvo la sensación de que a Burns no le había sentado bien su ofrecimiento, pero Gillian se apresuró a decir:

—Muchísimas gracias.

El señor Satterthwaite se despidió de sus amigos no sin antes prometer que tomaría el té con Gillian el jueves siguiente.

Cuando llegó el jueves, el señor Satterthwaite sentía una cierta excitación anticipada. Pensó: Soy un viejo, pero no tanto como para no experimentar una sensación de placer ante una cara bonita. Una cara que… Meneó la cabeza con un gesto de indefinible presentimiento.

Gillian estaba sola. Burns no tardaría en llegar. Parecía más feliz. Como si se hubiese liberado de un enorme peso. De hecho, lo admitió inmediatamente:

—Tenía un miedo horrible de contarle a Phil lo de Charlie —explicó—. ¡Tonta de mí! Debí conocer a Phil mejor. Se enfadó, ¡qué duda cabe!, pero nadie habría sido más comprensivo. Fue realmente cariñoso. Mire usted lo que ha mandado esta mañana: un regalo de boda. ¿Verdad que es un detalle?

Lo era, sin duda, en especial por venir de un hombre en sus circunstancias. Se trataba de una preciosa radio de cuatro válvulas, último modelo.

—¡Nos gusta tanto la música a los dos! —exclamó—. Me dijo que cada vez que escuchara un concierto me acordarse también un poco de él. ¡Claro que lo haré! ¡Hemos sido tan buenos amigos!

—Debe usted sentirse orgullosa de su amigo —dijo cariñosamente el señor Satterthwaite—. Parece haber encajado el golpe como un deportista.

Gillian asintió. Unas delicadas lágrimas se deslizaron a lo largo de sus mejillas.

—Me pidió que hiciera una cosa por él. Hoy es el aniversario de nuestro primer encuentro. Me pidió que no saliese esta noche con Charlie, sino que me quedase en casa escuchando el programa de la radio. Le prometí que lo haría muy conmovida y añadí que pensaría en él con verdadera gratitud y afecto.

El señor Satterthwaite hizo un gesto de aprobación, pero no dejó de chocarle la petición. Rara vez se equivocaba en la deducción del carácter y jamás hubiese esperado de Philip Eastney un sentimentalismo así. Quizá fuese de un tipo más banal de lo que en Un principio había supuesto. Gillian, evidentemente, creía que aquello encajaba en la personalidad del desengañado amante. En cambio, el señor Satterthwaite se sintió un poco, quizá muy poco, defraudado. Él era un sentimental. Lo sabía, pero esperaba cosas mejores del resto de los mortales. El sentimentalismo era propio de su edad y no tenía, por lo tanto, cabida alguna en un mundo moderno.

Le pidió a Gillian que cantara y esta accedió gustosa. Le dijo que su voz era admirable, pero sabía muy bien que no pasaba de ser una discreta medianía. Cualquier éxito que hubiera conseguido en su vida profesional no hubiese sido gracias a la voz sino a su rostro.

No estaba especialmente deseoso de ver al joven Burns otra vez, por lo que se levantó para despedirse. Fue en este momento cuando le llamó la atención un ornamento que había sobre la repisa de la chimenea y que se destacaba entre otras chucherías.

Era una especie de copa de cristal de color verde sobre un pie largo y elegante y paredes curvadas sobre cuya boca se apoyaba una gran bola que por su iridiscencia recordaba una gigantesca pompa de jabón. Gillian se fijó en lo absorto de su contemplación.

—Eso es un regalo extra de Phil. Es bonito, ¿verdad? Trabaja en una fábrica de cristal.

—¡Es precioso! —dijo el señor Satterthwaite con reverencia—. Los artífices del cristal de Murano hubieran estado orgullosos de él.

Se marchó sintiendo un curioso aumento de su interés por Philip Eastney. Un joven muy interesante, pensó. Y sin embargo, la muchacha de rostro maravilloso estaba enamorada del

insignificante Charlie Burns. ¡Secretos inescrutables del universo!

Al señor Satterthwaite se le ocurrió pensar que, debido quizá a la gran belleza de Gillian West, la velada con el señor Quin no había dado los frutos esperados. Usualmente, cada aparición de este misterioso personaje provocaba un suceso extraño e inesperado. Fue la esperanza de volverlo a encontrar lo que decidió al señor Satterthwaite a encaminarse en dirección al restaurante Arlecchino, donde ya un día le viera y donde, según afirmación del mismo, acudía con frecuencia.

El señor Satterthwaite recorrió inútilmente todas sus salas. Allí no había rastro alguno de la morena y sonriente cara del señor Quin. Había sin embargo, alguien más. Sentado ante una pequeña mesa y solitario se encontraba Philip Eastney.

El restaurante estaba atestado, así que el señor Satterthwaite se decidió a escoger una silla vacante que había delante del joven, experimentando al propio tiempo una repentina sensación de exaltación, como si su determinación obedeciera a un misterioso plan en cuyo desarrollo le correspondiera desempeñar un importante papel. Estaba metido en ello, fuera lo que fuese. Ahora comprendió el significado de las palabras del señor Quin la noche de la ópera. Había un drama en marcha y en él había un papel, un importante papel, para el señor Satterthwaite. Era su deber, pues, salir airoso del papel que le correspondía.

Se sentó frente a Philip Eastney dispuesto a afrontar lo inevitable. No le fue difícil entablar conversación. Eastney parecía ansioso de hablar con alguien y, como siempre, el señor Satterthwaite se mostró alentadoramente dispuesto a escuchar. Hablaron de la guerra, de los explosivos, de los gases venenosos. Eastney poseía un inagotable caudal de conocimientos sobre estos, puesto que, durante la mayor parte de la guerra, se había dedicado a su fabricación. El señor Satterthwaite encontró en él un conversador altamente interesante.

Había un gas, contó Eastney, que no había llegado a probarse. El armisticio llegó demasiado pronto. Se habían puesto grandes esperanzas en su efectividad. Una insignificante inhalación era mortal. Hablaba de él con verdadero entusiasmo.

Habiéndose roto el hielo, el señor Satterthwaite desvió hábilmente el curso de la conversación y la hizo recaer sobre la música. La cara de Eastney pareció iluminarse. Habló con la pasión y el abandono de un verdadero amante de este bello arte. Discutieron acerca de los méritos de Yoaschbim y el joven se mostró entusiasmado. Ambos convinieron en que nada en la tierra podía superar a una buena voz de tenor. Eastney había oído cantar de niño a Caruso y nunca lo había olvidado.

—¿Sabía que podía cantar ante un vaso de cristal y hacerlo añicos? —dijo.

—Siempre había creído que se trataba de una mera fábula —contestó sonriente el señor Satterthwaite.

—No. Es tan cierto como el Evangelio. Es totalmente factible. Es una simple cuestión de resonancia.

Entró en una explicación de detalles técnicos. Su cara estaba encendida y sus ojos despedían un extraño fulgor. El tema parecía fascinarle y el señor Satterthwaite observó que poseía un conocimiento profundo de cuanto decía. El anciano comprendió que se hallaba ante un cerebro excepcional, un cerebro al que podía describirse como el de un genio. Brillante, errático, indeciso en cuanto a la orientación definitiva que al fin había de tomar. Pero genio, al fin.

Y pensó a continuación en Charlie Burns y en Gillian West.

De pronto se dio cuenta de lo avanzado de la hora y pidió su cuenta al camarero. Eastney le miró con expresión de disculpa.

—Estoy avergonzado por haberle hecho perder el tiempo de esta manera —dijo—. Pero fue la casualidad la que le puso en mi camino. ¡Esta noche necesitaba hablar con alguien!

Terminó su perorata con una corta y peculiar risita. Sus ojos echaban chispas bajo la acción quizá de una reprimida excitación. Algo trágico parecía emanar de toda su persona.

—Ha sido para mí un verdadero placer —se apresuró a contestar el señor Satterthwaite—. Su conversación ha sido por demás interesante e instructiva para mí.

A continuación, hizo su cómica y correcta reverencia habitual y salió del restaurante. La noche era templada y, mientras se alejaba lentamente a lo largo de la calle, sintió una extraña sensación. La de no hallarse solo. La de que alguien, invisible, caminaba a su lado. En vano intentó convencerse de que se trataba solo de un delirio de su imaginación. La sensación persistía. Alguien a quien no le era posible ver caminaba a su lado por la oscura y tranquila calle. Se preguntó qué era lo que le hacía pensar con tal fuerza y claridad en la figura del señor Quin. Era como si el misterioso acompañante fuera su amigo en persona, y solo tenía que utilizar sus ojos para asegurarse de que esto no era así, sino que estaba solo.

La sensación de la presencia del señor Quin persistía junto con algo más: una urgencia de algún tipo, un opresivo presagio de una calamidad. Algo tenía que hacer y hacerlo rápidamente. Algo malo estaba en marcha y estaba en sus manos evitarlo.

Tan fuerte era la sensación que el señor Satterthwaite resolvió cesar de luchar en su contra. Cerrando los ojos, trató de acercarse cuanto pudo a la imagen mental de aquel hombre misterioso. Si solo pudiese hacerle una pregunta al señor Quin, pensó. Pero en el mismo momento que surgió el pensamiento en su mente supo que estaba equivocado. Era inútil preguntarle nada al señor Quin. «Los hilos están todos en su mano», eso sería lo que acostumbraba a decirle el señor Quin. ¡Los hilos! ¿Hilos de qué? Analizó fría y cuidadosamente sus propias impresiones. Aquel vago presentimiento de peligro, ¿a quién

amenazaba? ¿A quién? De pronto, un cuadro apareció ante sus ojos. El cuadro de Gillian West sentada sola en su apartamento escuchando el programa de radio.

El señor Satterthwaite dejó caer un penique en la faja de un vendedor de periódicos y le arrebató, más que pedirle, uno de los diarios de la tarde. Ojeó rápidamente la página en que se anunciaba el programa de Radio Londres. Comprobó con interés que hacían una retransmisión de Yoaschbim. Cantaba *Salve Dimora* de *Fausto* y, a continuación, una selección de piezas folclóricas como *El canto del pastor, El pez, El cervatillo,* etc.

El señor Satterthwaite estrujó el periódico entre sus manos. El conocimiento exacto de la música que en aquellos momentos estaría escuchando Gillian parecía hacerle recordar la figura de ésta con mayor claridad. Sola, sentada frente al aparato...

Un ruego un tanto extraño tratándose de un hombre como Philip Eastney. No correspondía al hombre en absoluto. En él no había el menor sentimentalismo, sino más bien era un hombre de violentos sentimientos, un hombre peligroso. Quizá hasta...

De nuevo sus pensamientos se agitaron con furia. Un hombre peligroso. Aquello significaba algo. «Los hilos están todos en su mano.» El encuentro con Philip Eastney aquella misma noche. Una afortunada coincidencia, había dicho. ¿Fue una casualidad? ¿O era solo un eslabón del misterioso entramado de acontecimientos de los que un par de veces, aquella noche, el señor Satterthwaite había sido consciente?

Hizo retroceder sus recuerdos. Debía de haber algo en la conversación de Eastney, alguna pista. De lo contrario, ¿por qué sentía aquella extraña sensación de apremio? ¿De qué habló? Del canto, de industrias de guerra, de Caruso...

¡Caruso! Los pensamientos del señor Satterthwaite parecieron saltar atropelladamente. La voz de Yoaschbim era casi igual a la de Caruso. Gillian estaría escuchando cómo sonaba, timbrada y potente, haciendo estremecerse las paredes y vibrar los cristales...

Contuvo el aliento. ¡Vibración de cristales! Caruso cantando frente a una copa de vino y esta desmoronándose bajo la acción de una simple ley física. Yoaschbim cantando en los estudios de Londres y, en un cuarto, a una milla de distancia, el tintineo que produce un objeto quebradizo al romperse, el de una especie de copa verde con una brillante esfera de cristal que quizá no estuviera vacía...

Fue en este momento cuando, a juicio de varios transeúntes, el señor Satterthwaite perdió de repente la razón. Desarrugó de nuevo el periódico, repasó ávidamente el anuncio del programa y salió calle abajo como una exhalación. Al final de ella encontró un taxi, entró de un salto en él y aulló una dirección al conductor con la advertencia de que de su rapidez dependería la vida o la muerte de una persona. El chófer, juzgándole mentalmente desequilibrado pero rico, hizo cuanto pudo por complacerle. El señor Satterthwaite se dejó caer sobre el respaldo del asiento

con la cabeza llena de pensamientos fragmentarios, de retazos de ciencia aprendidos en la escuela, de frases empleadas por Eastney en el curso de la conversación de aquella noche. Resonancia, el período de resonancia propio, si el período de una vibración coincide con el período de resonancia propio, algo también acerca de la suspensión de un puente y de soldados que marchan sobre él haciendo coincidir sus pasos con los períodos de resonancia propios del puente. Eastney había estudiado el tema. Sabía lo que decía. Era un genio.

A las 22.45 la retransmisión de Yoaschbim. En aquel momento ya era la hora. Pero primero venía Fausto. Era *El canto del pastor,* con su agudo alarido final, el que podría... podría... ¿hacer qué?

Las ideas volvieron a girar en su mente como un torbellino. No entendía gran cosa de esta jerga, pero Eastney sí. ¡Quisiera el cielo que llegase a tiempo!

El taxi se detuvo. El señor Satterthwaite se apeó con celeridad y, como lo hubiese hecho un joven atleta, subió de dos en dos las escaleras de piedra que le condujeron al piso segundo. La puerta del piso estaba entreabierta. La empujó y una voz de tenor pareció acoger su llegada. Las palabras de *El canto del pastor* le eran familiares y recordó al punto el pasaje.

Pastor, las crines de tu caballo al viento...

Había llegado a tiempo. Abrió de un empujón la puerta que comunicaba con el gabinete. Sentada junto a la chimenea estaba Gillian.

La hija de Mischa se casa hoy;

en su boda he de estar presente.

Lo más probable era que le tomase por un loco, pero no había instante que perder. La asió de los brazos y, mascullando palabras incoherentes, la arrastró hacia el descansillo de la escalera.

En su boda he de estar presente. Ya-ha!

Con la última sílaba se oyó una nota aguda, precisa, bien timbrada y potente que hubiese hecho enrojecer de envidia a más de un afamado tenor. Y con ella el sonido que hace un cristal al romperse. Un gato, sin duda extraviado, entró en el apartamento de Gillian a través de la puerta que, con la precipitación, había quedado abierta de par en par. Gillian intentó seguirlo, pero el señor Satterthwaite se lo impidió enérgicamente.

—¡No, no! —le dijo en un medio balbuceo—. Es mortal. No respire. Una inhalación y todo habría terminado. Nadie sabe lo mortal que puede llegar a ser. No tiene comparación con nada que haya sido utilizado anteriormente.

Estaba repitiendo las palabras que Philip Eastney le había dicho mientras cenaban. Gillian le miró sin entender nada.

III

Philip Eastney sacó el reloj y miró la hora. Eran exactamente las once y media. Durante los últimos cuarenta y cinco minutos había estado paseando a lo largo del Embankment. Contempló unos instantes las aguas del Támesis y se volvió para encontrarse frente a frente con quien poco más de una hora antes había sido su compañero de mesa.

—Es curioso —exclamo riéndose—. Parece cosa del destino que hayamos de encontrarnos de nuevo esta noche.

—Si quiere usted llamarle destino... —contestó el señor Satterthwaite.

Eastney le miró con fijeza y su rostro cambió de expresión.

—¿Y bien...? —dijo reposadamente.

El señor Satterthwaite era enemigo de circunloquios y abordó directamente la cuestión.

—Acabo de estar en el piso de la señorita West.

—¿Sí?

La misma voz imperturbable.

—Hemos encontrado un gato muerto en él.

Hubo un breve silencio. A continuación Eastney dijo:

—¿Quién es usted?

El señor Satterthwaite habló por algún tiempo relatando las diferentes fases de la aventura.

—Como ve, conseguí llegar a tiempo. —acabó diciendo. Se detuvo y añadió recalcando suavemente las palabras—: ¿Tiene usted algo que decir en su favor?

Esperaba un estallido. Una violenta justificación de su acto. Pero no fue así.

—No —dijo Philip Eastney, y girando sobre sus talones, se alejó.

El señor Satterthwaite le siguió con la mirada hasta verle desaparecer confundido entre las sombras. A su pesar, sentía atracción por aquel hombre. La atracción que el artista siente por su igual. Del sentimental por el verdadero amante, del hombre corriente por el genial.

Al fin se decidió a volver en sí y se encaminó en la misma dirección seguida por Philip Eastney. Una densa niebla empezaba a caer sobre la ciudad. Se encontró con un policía que se detuvo mirándole con suspicacia.

—¿No ha oído usted algo como un chapuzón? —preguntó el agente de la autoridad.

—No —contestó el señor Satterthwaite.

El policía escudriñó unos instantes el río.

—No me extrañaría que se tratara de algún suicidio —añadió—. Eso lo explicaría.

—Supongo que sus razones tendrá —comentó el señor Satterthwaite.

—Sí. El dinero, por lo general. Aunque a veces se trata de una mujer —comentó haciendo gesto de marcharse—. Y la culpa no es siempre suya, pero algunas mujeres causan un montón de problemas.

—Algunas mujeres —asintió el señor Satterthwaite, hablando para sí.

Cuando el policía se hubo alejado, se sentó en el pretil confundido en la niebla y pensó en Helena de Troya: ¿No sería esta acaso una excelente mujer como tantas otras solo que dotada para bien o para mal con un rostro maravilloso?

9

EL CADÁVER DE ARLEQUÍN

El señor Satterthwaite se paseaba lentamente por Bond Street, disfrutando de las caricias del astro solar. Como siempre, vestía atildada e impecablemente y se dirigía a las Harchester Galleries donde había una exposición de cuadros de un tal Frank Bristow, artista novel y desconocido hasta aquel momento, pero que mostraba señales de causar sensación. El señor Satterthwaite era un decidido patrocinador del arte.

Al entrar en las galerías, fue saludado de inmediato con una sonrisa de complacido reconocimiento.

—Buenos días, señor Satterthwaite. Sabía que no tardaríamos en verle por aquí. ¿Conoce usted las obras de Bristow? Estupendas, únicas en su clase.

El señor Satterthwaite se proveyó de un catálogo y cruzó la amplia arcada que conducía a un largo salón, de cuyas paredes colgaban los cuadros del nuevo artista. Eran acuarelas ejecutadas con una técnica y un acabado extraordinarios que les daban el aspecto de aguafuertes. El señor Satterthwaite los recorrió uno por uno con gestos de aprobación. A su juicio, el joven pintor merecía llegar lejos. Poseía una visión original y una técnica de lo más perfecta. También tenía, como era de esperar, ciertos fallos, pero aun éstos revelaban la genialidad del autor. El señor Satterthwaite se detuvo ante una diminuta pero verdadera obra de arte que representaba el Westminster Bridge con sus interminables hileras de autobuses, tranvías y presurosos peatones. Era una miniatura, pero maravillosamente perfecta.

Observó su título. Se llamaba *El hormiguero.* Siguió su inspección. De pronto se detuvo ante algo que le atrajo con fuerza y le hizo contener súbitamente el aliento.

El cuadro se titulaba *El cadáver de Arlequín.* El primer término representaba un suelo entarimado con baldosas de mármol blancas y negras. En su centro yacía la figura de Arlequín, boca arriba, con los brazos extendidos en cruz y enfundado en su vistoso traje negro y rojo. En el fondo una ventana y, tras ella, contemplando el espectáculo, otra figura idéntica a la anterior recortada sobre el fondo rojo de un sol naciente.

El cuadro llamó la atención del señor Satterthwaite por dos razones. La primera, por reconocer o creer reconocer en él al hombre de la pintura. Tenía un notable parecido con el señor Quin, un amigo a quien había encontrado en varias ocasiones en circunstancias verdaderamente extraordinarias.

—No puedo estar equivocado —murmuró—. Y si no lo estoy, ¿qué quiere decir todo esto?

Por las experiencias que el señor Satterthwaite había tenido, las apariciones del señor Quin aportaban siempre una determinada significación.

Había también, como ya hemos mencionado, un segundo motivo en el interés del señor Satterthwaite, y era el de haber reconocido el lugar de la escena del cuadro.

—El Salón de la Terraza de Charnley —dijo—. ¡Curioso! ¡Muy curioso!

Observó con más atención la pintura y trató de penetrar en la mente del autor. Un Arlequín muerto en el suelo y otro Arlequín mirando por la ventana. ¿O se trataría acaso del mismo Arlequín? Continuó contemplando el resto de los cuadros mirando sin ver, totalmente abstraído con el recuerdo de lo que acababa de ver. Se sentía excitado. La vida que en las primeras horas de aquella mañana le había parecido un tanto insípida, volvió a cobrar animación. Tenía casi la certeza de encontrarse en el umbral de excitantes e interesantes acontecimientos. Se dirigió a la mesa que ocupaba el señor Cobb, uno de los propietarios de las Harchester Galleries y a quien conocía de muchos años.

—Tengo el capricho de comprar el cuadro número treinta y nueve —dijo—, si no está ya vendido.

El señor Cobb consultó un catálogo.

—La gema de la colección —murmuró—. Es una verdadera joya. No, no está vendido. —Mencionó un precio y añadió—: Es una buena inversión, señor Satterthwaite. Ese cuadro triplicará su valor dentro de un año.

—Eso siempre se dice en estas ocasiones —comentó sonriendo el aludido.

—Bien, ¿y no tengo siempre razón? —añadió el señor Cobb—. De decidirse usted a vender su colección, no creo que ni un solo cuadro se vendiera por menos de lo que pagó por él.

—Me quedo con el cuadro. Le pagaré con un cheque ahora —decidió el señor Satterthwaite.

—No le pesará. Tenemos grandes esperanzas en Bristow.

—¿Es muy joven?

—Creo que tiene unos veintisiete o veintiocho años.

—Me gustaría conocerlo —dijo el señor Satterthwaite—. Quizá querría acompañarme a cenar una de estas noches.

—Puedo darle sus señas y estoy seguro de que saltará de alegría al saberlo. El nombre de usted se cotiza muy alto en el mundo artístico.

—Favor inmerecido que usted me hace —respondió el señor Satterthwaite. Hizo ademán de retirarse pero el señor Cobb le detuvo.

—Precisamente ahí viene. Se lo presentaré.

Abandonó la mesa ante la cual estaba sentado en compañía del señor Satterthwaite hasta el lugar donde, apoyado contra el muro, había un joven corpulento y un tanto desaliñado que parecía escudriñar el mundo tras la barricada de unas cejas ferozmente fruncidas.

El señor Cobb hizo la presentación de rigor, a la que contestó el señor Satterthwaite con breves y escogidas palabras.

—Acabo de tener el placer de adquirir uno de sus cuadros. *El cadáver de Arlequín.*

—¡Oh, no perderá dinero con él! —contestó Bristow, con cierta malapata—. Es un cuadro condenadamente bueno, aunque lo diga yo.

—Puedo verlo —replicó el señor Satterthwaite—. Su trabajo me interesa mucho, señor Bristow. Lo encuentro de una extraordinaria madurez para un joven como usted. Sería para mí un placer que cenara conmigo una noche de éstas. ¿Tiene usted algún compromiso para hoy?

—Si le he de decir la verdad, no —dijo Bristow, sin hacer todavía grandes esfuerzos en aparentar amabilidad.

—Entonces, ¿digamos sobre las ocho? Aquí tiene usted una tarjeta con mis señas.

—Muy bien. —se limitó a decir Bristow, y añadió secamente tras una tardía reflexión—: Gracias.

Un joven con una pobre opinión de sí mismo y temeroso de que el mundo pueda compartirla.

Éstas fueron las conclusiones que estableció el señor Satterthwaite mientras salía a disfrutar de nuevo del esplendoroso sol que inundaba Bond Street. El señor Satterthwaite rara vez se equivocaba en sus juicios acerca de los demás.

Frank Bristow llegó a la cita cinco minutos después de la hora fijada y vio que su anfitrión y un tercer invitado ya le esperaban. Este fue presentado como el coronel Monckton. Se sentaron a cenar casi de inmediato. Había un cuarto servicio dispuesto en la mesa oval de caoba y el señor Satterthwaite se apresuró a pronunciar unas palabras explicatorias.

—Existe la posibilidad de que un buen amigo mío se presente inesperadamente. ¿No sé si conoce usted al señor Harley Quin?

—No conozco a nadie —gruñó Bristow.

El coronel Monckton miró al artista con la misma curiosidad que hubiese mostrado en la contemplación de una rara variedad zoológica. El señor Satterthwaite hizo cuanto pudo para que la conversación se mantuviera dentro de los límites de la más estricta cordialidad.

—Me interesó especialmente su cuadro porque me pareció ver en él que el argumento se desarrollaba en el salón de la Terraza de Charnley, ¿me equivoco? —Al percibir un gesto de asentimiento del artista, prosiguió—: Es interesantísimo ese detalle. Recuerdo haber pasado algunas temporadas en Charnley. Quizá conozca usted a algunos de la familia.

—¡No! —contestó Bristow—. A esa familia no le interesa gente como yo. Fui allí en un charabán[9].

—¡Dios mío! —exclamó el coronel Monckton por decir algo—. ¡En un charabán!

Frank Bristow le miró frunciendo el ceño.

—¿Por qué no? —preguntó con una especie de aullido.

El pobre coronel Monckton se quedó sin habla. Miró con aire de reproche al señor Satterthwaite como queriendo decir: «Estas formas primitivas de vida quizá interesen a un naturalista como usted, pero no a mí».

—Los charabanes son detestables —añadió en voz alta—. Sale uno molido de ellos con los baches.

—Pues no hay más remedio que utilizarlos cuando no se puede comprar un Rolls-Royce —dijo Bristow agresivamente.

El coronel Monckton le miró con enojo. El señor Satterthwaite pensó: A menos que consiga relajar a este joven, la velada será un desastre.

—Charnley me ha fascinado siempre —dijo—. He estado allí solo una vez después de la tragedia. Es una casa tétrica... y embrujada, por añadidura.

—Es verdad —contesto Bristow.

—En realidad, no tiene más que dos fantasmas auténticos —aclaró Monckton—. El de Carlos I que se pasea con la cabeza debajo del brazo, he olvidado por qué, y el de la Dama Llorosa con el aguamanil de plata que siempre es vista después del fallecimiento de uno de los Charnley.

—¡Cuentos! —exclamó Bristow con burla.

—Ha sido una familia muy desgraciada —se apresuró a decir el señor Satterthwaite—. Cuatro detentadores del título han fallecido de muerte violenta y el último lord Charnley se suicidó.

—Una horrible historia —añadió Monckton con gravedad—. Yo estaba presente cuando ocurrió.

—Debe hacer de eso unos catorce años —comentó el señor Satterthwaite—. Desde entonces, la casa ha permanecido cerrada.

—No me extraña —contestó Monckton—. Debió de ser un golpe terrible para la joven lady. Llevaban casados cosa de un mes y acababan de regresar de su luna de miel. Dieron un gran baile de disfraces para celebrar su vuelta. Empezaban a llegar los invitados, cuando lord Charnley se encerró de pronto en el salón de Roble y se pegó un tiro. Estas cosas no son frecuentes. ¿Decía usted?

Había vuelto súbitamente la cabeza en dirección a su izquierda y luego miró al señor Satterthwaite con una sonrisa que parecía querer expresar una disculpa.

—Debo empezar a tener delirios, Satterthwaite. He creído por un momento que había alguien sentado en esta silla vacía y que quería decirme algo. Sí —prosiguió después de un minuto de silencio—. Debió de ser un rudo golpe para la pobre Alix Charnley. Era una de las muchachas más bonitas que he conocido y llena de eso que la gente llama alegría de vivir, y hoy creo que es solo una sombra de lo que fue. Hace años que no la veo. Dicen que pasa la mayor parte de su tiempo en el extranjero.

—¿Y el hijo?

—El hijo estudia en Eton. ¿Qué hará cuando llegue a su mayoría de edad? No lo sé. No creo, sin embargo, que se decida a abrir de nuevo el viejo caserón.

—Podrían convertirlo en un parque de atracciones —intercaló Bristow.

El coronel Monckton le miró con fría aversión.

—¡Oh! No creo que piense usted en serio eso —interpuso el señor Satterthwaite—. De ser así, no hubiera usted pintado su cuadro. Tradición y ambiente son cosas intangibles. Tardan siglos en formarse y, una vez destruidos, difícilmente se consigue rehacerlos.

Se levantó.

—Pasemos al salón de fumar —dijo—. Tengo allí algunas fotografías de Charnley que me gustaría enseñarles.

Precisamente una de las aficiones del señor Satterthwaite era la fotografía. Era asimismo el orgulloso autor de un libro titulado *Las casas de mis amigos*. Los amigos en cuestión habían sido exageradamente glorificados, y el mismo libro mostraba una inclinación del señor Satterthwaite por el esnobismo mucho mayor de la que le correspondía.

—Esta es una fotografía que tomé del salón de la Terraza el año pasado —dijo alargándosela a Bristow—. Como usted puede ver, es aproximadamente el mismo ángulo que usted empleó en la pintura de su cuadro. En ella se ve la famosa alfombra. ¡Lástima que en la fotografía no muestre su colorido!

—La recuerdo —contestó Bristow—. Un color extraordinario. Resplandecía como un ascua. De todos modos, desentonaba del conjunto y no era tampoco del tamaño requerido para una sala así de grande embaldosada en blanco y negro. Es la única de la habitación. Estropea todo el efecto. Parecía más bien una gigantesca mancha de sangre.

—¿Quizá fuese esto último lo que le dio a usted la idea de pintar el cuadro? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Quizá sí —contestó pensativamente Bristow—. Su sola presencia parece traerle a uno el recuerdo de alguna tragedia que hubiese tenido lugar en la pequeña sala adjunta.

—El salón de Roble —intercaló Monckton—. Ese es precisamente el cuarto encantado. Hay una especie de hornacina giratoria oculta tras uno de los entrepaños y en la que cierta vez, y al decir de la tradición, hubo de esconderse el propio Carlos I. En él ocurrieron también dos muertes debidas a otros tantos duelos, y fue allí, como digo, donde Reggie Charnley se pegó el tiro.

Tomó la fotografía de manos de Bristow.

—¡Pero calla...! ¡Si esta es la famosa alfombra de Bokhara! —exclamó sorprendido—. ¡Una alfombra que vale al menos un par de miles de libras esterlinas! La última vez que estuve allí

estaba en el salón de Roble. Es su verdadero lugar. Queda ridícula sobre esas losas de mármol.

El señor Satterthwaite miraba la silla vacía que había colocado junto a la suya.

—Quisiera saber cuándo se cambió —murmuró pensativo.

—Ha debido ser recientemente —contestó Monckton—. ¡Claro! Todavía recuerdo una conversación que sostuvimos acerca de ella el mismo día de la tragedia. Charnley decía que su verdadero sitio era una vitrina.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza.

—La casa se cerró inmediatamente después de ocurrida la tragedia —prosiguió aquel— y todo se dejó tal cual estaba.

Bristow intervino en la conversación con una pregunta. Había abandonado su talante agresivo.

—¿Por qué se suicidó lord Charnley? —preguntó.

El coronel Monckton se agitó en su silla con muestras de desasosiego.

—Nadie lo supo nunca —contestó vagamente.

—Supongo —interpuso el señor Satterthwaite, recalcando las palabras— que fue un suicidio.

El coronel le miró sorprendido.

—Claro que fue un suicidio —dijo—. Querido amigo, no se olvide de que estaba yo presente en la casa.

El señor Satterthwaite volvió a mirar en dirección a la silla vacía que había a su lado y, sonriéndose como si hubiese escuchado una broma que a los otros no les hubiese sido permitido oír, murmuró quedamente:

—A veces ocurre que uno ve las cosas con mayor claridad mucho después de haber ocurrido el suceso.

—¡Tonterías! —explotó Monckton—. ¡Y de las gordas! ¿Cómo es posible una cosa así cuando las ideas han perdido toda precisión y son solo una masa confusa en nuestra mente?

El refuerzo llegó de donde el señor Satterthwaite menos se lo esperaba.

—Sé lo que quiere usted decir —dijo el artista—, y hasta casi me atrevo a afirmar que no le falta razón. Es cuestión de proporción, ¿no es verdad? Y aun quizá de algo más que de proporción. De eso que llaman relatividad.

—Si me lo permite —respondió Monckton—, diría que esa cacareada teoría de Einstein es solo una pura patraña. Igual que esos espiritistas que hablan con nuestras abuelas —Dirigió una mirada feroz a su auditorio—. ¡Claro que fue suicidio! —prosiguió—. ¿No acabo de decir que prácticamente lo vi yo con mis propios ojos?

—Cuéntenos lo que pasó —interpuso el señor Satterthwaite—, y así podremos conocerlo nosotros también.

Con una especie de amansado gruñido, el coronel se arrellanó cómodamente en su asiento.

—El suceso fue, verdaderamente, algo inesperado —empezó diciendo—. Charnley parecía hallarse completamente normal. La casa estaba llena de amigos venidos expresamente para tomar parte en el gran baile. Nadie hubiese sospechado que fuera a quitarse la vida en el preciso momento en que empezaban a llegar los invitados.

—Hubiese sido de mejor gusto esperar al menos a que se hubiesen marchado —comentó el señor Satterthwaite.

—Por supuesto —hubo de admitir Monckton—. Fue de muy mal gusto hacer una cosa así.

—Impropio —añadió el señor Satterthwaite.

—Exacto —asintió Monckton—. Impropio de Charnley.

—¿Y aun así fue suicidio?

—Sí. Y lo repito. Éramos tres o cuatro los que estábamos en el descansillo superior de la escalinata: yo mismo, la joven Ostrander, Algie Darcy y... y una o dos personas más. Charnley cruzó el salón precisamente por el vestíbulo y se dirigió al salón de Roble. La joven Ostrander dijo después que tenía la mirada vaga y la cara cubierta por una mortal palidez, pero no dimos, como es natural, crédito alguno a sus palabras, puesto que ella no podía distinguir bien sus facciones desde donde estábamos. Pero sí que caminaba muy encorvado como si el peso del mundo gravitara sobre sus espaldas. Una de las jóvenes le llamó por su nombre. Creo, si no recuerdo mal, que fue una de las damas de compañía de alguna de las señoras presentes, a quien lady Charnley había tenido la amabilidad de incluir en la reunión y que buscaba a Charnley con objeto de darle un recado. Recuerdo claramente haberle oído decir en voz alta: «Lord Charnley, la señora desea saber si...». Él no prestó atención y entró en el salón de Roble,

que cerró con un portazo. Oímos cómo la llave giraba en la cerradura. Un minuto más tarde, oímos el disparo.

»Bajamos corriendo en dirección al lugar de donde procedía la detonación. Hay otra puerta en el salón de Roble que da al salón de la Terraza. Intentamos abrirla, pero también estaba cerrada. Tuvimos que echarla abajo. Charnley yacía muerto en el suelo con una pistola cerca de su mano derecha. ¿Qué otra cosa podía haber sido sino suicidio? ¿Un accidente? ¡No me diga! Solo cabe otra posibilidad: asesinato. Pero no puede ser asesinato sin un asesino. Espero que estará de acuerdo, supongo...

—El asesino pudo muy bien haberse escapado —sugirió el señor Satterthwaite.

—Imposible. Si tuviera papel y lápiz, podría hacerles un croquis del lugar. Hay solo dos puertas en el salón de Roble. Una da al vestíbulo y la otra al salón de la Terraza. Las dos estaban cerradas por dentro, con las llaves puestas en las cerraduras.

—¿La ventana?

—Cerrada también y con los postigos echados.

Siguió una pausa.

—Y eso es todo —terminó el coronel Monckton en tono triunfal.

—Así parece —contestó el señor Satterthwaite con tristeza.

—Tenga presente —añadió el coronel—, que aunque hace un momento me burlaba de los espiritistas, no tengo inconveniente en admitir que había algo diabólico en el ambiente de aquella casa, especialmente en aquella sala en particular. Hay en sus entrepaños varios orificios de bala como resultado de los duelos que en él han tenido lugar y una extraña mancha de sangre en el suelo que siempre reaparece, a pesar de haber sido cambiado el parquet repetidas veces. Supongo que ahora existirá otra mancha. La de la sangre del pobre Charnley.

—¿Había mucha sangre? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Muy poca. Según palabras del doctor, «curiosamente poca».

—¿Dónde se pegó el tiro? ¿En la cabeza?

—No. En el corazón.

—No es el modo más fácil de suicidarse —interpuso Bristow—. Es extremadamente difícil saber dónde tiene uno exactamente el corazón. Al menos, a mí no se me hubiera ocurrido nunca hacerlo de esa forma.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza visiblemente preocupado. No estaba, por lo visto, muy satisfecho. Había esperado llegar a alguna solución, pero ni él mismo sabía cuál. El coronel Monckton continuó:

—Charnley es un lugar tenebroso, aunque yo, personalmente, no he visto nada.

—¿No ha visto nunca a la Dama Llorosa con el aguamanil de plata?

—No, nunca la he visto —contestó enfáticamente el coronel—. Pero estoy seguro de que no habrá un solo criado de la casa que no jure lo contrario.

—La superstición fue una de las plagas de la Edad Media —dijo Bristow—. Todavía existen vestigios de ella, aunque, por fortuna, está ya a punto de desaparecer.

—Superstición... —musitó el señor Satterthwaite con la mirada fija en la silla vacante—. ¿No cree que, en ocasiones, la superstición pude resultar útil?

Bristow le miró con sorpresa.

—¿Útil? Me parece una palabra inadecuada.

—Bien, espero que se haya convencido, Satterthwaite —añadió el coronel.

—Oh, sí —contestó este—. Pero encuentro muy extraño... sin sentido, que un hombre recién casado, joven, rico, feliz, en el preciso día en el que celebra el regreso de su luna de miel... pero admito que hay que rendirse ante la evidencia de los hechos. —repitió en voz baja—: Los hechos... —Y frunció el entrecejo.

—Lo interesante —añadió Monckton— es que jamás llegaremos a saber el misterio que se oculta tras esa tragedia. Naturalmente, circularon rumores de todas clases. Ya sabe cómo es la gente.

—Pero lo cierto es que nadie sabe nada en concreto —dijo pensativamente el señor Satterthwaite.

—No es una novela de misterio —dijo Bristow—. Nadie salió beneficiado con la muerte de ese hombre.

—Nadie, con excepción de un hijo que todavía no había llegado a nacer —interpuso el señor Satterthwaite.

Monckton reprimió una irónica sonrisa.

—Hay que reconocer que esto último fue un golpe para el pobre Hugo Charnley —comentó—. Tan pronto como supo la noticia de que un heredero estaba a punto de venir al mundo, se vio obligado a esperar a ver si sería niño o niña. Fue una ansiosa espera también para sus acreedores. Al final fue un niño y un gran desengaño para todos ellos.

—¿Quedó la viuda muy desconsolada? —preguntó Bristow.

—¡Pobre muchacha! —contestó Monckton—. Nunca la podré olvidar. No vertió una lágrima, ni exhaló una queja. Quedó como petrificada por el dolor. Mandó cerrar la casa poco después del suceso y no ha sido vuelta a abrir desde entonces.

—Así pues —dijo Bristow, acompañando sus palabras con una discreta risita—, seguimos en las tinieblas en lo que respecta al motivo. Otro hombre u otra mujer. Debe haber sido una de las dos cosas, ¿verdad?

—Eso parece —se limitó a contestar el señor Satterthwaite.

—Aunque el hecho de que la viuda no se haya vuelto a casar —prosiguió aquel— hace pensar en la posible existencia de una mujer. Odio a las mujeres —dijo desapasionadamente.

El señor Satterthwaite dibujó una enigmática sonrisa advertida por Bristow, que saltó:

—Puede usted sonreír, pero es así. Todo lo embrollan. En todo se meten. Interfieren en el trabajo de uno. Son....Solo he conocido una mujer que fuera... bien, interesante.

—Siempre imaginé que habría al menos una —replicó el señor Satterthwaite.

—Pero no en el sentido que usted quiere dar a la frase. El encuentro fue casual. En un tren. Después de todo —añadió en actitud de reto— ¿qué tiene de particular que un hombre y una mujer se encuentren en un tren?

—Nada, nada —contestó el señor Satterthwaite en tono conciliador—. Un tren es un sitio tan bueno como otro cualquiera.

—Yo venía del norte. Teníamos todo el compartimiento para nosotros dos. No sé por qué, pero empezamos a hablar. No sé su nombre, ni creo que volvamos a vernos. Ni estoy seguro de desearlo. Podría ser... una desgracia —Se detuvo como buscando palabras con que expresar

con claridad sus pensamientos—. No parecía muy real, sino como una visión. Como una mujer salida de aquellas montañas de las leyendas gaélicas.

El señor Satterthwaite asintió benévolamente. Se imaginaba claramente la escena ocurrida entre el positivo y realista Bristow y la etérea sombra, una visión, como la llamó.

—Supongo que si algo terrible le sucediera a uno, algo tan terrible que fuera casi inimaginable, se volvería uno así. ¿Podría uno acaso, huyendo de la realidad, refugiarse en su propio mundo interior, solo para descubrir que, pasado el tiempo, ya no sería capaz de volver a salir de él?

—¿Es eso lo que le ocurrió a ella? —preguntó el señor Satterthwaite con curiosidad.

—No lo sé —dijo Bristow—. Nada me dijo y por tanto es una mera suposición mía. Es el único modo de poder llegar a una conclusión.

—Es verdad —dijo el señor Satterthwaite—. Es preciso imaginar un poco.

Levantó la vista con rapidez al oír abrirse la puerta. Esperaba escuchar algún anuncio de importancia, pero las palabras del mayordomo le defraudaron.

—Ha venido una señora que desea verle con urgencia. Es la señorita Aspasia Glen.

El señor Satterthwaite se levantó asombrado. Conocía bien el nombre de Aspasia Glen. ¿Quién no lo conocía en Londres? Anunciada primeramente como «la mujer del pañuelo», dio una serie de matinés individuales, metiéndose, como vulgarmente se dice, al público de Londres en el bolsillo. Con la ayuda de un pañuelo había interpretado con brillantez los más variados personajes. Tan pronto le servía para imitar la cofia de una monja, como el chal de una humilde obrera de fábrica o el tocado de una muchacha de campo y un centenar de personajes y, en todos ellos, Aspasia Glen se mostraba totalmente distinta. Como artista, había merecido por parte del señor Satterthwaite las más fervorosas muestras de admiración. No la conocía personalmente, sin embargo. Su visita a una hora tan intempestiva no dejó de intrigarle. Con unas breves palabras de excusa, abandonó la sala en la que se hallaba con sus amigos y se dirigió al gabinete.

La señorita Glen ocupaba el centro de la habitación, sentada en un elegante sofá tapizado de oro y brocado. Su postura le hacía dominar la habitación. La perspicaz mirada del señor Satterthwaite observó al punto que el deseo de aquella mujer era dominar desde el principio la situación. Por extraño que pudiese parecer, la primera sensación fue la de repulsión. Había sido un sincero admirador del arte de Aspasia Glen. Su personalidad, llegada a él a través del fulgor de las luces de las candilejas, había sido siempre atrayente y simpática. Su objetivo en escena era agradar, no dominar. Pero en aquel momento, cara a cara con la mujer, la impresión fue totalmente diferente. Había algo duro y caprichoso en su aspecto. Alta, morena, rondaría los

treinta y cinco años de edad. Era indudablemente una hermosa mujer y era evidente que confiaba en ello.

—Debe perdonar, señor Satterthwaite, esta visita tan intempestiva —dijo con voz muy bien modulada, dulce y llena de seductores matices—. No necesito decir que desde hace tiempo acariciaba la idea de conocerlo —añadió—, pero sí que me alegro de haber encontrado esta noche la excusa. En cuanto al motivo de mi visita —se rió—, es simplemente que, cuando deseo una cosa, no puedo esperar. Cuando quiero algo, tengo que conseguirlo.

—Sea cual sea la razón que haya traído hasta esta casa a una mujer hermosa como usted, merece mi más completa aprobación —contestó el señor Satterthwaite con galantería un tanto anticuada.

—Es usted muy amable conmigo —dijo Aspasia Glen.

—Apreciada señorita, permítame que aproveche esta oportunidad para darle las gracias por los agradables momentos que me ha hecho usted pasar sentado en mi butaca.

Ella se inclinó sonriente, dibujando la más encantadora de las sonrisas.

—Permítame ahora —dijo—, ir directamente al asunto. Estuve hoy en las Harchester Galleries y vi un cuadro cuyo solo recuerdo me quita el sueño. Quise comprarlo y me dijeron que no podía ser porque había sido adquirido por usted. Así pues... —hizo una pausa—... lo quiero. Querido señor Satterthwaite, simplemente he de conseguirlo, cueste lo que cueste. Traigo conmigo mi talonario —Dirigió al señor Satterthwaite una mirada henchida de esperanzas—. Todos me han hablado de su proverbial amabilidad —continuó diciendo— y, aunque me esté mal el decirlo, la gente acostumbra a ser amable conmigo.

Así que aquel era el método de Aspasia Glen. Pero el señor Satterthwaite era refractario al fingido capricho infantil y a los alardes de feminidad. Deberían gustarle, pero no era así. Aspasia Glen había cometido la grave equivocación de considerarle como uno de tantos viejos verdes extremadamente sensibles a la lisonja de una mujer bella. Pero el señor Satterthwaite, tras sus galante maneras, escondía un cerebro crítico y astuto. Veía a las personas tal cual eran, no tal cual pretendían aparecer ante él. Y lo que en esos momentos veía ante sí no era la mujer hermosa que implora una extravagancia, sino a la egoísta sin sentimientos que, por razones que todavía no se le alcanzaban, quería conseguir su deseo. Y Aspasia Glen no lograría su objetivo porque no estaba dispuesto a cederle el cuadro de *El cadáver de Arlequín.* Puso a trabajar rápidamente a su cerebro, buscando el modo de salir lo más airosamente posible de la situación sin descortesía.

—Estoy seguro que, de ser posible —dijo—, pocos serían los que se negarían a complacerla.

—Entonces, ¿me va a ceder el cuadro?

El señor Satterthwaite meneó la cabeza con lentitud y la expresión de lamentarlo mucho.

—Me temo que eso es imposible. Verá...—e hizo una pausa—... el cuadro lo compré para una dama. Se trata de un regalo.

—Oh, pero de todos modos...

El timbre del teléfono que había en una mesa contigua sonó estridentemente y, murmurando unas palabras de excusa, el señor Satterthwaite descolgó el auricular. Una voz fría y fina, que parecía llegar de una gran distancia, le habló.

—¿Tendría la bondad de decirme si puedo hablar con el señor Satterthwaite?

—Al habla el mismo Satterthwaite.

—Yo soy lady Charnley, Alix Charnley. No sé si todavía se acordará de mí. Hace años que nos conocimos.

—Mi querida Alix. Claro que la recuerdo.

—Hay algo que deseo pedirle. Estuve hoy en las Harchester Galleries visitando una exposición de cuadros y había uno titulado *El cadáver de Arlequín* que debió llamar su atención puesto que la acción se desarrolla en el salón de la Terraza de nuestra casa de Charnley. Sé que le fue vendido a usted, pero tengo un gran interés en poseer esa pintura —Se detuvo breves instantes—. Señor Satterthwaite, por razones que solo a mí me conciernen, deseó vivamente adquirir ese cuadro. ¿Sería usted tan amable de vendérmelo?

El señor Satterthwaite pensó: Esto es un verdadero milagro. Se alegró en extremo de que Aspasia Glen no pudiera escuchar sino una parte de la conversación.

—Si se digna usted aceptarlo como un regalo, querida señora, me hará usted el más feliz de los mortales. —oyó una corta exclamación tras él y se apresuró a remachar el clavo—: Lo compré pensando en usted, se lo aseguro, querida Alix. Ahora quiero a mi vez suplicarle un favor.

—Lo que sea, señor Satterthwaite. ¡Le estoy tan agradecida!

Él prosiguió:

—Quiero que venga usted a mi casa sin perder un instante.

Siguió un breve silencio, pasado el cual, se la oyó decir con voz queda:

—Iré ahora mismo.

El señor Satterthwaite colgó el auricular y se volvió a la señorita Glen.

Esta preguntó con rapidez y en un tono que delataba a las claras su contrariedad:

—¿Era el cuadro de que antes hablábamos?

—Sí —contestó el señor Satterthwaite—. La señora a quien precisamente va destinado llegará a esta casa dentro de breves instantes.

De pronto, la cara de Aspasia Glen se deshizo de nuevo en sonrisas.

—¿Va usted a darme la oportunidad de intentar persuadirla de que me ceda el cuadro?

—Le daré la oportunidad de persuadirla.

En su fuero interno, el señor Satterthwaite se sentía extrañamente agitado. Se veía en medio de un misterioso drama que poco a poco parecía irse desarrollando y acercándose a su fin. Él, mero espectador, se había convertido de pronto en uno de los personajes principales. Se volvió a su visitante.

—¿Sería usted tan amable de acompañarme al otro salón? Me gustaría presentarle a unos amigos.

Le abrió la puerta que conducía al vestíbulo, lo atravesaron y entraron en el salón de fumar.

—Señorita Glen —dijo—, permítame que le presente a un antiguo amigo mío, el coronel Monckton. El señor Bristow, autor del cuadro que tanto admira.

Se estremeció al ver que una tercera figura se levantaba de la silla que él mismo había dejado vacía unos minutos antes.

—Creo que me esperaba usted esta noche —dijo el señor Quin—. En su ausencia, me he tomado la libertad de presentarme yo mismo a sus amigos.

—Mi querido amigo —empezó a hablar el señor Satterthwaite—, yo... yo he hecho cuanto he podido, pero...

Se contuvo al observar la sardónica mirada que brotó de las oscuras pupilas del señor Quin.

—Permítame hacer las presentaciones —dijo seguidamente—. El señor Harley Quin. La señorita Aspasia Glen.

Sería quizá una ilusión óptica, pero le pareció ver que la mujer se estremecía visiblemente y que una extraña expresión cubría sus facciones. De pronto, Bristow rompió a hablar estrepitosamente.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué?

—Lo que tanto me intrigaba. Hay un parecido. Un gran parecido —Miraba fijamente al señor Quin—. ¿No lo ve? —prosiguió, volviéndose al señor Satterthwaite—. Su gran parecido con el Arlequín de mi cuadro. El hombre que mira por la ventana.

Esta vez no fue ilusión. Oyó claramente cómo Aspasia Glen contenía el aliento y hasta la vio retroceder un paso.

—Ya les dije que esperaba a alguien —habló el señor Satterthwaite con aire de triunfo—. Debo añadirles que mi amigo el señor Quin, aquí presente, es un hombre extraordinario. Tiene el poder de desentrañar cualquier misterio. Puede hacerles ver las cosas tal cual son.

—¿Es usted un médium acaso, caballero? —preguntó el coronel Monckton, mirando recelosamente al señor Quin.

Este sonrió y meneó la cabeza.

—El señor Satterthwaite es un poco dado a la exageración —dijo reposadamente—. En una o dos ocasiones en que ha estado conmigo, ha hecho trabajos deductivos verdaderamente extraordinarios. No sé por qué me atribuye el mérito a mí. Debe de ser su modestia.

—No, no —interpuso excitadamente el señor Satterthwaite—. Eso no es cierto. Es usted quien en realidad me hace ver las cosas que constantemente están ante mí, pero de las que jamás me hubiera dado cuenta a no ser por usted.

—Todo eso me suena a algo enormemente complicado —dijo el coronel.

—Nada de eso —se dispuso a explicar el señor Quin—. El problema es que nunca nos contentamos solo con ver las cosas, sino que generalmente nos empeñamos en darles una interpretación errónea.

Aspasia Glen se volvió a Frank Bristow.

—Quisiera saber... —dijo nerviosamente—, ¿qué le dio la idea de querer pintar ese cuadro?

Bristow se encogió de hombros.

—No sabría decírselo —confesó—. Algo en relación con el lugar, me refiero a Charnley, se apoderó de mi imaginación. La gran sala vacía... la terraza fuera... las historias de fantasmas... no lo sé. Acababa de oír hablar del suicidio de lord Charnley. Supongamos por un momento que está usted muerta, pero que su alma sigue viviendo. Qué situación más curiosa, ¿verdad? Podría usted permanecer en espíritu, junto a la ventana y, desde allí, contemplar su propio cadáver y enterarse de todo.

—¿Qué quiere usted decir con enterarse de todo? —preguntó Aspasia Glen.

—Enterarse de lo que había ocurrido, verlo...

La puerta se abrió y el mayordomo anunció la llegada de lady Charnley.

El señor Satterthwaite se levantó para salir a su encuentro. No la había vuelto a ver desde hacía casi trece años. La recordaba como lo que un día fue: joven y esplendorosa. La que ahora se presentó ante sus ojos era una estatua de hielo, muy rubia, muy pálida. Andaba con más aire de deslizarse que de moverse, como un delicado copo de nieve que oscila suavemente bajo la caricia del viento. Había algo irreal en toda su persona. Tan fría. Tan distinta de cuando la conoció.

—Ha sido usted muy amable al venir —dijo el señor Satterthwaite.

La condujo donde estaban reunidos los demás. Lady Charnley inició un gesto de reconocimiento al ver a Aspasia Glen, pero se contuvo al no observar correspondencia por parte de esta.

—Perdóneme —murmuró—, pero me pareció haberla visto ya en alguna otra parte.

—Quizá en escena —dijo el señor Satterthwaite—. Le presento a la señorita Aspasia Glen, lady Charnley.

—Encantada de conocerla, lady Charnley —contestó aquella.

Su voz había adquirido de pronto un ligero acento del otro lado del océano. Al señor Satterthwaite le recordó el empleado en alguna de sus tantas interpretaciones escénicas.

—Al coronel Monckton —prosiguió el señor Satterthwaite— ya lo conoce. Este es el señor Bristow.

El señor Satterthwaite vio que un ligero carmín teñía de pronto sus mejillas.

—Tampoco es la primera vez que veo al señor Bristow —dijo sonriendo levemente—. Nos conocimos en un tren.

—Y el señor Harley Quin.

Le estuvo observando detenidamente, pero esta vez no hizo gesto alguno de reconocimiento. Acercó una silla para la recién llegada y todos volvieron a acomodarse en sus asientos. Luego carraspeó como para aclarar su garganta y empezó a hablar con cierto nerviosismo.

—No es corriente —empezó a decir— ver en mi casa una reunión así. Todo parece haberse concentrado en este cuadro y creo, si así lo deseamos, que podríamos llegar a aclarar las cosas.

—¿Supongo que no tratará de meternos en una *séance* espiritista? —protestó el coronel Monckton—. Le encuentro un tanto raro esta noche.

—No —contestó el señor Satterthwaite—. No se trata precisamente de una *séance*. Pero aquí mi amigo el señor Quin cree, y comparto su creencia, que volviendo la vista al pasado, uno puede ver las cosas tal cual fueron y no como parecieron en un principio.

—¿Al pasado? —dijo lady Charnley.

—Me refiero al suicidio de su marido, Alix. Sé que el tema debe dolerle...

—No —contestó Alix Charnley—. No me duele. Nada hay que pueda dolerme ya.

El señor Satterthwaite se acordó en aquel momento de las palabras de Bristow: «No tenía nada de terrenal. Una visión. Como una mujer salida de aquellas montañas de las leyendas gaélicas».

«Una visión», así la había llamado, y el nombre la describía con exactitud. Una sombra, una imagen reflejo de algo. ¿Dónde, pues, estaba la verdadera Alix? Su mente no tardó en responder: En el pasado. Separada de nosotros por catorce largos años.

—Querida mía —dijo—, me asusta usted. Me hace recordar a la Dama Llorosa con el aguamanil de plata.

¡Tras! La taza de café que había sobre la mesita al lado del codo de Aspasia Glen cayó al suelo, donde se rompió con estrépito. El señor Satterthwaite no permitió que se excusara, pero pensó: Parece que nos vamos acercando por momentos... Pero, acercándonos... ¿a qué?

—Volvamos con la imaginación a aquella noche de hace catorce años —dijo—. Lord Charnley se pegó un tiro. ¿Por qué razón? Nadie lo sabe.

Lady Charnley se agitó ligeramente en su silla.

—Lady Charnley lo sabe —estalló súbitamente Frank Bristow.

—Tonterías —dijo el coronel Monckton, pero se detuvo mirando a lady Charnley con el ceño fruncido.

Ésta miraba fijamente al artista. Parecía como si aquel exabrupto hubiese tenido el don de hacerle soltar la lengua. Asintió con la cabeza y empezó a hablar con voz que empezó a recordar un copo de nieve por lo aterciopelada y fría.

—Tiene usted razón. Lo sé. Ese es el motivo por el que nunca más podré volver a Charnley. Mi hijo Dick quiere que reabramos la casa y vivamos en ella, pero yo le digo que no puede ser.

—¿Puede usted decirnos el motivo, lady Charnley? —dijo el señor Quin.

Ella le miró. Después, como hipnotizada, habló con el comedimiento y la naturalidad de un niño.

—Se lo diré si tanto lo desean. No creo que importe ya que se sepa. Encontré una carta entre sus papeles y la destruí.

—¿Qué carta? —preguntó el señor Quin.

—Una carta de una pobre muchacha. Era directora de esa Sociedad Protectora de la Infancia. Él le... le había hecho la corte justo antes de que nos casáramos. Y ella también iba a tener un niño. Escribió diciéndoselo así y que iba a ponerlo en mi conocimiento. Esto fue lo que le impulsó a quitarse la vida.

Dirigió una mirada triste y soñadora a su alrededor, como una colegiala que acaba de recitar una lección por ella sobradamente sabida.

El coronel Monckton se sonó con un pañuelo.

—Dios santo. ¿Así que era eso? —dijo—. Esto explica ciertas cosas, como la venganza.

—¿Ah, sí? —exclamó el señor Satterthwaite—. Pero no explica por qué pintó el señor Bristow ese cuadro.

—¿Qué quiere decir?

El señor Satterthwaite miró al señor Quin como implorándole un gesto de aprobación y aliento. Debió recibirlo, puesto que prosiguió:

—Sí. Estoy convencido de que les va a sonar a algo así como a locura lo que voy a decir, pero ese cuadro es el verdadero foco de todo. Nos hemos reunido esta noche a causa de él. Ese cuadro tenía que ser pintado. Eso es lo que he querido decir.

—¿La nefasta influencia del salón de Roble...? —empezó a decir el coronel.

—No —le interrumpió el señor Satterthwaite—. No del salón de Roble, sino el de la Terraza. ¡Ahí es donde está la verdadera clave! El espíritu del difunto de pie junto a la ventana del salón y contemplando desde la misma su propio cadáver.

—Lo cual es del todo imposible —añadió el coronel—, puesto que el cuerpo apareció tendido precisamente en el salón de Roble.

—Supongamos que no estuviese allí —argumentó el señor Satterthwaite—. Supongamos por un momento que estuviese realmente en el sitio en que el señor Bristow lo vio (quiero decir lo imaginó) tendido sobre las blancas y negras baldosas y frente a la ventana del salón.

—Está diciendo tonterías —objetó el coronel Monckton—. De haber estado donde dice, ¿cómo es que nosotros lo encontramos en el salón de Roble?

—Alguien pudo haberlo transportado allí —contestó el señor Satterthwaite.

—Y en ese caso, ¿cómo es que vimos a Charnley entrar por la puerta del salón de Roble? —preguntó Monckton.

—¿No me dijo que no les fue posible verle la cara? —preguntó el señor Satterthwaite—. Imagino que lo que ustedes vieron fue un hombre con un disfraz, que se dirigió al salón de Roble.

—Un hombre con un traje de brocado y una peluca —acabó Monckton.

—Exactamente. Y ustedes creyeron que se trataba de lord Charnley al oír que una de las muchachas le llamaba por su nombre.

—Y además porque, cuando entramos unos minutos más tarde, solo encontramos el cadáver de lord Charnley. No puede prescindir de esto, Satterthwaite.

—No —contestó este con desaliento—. No, a menos que hubiese algún escondrijo.

—¿No han dicho ustedes que había una especie de escondite secreto en esa habitación? —acertó a aclarar Bristow, un tanto sorprendido.

—¡Ah! —exclamó con un grito de triunfo el señor Satterthwaite—. Supongamos que...

Alzó un dedo a la altura de la boca como imponiendo silencio y sepultó unos instantes la frente en la palma de una de sus manos. Después habló lenta y vacilante:

—Tengo una idea... quizá sea solo una idea, pero que parece servir de eslabón al encadenamiento de los hechos. Supongamos que alguien dispara sobre lord Charnley. Que lo matara en el salón de la Terraza. Después, y ayudado por una tercera persona, arrastrara su cadáver hasta el salón de Roble y allí lo dejara con una pistola a corta distancia de su mano derecha. Pasemos ahora al segundo capítulo. Todo ha de indicar que la muerte de lord Charnley se debe a un suicidio. Creo que pudo hacerse sin dificultad. Un hombre vestido de brocado y con una peluca en la cabeza pasa a lo largo del vestíbulo en dirección al salón de Roble y una de las muchachas, para dar mayor veracidad a la farsa, le llama por el nombre desde uno de los descansillos de la escalinata. Él prosigue su camino sin volver la vista, entra en el salón, cierra la puerta con llave y dispara un tiro contra la madera de uno de los entrepaños de la habitación. Como ustedes recordarán, existían ya otros orificios de bala y la presencia de uno más hubiera pasado completamente inadvertida. Se esconde después tranquilamente en la cámara secreta. Las puertas son tiradas abajo y la gente irrumpe en la habitación. Parece evidente que lord Charnley se ha suicidado. Nadie se detiene a considerar otra hipótesis.

—Todo lo que acaba de decir es una sarta de disparates —dijo Monckton—. Olvida que Charnley tuvo un verdadero motivo para suicidarse.

—Una carta encontrada después —replicó el señor Satterthwaite—. Una carta llena de malicia y falsedad y escrita por una no menos astuta, ambiciosa y consumada actriz, que soñó con ser lady Charnley ella misma.

—¿A qué se refiere?

—A la muchacha confabulada con Hugo Charnley —dijo el señor Satterthwaite—. Todo el mundo sabe y usted también, Monckton, que ese hombre es un canalla. Pensó que aquel era el único medio seguro de entrar en posesión del título.

Se encaró súbitamente con lady Charnley.

—¿Recuerda usted el nombre de la mujer que escribió aquella carta?

—Mónica Ford —contestó sin vacilar aquella.

—¿No fue Mónica Ford, Monckton, quien llamó a lord Charnley desde el descansillo de la escalera?

—Ahora que se habla de ello, creo recordar que así fue.

—Eso es imposible —intervino lady Charnley—. Yo misma hablé con ella más tarde y me contó que era cierto todo lo ocurrido. Solo la vi una vez más, pero no creo que pudiera fingir todo el tiempo.

El señor Satterthwaite miró a Aspasia Glen al otro lado de la estancia.

—Yo estoy seguro de todo lo contrario —expresó con calma—. Creo que entre sus innumerables facetas se contaba la de ser una consumada actriz.

—Hay algo que todavía no nos ha aclarado usted —intervino Bristow—. Forzosamente tendría que haber manchas de sangre en el suelo. ¿Qué se hizo de éstas? No era fácil hacerlas desaparecer en el corto tiempo de que dispusieron.

—No —admitió el señor Satterthwaite—, pero en cambio hicieron algo para lo que solo se precisaban unos cuantos segundos. Cubrirlas con la Bokhara. Nadie recuerda haber visto la alfombra de Bokhara en el salón de la Terraza con anterioridad a aquella noche.

—Creo que tiene razón —dijo Monckton—. Pero, de todos modos, ¿cómo se las arreglaron para limpiarlas después?

—A medianoche —explicó el señor Satterthwaite—. Una mujer con un jarro y una palangana podía bajar a aquella hora a lavar las manchas sin ningún temor a ser molestada.

—¿Y en el supuesto de que alguien pudiese verla?

—¿Y qué? —respondió el señor Satterthwaite—. Fíjese que hablo de las cosas tal cual debieron ser. Si en vez de mencionar a una mujer con un jarro y una palangana hubiese dicho «la Dama Llorosa con un aguamanil de plata», quizá me hubiese acercado más a la realidad de lo que sucedió allí.

Se levantó de pronto y se encaminó adonde estaba Aspasia Glen.

—Ése fue su papel aquella noche, ¿verdad? —dijo—. ¡Le llaman a usted ahora «la mujer del pañuelo», pero fue aquella noche cuando interpretó usted su primer papel importante haciendo

de «la Dama Llorosa con un aguamanil de plata». Por eso derribó la taza de café que tenía delante. Tembló usted cuando vio el cuadro. Pensó que alguien conocía su secreto.

Lady Charnley extendió una mano acusadora.

—Mónica Ford —dijo sin aliento—, ahora te reconozco.

Aspasia Glen saltó como un resorte de su asiento con un grito. Apartó al señor Satterthwaite con un violento empujón y se encaró temblorosamente con el señor Quin.

—Tenía yo razón. ¡Alguien más conocía mi secreto! No, no me han engañado ustedes con esta comedia de hacer ver que iban desenvolviendo la madeja. —Señaló al señor Quin y añadió—: Usted estaba allí. Era usted quien desde la ventana presenció todo lo ocurrido en aquella habitación y vio lo que hicimos Hugo y yo. No finja más. Yo presentí que alguien nos miraba. Lo sentí todo el tiempo. Pero cuando levanté los ojos, no vi a nadie. Sin embargo, sabía que alguien nos observaba. Me pareció vislumbrar una cara pegada a la ventana. Su recuerdo me ha torturado todos estos años. ¿Por qué ha roto su silencio? ¡Quisiera saberlo!

—Quizá para dejar que los muertos descansen en paz —respondió el señor Quin.

De pronto, Aspasia Glen giró sobre sus talones y se lanzó corriendo hacia la puerta mascullando frases desafiantes por encima de los hombros.

—Hagan ustedes lo que quieran. Sé que son muchos los testigos de cuanto he dicho, pero no me importa. Quise a Hugo y fui su cómplice en aquel repugnante asunto. Mal me lo pagó, pero murió el año pasado. Pueden ustedes si gustan poner a toda la policía tras de mí, pues como ha dicho bien ese viejo apergaminado soy una buena actriz y ha de costarles gran trabajo encontrarme.

Cerró la puerta con estrépito y unos segundos más tarde oyeron la puerta de salida que se cerraba del mismo modo.

—¡Reggie! —exclamó dolorosamente lady Charnley al encontrarse sola de nuevo entre sus amigos—. ¡Reggie!

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Oh, esposo querido! Ahora sí puedo volver a Charnley y vivir allí con mi Dick. Ahora podré decirle que su padre era el hombre más bueno y más caballeroso del mundo.

—Hay que pensar seriamente en lo que se debe hacer —dijo el coronel Monckton—. Alix, hija mía, si me permites que te acompañe hasta tu casa, me gustaría que habláramos allí

detenidamente sobre este particular.

Lady Charnley se levantó, se dirigió rectamente al señor Satterthwaite y, rodeando su cuello con sus brazos, le besó con cariño.

—¡Es tan increíble poder decir que se vive después de haber estado tantos años muerta! Sí, era como estar muerta. Gracias, querido señor Satterthwaite.

Salió de la habitación seguida del coronel Monckton.

El señor Satterthwaite los vio marcharse en silencio. Un gruñido de Frank Bristow le sacó de su abstracción y se volvió rápidamente hacia él.

—Es una criatura admirable —dijo Bristow con melancolía—, pero ya no tan interesante como era —concluyó sombrío.

—Ahí es el artista quien habla —observó el señor Satterthwaite.

—A pesar de todo, no lo es —respondió Bristow—. Supongo que no conseguiría nada más que una fría acogida si me dejara caer por Charnley. No me gusta ir donde no me llaman.

—Querido amigo —dijo el señor Satterthwaite—, si dejara usted de pensar tanto en la impresión que produce sobre las gentes, creo que ganaría en conocimientos y en felicidad. Tampoco estaría de más que se desprendiera usted de ciertas nociones anticuadas como la de que el nacimiento significa algo en nuestra moderna sociedad. Usted, aparte de ser un genio, es uno de esos hombres altos y proporcionados a quien las mujeres consideran atractivos. Repítase esto cada noche diez veces antes de acostarse y dentro de tres meses llame a la puerta de Lady Charnley. Acepte el consejo de un viejo que posee una gran experiencia del mundo.

Una sonrisa encantadora se extendió por la cara del pintor.

—Ha sido usted inconmensurablemente bueno conmigo —dijo estrujando la mano del señor Satterthwaite con un potente apretón—, y mi gratitud será eterna. Ahora debo irme. Gracias por una de las noches más extraordinarias que he pasado en mi vida.

Miró a su alrededor como tratando de buscar a alguien de quien deseara despedirse.

—Parece que su amigo se ha marchado —exclamó con sorpresa—. ¡No le he visto salir! Es un pájaro un poco raro ¿no?

—Va y viene cuando menos se lo espera uno —manifestó el señor Satterthwaite—. Es una de sus características. La de entrar y salir sin que le vean.

—Entonces es invisible como Arlequín —replicó Frank Bristow, riéndose de su propia ocurrencia.

10

EL PÁJARO CON EL ALA ROTA

El señor Satterthwaite estaba mirando por la ventana. Llovía copiosamente. Temblaba. Pocas casas campestres, pensó, disponían de calefacción apropiada. Le consolaba la idea de que dentro de pocas horas se encontraría viajando en dirección a Londres. Una vez cumplidos los sesenta, Londres era el mejor lugar.

Se sentía un tanto viejo y patético. La mayor parte de los asistentes a aquella fiesta casera eran jóvenes. Cuatro de ellos acababan de entrar en la biblioteca a celebrar una sesión de velador mágico. Le invitaron a que los acompañase, pero rehusó. No encontraba placer alguno en el monótono recuento del orden alfabético de las letras y de las ininteligibles combinaciones de ellas que frecuentemente solían resultar.

Sí, Londres era el lugar más apropiado para él. Se alegraba de no haber aceptado, media hora antes, la invitación telefónica que Madge Keeley le había hecho para pasar unos días en Laidell. Madge era una criatura encantadora, sin duda, pero en Londres se estaba mejor.

El señor Satterthwaite tiritó de nuevo y recordó que el fuego de la biblioteca solía ser muy reconfortante. Abrió la puerta y se adelantó cautamente en la oscuridad.

—Si no les causo ninguna molestia...

—¿Era N o M? ¡Vaya, tendremos que contar otra vez! ¡ Ah! De ningún modo, señor Satterthwaite. ¿No sabe usted que han sucedido cosas extraordinarias? El espíritu dice que su nombre es Ada Spiers y que John, aquí presente, se va a casar con una linda muchacha llamada Gladys Bun dentro de muy poco.

El señor Satterthwaite se sentó frente al fuego en un cómodo sillón. Los párpados se le cerraron y cayó en una especie de duermevela en el que oía, de vez en cuando, fragmentos de conversación.

—No puede ser P, A, B, Z, L, a menos que sea un ruso. John, estás empujando. Te he visto. Creo que es un nuevo espíritu el que ha venido.

Otro sueñecito del señor Satterthwaite. Luego un sobresalto que le desveló por completo.

—Q, U, I, N. ¿Es eso lo que has querido decir? Ha dado un solo golpe que significa «Sí», Quin. ¿Tienes algún mensaje para alguien de los presentes? Sí. ¿Para mí? ¿Para John? ¿Para Sarah? ¿Para Evelyn? ¿No? Pues no hay nadie más. ¡Ah...! ¿Es quizá para el señor Satterthwaite? Dice «Sí». Es un mensaje para usted, señor Satterthwaite.

—¿Qué dice?

El señor Satterthwaite completamente despierto, se había erguido en el sillón con los ojos brillantes.

La mesa osciló y una de las muchachas contó los golpes de la pata.

—L, A, I... No puede ser. Eso no quiere decir nada. No hay ninguna palabra que empiece por L, A, I.

—Sigan —dijo el señor Satterthwaite con voz tan incisiva e imperiosa que le obedecieron sin titubear.

—LAIDEL... y otra L. Parece que se ha detenido.

—Sigan.

—Dinos algo más, por favor.

Una pausa.

—Parece que no tiene más que decir —dijo uno—. La mesa se ha quedado quieta. ¡Qué tontería!

—No —contestó pensativamente el señor Satterthwaite—. No creo que sea ninguna tontería.

Y ante el asombro general, se levantó y abandonó la sala. Se encaminó directamente al teléfono. Había tomado una súbita determinación.

—¿Puedo hablar con la señorita Keeley? ¡Ah! ¿Eres tú, Madge querida? Quiero cambiar de opinión, si me lo permites, y aceptar tu amable invitación. No es tan urgente como yo creía mi vuelta a la ciudad. Sí, sí... llegaré antes de la hora de cenar.

Colgó el auricular con las mejillas arreboladas. El señor Quin, el enigmático señor Harley Quin. El señor Satterthwaite empezó a contar con los dedos las veces que se había encontrado

con aquel hombre misterioso. ¡Cuando el señor Quin aparecía, acostumbraban a ocurrir cosas! ¿Qué habría sucedido o qué es lo que estaría a punto de suceder en Laidell?

Fuese lo que fuere había una misión para él, para el señor Satterthwaite, que cumplir. De una forma u otra tendría un activo papel que desempeñar. Estaba seguro de ello.

Laidell era un enorme caserón y su propietario, David Keeley, uno de esos hombres callados cuya insignificante personalidad hacía que, con frecuencia, le tomaran por una de las muchas piezas del mobiliario. Su falta de personalidad nada tenía que ver con la potencia de su cerebro. David Keeley era un matemático brillantísimo y había escrito un libro completamente incomprensible para el noventa y nueve por ciento de la humanidad. Pero como otras tantas inteligencias privilegiadas, no irradiaba magnetismo ni vigor físico. Corría el satírico rumor de que David Keeley era en realidad «un hombre invisible». Los criados pasaban de largo con las verduras y muchos de sus huéspedes se olvidaban a menudo de emplear con él las más elementales reglas de la cortesía.

Su hija Madge era ya diferente. Una joven respetabilísima llena de vida y dinamismo. Cumplida, sana, normal y extraordinariamente bonita.

Fue esta quien recibió al señor Satterthwaite a su llegada.

—¡Qué amable ha sido usted, después de todo, al venir!

—La amabilidad ha sido tuya al permitirme que cambiase de opinión. Querida Madge, te encuentro cada día mejor.

—Oh, me encuentro muy bien.

—Ya lo veo, pero no me refería precisamente a eso. Estás en plena floración, esa es la palabra que estaba pensando. ¿Y ha sucedido algo, querida? ¿Algo de particular?

Ella se echó a reír, sonrojándose ligeramente.

—Es usted terrible, señor Satterthwaite. Siempre adivina las cosas.

Él le tomó la mano.

—¿Esas tenemos? ¿Al fin ha llegado el gentil caballero de los cuentos de hadas?

La frase era un tanto anticuada, pero a Madge pareció gustarle. Le encantaban los modales y las galanterías anticuadas del señor Satterthwaite.

—Así parece —contestó ella—. Pero se supone que nadie lo sabe todavía. Es un secreto pero no me importa que usted lo sepa, señor Satterthwaite. ¡Ha sido usted siempre tan bueno y cariñoso conmigo!

El señor Satterthwaite era de los hombres que gozaban con el romance de los demás. Un victoriano sentimental.

—¿No debo preguntar quién es el afortunado? Entonces lo único que puedo decir es que espero que sea merecedor del honor que tú le dispensas.

Es un taimado este señor Satterthwaite, pensó Madge.

—¡Oh! Creo que nos llevaremos muy bien —dijo—. Tenemos los mismos gustos en todo y esto es tremendamente importante ¿verdad? Tenemos mucho en común y hace tiempo que nos conocemos. No son de ayer nuestras relaciones y esto produce siempre una sensación de seguridad, ¿no le parece?

—Indudablemente —replicó el señor Satterthwaite—. Pero en mi larga experiencia he llegado a la conclusión de que es imposible que nadie pueda saberlo todo con respecto a los demás. Forma parte del interés y del encanto de la vida.

—Correré ese riesgo —dijo Madge riendo, y juntos subieron a sus habitaciones para arreglarse antes de bajar a cenar.

El señor Satterthwaite se retrasó. No había traído consigo a su ayuda de cámara y ver que su ropa era manejada por un extraño le causaba cierta turbación. Al bajar se encontró con que todos estaban ya reunidos y Madge le recibió al estilo más moderno:

—¡Oh! Aquí está ya el señor Satterthwaite. Me muero de hambre. Pasemos al comedor.

Rompió la marcha al lado de una señora alta y de cabellos grises. Una señora de una sorprendente personalidad. Tenía una voz bien timbrada, aunque un tanto incisiva, y su cara era franca y muy bella.

—¿Cómo está usted, Satterthwaite? —oyó decir al señor Keeley.

El señor Satterthwaite dio un respingo.

—¡Oh! ¿Cómo está usted, señor Keeley? —dijo—. No le había visto.

—Nadie lo hace —contestó el aludido con tristeza.

Entraron. La mesa era de caoba y de forma oval. Al señor Satterthwaite lo colocaron entre su joven anfitriona y una muchacha baja y morena, una chica campechana de voz estentórea y risa cantarina que, más que alegre, parecía afanosa por dar la sensación de alegría a toda costa. Su nombre era Doris y era en conjunto el tipo de mujer que más desagradaba al señor Satterthwaite. A su juicio, no tenía justificación artística alguna su existencia.

Al otro lado de Madge había un hombre como de unos treinta años, cuyo parecido con la dama del cabello gris delataba el parentesco materno-filial que los unía.

A su lado...

El señor Satterthwaite contuvo el aliento.

No lograba describirla exactamente. No podía llamársele una belleza. Era... algo diferente. Algo más exquisito e intangible que la propia belleza.

Escuchaba atentamente la pesada perorata de sobremesa del señor Keeley con la cabeza un poco inclinada en dirección a éste. Al señor Satterthwaite le pareció que estaba allí pero que podía desaparecer de un momento a otro. Era como algo inmaterial en comparación con los demás que se hallaban sentados alrededor de la mesa oval. Su propia figura, ligeramente arqueada hacia el señor Keeley, era hermosa, incluso más que hermosa. De pronto levantó la vista y sus ojos se encontraron con los del señor Satterthwaite durante un segundo. La palabra que buscaba brotó espontáneamente en el cerebro de este: *Enchantment!* Eso era. Tenía la cualidad de encantar. Podría haber sido tomada por una de esas criaturas semihumanas que habitan en las colinas Hollow. Hacía resaltar la excesiva realidad de todos los demás...

Pero, al mismo tiempo, y sin saber por qué, despertaba la piedad. Parecía como si su semidivinidad la perjudicase. Buscó una frase y la encontró.

Un pájaro con el ala rota, se dijo para sí el señor Satterthwaite.

Satisfecho, volvió a pensar en las demás muchachas con la esperanza de que Doris no hubiese notado su abstracción. Cuando esta se volvió a contestar a una pregunta que le hizo el hombre que había a su lado (un hombre que hasta aquel momento había escapado a la observación del señor Satterthwaite), se volvió en dirección a Madge.

—¿Quién es la dama que se sienta al lado de su padre? —preguntó en voz baja.

—¿La señora Graham? ¡Ah, no! ¡Usted se refiere a la otra. A Mabelle. ¿No la conoce? Mabelle Annesley. Es una Clydesley. De la desgraciada familia de los Clydesley.

Quedó asombrado. ¿De la desgraciada familia de los Clydesley? Los recordaba. Uno de los hermanos se suicidó, otra hermana murió ahogada y la otra pereció en un terremoto. Una extraña familia predestinada. Ésta debía ser la más joven de todos.

Sus pensamientos se truncaron de súbito. La mano de Madge tocó la suya por debajo de la mesa. Los demás estaban distraídos con la conversación. Hizo un leve gesto con ojos y cabeza señalando a su izquierda.

—Ése es —murmuró sin más ceremonia.

El señor Satterthwaite movió la cabeza dando a entender que había comprendido. ¿Era entonces el joven Graham el elegido de su corazón? No podía haber escogido mejor en cuanto a apariencia, y el señor Satterthwaite era exigente en sus gustos. Un joven simpático, aunque un tanto prosaico. Harían una buena pareja, sin tonterías, una pareja típica sanamente sociable.

Laidell seguía el rito de sus antiguas costumbres. Las damas fueron las primeras en abandonar el comedor. El señor Satterthwaite se acercó a Graham y entabló conversación con él. Su juicio acerca del hombre quedó confirmado, pero había algo en él que le dio la impresión de no corresponder con el tipo. Estaba distraído, como si su mente vagase por otros lugares. Su mano tembló al depositar el vaso sobre la mesa.

Algo le bulle en el cerebro, pensó acertadamente el señor Satterthwaite. Me inclino a creer que no tendrá la importancia que él supone. De todos modos, me gustaría saber de qué se trata.

El señor Satterthwaite tenía la costumbre de tomar un par de píldoras digestivas después de cada comida. Habiéndolas dejado olvidadas en su habitación, hubo de subir a por ellas.

Al dirigirse al lugar, pasó por un largo corredor de la planta baja en medio del cual había un gabinete conocido por el nombre de cuarto de la terraza. Su puerta estaba abierta y, al mirar al pasar, el señor Satterthwaite se detuvo.

Los rayos de la luna penetraban en la habitación a través de la celosía que remataba la ventana, dibujando en el suelo caprichosos efectos de luz y sombra. Una figura estaba sentada en el bajo antepecho, inclinado el cuerpo hacia un lado y punteando suavemente las cuerdas de un ukelele. No era un ritmo de jazz lo que tocaba, sino algo mucho más antiguo. Un trepidar de corceles cabalgando sobre colinas legendarias.

El señor Satterthwaite se quedó fascinado. Ella llevaba un vestido de terciopelo azul oscuro, con frunces y pliegues de tal modo que parecían un trasunto de las plumas de un pájaro. Inclinada sobre el instrumento, canturreaba una melodía.

El señor Satterthwaite penetró en la salita lentamente, paso a paso. Al llegar a su lado, ella levantó la vista, sin que al parecer le causase sorpresa alguna su presencia.

—Espero no importunarla —empezó excusándose Satterthwaite.

—De ningún modo. Siéntese.

Lo hizo junto a ella sobre una reluciente silla de roble.

Ella siguió canturreando.

—Esta noche parece tener un mágico encanto. ¿No cree?

—Sí. Algo hay de eso.

—Me hicieron venir a buscar mi ukelele —explicó— y, al pasar junto a esta habitación, pensé en lo agradable que sería permanecer unos instantes en esta soledad con la luna como única confidente.

—En ese caso...

El señor Satterthwaite hizo ademán de levantarse, pero ella le detuvo.

—No se vaya. Usted encaja también en el cuadro. Es extraño, pero así es.

Se volvió a sentar.

—Ha sido una velada muy especial para mí —dijo ella—. Salí a última hora de esta tarde a dar un paseo por el bosque y me encontré con un hombre, un hombre que se salía de lo vulgar. Alto, moreno, como un espectro. El sol estaba a punto de ponerse y sus rayos, filtrándose a través del espeso ramaje, le daban el aspecto polícromo de un Arlequín.

—¡Ah! —El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante, repentinamente alerta.

—Quise hablarle porque me pareció notablemente semejante a alguien que yo conocía. No pude hacerlo porque desapareció entre los árboles.

—Creo que lo conozco —dijo el señor Satterthwaite.

—¿Ah, sí? Es un hombre interesante, ¿verdad?

—Muchísimo.

Hubo una pausa. El señor Satterthwaite estaba perplejo. Sintió como la necesidad de hacer algo, pero sin saber el qué. Con toda seguridad, lo que fuera guardaría relación con esta muchacha. Trató de iniciar una conversación.

—Hay veces en especial, en que uno se siente desdichado, desea huir.

—Es verdad. —contestó ella, pero de pronto exclamó—: Ya sé lo que quiere usted decir, pero esta vez se equivoca. Es precisamente todo lo contrario. Buscaba la soledad porque soy feliz.

—¿Feliz?

—Tremendamente feliz.

Lo dijo con voz suave y tranquila, pero sus palabras tuvieron la virtud de hacer estremecer al señor Satterthwaite. Lo que esta extraña muchacha llamaba felicidad no podía ser en modo alguno lo mismo a que Madge Keeley se refiriera momentos antes. Felicidad, para Mabelle Annesley, significaba un éxtasis vívido e intenso; algo que, más que humano, fuese sobrehumano. Se echó ligeramente hacia atrás.

—No me había dado cuenta —dijo torpemente.

—¡Claro que no! No es que en realidad sea feliz, no lo soy todavía, pero no tardaré en serlo —Se inclinó hacia delante—. ¿Sabe usted lo que es estar en un inmenso bosque de árboles y de sombras espesas que te rodean, un bosque que nunca te permitirá que salgas de él y, de pronto, aparece ante tus ojos el país de tus sueños, brillante y hermoso? Solo hay que salir del bosque y de la oscuridad y ya lo has encontrado...

—¡Tantas cosas nos parecen hermosas antes de lograrlas! —replicó el señor Satterthwaite—. Muchas cosas feas del mundo se nos presentan de la forma más bella.

Se oyó un rumor de pasos. El señor Satterthwaite volvió la cabeza. Un hombre rubio, con expresión estúpida en la cara, se detuvo frente a la puerta. Era el mismo en quien el señor Satterthwaite no puso atención durante la comida.

—Te están esperando, Mabelle —dijo.

Ésta se levantó. Toda emoción parecía haberse borrado de su cara. Su voz adquirió un tono calmado y sin entonación.

—Ya voy, Gerard —contestó—. Estaba hablando con el señor Satterthwaite.

Salió de la habitación seguida de cerca por este. Al atravesar el señor Satterthwaite el umbral, pudo observar por encima del hombro la expresión del marido. Era de muy profunda y evidente desesperación.

Encantamiento, pensó el señor Satterthwaite. También él siente sus efectos. ¡Pobre muchacho!

La sala estaba iluminada. Madge y Doris Coles se deshicieron en reproches.

—Mabelle, bichejo, hace un siglo que te estamos esperando.

Ella se sentó en un taburete, templó de nuevo el instrumento y se puso a cantar. Todos la corearon.

¿Es posible, pensó el señor Satterthwaite, que se hayan podido escribir tantas canciones idiotas acerca del amor?

Pero tuvo que admitir que aquellos ritmos sincopados no dejaban de tener interés. Claro que muy poco en comparación con el que en él despertaba el anticuado vals.

La atmósfera se llenó de humo. La música prosiguió.

No hay conversación, pensó el señor Satterthwaite. No hay buena música. No hay paz.

Hubiera dado cualquier cosa porque cesase toda aquella algarabía.

Como si adivinase su pensamiento, Mabelle Annesley le miró sonriente desde el otro extremo de la habitación y se puso a cantar una balada de Grieg.

«¡Oh, cisne de mis sueños!»

Era una de las favoritas del señor Satterthwaite. Le gustaba la nota de ingenua sorpresa que había al final.

«¡Fuiste solo un cisne! ¡Solo un cisne!»

Al terminar, la reunión se deshizo. Madge ofreció bebidas mientras su padre recogía el abandonado ukelele y se ponía a rasguearlo distraídamente. Se cruzaron las obligadas «buenas noches» entre unos y otros y se dirigieron en tropel hacia la puerta de salida hablando todos a la vez. Gerard Annesley se separó del grupo y se escurrió sin ser visto por los demás.

Fuera ya de la sala, el señor Satterthwaite se despidió ceremoniosamente de la señora Graham. Había dos escaleras. Una junto a la sala y otra al final de un largo corredor. Fue esta última la que el señor Satterthwaite tomó para dirigirse a sus habitaciones. La señora Graham y su hijo subieron por la otra, que era por la que momentos antes les había precedido Gerard Annesley.

—Recoge tu ukelele, Mabelle —dijo Madge—. Mañana has de levantarte temprano y, con las prisas, te olvidarás de él.

—¡Vamos, señor Satterthwaite! —invitó Doris cogiéndole del brazo—. Ya sabe usted el refrán: «Al que temprano se acuesta...».

Madge le cogió por el otro y los tres se dirigieron a lo largo del corredor seguidos por las escandalosas carcajadas de Doris. Se detuvieron en el extremo en espera de David Keeley, que seguía con paso más reposado entretenido en apagar una a una cuantas luces encontraba a su paso. Los cuatro hicieron juntos la ascensión.

A la mañana siguiente, el señor Satterthwaite se preparaba para bajar al comedor a desayunar, cuando oyó que alguien llamaba suavemente a su puerta y entró Madge. Estaba blanca como el papel y un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo.

—¡Oh, señor Satterthwaite!

—¡Muchacha! ¿Qué ocurre? —Y le tomó de la mano.

—Mabelle... Mabelle Annesley...

—¿Qué...?

Algo terrible debía de haber ocurrido. Lo sabía. Madge no acertaba a articular las palabras.

—Se ahorcó ayer noche... En la misma puerta de su cuarto. ¡Oh, es horrible!

Se deshizo en sollozos y lágrimas. ¿Ahorcada? ¡Imposible! ¡Incomprensible! Procuró calmarla con unas tiernas palabras de consuelo de otros tiempos y, a continuación, salió disparado escaleras abajo. Encontró a David Keeley con su mirada perpleja e incompetente.

—He telefoneado ya a la policía, Satterthwaite —dijo—. Creo, según me dijo el doctor, que era lo primero que debía hacerse. Acaba de examinar el... ¡Pero, Dios mío, si esto no puede ser! Debió estar desesperada al hacerlo en la forma que lo hizo. Ya me chocó a mí aquel *Canto del cisne.* ¿Se acuerda? Era ella la que parecía un verdadero cisne negro.

—Sí.

—El canto del cisne... —repitió Keeley—. Parece que lo tenía muy grabado en la imaginación.

—Sí, sí... Eso parecía.

Titubeó un instante y preguntó si podía ver... si era posible...

Su anfitrión comprendió la pregunta apenas tartamudeada.

—Si usted quiere... Había olvidado que le gustan las tragedias humanas.

Keeley le condujo por la amplia escalinata hasta el piso superior. Casi junto al arranque de las escaleras estaba el cuarto ocupado por Roger Graham y, frente a él, al otro lado del pasillo, el de su madre. La puerta de esta última estaba entreabierta y por la rendija se escapaban unas leves y azuladas espirales de humo.

Una repentina sorpresa invadió la mente del señor Satterthwaite. Nunca había imaginado que la señora Graham fumase a hora tan temprana. Es más, tenía la idea de que no fumaba.

Continuaron a lo largo del corredor hasta llegar a la penúltima puerta. Keeley entró seguido por Satterthwaite.

El cuarto no era muy grande y daba señales de estar ocupado por un hombre. Otra puerta, en un tabique, daba acceso a una segunda habitación y de ella pendía sujeto a un clavo un pedazo de cuerda recién cortada. Sobre la cama...

El señor Satterthwaite permaneció unos segundos mirando aquella figura envuelta en un desarreglado montón de vaporosa gasa y observó que el vestido plisado le daba el aspecto del plumaje de un pájaro. Después de echar un vistazo fugaz a su cara, no quiso detenerse en contemplar sus facciones.

De la puerta, con su fúnebre pedazo de cuerda, pasó su mirada a aquella por la cual había hecho su entrada.

—¿Estaba abierta?

—Creo que sí. Por lo menos eso es lo que dijo la sirvienta.

—Annesley dormía allí, ¿verdad? ¿Oyó algún ruido?

—Dice que ninguno.

—Increíble —murmuró el señor Satterthwaite. Volvió la vista de nuevo en dirección a la figura que yacía sobre la cama.

—¿Dónde está?

—¿Quién? ¿Annesley? Creo que abajo, con el médico.

Descendieron y se encontraron con que el inspector de policía acababa de llegar. El señor Satterthwaite quedó agradablemente sorprendido al ver que se trataba del inspector Winkfield, un antiguo conocido suyo. El inspector subió escaleras arriba con el médico y, unos minutos después, pidió que todos los presentes en la casa se reunieran en el salón.

Las persianas y cortinas cerradas daban un aspecto fúnebre a la estancia. Doris Coles estaba asustada y deprimida. De vez en cuando, se acercaba un pañuelo a los ojos. Madge se mostraba alerta y con gesto de determinación. Sus sentimientos parecían estar totalmente dominados. La señora Graham, compuesta como siempre, tenía la cara grave e impasible. La tragedia parecía haber afectado a su hijo con más intensidad que a los demás. Estaba materialmente deshecho aquella mañana. David Keeley, como de costumbre, se mantenía en segundo término.

El desconsolado marido se sentaba solo y un tanto separado de los demás. Había en su cara la expresión de aturdimiento del que no acaba de convencerse de la realidad de los hechos.

El señor Satterthwaite, sereno por fuera, por dentro bullía de excitación ante la importancia del caso y de la empresa que habría de acometer.

Entró el inspector Winkfield, seguido del doctor Morris, y cerró la puerta detrás suyo. Carraspeó unos instantes y empezó a hablar:

—Es para mí un penoso deber —dijo—, pero las circunstancias que rodean al hecho me obligan a hacer unas cuantas preguntas a cada uno de los presentes y espero que nadie ponga objeción alguna. Empezaré por el señor Annesley. Perdone mi curiosidad, caballero, pero ¿querría decirme si oyó alguna vez mencionar a su esposa su deseo de quitarse la vida?

El señor Satterthwaite abrió impulsivamente la boca, pero volvió a cerrarla casi de inmediato. Había todavía mucho tiempo por delante y no convenía precipitar los acontecimientos.

—No, creo que no —contestó Annesley.

Su voz era tan indecisa y su acento tan peculiar que todos le dirigieron una mirada de reojo.

—¿No está seguro?

—Sí, estoy seguro, seguro de que no.

—¡Ah! Y... ¿había algún motivo para creer que estuviese desesperada?

—No. Que yo sepa, no.

—¿No le dijo nada, como que estuviera deprimida, por ejemplo?

—No... nada.

Fuese lo que fuere lo que el inspector pensara, no dijo nada. Procedió a atacar su segundo punto.

—¿Quiere usted describirme, lo más brevemente que le sea posible, los sucesos de anoche?

—Nos fuimos todos a la cama. Yo me dormí casi enseguida y no recuerdo haber oído ningún ruido. El grito de la doncella me despertó esta mañana. Corrí al cuarto de mi esposa y la encontré tal...

Su voz se le quebró en la garganta. El inspector asintió.

—Comprendido. Es suficiente. Ahora bien, ¿cuándo fue la última vez que vio usted a su esposa anoche?

—Abajo.

—¿Abajo?

—Sí. Todos abandonamos la sala juntos. Yo me adelanté y les dejé hablando en el vestíbulo.

—¿Y ya no volvió usted a ver a su esposa? ¿No le dio ella las buenas noches antes de acostarse?

—Estaba dormido cuando ella entró.

—Pero ella subió solo unos minutos después que usted. —y añadió volviéndose hacia donde estaba David Keeley—: ¿No es eso lo que usted me dijo?

Éste asintió con un gesto.

—No había subido aún media hora más tarde —insistió tercamente Annesley.

La mirada del inspector se posó en la señora Graham.

—¿Se detuvo quizá algún momento en su cuarto para hablar con usted, señora?

Sería ilusión del señor Satterthwaite, pero le pareció que ésta pensaba unos instantes antes de decidirse a hablar con su acostumbrada compostura.

—No. Yo subí directamente a mi cuarto y cerré la puerta. No oí nada.

—¿Y dice usted, caballero —prosiguió volviendo a fijar su atención en Annesley—, que usted estaba dormido y que tampoco oyó nada? La puerta de comunicación estaba abierta, ¿verdad?

—Creo... que sí. Pero mi esposa pudo haber entrado por la otra puerta que da al corredor.

—Aun admitiendo eso, no dejaría de haber habido ciertos ruidos, roces, repiqueteo de tacones en la puerta...

—¡No!

Esta vez fue el señor Satterthwaite quien, incapaz de contenerse por más tiempo, habló. Todos le miraron sorprendidos. Él mismo se sintió presa de una irrefrenable nerviosidad y las palabras brotaban como desarticuladas de sus labios.

—Perdone. Perdone mi intromisión, inspector, pero creo que es mi deber hablar. Estamos siguiendo una pista falsa. Absolutamente falsa. La señora Annesley no se suicidó. Estoy seguro. Fue asesinada.

Siguió un profundo silencio que rompió el inspector con voz reposada.

—¿Qué es lo que le hace suponerlo?

—Yo... es solo una mera sensación. Un íntimo convencimiento.

—Pero habremos de convenir, señor, que debe de ser algo más que eso. Debe de haber alguna buena razón para decir lo que dice.

Había, en realidad, una razón de peso: el misterioso mensaje del señor Quin. Pero ¿qué valor tendría este ante los ojos de un inspector de policía? Ninguno. El señor Satterthwaite

se devanaba los sesos buscando una solución más plausible.

—Ayer noche estuvimos hablando los dos y me dijo que se sentía feliz, tremendamente feliz. No eran las palabras propias de una mujer que está a punto de quitarse la vida.

Se sentía triunfante. Añadió:

—Volvió al salón a buscar el ukelele para no olvidarlo esta mañana. No tenía el aspecto de estar a punto de suicidarse.

—No —admitió el inspector—. Quizá no. —Y añadió, volviéndose hacia David Keeley—: ¿Se acuerda usted de si llevaba consigo el ukelele al subir?

El matemático intentó recordar.

—Sí. Me parece que sí —dijo—. Creo que lo llevaba bajo el brazo. Sí, sí. Recuerdo haberla visto con él en la escalera en el momento en que yo apagaba una de las luces.

—Entonces, ¿cómo es que está ahora aquí? —exclamó Madge señalando dramáticamente el ukelele que había sobre la mesa.

—Es curioso —dijo el inspector.

Cruzó la habitación y tocó un timbre.

Una orden concisa envió al mayordomo en busca de la sirvienta encargada de atender las habitaciones. Esta llegó y fue precisa en las respuestas. El ukelele ya estaba sobre la mesa en el momento en que ella se dispuso, a primera hora de la mañana, a limpiar el polvo.

El inspector Winkfield la despidió y luego añadió:

—Deseo hablar a solas con el señor Satterthwaite. Sírvanse dejarnos solos unos momentos, pero sin olvidar que nadie puede abandonar la casa sin mi permiso.

Tan pronto como cerró la puerta tras el último de ellos, el señor Satterthwaite empezó a hablar nerviosamente.

—Estoy seguro, inspector, de que tiene usted una perfecta idea del caso. Perfecto. Solo que fue algo así como un fuerte presentimiento y...

El inspector cortó su perorata con un significativo gesto de la mano y dijo:

—Tiene usted toda la razón, señor Satterthwaite. Esa señora ha sido asesinada.

—Entonces... ¿lo sabía usted? —exclamó el señor Satterthwaite con desencanto.

—Había varias cosas que preocupaban al doctor Morris —Al decirlo miró al doctor, quien también se había quedado en la sala y que confirmó esta declaración con un movimiento de cabeza—. Hicimos un examen detenido del cadáver. La cuerda que aparecía alrededor del cuello no era la misma con la que había sido estrangulada. Esta debió haber sido una mucho más fina y de una contextura parecida a la del alambre. Se había incrustado en la carne, dejando una señal como si se tratara de algo cortante. La impresión que dejó la cuerda estaba simplemente superpuesta. Fue estrangulada y después colgada para dar la sensación de suicidio.

—Pero ¿quién...?

—¡Eso! —contestó el inspector—. ¿Quién? Ese es el problema. ¿El marido que dormía en la habitación inmediata, que no le dio las buenas noches a su esposa y que nada oyó? Si es él, no tardaremos mucho en descubrirlo. Lo primero que conviene saber es si se llevaban bien o no, y aquí es, señor Satterthwaite, donde usted podría sernos de gran utilidad. Usted tiene aquí acceso a todas partes y puede hacer lo que a nosotros no nos es posible. Averigüe la clase de relaciones que existían entre ambos.

—No me gusta mucho... —empezó a decir el señor Satterthwaite.

—No sería el primer crimen que usted nos hubiese ayudado a descifrar. Recuerdo el caso de la señora Strangeways. Tiene usted un olfato especial para cierta clase de asuntos. Verdaderamente un olfato especial.

Y era verdad. Tenía olfato. Añadió quedamente:

—Haré lo que pueda, inspector.

¿Había Gerard Annesley matado en realidad a su esposa? El señor Satterthwaite recordaba aquel aire de dolor de su semblante la noche anterior. La amaba, no cabía duda. Sufría porque la amaba y el excesivo sufrimiento podía impulsar a un hombre a cometer los actos más reprobables.

Pero había algo más, algún otro factor. Mabelle hablaba de sí misma como si acabase de salir de una intrincada selva y estuviera ante la expectativa de la felicidad ansiada, no una felicidad racional... sino irracional, como de éxtasis salvaje.

Si Gerard Annesley había dicho la verdad, Mabelle no había llegado a su cuarto sino media hora después que su esposo. Sin embargo, David Keeley la había visto subir aquellas escaleras.

Había otras dos habitaciones ocupadas en la misma ala de la casa. La de la señora Graham y la de su hijo.

Su hijo. Pero este y Madge...

Seguro que Madge se hubiese dado cuenta... aunque Madge no era un prodigio de perspicacia. Pero no hay humo sin fuego... ¡Humo!

Un recuerdo hirió pronto su memoria. El de las leves espirales de humo que salían de la habitación de la señora Graham.

Obró por impulso. Subió las escaleras y se introdujo en su habitación. Estaba vacía. Cerró la puerta tras él y giró la llave.

Se dirigió al emparrillado de la chimenea. Había unas cuantas cenizas. Muy animado, hurgó con los dedos entre ellas. Tuvo suerte. En el centro mismo, había unos fragmentos de cartas a medio quemar.

Fragmentos poco coherentes, pero que resultaban de un valor inestimable.

La vida puede ser un paraíso, querido Roger. Nunca lo supe... toda mi vida fue como un sueño hasta que te conocí, Roger...

... y Gerard lo sabe. Yo creo... Lo siento de veras: pero ¿qué puedo hacer yo? Para mí ni existe en el mundo nadie más que tu, Roger. Pronto nos reuniremos para no volvernos a separar.

¿Qué le dirás cuando le veas en Laidell, Roger? Hay algo extraño en tus cartas, pero no temo que...

Muy cuidadosamente, el señor Satterthwaite colocó todos los fragmentos en un sobre que encontró en un pequeño escritorio. Se encaminó a la puerta, la abrió y se quedó mudo de sorpresa al encontrarse cara a cara con la señora Graham.

Su impresión fue tal que se quedó unos momentos sin saber qué determinación tomar. Al fin se decidió a hacer lo mejor: afrontar la situación con absoluta sinceridad.

—He estado registrando su cuarto, señora Graham, y he encontrado un montón de cartas no del todo quemadas.

Una sensación de alarma pareció retratarse en sus facciones. Duró solo un segundo, pero no escapó a su observación.

—Cartas de la señora Annesley a su hijo.

Ella titubeó unos instantes y luego habló sin mostrar la más ligera emoción.

—¿Ah, sí? Creí que habrían quedado totalmente quemadas.

—¿Y por qué razón?

—La de que mi hijo va a casarse en breve. Esas cartas, de haberse hecho públicas con motivo del suicidio de la pobre chica, hubieran causado un grave trastorno y dolor.

—Las cartas las pudo muy bien quemar su propio hijo.

No supo de momento qué responder y el señor Satterthwaite no desperdició la oportunidad que esto le brindaba para proseguir.

—Usted encontró estas cartas en el cuarto de su hijo, las trajo al suyo y las quemó. ¿Por qué? Tenía usted miedo.

—No acostumbró a tener miedo, señor Satterthwaite.

—Pero este era un caso desesperado.

—¿Desesperado?

—Su hijo corría el peligro de ser arrestado... por asesinato.

—¡Asesinato!

Observó que la señora Graham palidecía intensamente y prosiguió:

—Anoche usted oyó a la señora Annesley entrar en el cuarto de su hijo. ¿Le había comunicado él su actual compromiso? Ya veo que no. Se lo dijo entonces a ella. Riñeron y él...

—¡Esto es una mentira!

Estaban tan absortos en su duelo de palabras que no oyeron el rumor de unos pasos que se acercaban. La figura de Roger Graham surgió tras ellos sin que ninguno de los dos se hubiese dado cuenta de su presencia.

—Está bien, mamá. No te preocupes. ¿Quiere usted venir un momento a mi habitación, señor Satterthwaite?

El señor Satterthwaite le siguió. La señora Graham no hizo ademán alguno de seguirles. Cuando Roger hubo cerrado la puerta, se volvió al señor Satterthwaite.

—Escuche, señor Satterthwaite. Usted cree que yo maté a Mabelle. Que la estrangulé aquí, en esta habitación, y que más tarde, cuando todos dormían en la casa, la llevé a la suya y la colgué. ¿No es así?

Con gran sorpresa de este, el señor Satterthwaite contestó sin pestañear:

—No, no lo creo.

—Alabado sea Dios. Yo no podía haber matado a Mabelle. Yo la amaba, ¿o no? No lo sé. Eso es algo que ni aun ahora podría explicar. Quiero (de esto sí estoy seguro) a Madge. La quiero desde el primer día que la vi. ¡Es tan buena persona! ¡Nos compenetrarnos mucho! Parecemos haber nacido el uno para el otro. Pero Mabelle era diferente. Mi afecto por Mabelle era... no sé cómo decírselo. Como una especie de encantamiento. Casi le diré que hubo un momento en que llegó a inspirarme temor.

El señor Satterthwaite asintió.

—Era como una locura, como una especie de arrebato pasional. Pero era imposible. No hubiera salido bien. Ese tipo de cosas que... no duran. Ahora comprendo lo que significa dejarse atrapar en las redes de un hechizo.

—Sí, pudo ser algo así —dijo el señor Satterthwaite pensativo.

—Yo... quería dejarlo. Pensaba decírselo a Mabelle ayer noche.

—¿Y no lo hizo?

—No, no lo hice —respondió Graham con lentitud—. Le juro, señor Satterthwaite, que no volví a verla después de darle las buenas noches abajo.

—Le creo —declaró el señor Satterthwaite.

Se levantó. Roger Graham no era el asesino de Mabelle Annesley. Pudo haber huido de ella, pero no matarla. Le tenía miedo. Miedo de su primitiva seducción, de dejarse arrastrar por su encantamiento. Pero le había vuelto la espalda y preferido la sensata seguridad de lo que sabía que «saldría bien», abandonando el sueño intangible que no sabía adonde le conduciría.

Era un joven sensato y, como tal, falto de interés para un artista y *connaisseur* de la vida como el señor Satterthwaite.

Dejó a Roger Graham en su alcoba y se dirigió escaleras abajo. La sala estaba vacía. El ukelele de Mabelle yacía sobre un taburete situado al lado de la ventana. Lo cogió y empezó a pulsarlo distraídamente. Nada sabía del arte de tocar dicho instrumento, pero su fino oído le reveló que no estaba debidamente afinado. Hizo girar hábilmente una de las clavijas.

Doris Coles entró y le asestó una mirada de reproche.

—¿Es el ukelele de la pobre Mabelle?

Su visible condenación hizo que el señor Satterthwaite se sintiera más obstinado que nunca.

—¿Quiere usted afinarlo por mí? Si es que puede.

—¡Claro que puedo! —contestó Doris, herida en lo más hondo ante la mera sospecha de cualquier incompetencia por su parte.

Lo cogió, puso una de las cuerdas y apretó la clavija. La presión excesivamente violenta hizo que saltara.

—¡Qué raro! Ah, ya veo, pero ¡qué extraordinario! No es la cuerda apropiada. Es demasiado gruesa. Es un *la*. Qué estupidez haberla puesto aquí. Es natural que se rompa al intentar afinarla. Pero ¡qué tonta es a veces la gente!

—Sí —respondió el señor Satterthwaite, recalcando sus palabras—. Incluso aquellos que pretenden ser muy listos.

El acento con que pronunció la frase hizo que Doris le mirara con extrañeza. Satterthwaite volvió a recoger el ukelele, desmontó la cuerda que había saltado y salió de la habitación llevándosela en la mano. En la biblioteca se encontró con David Keeley.

—Mire —dijo.

Enseñó la cuerda, que Keeley tomó.

—¿Qué es esto?

—¿No lo ve usted? Una cuerda rota del ukelele. —Se detuvo unos instantes y luego preguntó —: ¿Qué hizo usted con la otra?

—¿Qué otra?

—La cuerda con la que usted la estranguló. Muy ingenioso, ¿verdad? Y rápido. Todo se hizo mientras nosotros charlábamos y reíamos en el vestíbulo. Mabelle volvió a esta habitación en busca de su ukelele. Fue usted quien quitó la cuerda mientras aparentaba jugar con él unos momentos antes y quien la estranguló rodeando con ella su cuello. Una vez hecho, salió, cerró la puerta con llave y se unió de nuevo a nosotros. Más tarde, y al amparo de la noche, bajó y dispuso del cadáver, subiéndolo a su cuarto y dejándolo colgado de la puerta de su habitación. Y fue usted quien puso otra cuerda en el ukelele, pero del tipo equivocado. Una cosa realmente estúpida.

Hubo una larga pausa.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó el señor Satterthwaite—. En nombre de Dios, ¿por qué?

David Keeley se rió con una risita estridente que hizo estremecer al señor Satterthwaite.

—Porque se trataba de algo sumamente fácil —replicó— . Nadie acostumbra a fijarse en mí. Nadie nota nunca lo que hago y pensé que me reiría ahora de todos ellos...

Estalló de nuevo en aquella risita sarcástica y convulsiva, y miró al señor Satterthwaite con ojos en los que se reflejaba la locura.

El señor Satterthwaite acogió con alivio la llegada del inspector Winkfield.

Veinticuatro horas después, camino ya de Londres, el señor Satterthwaite se despertó de una cabezada y se encontró con que un hombre alto y moreno ocupaba el asiento que había frente a él en el compartimiento del tren. Su presencia no le causó sorpresa.

—¡Mi querido señor Quin!

—El mismo.

El señor Satterthwaite dijo con lentitud:

—No sé cómo puedo mirarle cara a cara. Estoy avergonzado de mí mismo. He fracasado.

—¿Está usted seguro?

—No conseguí salvarla.

—Pero ¿descubrió la verdad?

—Sí. Eso sí. Uno u otro de aquellos jóvenes podía haber sido acusado o quizá declarado culpable. Así pues, puedo decir al menos que he salvado la vida de un hombre. Pero... ¿y ella? Aquella criatura dotada de un extraño encanto... —Su voz se quebró.

El señor Quin le miró.

—¿Es la muerte lo peor que puede pasarle a alguien?

—Yo... quizá... no sé...

El señor Satterthwaite se puso a recordar: Madge y Roger... La cara de Mabelle a la luz de la luna, con su serena felicidad ultraterrena.

—No —admitió al fin—. No creo que la muerte sea lo peor.

Recordó las fruncidas gasas de su vestido, que le trajeron a la memoria el revuelto plumaje de un pájaro... de un pájaro con el ala rota...

Al levantar la vista, vio que estaba de nuevo solo. El señor Quin había desaparecido.

Pero había dejado algo tras él.

Sobre el asiento, había una piedra de un color azul pálido sobre la que había grabada toscamente la imagen de un ave. No tenía probablemente un gran mérito artístico, pero tenía algo especial.

Tenía como la vaga cualidad de un encantamiento.

Esto pensó el señor Satterthwaite, y el señor Satterthwaite era un perfecto *connaisseur.*

11

EL HOMBRE DEL MAR

El señor Satterthwaite se sentía viejo. Esto no era de extrañar ya que, en la opinión de mucha gente, lo era. Jóvenes irreflexivos solían comentar a sus compañeros: «¿Quién? ¿El viejo Satterthwaite? Debe de tener, si no cien, por lo menos ochenta años». Y aún la muchacha más compasiva exclamaba al hablar de él: «¡Ah...! ¿Satterthwaite? Sí, sí, es bastante viejo. Debe tener sesenta». Lo cual era aún peor, pues ya tenía sesenta y nueve.

En su opinión, sin embargo, no se consideraba viejo. Sesenta y nueve años era una edad interesante, una edad de infinitas posibilidades en la que la experiencia adquirida a través de largos años empezaba a dar su fruto. Pero sentirse viejo era algo muy distinto; hubiera sido encontrarse en uno de esos estados mentales de desaliento, en el que el hombre acostumbra a hacerse preguntas depresivas. ¿Qué era él después de todo? Un viejecito un tanto apergaminado sin hijos o afectos, sin lazos humanos, con solo una valiosa colección de arte que en aquellos momentos le parecía poco satisfactoria. A nadie le importaba el hecho de que viviese o dejase de vivir.

Al llegar a este punto en sus meditaciones, se detuvo. Se amonestó a sí mismo: aquellos eran pensamientos morbosos y desechables. Sabía perfectamente, quién mejor que él, que de haber llegado a tener una esposa, quizá hubiera acabado odiándole o a la inversa odiándola él a ella; los hijos hubieran sido motivo constante de preocupación y ansiedad, y habrían absorbido su tiempo y su afecto de un modo que hubiera resultado extremadamente molesto.

Tranquilidad y comodidad ante todo, se aseguró a sí mismo con firmeza, esa era la cuestión.

Este último pensamiento le hizo recordar una carta que había recibido aquella misma mañana. La sacó de uno de los bolsillos y la releyó saboreando con deleite su contenido. Empezaremos diciendo que era de una duquesa y que al señor Satterthwaite le complacía tener noticias de duquesas. Es verdad que la carta comenzaba solicitando una fuerte suma de dinero como contribución a una obra de caridad y que, de no haber sido por esto, es probable que la duquesa no se hubiese tomado la molestia de escribirle. Pero eran tan agradables los términos en que estaba redactada, que el señor Satterthwaite juzgó prudente pasar por alto el hecho anterior.

Por lo visto ha abandonado usted la Riviera. ¿Cuál es esa isla que merece su atención? ¿Barata? Este año Cannotti ha subido exageradamente los precios y no pienso volver más a la Riviera. Me gustaría probar su isla el año que viene, si su informe es favorable, aun cuando me horroriza realizar un viaje de cinco días por mar. Cualquier lugar que usted me recomiende será muy confortable, estoy segura. Acabará usted por ser uno de esos hombres que sólo viven

para su propio mimo y solo piensan en su confort. Sólo le salva una cosa, Satterthwaite: ese desordenado interés en los asuntos de los demás...

Mientras doblaba la carta, en el cerebro del señor Satterthwaite se reflejó la clara visión de la duquesa. Sus agradables maneras, su inesperada y alarmante amabilidad, su lengua cáustica, su indomable espíritu...

¡Espíritu! Esto era lo que el mundo necesitaba. Sacó otra carta, sobre la que había un sello alemán, escrita por una joven cantante por quien el señor Satterthwaite se había interesado vivamente. Era una carta llena de frases de cariñoso agradecimiento:

¿Cómo podré agradecerle lo que ha hecho usted por mí, señor Satterthwaite? Me parece todavía un sueño pensar que, dentro de pocos días, cantaré Isolda...

Era una pena que tuviese que hacer su debut en el papel de Isolda. Olga era una criatura admirable, tenaz y con una hermosa voz, pero carente de temperamento artístico. Empezó a canturrear para sí: «No oses mandarle. Te ruego lo comprendas. Lo mando yo, Isolda». No, decididamente la muchacha no tenía el espíritu, la voluntad indomable que había que expresar en ese final: *«Ich, Isolde»*.

De todos modos, estaba contento de haber podido hacer algo por alguien. Esta isla le deprimía. ¿Por qué había abandonado la Riviera que tan bien conocía y donde todos le conocían a él? Aquí nadie se tomaba interés por su presencia. Nadie parecía comprender que allí estaba él, el señor Satterthwaite, el amigo de condesas, duquesas, cantantes y escritores. Nadie en la isla tenía la menor importancia social ni artística. La mayor parte de la gente había estado allí siete, catorce o veinte años sin más importancia que la que ellos mismos se concedían.

Con un profundo suspiro, el señor Satterthwaite se alejó del hotel y se dirigió al desordenado puertecito de la parte baja. El camino bajaba bordeado por espesas buganvillas, un vivo macizo de intenso escarlata que le hacía sentir más viejo y grisáceo que nunca.

—Me estoy haciendo viejo. Me estoy volviendo cansado y viejo —murmuró.

Se sintió aliviado al dejar atrás aquellas buganvillas y entrar en la blanca calle del pueblo que terminaba en el azul del mar. Un perro callejero bostezaba indolentemente acostado al sol en medio del camino. Tras proceder a desperezarse hasta los límites del éxtasis, se sentó y se dedicó a un buen rascado del cuerpo. Después se levantó, se sacudió y miró a su alrededor en busca de cualquier otra cosa buena que la vida pudiera ofrecerle.

Había un montón de basura en uno de los lados y a él se dirigió relamiéndose con anticipada complacencia. Era cierto, no le había engañado su delicado olfato. ¡Un agradable olor a podrido que sobrepasaba todas sus esperanzas! Lo husmeó unos instantes con creciente satisfacción, pero luego, abandonándose a sí mismo, se tumbó de espaldas y se revolcó

frenéticamente entre aquellas deliciosas inmundicias. ¡El mundo, aquella mañana, era un paraíso para los perros!

Cansado al fin, se levantó y fue a tenderse de nuevo en medio de la calle. En este momento y sin previa advertencia, un coche destartalado apareció a toda marcha por una de las esquinas, le pasó por encima de pleno y se alejó sin prestarle la más mínima atención.

El perro consiguió ponerse de nuevo de pie. Se quedó unos instantes inmóvil, fijando en el señor Satterthwaite una triste mirada llena de un vago reproche y se derrumbó. El señor Satterthwaite se acercó y se inclinó sobre él. Estaba muerto. Continuó su camino pensando en la inconsistencia y crueldad de la vida. Qué expresión de desencanto había en la última mirada de aquel pobre perro que parecía querer decir: «¡Oh, mundo! ¡Mundo maravilloso en quien yo inocentemente confié! ¿Por qué me has hecho esto?».

El señor Satterthwaite siguió andando. Dejó atrás los caminos bordeados de palmeras y las dispersas casitas blancas del pueblo. Pasó de largo la playa de negra lava entre cuyas rugientes olas perdiera años atrás la vida un conocido nadador inglés, las aguas tranquilas entre rocas donde niños y ancianas retozaban haciéndose la ilusión de que se bañaban, y subió al fin por la empinada senda que conducía a la cima del acantilado. Al borde mismo había una casa designada con el apropiado nombre de La Paz. Era blanca, con verdes postigos herméticamente cerrados y un tanto descoloridos por la acción del tiempo. Un descuidado pero hermoso jardín y una avenida de cipreses conducían a una especie de plataforma que había junto al borde del acantilado, y desde donde podía contemplarse abajo, muy abajo, el profundo azul del mar.

Era este, sin duda, el lugar de destino del señor Satterthwaite. Se había encariñado con la contemplación de los jardines de La Paz, pero jamás había entrado en la villa. La casa siempre parecía estar deshabitada. Manuel, el jardinero español, saludaba a los visitantes y, siempre atento, obsequiaba con un ramo a las señoras y con una simple flor para el ojal a los caballeros, con su morena tez arrugada por las sonrisas.

A veces el señor Satterthwaite forjaba sus propias historias acerca de la propietaria de la casa. Su favorita era la de que se trataba de una bailarina española, en un tiempo famosa por su gran hermosura, escondida ahí para que el mundo ignorase siempre que había dejado de ser bella.

Se la imaginaba saliendo de la casa y paseándose silenciosamente por entre las flores. Estuvo muchas veces tentado de preguntar a Manuel sobre la verdad del caso, pero resistió la tentación. Prefería sus fantasías.

Después de cambiar unas palabras con el jardinero y aceptar complacido el capullo de una rosa de té, el señor Satterthwaite se internó por el paseo de cipreses que conducía al mar. Era realmente maravilloso poder contemplarlo sentado en el borde del vacío, con el acantilado a sus pies. Esto le trajo a la memoria los personajes de Tristán e Isolda, el comienzo del tercer

acto con Tristán y Kurwenal, aquella solitaria espera: la llegada de Isolda desde el mar y la muerte de Tristán entre sus brazos. (No, la pequeña Olga jamás podría interpretar el papel de Isolda, la Isolda de Cornualles, la reina henchida de odio y de amor.) Se estremeció. Se sentía solo, viejo, aterido... ¿Qué había logrado de su paso por la vida? Nada. Nada. Ni siquiera tanto como aquel perro callejero...

Hubo un inesperado ruido que le hizo salir de su ensimismamiento. No había oído el rumor de los pasos que se acercaban a lo largo del paseo, así que la primera noción que tuvo de la presencia de alguien fue una rotunda y significativa expresión inglesa.

—¡Maldita sea!

Se volvió y se encontró cara a cara con un joven que le miraba con unos ojos en los que se reflejaba la sorpresa y la contrariedad. El señor Satterthwaite lo reconoció al punto como al viajero que había llegado el día anterior y que le había más o menos intrigado. El señor Satterthwaite le llamaba joven, pues en realidad lo era si se le comparaba con el grupo de inmortales que se hospedaban en el hotel. Pero indudablemente pasaría de los cuarenta y no sería tampoco muy arriesgado suponer que andaría rondando el medio siglo. Sin embargo, y a pesar de esto, el calificativo de joven le sentaba de maravilla. El señor Satterthwaite solía ser muy certero en estas apreciaciones. Había un no sé qué de falta de madurez en su aspecto. Le ocurría lo que a muchos perros, que siguen dando la impresión de cachorros aun después de su completo desarrollo.

El señor Satterthwaite pensó: Este muchacho no ha llegado a madurar debidamente, eso es todo.

Sin embargo, no había nada de particular en ese hombre *PeterPannish.* Era delicado en sus modales, casi regordete, con el aspecto de un hombre que no se ha privado jamás de placer o satisfacción material alguno, ojos castaños casi redondos, pelo rubio tirando a gris, un pequeño bigote y cara arrebolada.

Lo que intrigaba al señor Satterthwaite era la razón que había podido tener para ir a la isla. Podía imaginárselo cazando fieras, jugando al polo, al tenis o al golf, y haciendo la corte a mujeres bonitas. Pero en la isla no había cosa alguna sobre la que poder disparar, ni juegos, con excepción del croquet, y lo más aproximado a una mujer bonita estaba representado por la anciana señorita Baba Kindersley. Había, como es natural, artistas atraídos por la hermosura del paisaje, pero el señor Satterthwaite estaba seguro de que nuestro hombre no pertenecía a esta clase, pues llevaba impresas en su rostro las señales inequívocas del filisteo[10].

Mientras barajaba todas estas ideas en su mente, el otro habló, quizá comprendiendo que su corta imprecación pudiese haber sido equívocamente interpretada.

—Le ruego me perdone usted —dijo con cierto embarazo—. A decir verdad, me he sorprendido. Jamás imaginé encontrar a persona alguna en este lugar.

Su sonrisa desarmaba. Era encantadora, atrayente, amistosa.

—Verdaderamente es un rincón solitario —convino el señor Satterthwaite, mientras le cedía cortésmente parte del espacio del banco. El otro aceptó la muda invitación y se sentó a su lado.

—No estoy muy de acuerdo con lo de solitario —dijo—. Siempre parece haber alguien aquí.

Había un ligero tinte de resentimiento en su voz que no escapó a la perspicacia del señor Satterthwaite. El otro parecía sentir el efluvio de un alma gemela.

¿Por qué esa insistencia en la soledad? ¿Una cita, quizá? No, no era eso. Disimuladamente, posó una escrutadora mirada sobre su nuevo compañero. ¿Dónde había visto, hacía no mucho, aquella particular expresión? ¿Aquella especie de desconcertante resentimiento?

—¿Ya ha estado usted aquí con anterioridad? —preguntó el señor Satterthwaite más por decir algo que por otra cosa.

—Estuve aquí anoche, después de cenar.

—¿Ah, sí? Creí que a esa hora la verja estaría cerrada.

Hubo una pequeña pausa, pasada la cual y casi sombríamente, nuestro hombre añadió:

—Salté el muro.

El señor Satterthwaite le observó desde este momento con suma atención. Su mente poseía la rapidez de un sabueso y recordó que su compañero había llegado al hotel solo la tarde anterior. Había tenido muy poco tiempo para poder apreciar a la luz del día la belleza de la villa y, hasta aquel momento, no había hablado con nadie. Sin embargo, después de anochecer, se había dirigido directamente a La Paz. ¿Por qué? Casi involuntariamente, el señor Satterthwaite se volvió a contemplar la casa que, como siempre, permanecía tan muda y sin vida como siempre, con las puertas y las ventanas cerradas herméticamente. No, la solución del misterio no estaba allí.

—¿Y dice usted que encontró a alguien aquí ayer?

El otro asintió.

—Sí —añadió—. Probablemente de algún hotel vecino. Llevaba puesto un disfraz.

—¿Un disfraz?

—Sí. Algo así como un traje de Arlequín.

—¿Cómo?

La pregunta brotó como un estallido de los labios del señor Satterthwaite. Su compañero se volvió y le miró con sorpresa.

—Supongo que habría un baile de máscaras en alguno de los hoteles.

—¡Oh, eso debió ser! —se apresuró a contestar el señor Satterthwaite—. Claro, claro, claro...

Se detuvo sin aliento. Luego prosiguió.

—Debe usted perdonar mi excitación. ¿Sabe usted algo acerca de la catálisis?

El joven lo miró con sorpresa.

—Nunca he oído esa palabra. ¿Qué significa?

El señor Satterthwaite acotó con seriedad:

—«Una reacción química cuyo éxito depende de la presencia de una cierta sustancia que en sí permanece inalterable».

—¡Ah! —se limitó a contestar su compañero.

—Tengo un amigo, su nombre es el señor Quin, a quien solo puede describírsele en términos catalíticos. Su presencia es signo de que algo va a ocurrir, pues donde él se encuentra, extrañas revelaciones salen a la luz y se hacen sorprendentes descubrimientos. Y sin embargo, él mismo no toma parte directa en ello. Tengo la impresión de que fue a mi amigo a quien usted vio anoche aquí.

—El tipo surgió de repente. Me dio un susto mayúsculo. ¡Un instante antes no estaba y al siguiente estaba! Como si hubiera surgido del mar.

El señor Satterthwaite dirigió una escrutadora mirada por la pequeña meseta y hacia el fondo del acantilado.

—Eso es una tontería, claro —dijo el otro—, pero esa fue la sensación que percibí. Y es evidente que aquí ni siquiera hay sitio para una mosca —añadió asomándose al borde del precipicio—. Un corte perfectamente limpio. Un paso hacia delante y todo se acabaría para siempre.

—El sitio ideal para un asesinato —comentó el señor Satterthwaite en tono jocoso.

El otro le miró como si no acabara de comprender sus palabras. Después dijo vagamente:

—¡Ah! Sí, claro...

Siguió sentado con el ceño fruncido, golpeando distraídamente el suelo con la punta de su bastón. De pronto, el señor Satterthwaite encontró la semejanza que tanto había buscado. Este hombre tenía la misma expresión que mostró el perro después de ser atropellado. Sus ojos y los del joven estaban llenos de la misma pregunta y del mismo reproche patético: «¡Oh, mundo en quien inocentemente confié! ¿Por qué me has hecho esto?».

Siguió encontrando nuevos puntos de contacto entre ambos. La misma despreocupación, el mismo alegre abandono a los placeres que brinda la vida. La misma ausencia de esfuerzo intelectual. Con lo suficiente para poder vivir holgadamente en cada momento, el mundo parecía un lugar perfecto, un lugar de delicias carnales, el sol, el cielo, el mar e incluso un discreto montón de basura. ¿Qué sucedió después? Un coche atropello al perro. ¿Qué habría atropellado a aquel hombre?

El motivo de sus divagaciones le interrumpió al llegar a este punto al exclamar más bien para sí que para el señor Satterthwaite:

—Uno se pregunta si acaso vale la pena vivir.

Palabras familiares que casi siempre tenían la virtud de traer una sonrisa a los labios del señor Satterthwaite por la inconsciente evidencia del innato egoísmo humano, que insiste en considerar cada manifestación de la vida como un designio expreso para su deleite o su tormento. No contestó y el forastero añadió, acompañando sus palabras con una risita en tono de disculpa:

—He oído un aforismo que dice que todo hombre debería, al menos, construir una casa, plantar un árbol y tener un hijo. —Se detuvo unos instantes y luego añadió—: Creo que lo que yo planté un día fue un alcornoque...

El señor Satterthwaite se agitó ligeramente. Su curiosidad, aquel interés siempre presente en él por inmiscuirse en los asuntos ajenos y del que la duquesa le acusara en su carta, se había vuelto a despertar con inusitada agudeza. No era extraño. El señor Satterthwaite tenía una

faceta acentuadamente femenina en su naturaleza y era la de saber escuchar tan bien como una mujer y encontrar siempre el momento de intercalar la frase oportuna. En aquel momento empezó a oír la historia entera.

Anthony Cosdon, ese era el nombre del forastero, había tenido una vida muy parecida a como el señor Satterthwaite había imaginado. No era un portento como narrador, pero el señor Satterthwaite sabía rellenar fácilmente los huecos que pudiese encontrar en su historia. Una existencia corriente, unos ingresos normales, una temporada en el ejército, una gran afición por los deportes, un gran número de amistades, un montón de cosas agradables de las que disfrutar y suficientes mujeres. La clase de vida que en general hace inhibir el pensamiento, y lo sustituye por sensaciones. Hablando francamente: una vida completamente animal. Pero hay cosas infinitamente peores que las que acabo de oír, pensó el señor Satterthwaite desde lo más profundo del pozo de su experiencia. Ya lo creo que las hay. Para Anthony Cosdon, al parecer, el mundo había sido un excelente lugar. Se había quejado alguna vez porque todo el mundo lo hacía, pero nunca en serio. Y, de repente, aquello.

Finalmente había llegado al punto crucial aunque vaga e incoherentemente. No se había dado cuenta de ello. Habló con su médico y este le persuadió de que debía consultar el caso con uno de los especialistas de Harley Street. Después, la increíble verdad. Habían intentado en vano ocultársela. Le hablaron de cuidados especiales, de la necesidad de llevar una vida tranquila, pero no pudieron ocultar la evidencia, que le dejó ligeramente anonadado. Le daban seis meses. Eso era todo lo que le daban. Seis meses.

Volvió hacia el señor Satterthwaite sus confusos ojos castaños. Había que admitir que el golpe era rudo. De los que le dejaban a uno sin saber qué hacer.

El señor Satterthwaite asintió con un movimiento grave y comprensivo.

Era difícil resolverlo todo en tan corto tiempo, prosiguió explicando Anthony Cosdon. Qué hacer con el tiempo, con la condenada espera hasta el final. No sentía síntoma alarmante alguno aunque el especialista auguró que no tardarían en presentarse. Le parecía un sarcasmo tener que enfrentarse con la muerte en el momento en que menos lo deseaba. Lo mejor sería, pensó, continuar viviendo como hasta aquel momento. Pero algo no había funcionado.

Aquí el señor Satterthwaite le interrumpió para preguntarle con toda la discreción posible si no había mezclado en todo ello el nombre de alguna mujer.

Aparentemente, no la había. Las había, por supuesto, pero no al menos de aquel tipo. Su círculo de amistades era de un tipo muy alegre. No había querido hacer ante ellos el papel de un cadáver viviente. No deseaba que se convirtieran en un séquito fúnebre. Hubiera sido embarazoso para todo el mundo. Por eso decidió marcharse solo al extranjero.

—¿Y vino usted a estas islas? ¿Se puede saber por qué ha venido?

El señor Satterthwaite iba a la caza de algo. Algo delicado e intangible que flotaba dentro de todo aquel intrincado misterio, algo que intentaba eludirle, pero que estaba seguro de que se encontraba allí.

—¿Había estado aquí antes, quizá? —añadió.

—Sí —admitió casi involuntariamente—, hace años. Siendo todavía muy joven.

Y de repente, casi inconscientemente, dirigió una mirada por encima del hombro en dirección a la casa.

—Recuerdo este lugar. —continuó, y añadió mirando en dirección al mar—: ¡La antesala de la eternidad.

—Y esa es la razón por la que vino aquí ayer noche —dijo el señor Satterthwaite con calma.

Anthony Cosdon le lanzó una mirada desmayada.

—¡Oh, no, en realidad...! —protestó.

—Anoche encontró usted a alguien aquí. Esta tarde me encuentra usted a mí. Son ya dos las veces que su vida ha sido salvada.

—Puede usted decirlo así, pero que me condene si no es mi vida. Tengo derecho a hacer con ella lo que me venga en gana.

—Eso es pura palabrería —contestó el señor Satterthwaite en tono átono.

—Claro que comprendo su punto de vista —admitió generosamente Anthony Cosdon—. Trata usted de disuadirme, como yo mismo lo haría con un amigo, aun estando convencido de que tuviera una poderosa razón. Y usted sabe que yo la tengo. Un final rápido es más sensato que una agonía prolongada, que solo causa trastornos, gastos y pesadumbres a los demás. Al fin y al cabo, no hay nadie en el mundo que me pertenezca...

—¿Y si lo hubiese... ? —interpuso vivamente el señor Satterthwaite.

Cosdon aspiró el aire con fuerza.

—No lo sé, pero, aun en este caso, sería lo mejor. De cualquier modo, no tengo...

Se detuvo bruscamente. El señor Satterthwaite le observó con curiosidad. Con su incurable romanticismo, le sugirió que en algún rincón de su corazón, había una mujer. Pero Cosdon lo negó. No tenía motivo alguno de queja, decía. En general había tenido una buena vida. Era una pena tenerla que abandonar tan pronto, eso era todo. Pero, de todos modos, había tenido cuanto pudiera desear. Con excepción de un hijo. Le habría gustado enormemente tener un hijo, alguien que hubiese sido como una prolongación de sí mismo. Fuera de esto, insistió, había tenido una buena vida.

La paciencia del señor Satterthwaite se agotó en ese instante. Nadie, señaló, que estuviese todavía en estado larvario, podía presumir de conocer nada de la vida. Ya que las palabras estado larvario no parecieron tener sentido para Cosdon, procuró explicar su significado con mayor claridad.

—Usted aún no ha empezado a vivir. Está todavía empezando.

—Mire usted mis cabellos. Son grises ya. Tengo cuarenta años y...

El señor Satterthwaite le interrumpió.

—¡Y eso qué tiene que ver! La vida se compone de un cúmulo de experiencias físicas y mentales. Yo, por ejemplo, he cumplido los sesenta y nueve años, y tengo en realidad esa edad. He conocido, directamente o de segunda mano, casi todas las experiencias que la vida puede ofrecer. Usted es como un hombre que quisiera explicar las estaciones del año sin haber visto más que la nieve y el hielo. Las flores de la primavera, la languidez de los días estivales, la caída de las hojas en otoño, le serían completamente desconocidas y ni siquiera sabría de su existencia. ¿Y va usted a renunciar voluntariamente a la oportunidad de conocerlas?

—Parece olvidar —dijo Cosdon, con hosquedad— que solo me quedan seis meses de vida.

—El tiempo, como todas las cosas, es relativo —insistió el señor Satterthwaite—. ¿Quién le dice que esos seis meses no van a ser los más largos y de más variada experiencia de toda su vida?

Cosdon le miró muy poco convencido.

—En mi lugar —dijo—, usted haría lo mismo.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza.

—No —añadió con sencillez—. En primer lugar, porque dudo que tuviese el valor. Hace falta coraje para llevar a cabo un acto como ése y yo no soy en absoluto un individuo valiente. Y en segundo lugar...

—¿Diga?

—Porque siempre tengo curiosidad por saber lo que nos traerá el mañana.

Cosdon se levantó y soltó una carcajada.

—Bien. Tengo que reconocer que ha sido usted muy amable al escucharme. Apenas entiendo muy bien por qué, pero de todos modos así ha sido. He hablado demasiado. Olvídelo.

—Y mañana, cuando se hable de un accidente, ¿tendré que dejar las cosas tal cual están? ¿No podré hacer ninguna sugerencia de un suicidio?

—Eso dependerá de usted. Me complace que comprenda una cosa: que usted no puede impedírmelo.

—Mi querido joven —dijo el señor Satterthwaite con placidez—, no puedo andar pegado a usted como la proverbial lapa. Tarde o temprano acabará por darme el esquinazo y consumar su propósito. Pero tengo la satisfacción haberlo frustrado al menos por hoy, pues no le creo capaz de suicidarse dejándome con el posible cargo de que fui yo quien en realidad lo empujó al abismo.

—Tiene usted razón —dijo Cosdon—. Y si insiste en quedarse aquí...

—Así es —contestó el señor Satterthwaite con firmeza.

Cosdon lanzó una humorística carcajada.

—En ese caso, tendré que posponer mi plan hasta encontrar una ocasión más propicia. Me vuelvo al hotel. Quizá le veré más tarde.

El señor Satterthwaite se quedó solo sumido en la contemplación del ancho mar.

Y ahora, se preguntó a sí mismo, ¿cuál habrá de ser el próximo paso? Ha de haber alguno. Me pregunto...

Se levantó. Permaneció unos instantes en pie junto al borde del acantilado, contemplando las aguas que danzaban a sus pies. No encontrando en ellas inspiración alguna, se volvió lentamente por el largo paseo de cipreses en dirección al tranquilo jardín. Se quedó contemplando la silenciosa casa y, como siempre, le vino a la memoria la incógnita de la persona que un día la ocupara y de las escenas que hubiesen podido ocurrir entre sus plácidos muros. Llevado por un súbito impulso, remontó los pocos y desvencijados escalones de piedra

que le separaban de una de las ventanas y oprimió una mano contra los deslustrados postigos verdes.

Con gran sorpresa vio que estos se entreabrían a su presión. Se detuvo unos instantes como indeciso, pero al fin se decidió y los abrió de par en par. Un instante después retrocedió con una exclamación de disgusto. Tras el marco había una figura de mujer que se le quedó mirando de hito en hito. Vestía de luto y tocaba su cabeza con una negra mantilla de encaje.

El señor Satterthwaite trató apresuradamente de excusarse empleando una mezcolanza de italiano y alemán que en su atolondramiento consideró como más próximas al español. Trató de explicarle que estaba desolado y avergonzado, y pidió que la signora le perdonase. Retrocedió apresuradamente sin que la mujer hubiera dicho ni una palabra.

Se hallaba ya a mitad de camino de la verja, cuando hirieron sus oídos dos palabras que resonaron secas como el restallido de un látigo.

—¡Vuelva aquí!

Era la orden concisa y clara, como la que pudiera haber sido dirigida a un perro, pero con tal acento de autoridad, que el señor Satterthwaite se volvió rápidamente y se acercó al trote a la ventana antes de que se le ocurriera sentir el menor resentimiento. Obedeció como un perro. La mujer seguía inmóvil en el centro del marco. Al llegar frente a ella, esta le inspeccionó detenidamente de pies a cabeza.

—Usted es inglés —dijo—. Me lo figuré.

El señor Satterthwaite intentó iniciar una segunda tanda de excusas.

—Si me hubiese imaginado por un momento que usted pudiese ser inglesa —acertó a decir—, me hubiese expresado mejor. Le presento mis más sinceras disculpas por haber abierto los postigos. Nada puedo alegar a mi favor, sino que me guió la curiosidad, el afán de conocer lo que esta encantadora casa pudiese encerrar.

Ella se rió. Su risa era fresca y rica en matices.

—Si desea realmente verla —añadió—, creo que lo mejor será que entre.

Se apartó y el señor Satterthwaite penetró en el recinto, presa de una viva emoción. El interior estaba oscuro por hallarse cerrados los postigos de las demás ventanas, pero pudo ver un mobiliario escaso y viejo, y una espesa capa de polvo por todas partes.

—Aquí no —dijo—. Jamás utilizo esta parte del edificio.

Ella le precedió y él la siguió a través de largos pasillos a una espaciosa habitación del lado opuesto de la casa. Aquí las ventanas daban al mar, y el sol inundaba la estancia. Sus muebles, al igual que los que había en la entrada, eran pobres pero limpios. Unas gruesas, si bien un tanto deterioradas alfombras, mostraban restos de un pasado esplendor. Había también un biombo de cuero español, y gran profusión de macetas y flores.

—Tomará usted el té conmigo —dijo como para reafirmar la sinceridad de su acogida—. Es un té excelente y está hecho, además, a la inglesa, con agua hirviendo.

Salió un instante a la puerta y dio unas cuantas órdenes en español. Después volvió y se sentó en un sofá frente a su invitado. Por primera vez, el señor Satterthwaite pudo fijarse en su apariencia.

La primera impresión que recibió fue la de sentirse más arrugado y viejo que nunca ante el contraste con aquella vigorosa personalidad. Era una mujer alta, bronceada por el sol, atractiva aunque ya no joven y su presencia iluminaba el lugar con un brillo que desaparecía al ausentarse, y de ella emanaba una curiosa calidez y viveza que en aquellos momentos empezaba a embargar al señor Satterthwaite, que se reanimaba por momentos con la fruición del que extiende sus manos ateridas ante un confortante fuego. Y pensó: Tiene tanta vitalidad, que todavía le sobra para repartirla sobre los demás.

Recordó el acento autoritario de su voz al obligarle a detenerse en el jardín y, por un instante, deseó que ojalá su protegida, Olga, poseyera algo de aquella fuerza. ¡Qué Isolda sería! Sin embargo, seguro que aquella mujer no estaba dotada de la más mínima voz para cantar. La vida reparte sus dones de forma bien equivocada. De todos modos, se sentía en aquellos momentos un tanto acobardado. No le gustaban las mujeres dominantes.

Ella, por otra parte, le observaba con la barbilla apoyada en la palma de una de sus manos. Al fin hizo un gesto como de haber llegado a una determinación.

—Me alegro de que haya usted venido —dijo—. Necesitaba desesperadamente alguien con quien hablar esta tarde. Y a usted creo que le gusta la idea también.

—No la comprendo.

—Me refiero a que la gente le hable de cosas. Ya sabe lo que quiero decir. ¿Por qué negarlo?

—Pues bien, sí, es posible...

Sin tener en cuenta lo que el señor Satterthwaite hubiese querido decir, ella prosiguió:

—Se le puede contar a usted cualquier cosa. Porque tiene usted alma femenina. Sabe cómo sentimos, cómo pensamos y las extravagancias que somos capaces de cometer las mujeres.

Calló de pronto. El té fue servido por una sonriente y corpulenta criada española. Era un delicioso té. De China, sin duda. El señor Satterthwaite lo saboreó con deleite.

—¿Vive usted aquí? —preguntó por decir algo.

—Sí.

—Pero no por completo. La casa está generalmente cerrada, ¿no es así? Eso es, por lo menos, lo que he oído decir.

—Paso aquí una gran parte de mi tiempo. Más de lo que muchos se figuran. Solo uso estas habitaciones.

—¿Y hace mucho que ocupa la casa?

—La casa ha sido de mi propiedad estos últimos veintidós años y viví además otro año en ella antes de adquirirla.

El señor Satterthwaite comentó tontamente (o al menos así se lo pareció):

—Un largo tiempo.

—¿El año o los veinte años?

El interés del señor Satterthwaite se acrecentó. Contestó con gravedad:

—Eso depende...

Ella asintió.

—Usted lo ha dicho: depende. Son dos períodos distintos y nada tienen que ver el uno con el otro. ¿Cuál de ellos es el largo y cuál el corto? Ni yo misma podría decírselo en este momento.

Permaneció unos instantes pensativa. Luego añadió con una breve sonrisa:

—¡Hace tanto tiempo que no hablo con nadie... tanto tiempo! No pretendo disculparme. Usted se acercó a mis postigos y los abrió con el afán de curiosear. Es lo que siempre hace, ¿no es así? Apartar el postigo y mirar por la ventana la vida real de la gente, si se lo permiten. A veces

no le dejan. Debe de ser difícil intentar ocultarle nada a usted. Se pondría usted a pensar... a pensar... y acabaría por dar con la verdad.

El señor Satterthwaite sintió un peculiar impulso de mostrarse sincero.

—Tengo sesenta y nueve años —dijo—, y todo cuanto sé de la vida lo debo a experiencias ajenas. A veces, me resulta muy amargo y, sin embargo, gracias a eso, he aprendido mucho.

Ella asintió pensativamente.

—Lo sé. La vida es muy peculiar. No puedo ni siquiera imaginarme lo que debe uno sentir cuando se es un mero espectador.

Su tono era de extrañeza. El señor Satterthwaite sonrió.

—No. No puede usted imaginárselo. Su puesto está en el centro de la escena y su papel ha de ser siempre el de una *prima donna*.

—Curiosa comparación.

—Pero no por eso menos cierta. A usted han debido ocurrirle muchas cosas en la vida y posiblemente continúan ocurriéndole. Alguna de ellas, me parece, algo trágica. ¿Me equivoco?

La dama entornó los párpados y miró con fijeza al señor Satterthwaite.

—Si permanece usted aquí el tiempo suficiente —dijo—, alguien le hablará del nadador inglés que se ahogó al pie de esas rocas. Le dirán lo joven, fornido y atractivo que era. Y le dirán también que su joven esposa presenció su agonía asomada todo el tiempo al borde del acantilado.

—Sí, he oído ya toda esa historia.

—Ese hombre era mi marido. Ésta era su villa. Me trajo aquí cuando apenas contaba yo dieciocho años y un año después murió arrastrado por las olas hacia las rocas, destrozado hasta morir.

El señor Satterthwaite no pudo reprimir una dolorosa exclamación. Ella se inclinó hacia delante y continuó mirándolo con ojos que brillaban como ascuas.

—Usted me habló hace un momento de tragedias. ¿Concibe usted alguna más horrible que esto? ¿La de una joven esposa, casada solo un año antes, que ha de asistir impotente a la lucha

por su vida del hombre que ama... y perderlo de un modo horrible?

—¡Terrible! —dijo el señor Satterthwaite vivamente emocionado—. No creo que pueda concebirse nada más espantoso.

De repente, ella soltó la carcajada con la cabeza echada hacia atrás.

—¡Pues está usted equivocado! —exclamó—. Hay todavía una cosa más terrible, mucho más terrible, y es esa misma joven esposa que desea con fervor que su marido no salga con vida del mar....

—¡Pero Dios mío! —exclamó el señor Satterthwaite—. Supongo que no querrá usted decir...

—Sí, lo digo. Eso fue lo que ocurrió en realidad. Me arrodillé allí, al borde del acantilado, y recé. Los criados españoles creían que rezaba por su salvación, pero no fue así. Rezaba para que Dios acudiese en mi ayuda. Una y otra vez brotaba de mis labios la misma súplica: «¡Dios mío, no permitas que desee su muerte! ¡Dios mío, no permitas que desee su muerte!». Pero era en vano. Continuaba deseándola... deseándosela, hasta que al fin mi deseo se convirtió en realidad.

Guardó silencio durante uno o dos minutos y después prosiguió muy suavemente, en un cambio radical del tono de voz:

—Es terrible, ¿no es verdad? Es de esas cosas que no pueden olvidarse jamás. Fui terriblemente feliz cuando supe que había muerto y qué no volvería ya nunca más a atormentarme.

—¡Hija mía! —exclamó emocionado el señor Satterthwaite.

—Era demasiado joven para que me ocurriera una cosa así. Son experiencias propias para gente madura que está en edad de poder resistir los accesos... de bestialidad. Nadie conocía su verdadero carácter. Yo misma le creí un perfecto caballero el día que le conocí y me sentí orgullosa y feliz cuando pidió mi mano. Pero las cosas no tardaron en estropearse. Yo era el blanco de su irritación... nada de lo que hacía le complacía, aunque me esforzara al máximo. Después empezó a zaherirme y especialmente a aterrorizarme. Esto era lo que más le divertía. Utilizaba toda clase de medios... cosas espantosas. No es preciso que se las explique. Ahora creo que debía estar loco. Yo estaba sola aquí, en su poder, y la crueldad se convirtió en su entretenimiento favorito —Sus ojos se ensombrecieron y su voz se tornó ronca—. Lo peor fue lo de mi bebé. Iba a tener un bebé que, por culpa de algunas cosas que me hacía, nació muerto. ¡Pobre hijo mío! Por poco no le seguí yo también. ¡Ojalá hubiera sido así!

El señor Satterthwaite intentó hablar, pero solo salieron de su boca unos sonidos inarticulados.

—Después llegó mi liberación en la forma que ya le he relatado. Algunas jóvenes que se hospedaban en el hotel picaron su amor propio. Así fue como ocurrió. Todos los españoles le dijeron que era una locura intentar desafiar el mar en aquel punto, pero su vanidad pudo más que él, quería lucirse. Y yo le vi ahogarse... y me alegré. Creo que fue Dios quien permitió que las cosas sucediesen de ese modo.

El señor Satterthwaite extendió una de sus apergaminadas manos, que ella estrechó con efusión casi infantil. La madurez parecía haber desaparecido de su rostro y sus facciones adquirieron unos instantes la tersura de la juventud. Adivinó cómo debió haber sido a los diecinueve años.

—Al principio, creí que todo aquello había sido un sueño. La casa era mía y podía vivir en ella sin temor a que nadie volviera a hacerme daño. Yo era huérfana, sin parientes cercanos de ninguna clase, y nadie, por lo tanto, se interesaría en saber qué había sido de mí. Esto simplificaba las cosas. Seguí viviendo aquí, en esta villa, y me pareció el paraíso. Nunca fui tan feliz como entonces, ni volveré a serlo. Despertarme sólo para ver que no pasaba nada, sin dolor, sin terrores, sin la angustia de lo que podía ocurrirme a continuación. Sí, aquello era el paraíso.

Hizo una larga pausa. El señor Satterthwaite preguntó:

—¿Y después?

—Supongo que es condición de los humanos no estar nunca satisfechos con lo que tenemos. Al principio, bastó la libertad. Después.... bueno, empecé a encontrarme sola. Volví a pensar en la muerte de mi bebé. ¡Si por lo menos tuviera a mi hijo!, pensé. Lo necesitaba. No sólo como hijo, sino como algo con qué entretenerme. Suena un poco infantil, ¿verdad? Pero era así.

—Lo comprendo —asintió gravemente el señor Satterthwaite.

—Es difícil explicar lo que vino después. Admitamos simplemente que sucedió porque tenía que suceder. Un joven inglés estaba hospedado en el hotel. Un día, por equivocación, entró en el jardín. Yo vestía un traje típico del país y me tomó por una española. Me hizo gracia la equivocación y continué la farsa. Su español era muy malo, pero conseguía hacerse entender. Le dije que la villa pertenecía a una señora inglesa que se encontraba de viaje y que era ella quien me había enseñado el poco inglés que sabía. Lo hablé mal a propósito ¡Fue tan divertido todo aquello! Empezó a cortejarme y convinimos en hacernos la ilusión de que la casa era nuestro hogar, que acabábamos de casarnos y pensábamos quedarnos a vivir en ella. Le sugerí que probáramos a entrar por una ventana con postigos, precisamente la que usted escogió esta tarde. Estaba abierta. Entramos en una habitación un tanto descuidada y cubierta de polvo. Nos dejamos llevar por lo incitante de la aventura. Fue excitante y maravilloso. Hacíamos ver que era nuestra casa...

De pronto, se detuvo y dirigió una suplicante mirada al señor Satterthwaite.

—Todo aquello era tan encantador... como un cuento de hadas. Y lo curioso del caso para mí es que nada de aquello era verdad. No era real.

El señor Satterthwaite asintió. La veía quizá con más claridad que ella se viera a sí misma: una pobre muchacha sola, llena de miedo, convencida de que nada malo iba a ocurrirle por tratarse de algo que no era real.

—Era un hombre como tantos que iba en busca, sin duda, de una aventura, pero dulce y apasionado al propio tiempo. Seguimos la comedia.

Volvió a mirar fijamente al señor Satterthwaite.

—¿Comprende usted bien lo que quiero decir? Seguimos aparentando que...

Hizo una nueva pausa.

—A la mañana siguiente, volvió a la villa. Le vi a través de las persianas de mi cuarto. No se imaginaba ni siquiera que yo pudiese estar dentro. Seguía creyéndome una sencilla muchacha española del campo y no cesaba de mirar a su alrededor como buscando a alguien. Me había pedido volver a verme y yo le había dicho que sí, pero, en realidad, no era sincera. Siguió paseándose por el jardín con aire preocupado. Creo que pensaba en mí. Era agradable que alguien se preocupara por mí. Era muy simpático...

Volvió a detenerse.

—Al día siguiente, abandonó el pueblo y nunca más he vuelto a saber de él. Mi hijo nació nueve meses después y mi felicidad entonces llegó a ser completa. ¡Ser madre sin complicaciones y sin nadie a mi lado que pudiese herirme o hacerme sentir miserable! Me hubiese gustado conocer su nombre de pila. Se lo habría puesto al niño. Parecía ingratitud no hacerlo así. Me había dado lo que yo más ansiaba en el mundo y ni siquiera llegaría a enterarse de su existencia. Me consolaba, sin embargo, la idea de que quizá él no lo vería de ese modo y que saberlo solo le preocuparía y molestaría. Yo no debía haber sido más que un mero pasatiempo para él.

—¿Y el niño? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Una maravilla. Le puse el nombre de John. Ojalá pudiera verle usted. Tiene veinte años y estudia la carrera de ingeniero de minas. Ha sido para su madre el mejor hijo y el más amoroso que pueda usted concebir. Tuve que decirle que su padre había muerto antes de su nacimiento.

El señor Satterthwaite se quedó contemplándola. Una curiosa historia, pero incompleta. Faltaba algo. Algo que indudablemente ella no había querido decir.

—Veinte años son muchos años —dijo reflexivamente—. ¿No ha acariciado usted nunca la idea de volverse a casar?

Como contestación hizo un gesto negativo con la cabeza. Un vivo rubor se extendió lentamente por sus broncíneas mejillas.

—¿Le bastó el consuelo del niño durante todo ese tiempo?

Ella se le quedó mirando. Sus ojos parecían haber dulcificado su expresión.

—¡Suelen suceder cosas tan raras! —murmuró—. ¡Tan raras que difícilmente llegaría usted a creerlas! Por más que... ¿quien sabe? Yo no amaba al padre de John. Al menos en aquel entonces. No sabía, en realidad, qué era el amor. Así es que creí que el niño se parecería a mí. Pero me engañé. Podría muy bien haber pasado por el hijo de cualquier otra. En cambio, es igual que su padre, no se parece a nadie más que a su padre. Tanto es así que creo que a través del hijo aprendí a conocer a aquel hombre. Hoy le quiero. Es más, le querré siempre. Usted podría decir que es mi imaginación, que me he fabricado un ideal, pero no es así. Amo al hombre real, su verdadera humanidad. Le reconocería al instante si le volviese a ver mañana, aunque hayan pasado veinte años desde que nos vimos. Amarle me ha transformado en una mujer. Le quiero con el amor que una mujer pueda llegar a sentir por un hombre. He vivido queriéndole durante veinte años y moriré queriéndole.

Se detuvo de súbito y se volvió, mirando retadoramente a su interlocutor.

—¿Cree usted acaso que estoy loca por decir estas cosas extrañas?

—¡Por Dios, hija mía! —exclamó cariñosamente el señor Satterthwaite, apoderándose de nuevo de una de sus manos.

—¿Usted me comprende?

—Del todo. Pero hay algo más, ¿verdad? Algo que aún no me ha dicho.

—Sí, hay algo más. Ha sido usted astuto en adivinarlo. No me engañé al figurarme que era usted de esos hombres a quienes difícilmente se les puede ocultar nada. Pero no se lo digo y la razón es sólo que es mejor para usted que no lo sepa.

Al decirlo, sostuvo serenamente la mirada que el señor Satterthwaite le dirigió.

Éste se dijo para sí: Ésta es la prueba. La clave del enigma está en mi mano y solo a mí me corresponde la tarea de descifrarlo. Si uso bien la lógica, no tardaré en conocerlo.

Hubo un silencio que el señor Satterthwaite rompió, hablando con lentitud:

—Algo va mal.

Vio un ligero estremecimiento en los párpados de ella, que le dio a entender que se encontraba sobre la verdadera pista.

—Algo va mal —volvió a repetir—, algo ha debido ocurrir de repente después de estos años.

Sintió como si caminase a tientas por los oscuros rincones de aquel corazón, donde yacía enterrado el secreto que vanamente trataba de ocultar.

—El muchacho. Es algo relacionado con él. Usted no se preocuparía por ninguna otra cosa.

Oyó el leve suspiro que se escapó de su pecho revelándole que había acertado. Era cruel lo que hacía, pero absolutamente necesario. La lucha entre dos voluntades. Ella tenía un carácter dominante y despiadado, pero él también lo tenía. Y él contaba con la certeza inspirada por el Cielo de estar haciendo lo que debía. Sentía en aquel momento un olímpico desdén por aquellos cuya única misión consistía en la vulgaridad de descifrar los detalles de un crimen normal. Esta habilidad detectivesca de su mente, este continuo recopilar datos, este sondeo constante de la verdad, ese regocijo que conduce a la meta deseada... Su misma obstinación en ocultarle la verdad le sería de ayuda. Sintió cómo se erguía desafiante a medida que se acercaba más y más a la solución del enigma.

—Dice usted que es mejor que yo no lo sepa. ¿Mejor para mí? Me sorprende. No es usted una mujer que acostumbre a guardar grandes consideraciones a los demás, ni de las que vacilan en poner a un extraño en un grave aprieto. Es más que eso, ¿verdad? De contarme la verdad, me convertiría usted en su cómplice antes de consumar el hecho. Eso suena a algo así como un crimen. ¡Fantástico! No puedo asociar un crimen con usted. Un crimen de especie única. Un crimen contra su propia persona.

Instintivamente ella bajó los ojos y el señor Satterthwaite se inclinó hacia ella y la cogió por las muñecas.

—¡Entonces es eso! ¿Está usted pensando en quitarse la vida?

Ella lanzó un leve grito.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Por qué, pregunto yo? No me dirá que está cansada de la vida, pues jamás vi una mujer menos cansada y tan radiantemente viva como usted.

Ella se levantó y se dirigió a la ventana, echando hacia atrás, con un brusco gesto de cabeza, una rebelde guedeja que le caía sobre la frente.

—Puesto que ha logrado usted adivinar tanto, creo innecesario seguir guardando el secreto. Mi equivocación fue haberle dejado entrar esta tarde. Debí suponerme que acabaría usted por saber demasiado. Es de esa especie de personas. Tenía usted razón en la causa. Es por mi hijo. Él no sabe nada. Pero la última vez que estuvo en casa, habló fingida y trágicamente de lo ocurrido a un amigo suyo y sus palabras me revelaron su modo de pensar. Si algún día llegara a enterarse de que es un hijo ilegítimo, se le rompería el corazón. Es orgulloso, ¡tremendamente orgulloso! Me he enterado, además, de que hay una muchacha de por medio. Me ha anunciado su vuelta para pronto y desea saber más detalles acerca de su padre. ¿Cómo entrar en cierta clase de detalles? Los padres de la chica, naturalmente, desean informarse. Cuando descubra la verdad, romperá con ella y su vida se arruinará. Ya sé lo que dirá usted. Que sería un loco y un testarudo si se tomase las cosas así. Es cierto, pero ¿qué se adelanta con saber cómo debería ser? Lo único que sé es que es como es y que el conocimiento de la verdad destrozará su corazón... Pero si antes de su llegada ocurriese un accidente, quizá todo se disolvería con el llanto por mi recuerdo. Rebuscaría en los papeles y, al no encontrar nada en ellos, se limitaría a sentirse un tanto molesto contra mí por haberle contado tan poco. Pero jamás sospecharía la verdad. Es la mejor solución. Como todas las cosas, la felicidad tiene su precio. Yo he sido tan feliz... enormemente feliz... y el precio a pagar será muy pequeño. Un poco de valor, un pequeño salto... y quizá unos breves momentos de angustia.

—Pero, querida mía...

—No discuta —dijo volviéndose repentinamente contra él—. No acepto argumentos convencionales. Mi vida es mía. Hasta hoy la conservé... por John. Ya no la necesita. Quiere una compañera y en ella concentrará sus afectos cuando yo ya no me encuentre aquí. Mi vida es inútil pero mi muerte será de provecho para él. Me asiste, pues, el derecho a hacer de mi vida lo que mejor me plazca.

—¿Está usted segura?

La gravedad con que el señor Satterthwaite pronunció estas palabras la sorprendió y contestó:

—Mi vida es ya del todo inútil y... nadie como yo para juzgar este asunto.

Él volvió a interrumpirla.

—No necesariamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Escuche. Le expondré un caso. Un hombre llega a cierto lugar... digamos que a cometer un suicidio. Pero da la casualidad de que allí encuentra a otro hombre y, en vista del contratiempo, decide renunciar de momento a sus planes y volver... a la vida. El segundo hombre ha salvado la vida del primero, no porque le fuera necesaria su presencia, ni porque ocupase un lugar prominente en su vida, sino meramente por el hecho físico de haberse encontrado en un determinado lugar y a una hora también determinada. Usted se quita hoy la vida y quizá cinco, seis o siete años después, otra persona la perderá o caminará hacia el desastre por la simple razón de no haberse encontrado usted allí. Pudiera tratarse de un caballo desbocado que se desvía bruscamente ante su presencia, evitando así que caiga sobre un pobre niño que juega inadvertidamente junto a la acera. ¿Quién puede afirmar que aquel niño no podría haberse convertido en un gran músico o en el descubridor de la vacuna contra el cáncer? O algo menos melodramático: podría convertirse en una persona feliz y normal...

Ella le miró con fijeza.

—Es usted un hombre extraño. Dice usted cosas en las que jamás se me ocurrió pensar.

—Dice usted que su vida es suya —prosiguió el señor Satterthwaite—, ¿pero osaría usted ignorar la posibilidad de que estuviese usted tomando parte en un gigantesco drama dirigido por el dedo de la Providencia? Quizá el papel que a usted le corresponde desempeñar no sea hasta el final de la obra, un papel poco importante, solo de figurante, pero de lo acertado y oportuno de su intervención pudiese depender el éxito o el fracaso de otro actor. El edificio entero de la vida es un auténtico entramado. Usted, individualmente hablando, puede no significar nada para nadie en el mundo, pero usted, como persona presente en un determinado lugar, puede ser de importancia inimaginable.

Ella se sentó sin dejar de mirarle.

—¿Qué quiere usted que haga? —dijo con sencillez.

El momento del triunfo había llegado para el señor Satterthwaite. Procedió a dar órdenes.

—Quiero que al menos me prometa una cosa. Que no tomará usted ninguna determinación al menos durante un plazo de veinticuatro horas.

Permaneció en silencio unos momentos y al fin contestó:

—Se lo prometo.

—Deseo además pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Deje usted descorrido el pestillo de la ventana por la que he entrado y monte usted guardia en ella esta noche.

Lo miró sorprendida, pero asintió.

—Y ahora —dijo el señor Satterthwaite, consciente de lo que no tardaría en ocurrir—, creo que debo marcharme. Dios la bendiga, querida mía.

Se retiró con cierto embarazo. La fornida sirvienta española le salió al encuentro en el pasillo y le abrió una puerta lateral después de mirarle con curiosidad todo el rato.

Era ya casi de noche cuando llegó al hotel. Sentada en la terraza, había una solitaria figura. Hacia ella se encaminó. Estaba excitado y con el corazón que parecía saltársele del pecho. Tenía el convencimiento de que la solución de la partida estaba ahora en sus manos. Un movimiento en falso y...

Trató, sin embargo, de ocultar su emoción y hacerse el encontradizo con Anthony Cosdon.

—¡Hermosa noche! —observó—. Llegué a perder la noción del tiempo sentado junto al acantilado.

—¿Ha estado usted todo este tiempo allí?

El señor Satterthwaite hizo un gesto afirmativo. La puerta giratoria se abrió para dar paso a alguien y un haz de luz alumbró las facciones de Cosdon, iluminando claramente las huellas de su mudo sufrimiento y su angustiosa espera.

El señor Satterthwaite pensó para sí: Sufre más de lo que yo hubiera sufrido en su caso. ¡Lo que puede la imaginación, la conjetura y la especulación! No es difícil, si se quiere, poner coto a la expansión del dolor. Pero el sufrimiento ciego e instintivo de un animal debe ser algo terrible.

Cosdon habló súbitamente con voz ronca.

—Voy a dar un paseo después de cenar. Usted sabe lo que quiero decir. A la tercera va la vencida. ¡Por lo que usted más quiera, no vuelva a inmiscuirse en mis asuntos! Yo sé que lo hace usted con la mejor intención, pero créame: es completamente inútil todo cuanto intente hacer.

El señor Satterthwaite se irguió como si intentara desperezarse.

—No acostumbro a meterme donde no me llaman —dijo como queriendo quitarle importancia a lo que en realidad era en aquellos momentos la única finalidad de su existencia.

—Sé lo que piensa usted...

Intentó proseguir, pero fue interrumpido de nuevo por el señor Satterthwaite.

—Siento mucho no poder participar de su opinión —dijo—. Nadie puede saber lo que otra persona piensa. Quizá puedan imaginárselo, pero la mayoría de las veces se equivocarán.

—Quizá sea como usted dice —hubo de admitir Cosdon, aun persistiendo en la duda.

—El pensamiento, es privativo de uno solo —continuó su compañero—. Nadie puede tampoco alterar ni influir en el uso que pueda usted hacer de él. Y hablando ahora de cosas más agradables... de esa vieja villa, pongo por caso. Tiene un encanto peculiar. Tan solitaria, tan apartada del mundo, guardando solo Dios sabe qué impenetrable misterio. No pude contener un irresistible impulso. Intenté abrir uno de sus postigos.

—¿Ah, sí? —dijo Cosdon, volviendo súbitamente la cabeza—. Estaría cerrada, como es natural.

—No —contestó el señor Satterthwaite con intención—. ¡Es curioso! ¡Estaba abierta! —Y añadió misteriosamente, como remachando el clavo—: La tercera ventana empezando por el final.

—¿Cómo...? —estalló más que dijo Cosdon—. Ésa fue precisamente...

No terminó la frase. Pero el señor Satterthwaite había visto la luz que flameó un instante en sus pupilas y se levantó satisfecho.

Quedaba todavía un asomo de duda y ansiedad en su interior. Empleando su favorita metáfora teatral, confiaba en haber recitado sus líneas correctamente. Eran unas líneas de importancia capital.

Pero al reflexionar de nuevo, su apreciación artística quedó satisfecha. A su paso en dirección al acantilado, Cosdon no podría resistir la tentación de abrir aquella ventana. No estaba en la naturaleza humana resistir semejante tentación. El imborrable recuerdo de algo que hizo palpitar su corazón veinte años atrás le hizo volver al mismo lugar. Ese mismo recuerdo le impulsaría a acercarse a la ventana. Después...

—Lo sabré mañana por la mañana —dijo el señor Satterthwaite, dirigiéndose, como tenía por costumbre, a cambiarse para la cena.

Debían de ser ya las diez de la mañana cuando el señor Satterthwaite entró de nuevo en el jardín de La Paz. Manuel le recibió con su acostumbrada sonrisa, su ceremonioso «buenos días» y su consabido capullo de rosa, que el señor Satterthwaite se apresuró a colocarse en el ojal de la solapa. Después se encaminó hacia la casa y se quedó frente a ella contemplando sus blancos muros, sus floridas enredaderas y sus descoloridas y mudas persianas. Todo tan silencioso. Tan apacible. ¿Habría sido todo ello un sueño?

Pero en aquel momento, una de las ventanas se abrió y la dama que absorbía los pensamientos del señor Satterthwaite salió de la casa. Se encaminó hacia él con un paso vivo y eufórico, como si se sintiera impulsada por una triunfal exaltación. ¡Le brillaban los ojos y cubría sus mejillas un vivo arrebol! Parecía como una de esas alegorías del gozo que se encuentran esculpidas en los frisos. No mostraba la más mínima duda, vacilación o temblor. Al llegar junto al señor Satterthwaite, le echó los brazos al cuello y le besó, no una, sino repetidas veces. Un manojo de grandes rosas frescas y aterciopeladas, así fue como recordó después la caricia. Luz, primavera, gorjeo de aves, esa era la atmósfera en que se sintió envuelto. Calor, satisfacción, inusitado vigor.

—¡Si usted supiera lo feliz que soy! —murmuró—. Pero ¿cómo se enteró usted? Es usted como uno de esos bondadosos magos de que nos hablan los cuentos de hadas.

Se detuvo como sofocada por la inmensa emoción que sentía en aquellos momentos.

—Hoy mismo iremos a ver al cónsul y nos casaremos sin pérdida de tiempo. Cuando John venga, encontrará a su padre aquí. Le diremos que hubo un malentendido entre nosotros en el pasado. Le conozco. No hará preguntas. ¡Oh! ¡Soy tan feliz... tan feliz!

Como olas que rompen embravecidas el muro que las contiene, así se desbordaba la dicha de aquella mujer, envolviendo con su cálida y alborozada corriente al propio señor Satterthwaite.

—¡Es tan maravilloso que Anthony haya sabido que tiene un hijo! Jamás me figuré que este hecho hubiera de producirle tanta emoción. —Y añadió, mirando confidencialmente a los ojos del señor Satterthwaite—: ¿No le parece extraño que las cosas puedan resolverse al fin de un modo tan maravilloso?

Esta pregunta acabó por completar la visión que hasta aquí tuviera de aquella mujer. Una niña, aún una niña. Con la ilusión de creer en los finales de los cuentos de hadas en que los personajes principales acaban siempre «viviendo felices para siempre jamás».

Y añadió con dulzura:

—Si usted consigue que ese hombre sea feliz durante estos últimos meses, habrá hecho una gran obra.

Ella le miró sorprendida, con los ojos muy abiertos.

—¡Oh! —contestó—. No supondrá usted que voy a dejarle morir cuando vuelve a mí después de tan largos años de separación, ¿verdad? He conocido a muchos desahuciados por los médicos que hoy están llenos de vida. ¿Morir? ¡Por supuesto que no va a morir!

Se la quedó mirando unos instantes. ¡Qué belleza! ¡Qué fuerza! ¡Qué vitalidad! ¡Qué indomable energía! Él mismo sabía que muchos médicos se habían equivocado. No sabemos nunca la importancia que puede tener en la vida el factor personal.

Ella volvió a repetir, con un deje de burla y regocijo:

—No creerá usted que voy a dejarle morir ahora, ¿verdad?

—No —contestó al fin con convencimiento el señor Satterthwaite—. De algún modo, querida mía, no creo que le deje.

Y sin mediar más palabras, se alejó a lo largo del paseo de cipreses en dirección al lugar desde donde podía dominarse el mar. Encontró sentado en él precisamente a la persona que esperaba ver. El señor Quin se levantó y estrechó su mano. Seguía siendo el mismo de siempre: alto, moreno, melancólico y sonriente.

—¿Me esperaba usted? —preguntó.

—Sí, le esperaba —respondió el señor Satterthwaite.

Se sentaron uno junto al otro.

—A juzgar por la expresión de su cara, tengo la impresión de que ha estado usted desempeñando de nuevo el papel de la Providencia —se adelantó a decir el señor Quin.

El señor Satterthwaite le miró con expresión de reproche.

—¡Como si usted no lo supiera de antemano!

—Siempre me acusa usted de omnisciente —dijo sonriendo el señor Quin.

—Si nada sabía, ¿por qué estaba usted aquí anteayer por la noche? —contraatacó el señor Satterthwaite.

—¡Ah! Eso...

—¡Sí, eso...!

—Tenía una misión que cumplir.

—¿Para quién?

—Usted me ha calificado a veces con el pintoresco nombre de intercesor de los muertos.

—¿De los muertos? —dijo el señor Satterthwaite un tanto desconcertado—. No lo entiendo.

El señor Quin señaló con un largo y huesudo dedo en dirección al abismo que había a sus pies.

—Hace veinte años se ahogó allí un hombre.

—Lo sé. Pero no veo...

—Supongamos por un momento que, a pesar de todo, aquel hombre amara a su joven esposa. El amor puede hacer de los hombres ángeles o demonios. Ella sentía por él nada más que una infantil adoración, pero él no encontró en ella la correspondencia que esperaba, y eso le enloqueció. Llegó a torturarla precisamente porque la amaba. Son cosas que ocurren. Lo sabe usted tan bien como yo.

—Sí —admitió el señor Satterthwaite—. He visto casos semejantes. Pocos, por fortuna. Muy pocos.

—Y habrá usted visto también, y esto con mayor frecuencia, que existe algo que llamamos remordimiento que impulsa a veces, y a toda costa, a hacer las debidas reparaciones.

—Sí, pero en este caso la muerte se adelantó...

—¡La muerte! —interrumpió el señor Quin con un ligero deje de desdén en su voz—. Usted cree en la prolongación eterna de nuestras vidas, ¿no es verdad? ¿Quién le dice a usted que no sean las mismas ansias, los mismos deseos, los que persistan en nosotros en el Más Allá? Si el deseo es suficientemente fuerte y sincero, el mensajero encargado de cumplirlo no dejará de acudir.

La voz se apagó en su garganta.

El señor Satterthwaite se levantó, acometido por un temblor.

—Tengo que regresar al hotel —dijo—. ¿Va usted por el mismo camino?

El señor Quin hizo un movimiento negativo.

—No —contestó—. Debo volver al lugar de donde procedo.

Cuando el señor Satterthwaite se volvió para mirar por encima del hombro, vio a su amigo

12

EL SENDERO DE ARLEQUÍN

El señor Satterthwaite nunca supo a ciencia cierta cuál fue la razón que le impulsó a permanecer en casa de los Denman. En primer lugar no eran de su clase. Es decir, no pertenecían ni al gran mundo ni a los no menos interesantes círculos artísticos. Eran simplemente unos filisteos y, aun entre estos, de los más aburridos. El señor Satterthwaite los había conocido en Biarritz, había aceptado su invitación de pasar unos días con ellos y, a pesar de morirse de aburrimiento en su compañía, había vuelto una y otra vez.

—¿Por qué? —Ésa era la pregunta que se hacía en ese 21 de junio mientras se alejaba de Londres en su Rolls-Royce.

John Denman era un hombre de unos cuarenta años y una figura sólidamente establecida y respetada en el mundo comercial. Sus amigos no eran ciertamente los amigos del señor Satterthwaite y sus ideas lo eran menos aún. Era un hombre inteligente en su profesión, pero desprovisto enteramente de imaginación.

—¿Por qué lo hago? —El señor Satterthwaite volvió a repetirse la pregunta y la única contestación que obtuvo fue tan vaga y absurda que casi estuvo a punto de rechazarla: porque la única razón que se le ocurría era que una de las habitaciones de la casa (una casa cómoda y lujosamente amueblada) despertaba su curiosidad. Esa habitación era precisamente el propio gabinete de la señora Denman. Difícilmente podría expresar éste el carácter de la persona que lo ocupaba, puesto que a juicio del señor Satterthwaite, no lo tenía. Nunca había conocido a una mujer tan absolutamente inexpresiva. Tenía entendido que era rusa de nacimiento. John Denman había estado en Rusia al comienzo de la primera guerra europea, había luchado en el ejército ruso, había escapado por poco con vida al estallar la revolución y había vuelto con una joven rusa, una refugiada sin dinero. A pesar de la fuerte desaprobación de sus padres, se había casado con ella.

La habitación de la señora Denman no tenía nada de particular. Estaba lujosa y sólidamente amueblada con piezas Hepplewhite, de un aspecto más bien masculino que femenino. Pero en él había un objeto incongruente: un biombo chino lacado de tonos amarillos, crema y rosa pálido que cualquier museo se hubiera enorgullecido de poseer. Era digno de un coleccionista por lo raro y lo magnífico.

Estaba fuera de lugar en aquel ambiente genuinamente inglés. Hubiese sido la nota destacada de la habitación de haber armonizado con el conjunto. Pero esto no era suficiente motivo para

que el señor Satterthwaite pudiera acusar a los Denman de falta de gusto. El resto de la casa podía considerarse como irreprochable.

Meneó la cabeza. El objeto, por trivial que pudiese parecer, le intrigaba. Era la verdadera causa de que volviera a esta casa una y otra vez. Quizá se debía únicamente a la fantasía de la mujer, una solución que no le satisfacía al pensar en la señora Denman, una señora reposada, de duras facciones y que hablaba inglés con tal corrección que nadie hubiese sospechado que se trataba de una extranjera.

Llegado al punto de destino, se apeó bulléndole todavía en la cabeza la idea del biombo chino. El nombre de la casa de los Denman era Ashmead. Ocupaba una extensión de cinco acres en Milton Heath, que está solo a unas treinta millas de Londres y se eleva a unos cien pies sobre el nivel del mar, y cuya población está, en su mayor parte, compuesta por gentes de condición acomodada.

El mayordomo recibió al señor Satterthwaite con su acostumbrada suavidad. Le anunció que el señor y la señora Denman habían salido para un ensayo, pero que habían dejado el encargo de que el señor Satterthwaite dispusiera a su antojo de la casa hasta su vuelta.

El señor Satterthwaite asintió y, haciendo uso del ofrecimiento, se dirigió al jardín. Después de echar un ligero vistazo a los arriates floridos, se encaminó a lo largo de un sombreado paseo y al poco rato dio con una puerta que había adosada al muro. No estaba cerrada. Pasó a través de ella y se encontró frente a un estrecho sendero.

El señor Satterthwaite miró a derecha e izquierda. Un sendero fascinante, lleno de sombra y de verdor, bordeado con altos setos, un sendero que serpenteaba grácilmente al viejo estilo. Recordaba el rótulo: ashmead, sendero de arlequín. Y también recordaba otro nombre, el local, que la señora Denman le había explicado un día.

—¡El sendero de Arlequín...! —murmuró en voz queda para sí—. Me pregunto si...

Dio la vuelta a un recodo.

No en aquel momento, pero sí después, se extrañó de no haber manifestado sorpresa al encontrarse con su elusivo amigo señor Quin. Los dos hombres se dieron un fuerte apretón de manos.

—Así que está usted por aquí —dijo el señor Satterthwaite.

—Sí —contestó el señor Quin—. Paro en la misma casa que usted.

—¿De veras?

—Sí. ¿Le sorprende?

—No —dijo lentamente el señor Satterthwaite—. Solo que... no es su costumbre permanecer largo tiempo en un mismo sitio.

—Solo el tiempo necesario —contestó gravemente el señor Quin.

—Comprendo —dijo el señor Satterthwaite.

Caminaron en silencio durante algunos minutos.

—Este sendero... —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se detuvo.

—Me pertenece —completó el señor Quin.

—Me lo supuse —añadió el señor Satterthwaite—. O al menos, debería ser así. Por más que creo entender que tiene otro nombre. Un nombre que le han dado en la localidad: el sendero de los Enamorados. ¿Lo sabía usted?

El señor Quin asintió con un gesto.

—Pero, probablemente —añadió con amabilidad—, hay un sendero de los Enamorados en cada población.

—Supongo que sí —contestó el señor Satterthwaite, exhalando un pequeño suspiro.

Se sintió de pronto viejo y descentrado, el residuo marchito y seco de lo que un día fue un hombre. A cada lado se alzaban los setos con su insultante verdor.

—¿Dónde acaba este sendero? —exclamó de pronto.

—Acaba... aquí —contestó el señor Quin.

Acababan de dar la vuelta al último recodo. El sendero terminaba en una pequeña parcela de tierra agreste donde, y casi a sus pies, se abría una profunda sima. En su fondo había latas que lanzaban vivos reflejos al ser heridas por el sol y otras demasiado oxidadas para brillar, zapatos viejos, fragmentos de periódicos y otra gran variedad de artículos, todos ellos completamente inservibles.

—Un vertedero de basura —exclamó el señor Satterthwaite, que hizo una profunda inspiración con indignación.

—Algunas veces se encuentran cosas maravillosas entre las basuras —interpuso el señor Quin.

—Lo sé, lo sé. —dijo el señor Satterthwaite, y recordó a continuación algo que le vino a la memoria—: «Tráeme las dos cosas más hermosas de la ciudad, dijo Dios...». Supongo que sabe usted lo que sigue.

El señor Quin asintió.

El señor Satterthwaite levantó la vista hacia las ruinas de una pequeña casita de campo, posada sobre el borde mismo del muro de contención que remataba el acantilado.

—Un panorama poco agradable para aquella casa —observó fijando su mirada en ella.

—No creo que esto fuese un vertedero de basuras en aquellos tiempos —dijo el señor Quin—. Creo que los Denman vivieron ahí a raíz de su casamiento. Se cambiaron a la gran residencia poco después de morir los viejos dueños. La casa se vino abajo al iniciarse los trabajos de explotación de una cantera, pero como puede ver no se llegó a hacer gran cosa en ese sentido.

A continuación, se volvieron y desandaron lo andado.

—Supongo —dijo el señor Satterthwaite sonriendo— que muchas parejas se pasearán a lo largo de este sendero en estas calurosas noches de verano.

—Es lo más probable.

—¡Enamorados! —murmuró el señor Satterthwaite con un suspiro.

Volvió a repetir la palabra pensativo y sin ese embarazo propio de los ingleses. Éste era el efecto que le producía el señor Quin.

—¡Enamorados! Es mucho lo que siempre ha hecho usted por ellos, señor Quin.

Éste inclinó la cabeza sin replicar.

—Los ha salvado usted frecuentemente del dolor y de algo peor que el dolor: de la muerte. Ha sido usted un abogado defensor de los mismos muertos.

—Está usted hablando de sí mismo, de lo que usted ha hecho, no de mí.

—Es lo mismo —insistió el señor Satterthwaite—. Y usted lo sabe muy bien —añadió sin que el otro replicara—. Usted ha actuado a través de mí. Por razones que todavía no se me

alcanzan, no toma parte directa en las cosas.

—A veces lo hago —dijo el señor Quin.

Su voz había adquirido un nuevo y extraño matiz. El señor Satterthwaite se estremeció. La tarde, pensó, debía estar refrescando ya, pero comprobó que el sol brillaba en el cielo con todo su esplendor.

En aquel momento una muchacha apareció por el recodo que había frente a ellos. Era bonita, de ojos azules y rubios cabellos, y lucía un lindo vestido de algodón color rosa. El señor Satterthwaite la reconoció. Era Molly Stanwell, a la que había conocido en visitas anteriores.

Ella agitó una mano en señal de bienvenida.

—John y Anna acaban de marcharse —exclamó—. Suponían que habría usted llegado, pero no tuvieron más remedio que acudir al ensayo.

—¿El ensayo de qué? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Esa especie de mascarada, no sé exactamente cómo la llamaría usted. Hay un poco de canto y de baile y una infinidad de cosas más. ¿Recuerda usted al señor Manly, aquel que tenía una bonita voz de tenor? Ese será el Pierrot y yo haré de Pierrette. Vienen dos bailarines profesionales para desempeñar los papeles de Arlequín y Colombina. Y hay además un buen coro de muchachas. Lady Roscheimer se dedica con tanta habilidad a enseñar a cantar a las chicas del pueblo… Se lo ha tomado muy en serio. La música es bastante bonita, aunque quizá demasiado moderna, y no entona con nada. De Claude Wickam, no sé si le conocerá usted.

El señor Satterthwaite asintió, pues como ya hemos mencionado anteriormente, consideraba su *métier* conocer a todo el mundo. Estaba enterado de las aspiraciones geniales de Claude Wickam y sabía que lady Roscheimer era una judía entrada en carnes y con gran *penchant* por la juventud de inclinaciones artísticas. También conocía a sir Leopold Roscheimer, a quien gustaba ver feliz a su esposa, sin importarle, cosa un tanto rara en un marido, el medio que esta empleara para conseguirlo.

Encontraron a Claude Wickam tomando el té con los Denman, llenándose la boca de forma indiscriminada con todo aquello que estuviese al alcance de su mano, hablando con su acostumbrada vivacidad y moviendo sus blancas manos de forma tan aparatosa que daban la sensación de hallarse desarticuladas de los brazos. Sus ojos cortos de vista, miraban a través de unas descomunales gafas con montura de concha.

John Denman, de pie, muy lejos de ninguna tendencia a la esbeltez, escuchaba con aire aburrido. Según le pareció al señor Satterthwaite, el músico le estaba haciendo partícipe de sus

diversas opiniones. Anna Denman estaba sentada tras un servicio de té, tan quieta e inexpresiva como siempre.

El señor Satterthwaite le lanzó una furtiva mirada. Alta, muy delgada, con la piel tirante sobre sus pómulos salientes, el cabello negro simétricamente partido en el medio y una piel en que ya empezaba a notarse la acción devastadora del tiempo. Una mujer amante del sol y del aire, y poco amiga por lo visto del uso de cosméticos. Una especie de muñequita holandesa de madera, sin vida y, sin embargo...

Pensó: Algo tiene que haber tras esa pretendida indiferencia. Y lo cierto es que no hay nada... ¡Esto es lo raro! ¡Sí, es muy raro!

Se volvió de pronto a Claude Wickam y dijo:

—Perdone... ¿decía usted?

Claude Wickam, a quien le gustaba oír el sonido de su propia voz, empezó a repetir su perorata.

—¡Rusia! —dijo—. ¡Ése es el único país que hoy tiene interés en el mundo! Saben experimentar. Con vidas, si usted quiere, pero experimentan. ¡Oh, eso es magnífico!

Se metió, sin ceremonia alguna, un emparedado entero en la boca y rellenó el espacio que le quedaba disponible con un pedazo de una barra de chocolate que agitaba con la otra mano.

—Tome usted, por ejemplo —siguió diciendo, con la boca llena—, el ballet ruso.

Recordando de pronto a la señora de la casa, se volvió a ella y le preguntó su opinión sobre el ballet ruso.

La pregunta era evidentemente el preludio del punto importante: lo que en realidad Claude Wickam pensaba del ballet ruso. La respuesta concisa de ella le cogió completamente desprevenido.

—Nunca lo he visto —contesto ella.

—¿Qué... ? —Se la quedó mirando con la boca abierta—. No querrá usted decir que...

La voz de la señora Denman siguió sonando acompasada e inexpresiva.

—Antes de mi boda yo fui bailarina. No es, pues, de extrañar que ahora...

—Se tome unas largas vacaciones —completó su marido.

—¡El baile...! —ella se encogió de hombros—. Conozco todos sus trucos y ya no me interesa.

—¡Oh!

Claude tardó solo un momento en recuperar su aplomo y continuó la interrumpida charla.

—Hablando de vidas —dijo el señor Satterthwaite cuando aquel hubo acabado su perorata— y de los experimentos que con ellas han hecho, la nación rusa hizo un experimento muy costoso.

Claude se volvió rápidamente hacia él.

—Ya sé lo que usted me va a decir —dijo precipitadamente—. La Kharsanova. ¡La inmortal, la única Kharsanova! ¿La vio usted bailar alguna vez?

—Tres veces —contestó el señor Satterthwaite—. Dos en París y una en Londres. Nunca la olvidaré.

Hablaba con voz casi reverente.

—También yo la vi —añadió Claude Wickam—. Tenía entonces diez años. Un tío mío me llevó a ver la representación. ¡Oh! Jamás podré olvidarla.

Lanzó un buñuelo con fuerza contra un macizo de flores.

—Hay una estatuilla de ella en el museo de Berlín —explicó el señor Satterthwaite—. Es una verdadera maravilla. Da una impresión de tal fragilidad que no parece sino que podría romperse con la uña del pulgar. La he visto haciendo de Colombina y de Ninfa en *El cisne*. ¡Era genial! —prosiguió meneando la cabeza—. Pasarán muchos años antes que vuelva a nacer una como ella. Era joven, además. Destruida, despiadada y estúpidamente, en los primeros días de la revolución.

—¡Locos! ¡Salvajes! ¡Gorilas! —aulló Wickam ahogando su voz con un sorbo de té.

—Yo estudié con la Kharsanova —dijo la señora Denman—. La recuerdo muy bien.

—¿No es verdad que era admirable? —insistió en preguntar el señor Satterthwaite.

—Sí —contestó con voz queda la señora Denman—. Era admirable.

Claude Wickam se despidió y John Denman lanzó un profundo suspiro de satisfacción que fue coreado por una sonora carcajada de su esposa.

El señor Satterthwaite asintió.

—Me figuro lo que piensa —dijo—; pero hemos de admitir, a pesar de todo, que la música que ese muchacho escribe es música.

—Si usted lo dice...—dijo Denman.

—Sin duda alguna. El tiempo que durará es otra cosa.

John Denman le miró con curiosidad.

—¿Quiere usted decir que...?

—Quiero decir que el éxito se ha presentado prematuramente, y eso es peligroso. Siempre suele ser muy peligroso —Se volvió hacia el señor Quin—. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Usted siempre tiene razón —contestó aquel.

—Subamos a mi gabinete —dijo la señora Denman—. Se está muy bien allí.

Subió la escalera, seguida de los demás. Al señor Satterthwaite se le cortó la respiración al encontrarse frente al biombo chino. Levantó la vista y se encontró con que los ojos de la señora Denman estaban fijos en él.

—Usted que es un hombre que siempre tiene razón —dijo moviendo la cabeza lentamente de arriba abajo en señal de aprobación—, ¿qué me dice de mi biombo?

El señor Satterthwaite sintió como si estas palabras envolviesen un reto y respondió tartamudeando:

—Que... que es hermoso. Más que hermoso, único.

—Tiene usted razón —era la voz de Denman la que sonó tras él—. Lo compramos en nuestros primeros tiempos de casados, por menos de la décima parte de su valor. Pero aun así, nos dejó renqueando cerca de un año. ¿Te acuerdas, Anna?

—Sí —contestó la señora Denman—. Lo recuerdo.

—En realidad, no podíamos comprarlo. Hoy hubiese sido diferente. Precisamente el otro día había un montón de lacados en venta en Christie's. Justo lo que necesitaríamos para hacer perfecta esta habitación. Todo chino. Podríamos quitar todo los demás. ¿Creerá, señor Satterthwaite, que mi esposa no quiso ni siquiera oír hablar de ello?

—Me gusta esta habitación tal como está —dijo la señora Denman.

Había una expresión curiosa en su cara. De nuevo, el señor Satterthwaite se sintió provocado y vencido. Miró a su alrededor y por primera vez se dio cuenta de la ausencia de todo detalle personal. No había retratos, ni flores, ni chucherías. No parecía la habitación de una mujer. Salvo por ese factor incongruente del biombo chino, pudiera muy bien habérsele tomado por la sala de exposición de un fabricante de muebles.

Vio que la señora Denman le miraba sonriente.

—Escuche —dijo.

Se inclinó hacia delante y por un momento su aspecto adquirió un matiz muy poco inglés, marcadamente extranjero.

—Le hablo porque sé que usted sabrá comprenderme —prosiguió—. Compramos ese biombo con algo más que con dinero, con amor. Por amor a él, porque era hermoso y único, prescindimos de otras cosas que necesitábamos. Esas otras piezas chinas de las que acababa de hablar mi marido, y que pueden lograrse solo con dinero, no las habríamos conseguido con nada de nosotros mismos.

Su marido rió.

—Sea como tú quieras —dijo aunque con un deje de irritación en su voz—. Pero no me negarás que desentona en este ambiente tan inglés. Todos estos muebles son buenos y sólidos, pero de un gusto mediocre. Un ordinario, aunque moderno, Hepplewhite.

Ella asintió.

—Inglés genuino, sólido y fuerte —murmuró suavemente.

El señor Satterthwaite la miró. Creyó adivinar un significado tras estas palabras. El salón inglés, la deslumbradora belleza del biombo... No, se le había vuelto a escapar.

—Me encontré con la señorita Stanwell en el sendero —habló en tono convencional—, y me dijo que iba a hacer de Pierrette en la función de esta noche.

—Sí —dijo Denman—, y además lo hace muy bien.

—Tiene algo torpes los pies —interpuso Anna.

—Tonterías —contestó su marido—. Todas las mujeres adolecen del mismo defecto, Satterthwaite. No pueden tolerar que se alabe a otra del mismo sexo. Molly es una muchacha preciosa y esta es la razón de que sea el blanco del odio de toda mujer.

—Hablo solo del baile —dijo la señora Denman, al parecer ligeramente sorprendida—. Es muy bonita, no lo niego, pero vuelvo a repetir que sus pies no tienen ligereza. Y no me contradigas porque yo sé lo que es el baile.

El señor Satterthwaite intervino en la conversación con sumo tacto.

—Tengo entendido que vienen dos bailarines profesionales, ¿verdad?

—Sí. Exclusivamente para el ballet. El príncipe Oranoff es quien se encargará de traerlos en su coche.

—¿Sergius Oranoff?

La pregunta surgió de los labios de Anna Denman.

—¿Lo conoces?

—Lo conocí... en Rusia.

Al señor Satterthwaite le pareció que la noticia no era acogida muy favorablemente por John Denman.

—¿Crees que te reconocerá?

—Estoy segura de que sí.

Se rió con una risa que tenía algo de triunfal. Había desaparecido de su cara aquella expresión de muñeca holandesa. Movió la cabeza con expresión de convencimiento y volvió a mirar a su esposo.

—Así pues, es Sergius quien traerá a los dos bailarines. Siempre ha sido muy aficionado al baile.

—Eso recuerdo.

John Denman habló ásperamente. Luego se volvió y abandonó la habitación. El señor Quin siguió tras él. La señora Denman se dirigió al teléfono y marcó un número. Detuvo al señor Satterthwaite con un gesto cuando este se decidía a seguir el ejemplo de los dos anteriores.

—¿Puedo hablar con lady Roscheimer? ¡Ah, es usted! Aquí Anna Denman al habla. ¿Ha llegado ya el príncipe Oranoff? ¿Qué...? ¿Qué? ¡Oh, querida!¡Qué horrible!

Escuchó unos instantes más y a continuación colgó el auricular, volviéndose al señor Satterthwaite.

—Ha habido un accidente —dijo—, y no me extraña siendo Sergius Ivanovitch quien conducía. Veo que no ha cambiado nada durante estos últimos años. La muchacha no está malherida, pero ha sufrido golpes y no estará en condiciones de bailar esta noche. El hombre ha sufrido la fractura de un brazo. Solo Sergius Ivanovitch resultó ileso. Veo que el diablo protege a sus compinches.

—¿Y qué pasará entonces con la representación?

—Exactamente, amigo mío. Habrá que tomar una resolución.

La señora Denman se sentó, pensativa. Al poco rato, volvió a levantar la vista.

—Soy una mala anfitriona, señor Satterthwaite —dijo—. No sé entretener a mis invitados.

—Por mi parte, le aseguro que no es necesario. Hay algo, sin embargo, señora Denman, que quisiera saber.

—Diga.

—¿Cómo llegó usted a conocer al señor Quin?

—Viene a menudo por aquí —contestó ella lentamente—. Creo que tiene algunas propiedades en este rincón del mundo.

—Así parece. O al menos, así pareció darme a entender esta tarde —dijo el señor Satterthwaite.

—Es... —Hizo una pausa. Su mirada se encontró con la del señor Satterthwaite—. Creo que usted le conoce mejor que yo —terminó diciendo.

—¿Yo?

—¿Me equivoco?

El señor Satterthwaite se sintió confundido. Aquella mujer perturbaba la ecuanimidad de su alma. Tuvo la sensación de que pretendía presionarle más allá de lo que estaba dispuesto a llegar, a forzarle a decir con palabras más cosas de las que la discreción le permitía en aquellos momentos.

—Usted sabe. Creo que usted sabe más de lo que pretende —dijo.

Esto era ya incienso, pero por una vez dejó de surtir el efecto apetecido. Movió la cabeza en señal de insólita humildad.

—¿Qué es lo que puede uno llegar a saber? —preguntó—. Tan poco... tan poco...

Ella asintió en silencio. Después habló sin mirarle y con voz suave y acariciadora.

—Supongamos que yo fuera a contarle algo... ¿no se reiría usted? No. Creo que no. Supongamos, pues, que para continuar uno... —se detuvo un instante—... en su profesión tuviese que recurrir a fantasías, a pretender ser alguien que no existe, a tener que imaginar a cierta persona... Esto es solo una suposición, entiéndame bien, nada más que eso. Pero si de pronto un día...

—Continúe —dijo con interés el señor Satterthwaite sumamente interesado.

—¡La fantasía se torna realidad! La cosa que una imaginó, lo imposible, lo que no podía ser ¡era real! ¿Es esto una locura? Contésteme usted, señor Satterthwaite. ¿Es una locura, o cree usted también que es posible?

—Yo... —Era extraño que fuera incapaz de articular frase alguna. Parecía que las palabras se le habían quedado pegadas en el fondo de la garganta.

—Insensateces —exclamó Anna Denman—. Desvaríos.

Se levantó y abandonó la habitación, dejando al señor Satterthwaite sin poder confesar su fe.

Cuando bajó a cenar, encontró a la señora Denman atendiendo a un señor alto y moreno que frisaba en los cuarenta años.

—Príncipe Oranoff... El señor Satterthwaite.

Los dos hombres se inclinaron ceremoniosamente. El señor Satterthwaite tuvo la impresión de haber interrumpido una conversación que por lo visto no había de reanudarse. Ninguno de los dos mostró, sin embargo, incomodidad alguna. El ruso hablaba con fluidez y naturalidad de cosas por las que el señor Satterthwaite sentía verdadera predilección. Era un hombre de refinado gusto artístico y pronto advirtieron que contaban con numerosas amistades en común. John Denman se les unió e inició el tema del accidente, Oranoff expresó un gran pesar por el accidente.

—No fue culpa mía. Es verdad que me gusta correr pero soy un buen conductor. Fue la fatalidad —dijo encogiéndose de hombros—, la dueña de nuestros destinos.

—Ahora habla el ruso que hay en ti, Sergius Ivanovitch —dijo Anna Denman.

—Y encuentra por lo visto eco en ti, Anna Mikalovna —respondió rápidamente el príncipe.

El señor Satterthwaite miró a los tres hombres, uno tras otro. John Denman, rubio, retraído, inglés; y los otros dos, morenos, delgados y curiosamente parecidos. Un recuerdo le vino a la mente. ¿Cuál era? ¡Ah, sí! ¡Ya lo tenía! El primer acto de *Las valquirias.* Siegmund y Sieglinde, ambos tan parecidos, y el extranjero Hunding. Empezaron a brotar conjeturas en su cerebro. ¿Era acaso este el motivo de la presencia del señor Quin? De una sola cosa estaba seguro. De que donde quiera que el señor Quin hiciese su aparición forzosamente había un drama. ¿Iba a ser allí? ¿Aquellos tres venerables personajes bordeaban la tragedia? Se sintió decepcionado. Había esperado algo mejor.

—¿Has dispuesto algo, Anna? —preguntó Denman—. Supongo que no habrá más remedio que suspender el festival. Te oí telefonear a los Roscheimer.

Ella movió la cabeza.

—No, no es necesario suspenderlo.

—Pero nada se puede hacer sin el ballet.

—Es verdad que no hay mascarada posible sin un Arlequín y una Colombina —admitió Anna Denman con sequedad—, pero no te preocupes, John. Habrá una Colombina. Yo.

—¿Tú?

¡Está asombrado, confundido!, pensó el señor Satterthwaite.

Ella asintió con expresión tranquila.

—No temas, John. No te defraudaré. No olvides que ésta fue mi profesión.

El señor Satterthwaite pensó: ¡Qué cosa más extraordinaria es una voz! ¡Lo que llega a decir y aun a insinuar sin decirlo! ¡Cuánto daría por saber...!

—Bien —contestó John Denman con visible disgusto—. Eso resuelve la mitad del problema. ¿Y la otra mitad? ¿La del Arlequín?

—Lo he encontrado... ¡allí!

Hizo un gesto en dirección a una puerta que acababa de abrirse y en cuyo marco apareció la esbelta figura del señor Quin. Éste contestó el gesto con una alegre sonrisa que tenía algo de asentimiento.

—¡Por el amor de Dios, Quin! —exclamó John Denman—. ¿Acaso entiende usted de esto? Nunca me lo hubiese imaginado.

—Un experto en la materia responde por el señor Quin —dijo su esposa—. El señor Satterthwaite lo respalda.

Sonrió a este y el hombrecillo no pudo por menos de murmurar:

—Sí, sí. Respondo por el señor Quin.

John Denman desvió el curso de la conversación.

—¿Saben ustedes que al festival le sigue un baile de disfraces? Una complicación. Tendremos que vestirlo, Satterthwaite.

Este movió la cabeza de un lado a otro.

—Mis años me excusan —De repente se le ocurrió una brillante idea. Cogió una servilleta y se la colgó bajo el brazo—. Ya está: soy un viejo camarero que ha pasado ya sus mejores años.

Y se echó a reír.

—Una profesión interesante —añadió el señor Quin—. Se aprende mucho en ella.

—Yo tendré que ponerme el consabido traje de Pierrot —dijo John Denman lúgubremente—. De todos modos, hace un poco de fresco y no me molestará. ¿Y usted?

Y miró a Oranoff.

—Yo tengo un disfraz de Arlequín —contestó el ruso, posando unos instantes su mirada en el rostro de la anfitriona.

Sería quizá solo una ilusión, pero al señor Satterthwaite le pareció que durante unos instantes la atmósfera se tornaba tensa.

—Entonces cabría la posibilidad de que fuésemos tres los Arlequines —comentó Denman con una carcajada—. Yo también tengo otro antiguo traje de Arlequín que mi esposa me encargó a poco de casarnos con motivo de no sé qué festival. —Se detuvo para contemplar la amplitud de la pechera de su camisa y añadió—: No creo que ahora me vaya bien.

—No, tampoco yo creo que te quepa —dijo su esposa.

De nuevo su voz pareció adquirir una extraña significación.

Miró el reloj.

—Si Molly no viene pronto, mejor será que no esperemos.

Pero en aquel momento fue anunciada la muchacha. Llevaba ya su vestido de Pierrette en verde y blanco, y estaba realmente encantadora con él. Al menos así lo apreció el señor Satterthwaite.

La muchacha rebosaba de entusiasmo y de emoción ante la perspectiva de la representación.

—Estoy poniéndome cada vez más nerviosa —anunció mientras tomaban el café después de la cena—. Sé que me temblará la voz y que me olvidaré del texto.

—Tu voz es admirable, Molly —dijo Anna—. Si estuviera en tu lugar, no me preocuparía lo más mínimo.

—No lo puedo remediar. Lo otro, en cambio, no me da miedo. Me refiero al baile. Sé que saldrá bien. Quiero decir que no creo que sea fácil equivocarse con los pies. ¿No lo cree usted así?

Fue a Anna a quien le hizo la pregunta, pero ésta se limitó a decir:

—¿Quieres cantarle algo al señor Satterthwaite? Verás como él también te animará a que deseches todas esas preocupaciones.

Molly se sentó al piano. Su voz, fresca y bien timbrada, entonó una vieja balada irlandesa:

Sheila, trigueña Sheila, ¿qué es lo que ves?

¿Qué es lo que ves, lo que ves en el fuego?

Veo al doncel que me ama y al doncel que me abandona.

Y a un tercero, como una sombra, que es el que me hace sufrir.

Continuó cantando todas las estrofas de la balada. Al acabar, el señor Satterthwaite hizo calurosos gestos de aprobación.

—La señora Denman tiene razón. Su voz es deliciosa. Quizá no esté todavía lo suficientemente educada, pero es exquisitamente natural y con esa inequívoca nota de juventud que tanto la realza.

—Exacto —asintió John Denman—. Cante usted así, Molly, y no se deje dominar por el miedo escénico. Ahora lo mejor será que vayamos a casa de los Roscheimer.

Se separaron para proveerse de capas y, como hacía una noche hermosa, decidieron hacer el camino a pie hasta la otra casa distante sólo unos cientos de yardas.

El señor Satterthwaite se encontró sin darse cuenta junto a su amigo.

—No sé cómo explicármelo —empezó diciendo—, pero lo cierto es que esa canción me hizo pensar en usted: «Y a un tercero como una sombra...». ¿No cree usted que hay algo misterioso en esas palabras? Y donde quiera que haya misterio pienso precisamente en usted.

—¿Acaso soy tan misterioso? —sonrió el señor Quin.

El señor Satterthwaite asintió vigorosamente.

—Indudablemente. Hasta esta noche no hubiera imaginado que fuera usted un bailarín profesional.

—¿De veras? —comentó el señor Quin.

—Escuche esto —dijo el señor Satterthwaite, tarareando el motivo amoroso de *Las valquirias* —. Esto es lo que sonaba esta noche constantemente en mi cabeza mientras observaba a esos dos.

—¿A qué dos?

—Al príncipe Oranoff y a la señora Denman. ¿No ha notado usted el gran cambio que se ha producido en ella esta noche? Parecía como si una ventana se hubiese abierto y mostrara una gran luz en su interior.

—Sí. Quizá sea como usted dice.

—La eterna historia dramática, ¿no le parece a usted? —prosiguió el señor Satterthwaite—. Esos dos han nacido el uno para el otro. Pertenecen a un mismo mundo y piensan, sueñan y quieren de un modo idéntico. Resulta imaginable lo que pasó. Hace diez años John Denman debió de ser un joven arrogante, deslumbrante, una figura romántica. Y salvó su vida. Todo ello, perfectamente natural. Pero hoy.... ¿qué es a fin de cuentas? Un buen hombre, mimado por la fortuna, pero nada más que mediocre. Un prototipo de inglés corriente y honrado. Algo parecido al mobiliario Hepplewhite de las habitaciones de arriba. Tan inglés y tan corriente como esa linda muchacha inglesa de voz fresca y armoniosa, si bien poco educada. ¡Oh! No se atreva a negar nada de lo que hasta aquí he dicho.

—No niego nada, al contrario. Observo que tiene usted siempre razón. Y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

El señor Quin se inclinó hacia delante. Sus melancólicos ojos oscuros buscaron los del señor Satterthwaite.

—¿Será posible que haya usted aprendido tan poco de la vida? —preguntó como en un suspiro.

Se alejó, dejando al señor Satterthwaite intranquilo, sumido en una meditación tan profunda que, en la mera selección de una bufanda con que proteger su cuello, tardó el tiempo suficiente para que sus compañeros se hubiesen alejado, perdiéndose en las sombras de la noche. Salió al jardín y se dirigió a la misma puerta que distraídamente, y solo pocas horas antes, cruzara. El sendero estaba iluminado por los plateados rayos de la luna y desde el umbral se percató de la presencia en él de dos figuras fuertemente entrelazadas.

Por un momento creyó...

Después se convenció: eran John Denman y Molly Stanwell. La voz del primero llegó a su oído áspera y anhelante.

—No puedo vivir sin ti. ¿Qué vamos a hacer?

El señor Satterthwaite quiso retroceder por donde había venido, pero una mano le detuvo. Alguien más, alguien a quien hasta entonces no había visto, estaba a su lado. Alguien cuyos ojos también habían visto.

Una sola mirada a la cara de aquella mujer le bastó para convencerse de lo erróneo de sus suposiciones.

Aquella angustiada mano le obligó a permanecer en el mismo sitio que ocupara hasta que las dos figuras hubieron desaparecido por el sendero. Se encontró de pronto pronunciando palabras que intentaron ser de consuelo, pero que nada lograron ante la intensidad del dolor que creyó adivinar. Ella sólo habló una vez.

—¡Por favor! ¡No me deje usted!

La súplica le llegó al alma. Después de todo, aún podía ser de utilidad para alguien. Siguió diciendo cosas que nada significaban, pero que eran siempre, y más en aquellos momentos, mejores que el silencio. Se dirigieron a la casa de los Roscheimer. Una mano se posó confidencialmente sobre uno de sus hombros, indicando con ligeros estremecimientos de sus dedos la alegría que le producía verse acompañada. Sólo la retiró al llegar al punto de destino. Se quedó muy erguida, con la cabeza alta.

—¡Ahora —dijo— bailaré! No tema usted por mí, amigo mío. ¡Bailaré!

Se alejó bruscamente. El señor Satterthwaite se vio atrapado por lady Roscheimer, que apareció cargada de diamantes y de lamentos. Claude Wickam se encargó de hacerle coro:

—¡Esto es una catástrofe! ¡Una catástrofe completa! ¡Solo a mí me ocurren estas cosas! ¡Esta serie de calabacines campesinos que se empeñan en creer que saben bailar! ¡Si al menos me hubiesen consultado!

Así continuo indefinidamente. Había encontrado el más bondadoso de los oyentes, un oyente que, además, sabía. Y se entregó a una verdadera orgía de autocompasión. Solo terminó al oírse los primeros acordes de la orquesta.

El señor Satterthwaite pareció despertar de sus sueños. El crítico estaba nuevamente alerta. Wickam sería un asno, pero sabía escribir música, una música delicada y vaporosa como la túnica de un hada, pero desprovista todavía del divino toque del inmortal genio.

El escenario era magnífico. Lady Roscheimer jamás escatimaba gasto alguno cuando se trataba de ayudar a sus protegidos. Representaba un prado de la Arcadia, con efectos de luz que prestaban la adecuada atmósfera de irrealidad.

Dos figuras se movían ligeras, siguiendo el ritmo clásico de la leyenda. El esbelto Arlequín, con sus facciones ocultas bajo el típico antifaz y haciendo brotar estrellas de la luna al conjuro de su mágica varilla... Y una nívea Colombina grácil y vaporosa como una visión.

El señor Satterthwaite se irguió. Había vivido aquello con anterioridad. No podía ser...

Su cuerpo se trasladó muy lejos del salón de lady Roscheimer. Estaba en el museo de Berlín, ante la estatua de una inmortal Colombina.

Arlequín y Colombina seguían bailando. El mundo parecía pequeño bajo sus pies...

Un chorro plateado de luz y una figura humana que vaga por la arboleda, cantando al astro de la noche. Es Pierrot, Pierrot que ha visto a Colombina y ha dejado de conocer el descanso. Los dos inmortales se desvanecen, pero un momento antes Colombina ha mirado hacia atrás y ha escuchado la canción de un humano corazón. Pierrot vagando por el bosque... luego oscuridad... y una voz que se extingue en la lejanía.

Los prados de la villa, danza de muchachas del pueblo, Pierrots y Pierrettes, Molly como Pierrette. Nada de baile —Anna Denman es la que baila—, sino que con una voz fresca y timbrada canta su canción: «Pierrette baila en el prado».

Bonita balada. El señor Satterthwaite movió la cabeza con signos de aprobación.

Wickam no podía por menos que componer bien, si a ello le obligaban las circunstancias. Las muchachas del pueblo le exasperaban, pero lady Roscheimer era irresistible en su filantropía.

Incitan a Pierrot a tomar parte en el baile. Éste se niega y continúa vagando tras su quimérico ideal. Empieza a caer la noche. Arlequín y Colombina siguen bailando mezclados entre la inconsciente muchedumbre.

El lugar queda solitario. Solo está Pierrot que, triste y fatigado, acaba durmiéndose profundamente sobre un herboso talud. Arlequín y Colombina bailan a su alrededor. De pronto despierta y ve a Colombina. Le declara en vano su amor, suplica, ruega, se humilla...

Ésta queda unos instantes indecisa. Arlequín trata inútilmente de hacerle señas para que se aleje. Pero ella ya no le ve. Está embebida escuchando a Pierrot, el canto de amor que nuevamente vierte en sus oídos. Termina cayendo en sus brazos y cae lentamente el telón.

El segundo acto representa la choza de Pierrot. Colombina está sentada junto al hogar, pálida, triste. Escucha, abismada. Pero ¿qué? Pierrot sigue cantándole sus trovas. No se aparta de su pensamiento. La tarde se oscurece. Se oye a lo lejos el retumbar del trueno... Colombina abandona su rueca. Está agitada, ansiosa... Ya no escucha a Pierrot. Es su propia música la que

parece sonar en el aire. La música de Arlequín y Colombina... Ha despertado al fin y vuelve a recordar.

¡Otro trueno estalla! La figura de Arlequín se destaca en el marco de la puerta. Pierrot no puede verle, pero sí Colombina, que ríe y salta de gozo. Entran unos niños corriendo, pero ella los aparta. Estalla el rayo y las paredes se derrumban. Colombina y Arlequín siguen bailando a la intemperie.

Rasgan las tinieblas los ecos de las notas del canto de Pierrette. Vuelve a hacerse lentamente la luz. Y vuelve a aparecer la choza. Pierrot y Pierrette, sobre los que ya ha caído la nieve de los años, se sientan junto al fuego en dos sillones. La música es dulce, pero apagada. Pierrette cabecea en su silla. A través de la ventana entran a torrentes los plateados rayos de la luna y, con ellos, el motivo de la ya olvidada balada de Pierrot. Él se agita en su silla.

Música suave... de hadas. Colombina y Arlequín están en el exterior. La puerta se abre y Colombina entra bailando. Se inclina sobre el dormido cuerpo de Pierrot y deposita un beso en sus labios.

Vuelve a retumbar el trueno y desaparece Colombina por la puerta. En el centro de la escena está la ventana iluminada a través de la cual se ven las figuras de Arlequín y Colombina que, sin dejar de bailar, se alejan hasta perderse de vista...

Crepita un leño. Pierrette se despierta incómoda, se dirige a la ventana y corre las cortinas. Y termina la obra con un súbito discorde.

El señor Satterthwaite permaneció inmóvil en medio del aplauso y la algarabía consiguientes. Al fin se levantó y decidió abandonar la sala. En el camino se tropezó con Molly Stanwell, que, acalorada y jadeante, recibía las felicitaciones de los asistentes. Vio también a John Denman abriéndose paso a través de la muchedumbre y una extraña expresión en la mirada. Molly se dirigió hacia él, pero éste la apartó con brusquedad inconsciente. No era pues a ella a quien buscaba.

—¿Y mi esposa? ¿Dónde está mi esposa?

—Creo que salió al jardín.

Fue, sin embargo, el señor Satterthwaite quien la encontró sentada en un banco que había al pie de un ciprés. Al llegar junto a ella, hizo algo muy particular. Se arrodilló y le besó con toda reverencia las manos.

—¡Ah! —dijo ella—. ¿Cree usted que he bailado bien?

—Ha bailado usted como siempre, madame Kharsanova.

Ella ahogó un grito.

—Entonces... ¿me ha reconocido usted?

—Hay solo una Kharsanova en el mundo. Nadie que la hubiese visto podría olvidarla. Pero... ¿por qué? ¿Por qué?

—¿Qué otra cosa hubiese podido hacer?

—¿Qué quiere usted decir...?

Habló con perfecta naturalidad. Volvía a ser la de siempre.

—Usted es un hombre de mundo y sabrá comprenderme. Una gran bailarina puede tener cuantos amantes quiera. Pero una esposa es diferente. A él no le gustaba lo primero. Quería que le perteneciese y, como Kharsanova, no hubiera podido pertenecer enteramente a hombre alguno.

—Comprendo —contestó el señor Satterthwaite—. ¿Y renunció usted a la gloria?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Debió usted amarle mucho —dijo el señor Satterthwaite con dulzura.

—¿Para haber hecho ese sacrificio? —Y se echó a reír.

—No. Por haberlo hecho con el corazón alegre.

—Ah, sí. Quizá tenga usted razón.

—¿Y ahora? —preguntó el señor Satterthwaite.

El rostro de ella adquirió una expresión de extrema gravedad.

—¿Ahora? —Se detuvo. Luego levantó la voz y habló, dirigiéndose a uno oscuros matorrales.

—¿Eres tú, Sergius Ivanovitch?

La figura del príncipe Oranoff se destacó de entre las sombras. Tomó la mano que ella le tendía y sonrió al señor Satterthwaite.

—Hace diez años lloré la muerte de Anna Kharsanova —dijo con sencillez—. Lo era todo para mí. Hoy la he encontrado de nuevo y nunca más volveremos a separarnos.

—Espérame al final del sendero dentro de diez minutos —dijo Anna—. No faltaré.

Oranoff se inclinó y desapareció en dirección a la casa. La bailarina se volvió hacia el señor Satterthwaite con una sonrisa que le bailaba en los labios.

—No ha quedado satisfecho, ¿verdad, amigo mío?

—¿Sabe usted —dijo abruptamente el señor Satterthwaite— que su marido la anda buscando?

Vio que sus facciones se contraían con un ligero temblor, pero su voz seguía firme.

—Sí —dijo gravemente—, quizá sí.

—Vi la expresión de sus ojos y... —Se detuvo bruscamente.

Ella seguía en perfecta calma.

—Es posible. Le durará quizá una hora. Una hora en que volverán a surgir en su memoria el recuerdo de otras horas felices llenas de música, de risas y de ensueño... pero eso es todo.

—Entonces... ¿no hay nada más que pueda añadir?

Se sintió viejo y sin fuerzas.

—Durante diez años he vivido con el hombre a quien amo —declaró Anna Kharsanova—. Ahora volveré al lado del hombre que durante diez años me amó a mí.

El señor Satterthwaite nada dijo. Se le habían agotado todos los razonamientos. Además, ésta le parecía la única y posible solución. Solo que... no era ésta, en realidad, la que él hubiese deseado. Sintió que una mano se posaba en su hombro.

—Lo sé, amigo mío, lo sé. Pero no hay terceros caminos en el amor. Comprendo que es ley natural la de ir siempre en pos del perfecto, del soñado y eterno amante... Es la música de Arlequín la que subyuga nuestras almas. Pero no hay amor que satisfaga, porque todos los

amantes, al fin y al cabo, son mortales. Y Arlequín es solo un mito, un ser invisible, a menos que...

—Concluya...

—A menos que su verdadero nombre no sea precisamente el de Arlequín, sino el de... Muerte...

El señor Satterthwaite se estremeció. Ella se alejaba y desapareció engullida por las sombras del jardín...

Nunca supo cuánto tiempo permaneció sentado en aquel banco. Mas, de pronto, se levantó con el presentimiento de que había estado perdiendo el tiempo. Impelido por una fuerza misteriosa, casi a despecho de sí mismo, se encaminó en una determinada dirección.

Al llegar al sendero, creyó perder la noción de la realidad de las cosas. ¿La mágica influencia del astro de la noche? Vio a dos figuras que se acercaban en dirección a él. Una de ellas vestía el inconfundible traje de Arlequín. Oranoff, se dijo el señor Satterthwaite. De pronto, y al pasar por su lado, se dio cuenta de su equivocación. Aquel cuerpo, fino y cimbreante, solo podía pertenecer a una persona: al señor Quin...

La pareja se dirigió rápidamente a lo largo del sendero con pies que más parecían deslizarse en el aire. El señor Quin volvió un instante la cabeza hacia atrás. El señor Satterthwaite experimentó una sacudida. No era ya la misma cara del señor Quin, de solo unos momentos antes. Ahora eran las facciones de un extraño. Tampoco podía calificarlas así. Eran, ¡ah, sí!, las que John Denman hubiese muy bien podido tener antes de que la vida le colmara con sus dones. Rasgos de impaciencia, de afán, de aventura, de juventud, de ingenuidad y de pasión, a un tiempo...

Ella reía felizmente en sus brazos... Los siguió con la mirada y a lo lejos distinguió las luces vacilantes de una pequeña choza. Todo parecía como un sueño.

Una mano que se posó en su hombro le devolvió crudamente a la realidad. Se volvió bruscamente y se encontró cara a cara con Sergius Oranoff. El hombre estaba pálido e inquieto.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntó el príncipe con la cara desencajada—. Me prometió... y no ha venido todavía...

—Madame acaba de pasar por el sendero... sola.

La voz de la doncella de la señora Denman había hablado desde la oscuridad de la puerta. Esperaba allí su vuelta con uno de sus abrigos.

—Estaba aquí y la vi pasar —añadió.

El señor Satterthwaite le preguntó con voz entrecortada por una súbita sospecha:

—¿Sola? ¿Dice usted que iba... sola?

La doncella abrió desmesuradamente los ojos.

—Sí, señor —contestó—. ¿Acaso no la vio usted también?

El señor Satterthwaite asió con fuerza un brazo de Oranoff.

—No hay tiempo que perder —dijo—. Me temo...

Corrieron apresuradamente sendero abajo. El ruso no cesaba de proferir frases que no guardaban ilación alguna.

—Es una criatura admirable. ¡Cómo bailó esta noche! Ese amigo suyo, ¿quién es? Es maravilloso, único. Cuando ella bailaba, hace años, la Colombina de Rimsky Korsakoff jamás pudo encontrar el Arlequín perfecto. Mordroff, Kassnine, ninguno logró satisfacerle. Me lo dijo una vez. Siempre que bailaba lo hacía con el pensamiento fijo en un Arlequín ideal, un hombre que no existía. Era el mismo Arlequín

que bailaba con ella. Era su fantasía la que lograba una Colombina tan maravillosa.

El señor Satterthwaite asentía. En su cabeza latía un único pensamiento.

—¡Deprisa! —decía sin cesar—. Antes de que sea demasiado tarde. ¡Hemos de llegar a tiempo!

Torcieron el último recodo y llegaron frente al borde de la profunda sima. En el fondo de la misma, vieron algo que con seguridad no había estado allí momentos antes: el cuerpo tendido de una mujer en una posición llena de armonía, con los brazos tendidos en cruz y la cabeza echada hacia atrás. Una cara y un cuerpo a los que ni aun la muerte había logrado desproveer de su natural hermosura.

El recuerdo de unas palabras volvió súbitamente a la memoria del señor Satterthwaite: «A veces se encuentran cosas maravillosas entre estas montañas de desperdicios...». Ahora comprendía su sentido.

Oranoff murmuraba frases entrecortadas. Las lágrimas corrían abundantemente por sus mejillas.

—La quise. Siempre la he querido.

Empleó después las mismas palabras que solo horas antes se le ocurrieran también al señor Satterthwaite.

—Pertenecíamos a un mismo mundo y pensábamos, soñábamos y queríamos de un modo idéntico. La hubiese amado el resto de mi vida...

—¿Cómo lo sabe usted...?

El ruso se le quedó mirando fijamente, ante la displicente impertinencia del tono con que el señor Satterthwaite pronunció estas palabras.

—¿Cómo lo sabe usted? —repitió impávido el señor Satterthwaite—. Todos los amantes creen y dicen lo mismo. Solo existe un amor, en realidad...

Se volvió y a los pocos pasos se dio casi de bruces con el señor Quin. El señor Satterthwaite lo asió por un brazo y se lo llevó aparte con gran agitación.

—Fue usted —dijo—, fue usted, quien hace unos momentos se encontraba con ella, ¿verdad?

—Podría decirse así, si lo desea —contestó suavemente.

—¿Y la doncella no le vio?

—La doncella no me vio.

—Pero yo sí. ¿Por qué?

—Quizá, como resultado del precio que usted ha pagado, ve cosas que los otros no ven.

El señor Satterthwaite le miró sin comprender un minuto o dos. Luego se echó a temblar como un azogado.

—¿Qué lugar es este? —susurró—. ¿Qué lugar es este?

—Se lo dije ya antes. Es mi sendero.

—Un sendero de enamorados —murmuró el señor Satterthwaite—. Y la gente pasa por él.

—La mayoría, tarde o temprano.

—Y al final de él, ¿qué es lo que encuentran?

El señor Quin sonrió. Su voz era muy dulce, cuando señaló con un dedo la ruinosa casita que se dibujaba en lo alto.

—Quizá la choza de sus sueños... o quizá solo un montón de escombros. ¿Quién sabe?

El señor Satterthwaite le miró con estupor. Se sintió invadido por la ira. Se sintió engañado, defraudado.

—Pero ¿y yo? —preguntó con voz entrecortada por la emoción—. Yo nunca tuve la dicha de pasar por ese sendero.

—¿Y lo lamenta?

El señor Satterthwaite se sintió abatido. El señor Quin pareció adquirir de pronto las descomunales proporciones de algo terrible y amenazador: felicidad, tristeza, desesperación...

Y el alma candorosa del señor Satterthwaite se sintió dominada por un repentino espanto.

—¿Y lo lamenta? —volvió a repetir el señor Quin. Había algo siniestro en él.

—No —balbuceó el señor Satterthwaite—. No.

Mas, de pronto, pareció reaccionar.

—Pero veo las cosas —dijo con desesperación—. Quizá haya sido un mero espectador en la vida, pero veo las cosas como ningún otro ser las ve. Fue usted mismo quien lo dijo, señor Quin.

Pero el señor Quin se había desvanecido.

Notas

[1] «Otros tiempos, otras costumbres.» *(N. del T.)*

[2] *Old Lang Syne:* «Memorias del pasado». (*N. del T.)*

[3] «¿Debiéramos olvidar viejas amistades?» *(N. del T.)*

[4] Nombre con el que, despectivamente, se designaba en Inglaterra a los puritanos. *(N. del T.)*

[5] Balneario termal. *(N. del T.)*

[6] «Cualquiera diría que nunca han hecho esta maniobra.» *(N. del T.)*

[7] «Ajaccio, el puerto más bello del mundo.» *(N. del T.)*

[8] «Botevolcado», juego de palabras. *(N. del T.)*

[9] Coche descubierto con dos filas de asientos. *(N. del T.)*

[10] Persona que solo se interesa por las cosas materiales. *(N. del T.)*